
La Herejía De Horus
Dan Abnett
EL IMPERIO OLVIDADO
Una luz en la oscuridad
En la lejana Franja Este de la Galaxia,
es proclamada la fundación de un nuevo Imperio

EL IMPERIO OLVIDADO

‘The Unremembered Empire’ por Dan Abnett

~ Traslatus Ʊ Pesonae ~

(Los que han hecho esto posible)

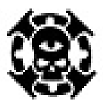


Maestre **RODINA**  Capítulos: **2, 3, 4, 10, 11, 12**



Adepto de Primera RABUSA  Capítulos: **5, 6, 13, 14**



Adepto BENUYAS  Capítulos: **7, 8**

Adepto DOKYMOEKYUM  Capítulo: **9, 20**

Adepto MIGUPEREZ Capítulos: **18, 19**

Maestre KKUS67  Capítulo: **21**

Adepto PERSONAOVAL PC Estropeado.
Capítulos: **20 y 21 reasignados**

Maestre del 8º ICEMAN TS Capítulos: **1, 15, 16, 17, 22, 23, 24, 25, 'Unas últimas notas', mapa, coordinación, corrección y maquetado del proyecto.**

Traducción v. 1.0

‘Adeptus Hispanicus Transcriptorum’
Logros

Lord de la legion: 1000 o más, relatos y/o capítulos traducidos.

Gran Maestre: 500 o más, relatos y/o capítulos traducidos.

Maestre del Primero: 450 o más, relatos y/o capítulos traducidos.

Maestre del Segundo: 400 o más, relatos y/o capítulos traducidos.

Maestre del Tercero: 350 o más, relatos y/o capítulos traducidos.

Maestre del Cuarto: 300 o más, relatos y/o capítulos traducidos.

Maestre del Quinto: 250 o más, relatos y/o capítulos traducidos.

Maestre del Sexto: 200 o más, relatos y/o capítulos traducidos.

Maestre del Septimo: 150 o más, relatos y/o capítulos traducidos.

Maestre del Octavo: 100 o más, relatos y/o capítulos traducidos.

Maestre: 50 o más, relatos y/o capítulos traducidos.

Adepto de 1ª: 10 o más, relatos y/o capítulos traducidos.

Adepto: de 1 a 9, relatos y/o capítulos traducidos.

Agradecimientos

AngelTauro: de ‘Los rememoradores de la Cruzada’ por las fuentes (tipo de letra) usadas en la traducción del mapa de la ciudad de Magna Macragge, para que fueran iguales al original.

Es un tiempo de leyenda.

La galaxia está en llamas. La gloriosa visión del Emperador de la Humanidad yace en ruinas. Su hijo predilecto, Horus, se ha apartado de la luz de su padre y abrazado el Caos.

Sus ejércitos, los poderosos y temibles Marines Espaciales, están enfrascados en una brutal guerra civil. Hace tiempo, estos guerreros definitivos lucharon codo con codo como hermanos, protegiendo la galaxia y llevando a la humanidad de regreso a la luz del Emperador. Ahora están divididos.

Algunos permanecen leales al Emperador, mientras otros se han puesto del lado de Señor de la Guerra. Por encima de ellos, los líderes de esas legiones de miles de hombres son los Primarcas. Magníficos, sobrehumanos, el mayor logro de la ciencia genética del Emperador. Avanzan a la batalla para enfrentarse unos contra otros, la victoria es incierta para ambos bandos.

Mundos enteros arden. En Isstvan V, Horus asestó un golpe atroz, y tres legiones leales quedaron casi destruidas. La guerra ha empezado. Un conflicto que envolverá a toda la humanidad en sus llamas. Mentiras y traiciones han usurpado el lugar del honor y la nobleza. Asesinos acechan en cada sombra. Se reúnen los ejércitos. Todos deben elegir un bando o morir.

Horus reúne sus fuerzas, Terra es el objetivo de su ira. Sentado en el Trono Dorado, el Emperador espera la vuelta de su hijo rebelde. Pero su verdadero enemigo es el caos, una fuerza primordial que busca esclavizar a la humanidad a sus caprichosos antojos.

Los gritos de los inocentes, las súplicas de los justos, resuenan junto a las carcajadas de los Dioses Oscuros. Sufrimiento y desolación aguardan si el Emperador fracasa y la guerra se pierde.

La ‘era del conocimiento y la iluminación’ ha terminado. La ‘era de las tinieblas’ ha comenzado.

~ PERSONAJES DEL DRAMA ~
(Dramatis Personae)

En Macragge

ROBOUTE GUILLIMAN, Primarca de la XIII Legión *Ultramarines*, Señor de los Quinientos mundos, ahora conocido como el 'Hijo Vengador'

DRASKUS GOROD, Comandante del feudo de los guardaespaldas Invictus

MAGLIOS, Teniente, guardaespaldas Invictus

VALENTUS DOLOR, Tetrarca de Ultramar (Occluda), Campeón del Primarca

CASMIR, Capitán, Palafrenero (equerry en el original) del Tetrarca

TITUS PRAYTO, Maestro de la Presidencia Centuria, Bibliotecario de la XIII Legión

PHRATUS AUGUSTON, Señor del Capítulo, Primer Capítulo de los *Ultramarines*

VERUS CASPEAN, Señor del Capítulo, Segundo Capítulo

NIAX NESSUS, Señor del Capítulo, Tercer Capítulo

TERBIS, Capitán

THALES, Capitán

MENIUS, Sargento, 34ª Compañía de los *Ultramarines*

ZYROL, Sargento, en la estación orbital Helion

LEANEENA, Oficial de Cubierta, estación orbital Helion

FORSCHE, Cónsul del Senado

TARASHA EUTEN, Majestuosa Chambelán Principal (y "madre" de Guilliman, nt)

VODUN BADORUM, Capitán de la Guardia Praecental, división doméstica (household division en el original, hacían una función similar a los Arbites, nt)

PERCEL, Guardia Praecental

CLENART, Guardia Praecental

En Sotha

BARABAS DANTIOCH, Herrero de Guerra (Warsmith en el original) de los *Guerreros de Hierro*

ARKUS, Sargento, 199ª Compañía la ‘Aegida’ de los *Ultramarines*

OBERDEII, Explorador, Compañía ‘Aegida’

Desde la tormenta

EERON KLEVE, (rango diferido por luto), X Legión *Manos de Hierro*

SARDON KARAASHISON, X Legión *Manos de Hierro*

TIMUR GANTULGA, V Legión *Cicatrices Blancas*

VERANO EBB, Capitán, Escuadra Silenciosa, XIX Legión *Guardia del Cuervo*

ZYTOS, XVIII Legión *Salamandras*

ALEXIS POLUX, Capitán de la 405ª Compañía, VII Legión *Puños Imperiales*

FAFFNR BLUDBRODER, Señor al cargo de la Manada de Vigilancia (watch-pack en el original), VI Legión *Lobos Espaciales*

MALMUR LONGREACH, Manada de Vigilancia, *Lobos Espaciales*

SHOCKEYE FFYN, Manada de Vigilancia, *Lobos Espaciales*

KURO JFORDROVK, Manada de Vigilancia, *Lobos Espaciales*

GUDSON ALFREYER, Manada de Vigilancia, *Lobos Espaciales*

MADS LORESON, Manada de Vigilancia, *Lobos Espaciales*

SALICK, 'El trenzado', Manada de Vigilancia, *Lobos Espaciales*

BITER HEREK, Manada de Vigilancia, *Lobos Espaciales*

NIDO KNIFESON, Manada de Vigilancia, *Lobos Espaciales*

BO SOREN, 'El Hacha', Manada de Vigilancia, *Lobos Espaciales*

AEONID THIEL, Sargento, 135ª Compañía *Ultramarines*

NAREK, Antiguo legionario Vigilator, XVII Legión *Portadores de la Palabra*

BARBOS KHA, Sin-carga (Unburdened en el original)

ULKAS TUL, Sin-carga

LION EL'JONSON, Primarca de la Primera Legión *Ángeles Oscuros* (Conocido como el León, nt)

HOLGUIN, Teniente Votado (Voted en el original), Ala de la Muerte

FARITH REDLOSS, Teniente Votado, Ala del Terror (Dreadwing en el original)

STENIUS, Capitán y al mando del 'Razón Invencible'

LADY (señora, nt) **THERALYN FIANA**, Navegadora, Casa Ne'iocene

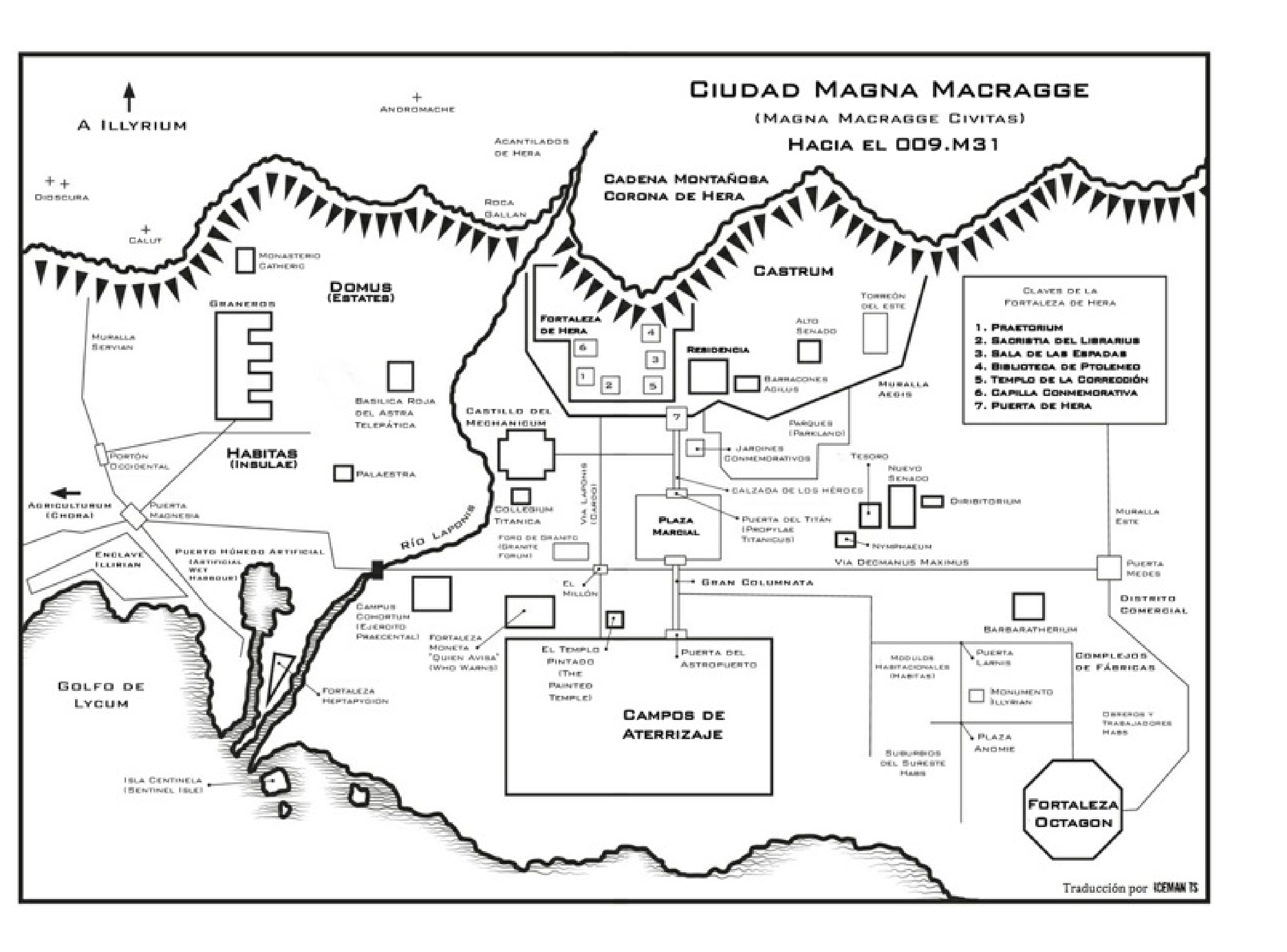
JOHN GRAMATICUS, Perpetuo

DAMON PRYTANIS, Perpetuo

USHPETKHAR, Nonato (Demonio, nt)

SANGUINIUS, Primarca de los *Ángeles Sangrientos* la IX Legión

Otros diversos Señores, potentados y comandantes, aparecerán mientras las acciones se desarrollan



Ciudad Magna Macragge
(Magna Macragge Civitas)
Hacia el 009.M31
A Illyrium
Andromache
Acantilados de Hera
Dioscura
Calut
Roca Gallan
Cadena Montañosa Corona de Hera
Monasterio Catheric
Domus (Estates)
Graneros
Castrum
Torreón del este
Alto Senado
Fortaleza de Hera
Residencia
Barracones Agilus
Muralla Aegis
Claves de la Fortaleza de Hera
1. Praetorium
2. Sacristía del Librarius
3. Sala de las Espadas
4. Biblioteca de Ptolemeo
5. Templo de la Corrección
6. Capilla Conmemorativa
7. Puerta de Hera
Muralla Servian
Basilica Roja del Astra Telepática
Castillo del Mechanicum
Parques (Parkland)
Jardines Conmemorativos
Portón Occidental
Habitas (Insulae)
Palaestra
Tesoro
Nuevo Senado
Diribitorium
Calzada de los Héroes
Agriculturum (Chora)
Puerta Magnesia
Collegium Titanica
Via Laponis (Cardo)
Plaza Marcial
Puerta del Titán (Propylae Titanicus)
Muralla Este
Río Laponis
Foro de Granito (Granite Forum)
Nymphaeum
Enclave Illirian
Puerto Húmedo Artificial (Artificial Wet Harbour)
Via Decmanus Maximus
Puerta Medes
El Millón
Gran Columnata
Distrito Comercial
Campus Cohortum (Ejército Praecentai)
Barbaratherium
Fortaleza Moneta "Quien Avisa" (Who Warns)
El Templo Pintado (The Painted Temple)
Puerta del Astropuerto
Modulos Habitacionales (Habitas)
Puerta Larnis
Complejos de Fábricas
Golfo de Lycum
Fortaleza Heptapyoion
Monumento Illyrian
Obreros y Trabajadores Habs
Campos de Aterrizaje
Plaza Anomie
Isla Centinela (Sentinel Isle)
Suburbios del Sureste Habs
Fortaleza Octagon
Traducción por ICEMAN TS

“Ningún hombre será jamás olvidado, siempre y cuando tenga hijos.”

- Konor, registros consulares

“La capacidad para el teórico es admirable, pero el estómago para la práctica no tiene precio.”

- Roboute Guilliman, escritos privados

“La ambición de salvar a la humanidad es, casi siempre, un disfraz del deseo de gobernarla.”

- Atribuido al tirano PanPacifico Narthan Dume,
en la ‘era de la unificación’ de Terra [M30]



1

PRIMERO, LAS APARICIONES

"Horatio dice que esto es una fantasía nuestra,
Y que no va a dejar que ésta creencia se apodere de él
Al tocar éste espectáculo terrible, dos veces lo hemos visto:
Por eso le he suplicado largamente
Con nosotros haz guardia esta noche;
Eso sí, sí una vez más acude esta aparición,
Podrás posar sus ojos y hablar con él."

-a partir de 'Amuleto, Príncipe de Demark' (atribuido al dramaturgo Shakespire), alrededor del M2.

(*'Horatio says 'tis but our fantasy,*
And will not let belief take hold of him
Touching this dreaded sight, twice seen of us:
Therefore I have entreated him along
With us to watch the minutes of this night;
That if again this apparition come,
He may approve our eyes and speak to it.'
En el original)



Esos mismos fantasmas deberían rondar Macragge, después de todos los horrores que habían visitado recientemente el planeta y los quinientos mundos que poseía en lealtad, no fue una sorpresa para nadie.

La población del dominio, los Quinientos Mundos de Ultramar habían sufrido la atrocidad de Calth, la brutal traición de Lorgar, y en consecuencia el derramamiento de sangre generalizado que le siguió,

junto con la devastación pan-galáctica llamada Tormenta de Ruina (Ruinstorm en el original). Cada uno de esos miles de millones de almas se encontraba en un estado de shock existencial. Los eventos monumentales habían dejado cicatrices psicológicas, heridas fantasmales que persistían en la mente de los hombres: los traumas del combate, tristezas y pérdidas privadas, lesiones físicas, amarguras, resentimientos, trastornos de estrés, pesadillas alimentadas por la disformidad y otras secuelas menos clasificables. Calth, el punto de ignición, apenas habían pasado más de dos años, pero desde entonces había perseguido a los ciudadanos de Ultramar con tales fantasmas.

No, cuando llegaron las últimas apariciones, la única sorpresa fue que fueran tan reales.



Durante más de diez noches sucesivas, los fantasmas acecharon las altas torres y murallas en los ámbitos de la ciudad de Macragge, bajo la sombra de la Fortaleza, bajo un cielo nocturno semejante a un negro paño empapado de sangre, desde la llegada de la Tormenta de Ruina dos años antes.

No había estrellas que brillaran, nada al menos que pareciera sano o emparejado con la realidad. Incluso las más brillantes cuatro lunas del mundo capital eran raramente visibles a través del remolino de tinta cosmológico de la persistente tormenta de disformidad. El cadáver de la inmensa nave de guerra de los Portadores de la Palabra, la ‘Abismo Furioso’ (Furious Abyss en el original), a veces se podía ver en los cielos occidentales mientras los interruptores orbitales realizaban su trabajo, pero esto no era más que una triste reliquia del pasado derramamiento de sangre. Durante el día, cuando la luz del sol caía sobre Macragge, caía sólo como una empañada neblina dorada, como si fuera a través del humo del campo de batalla.

Se posó en una ciudad encantada: la ciudad de Macragge, la Magna Macragge, la ciudad más grande en el Imperio del Este, una ciudad tan poderosa que compartía el nombre del mundo sobre el que se alzaba, para la ciudad era el mundo y el mundo era la ciudad. Llenaba las vastas llanuras de las tierras bajas, desde los picos de la Corona de Hera en el norte hasta el mar en el sur, era un testimonio del poder de la humanidad Imperial y de un hombre en particular.

Las apariciones sucedían sólo después del anochecer. Se escucharon

pasos en vacios pasillos donde nadie andaba; voces farfullaban desde dentro de las paredes o en las raíces de las escaleras; a veces el sonido era de pasos apresurados, pies corriendo entre desiertas columnatas; una vez, una extraña y triste risa se escuchó haciendo eco desde una gran sala de reuniones; más a menudo llegó la doliente melodía de un instrumento de cuerda frotada, sonando en algún lugar cavernoso de ecos eternos.

Estas manifestaciones fueron escuchadas por guardias del hogar durante la patrulla nocturna, por cocineros y sirvientes, por agregados que se apresuraban al llegar tardíamente a las conferencias, por limpiadores y servidores, por los senadores que venían a descansar a la Residencia. Se escucharon en todas partes, en el alto Castrum de la Paleópolis, en la Residencia, en el Alto Senado y Barracas de los Praecental que juntos compartían la almenada cima con la inmensidad monolítica de la Fortaleza de Hera, se oyeron también a la derecha, más abajo, a través de los Domus de la ciudad en la Insulae y en los módulos habitacionales de los trabajadores más humildes en la costa sur, en las zonas de trabajo de los barrios del este, e incluso de las miserables barriadas más allá del Muro Servian en el oeste.

Es probable que hubiera estado ocurriendo durante varias noches antes de que se informara de la primera. Empleados y funcionarios subalternos se habían vuelto tímidos y supersticiosos en ésta nueva ‘era de oscuridad’, ahora, eran individuos reacios a hablar y decirle a sus superiores lo que pensaban que habían oído en alguna habitación solitaria o ala desierta.

Sin embargo, el Señor de Macragge, el Hijo Vengador, había dado órdenes estrictas de que todos los fenómenos debían ser informados.

-**Nunca más podremos volver a confiar en la integridad física de nuestro universo**- dijo a Euten. -**Sus leyes ya no funcionan de la manera en que pensábamos que operaban. Todo lo que una vez pudo haber sido queda ahora descartado, como un truco de la mente o un producto de la imaginación que tardíamente debe ser tomado en serio e investigado. La disformidad está llegando a nosotros, ‘mam’, y todavía no reconocemos ni la mitad de las caras que lleva. No me tomarán por sorpresa de nuevo. No volverán a infiltrarse.**

Como yo, él también estuvo en Calth. Esas fueron las palabras no dichas, (‘como en Calth’, nt) al final de la frase. El Hijo Vengador rara vez se atrevía a pronunciar el nombre de ese planeta, otrora, tan querido. Sus propios Fantasmas lo perseguían.

Euten recalcó la directiva de Guilliman al personal de la residencia y los funcionarios públicos de las Civitas; pero, irónicamente, fue ella la que la noche siguiente oyó un instrumento de arco sonando en una cámara de una oficina contable donde no había ninguna persona, ningún instrumento, ni arco, ni siquiera el espacio o condiciones para producir el eco que había acompañado el tono.



Las historias se acumularon durante varias noches después del informe de la Chambelán. Los espíritus estaban por la ciudad Magna Macragge. Su rango era amplio, pero el foco parecía ser la Residencia, las barracas y zonas verdes adyacentes a la misma. Vodum Badorum, capitán de la guardia doméstica, los Praecental, movilizó partidas de barrido para observar las apariciones y registrarlas o incluso desafiarlas, también consultó con los agentes del Astra Telepática y del Mechanicum buscando asesoramiento y consejo.

El Señor de Macragge estudió los informes, tal como llegaban, buscó la sabiduría de funcionarios y asesores de alto rango, en busca de explicaciones que podrían basarse en la ciencia, o al menos las partes de la ciencia humana que dejaba a un lado las desconocidas leyes de la disformidad.

También convocó a Titus Prayto, un centurión supervisor del recién reincorporado Librarius de la XIII Legión. Después de Calth y las infernales pérdidas infligidas a la XIII por la guerra psíquica y el poder de la disformidad, el Señor de Macragge había derogado efectivamente el Edicto de Nikaea, el mismo que había prohibido estrictamente el uso de psíquicos dentro de las Legiones Astartes. El edicto había sido la voluntad del Emperador y se había cumplido como tal. Sin embargo, el Señor de Macragge sentía que había privado a su Legión de su arma más eficaz en Calth.

La derogación fue su decisión y lo hizo con confianza. No había hermanos Primarcas con los que consultar, ningún concilio que convocar, ningún padre a quien recurrir. El Señor de Macragge, como la ciudad de Macragge, se quedó solo en la noche, asediado por tormentas que hicieron imposible la comunicación. El Señor de Macragge, Roboute Guilliman, era su propia autoridad, ahora, más que nunca.

Él derrocó el Edicto, al menos, mientras durara la emergencia, por el bien de Ultramar. Este ejercicio de autoridad fue la acción de un Señor que creía que ejercía fielmente el poder del Emperador. Hasta ahora, sólo Malcador la Sigilita había confiado de dicha influencia y había sido el Regente Imperial.

Y 'Regente' era una palabra no usada en voz alta, incluso con menos frecuencia y menor facilidad que lo era la palabra 'Calth'.



Titus Prayto, un gigante con capucha llevando una armadura azul cobalto Mark IV, llegó a la Residencia directamente de la Sacristía del Librarius, que había sido desbloqueado para su uso dentro de la fortaleza.

Su señor esperaba en una cámara alta con vistas a la ciudad. El Hijo Vengador estaba trabajando diligentemente en un cogitador antiguo. Cerca de allí, su gran mostrador de granito estaba lleno de papeles y placas de datos. Los últimos rayos de sol como oro ahumado brillaban a través de las altas y estrechas ventanas. La noche estaba llegando.

Prayto bajó la capucha psíquica, desabrochó su yelmo y se lo quitó, mostrando respetuosamente la cabeza al descubierto, puso el yelmo bajo el brazo izquierdo con los cierres y correas colgando.

-**Las apariciones caminan, Titus**- dijo Guilliman, sin levantar la vista.

-**Lo hacen, mi señor**- dijo Prayto y asintió.

-**Todas las noches**- continuó Guilliman -**más pasos. Más murmullos. Y esa música. La música es una manifestación recurrente. Un instrumento o instrumentos, de arco.**

-**Un salterio, pensamos, mi señor.**

Guilliman miró a Prayto con un interés despertado.

-**¿Un salterio?**

-**Por el tipo de sonido y el tono. Una resonancia alta y aguda en particular, aunque puede haber más de un instrumento. Algunos son tonos más profundos, aunque en realidad es la misma nota. Quizás un salterio bajo o uno grave, que tienen la caja de resonancia más grande.** (Al nombrar el salterio, salterio bajo y salterio grave

imagínense un violín, viola y violonchelo, hace referencia a que siendo el mismo tipo de instrumento producen tonos más graves, nt)

-**¿A deducido todo esto desde informes verbales?**- preguntó Guilliman.

-**No, mi señor. La última noche un sirviente de alto grado en la despensa del comedor oeste hizo una grabación vox.**

Guilliman se levantó.

-**No lo habías dicho. ¿La tienes?**

Prayto asintió y activó un módulo vox sujeto a su cinturón para reproducir el clip de audio.

A los pocos segundos, una inquietante música quejumbrosa sonó, notas finas, altas, largas y que tanto tenían de cualidad etérea.

La grabación terminó.

-**¿Quiere escucharlo de nuevo, mi señor?**- preguntó Prayto.

Guilliman negó con la cabeza. Su mente era tal que una sola audición era suficiente para procesar todos los datos.

-**Es cierto, un salterio**- reflexionó. -**Las melodías eran el campo de D, aunque no reconozco la melodía. Así que... se puede grabar.**

-**Sí, señor.**

-**Esto me tranquiliza un poco. Una intrusión psíquica, o algún asalto de la disformidad sobre nuestra imaginación no dejarían una huella sónica.**

-**No, mí señor**- respondió Prayto. -**Parece que estamos oyendo sonidos físicos, transmitidos a nosotros de alguna manera. Eso explicaría por qué, entre nosotros, el Librarius y el Astra Telepática no han detectado ningún rastro de actividad psíquica.**

Guilliman asintió. Llevaba las ropas oscuras y pesadas de un senador o cónsul, aunque reducido a una escala diferente de ser.

-**Siéntate**- dijo a Prayto, con un gesto de reojo.

Titus Prayto dudó por un momento mientras elegía un lugar apropiado para sentarse. La cámara del Señor era parte de una serie de

habitaciones en la planta superior de la residencia, que, Prayto sabía, había sido la residencia privada de Konor, padre adoptivo del Primarca. El Señor Guilliman había cambiado muy poco de la decoración. En las paredes todavía colgaban pinturas de personas y acontecimientos que tenían importancia sobre la historia local de Macragge, pero que muy poco tenían que ver con la mayor narrativa galáctica del Imperio.

El principal cambio que Lord Guilliman había hecho en las décadas que había ocupado la residencia era haber eliminado la mayor parte de los muebles de escala humana y reemplazarlos por objetos construidos para las dimensiones de un Primarca: la mesa, cuatro sillas, un taburete y un sofá cama. Había otros elementos proporcionales al aspecto físico de un hermano de batalla de las Legiones Astartes, y Prayto ocupó tal silla. La habitación, por lo tanto, contenía tres magnitudes de muebles para proporcionar comodidad al Señor de Macragge y cualquiera de los consejeros y sujetos que pudieran asistirlo. Colocado correctamente, con una de las masivas sillas del Señor en primer plano, un elemento del mobiliario a escala de la Legión en medio y una silla construida para humanos a una distancia más alejada, era posible jugar trucos divertidos e imposibles con la mente, como la evidente recesión de los muebles sugería una distancia en la habitación que las paredes y el techo negaban. Invierta las posiciones y la habitación parecía no tener profundidad en absoluto. (Al invertir el punto de vista, viendo las sillas desde el asiento humano, de menor a mayor y con la distancia, las tres parecerían tener exactamente el mismo tamaño, nt)

-**El eco**- dijo Guilliman, volviendo al antiguo cogitador de latón, instalado en su escritorio de gran tamaño. Al igual que la cámara, el cogitador era una herencia de su padrastro, Konor. En los viejos tiempos de Ultramar, antes de que el contacto con las flotas de la cruzada de Terra trajera nuevas tecnologías, Konor había hecho efectivamente su feudo de esta habitación con ese frio instrumento 'gestalt' (un conjunto organizado que se percibe como más que la suma de sus partes, nt) de la 'era de oro de la tecnología'.

-**El eco es parte del sonido**- dijo Guilliman. -**Esto ha sido mencionado por varios testigos sobre varias apariciones. La calidad del eco no es producto de la acústica del lugar donde suena.**

-**No, señor**- Prayto estuvo de acuerdo. -**La despensa del comedor oeste no produciría un eco así. Ha sido probado por los adeptos del Mechanicum.**

-**¿Lo hiciste?**- preguntó Guilliman. -**¿Por qué?**

-**Porque sabía que, si no la hubiera hecho, habría ordenado una prueba de este tipo.**

Una breve sonrisa agradecida cruzó la boca del Hijo Vengador.

-**Vamos a resolver este rompecabezas, Titus**- dijo Guilliman.

-**Nosotros, mi señor. Ciertamente.**

-**Trae todos los nuevos datos directamente a mí, de día o de noche.**

-**Lo haré, mi señor.**

Prayto se puso en pie, sintiendo que su audiencia había terminado. Guilliman se dio cuenta de que el bibliotecario había estado mirando, con cierto interés, los libros y placas de datos apilados en una mesa auxiliar.

-**¿Usted lee, Titus?**- preguntó el Hijo Vengador.

-**Por supuesto, mi señor.**

Guilliman objetó con un ligero movimiento de la mano.

-**Me ha entendido mal. Por supuesto, que puede leer. Pero no me refiero a los datos, o cambios tácticos, o material informativo. ¿Lees ficción? ¿Drama? ¿Poesía? ¿Historia?**

Prayto mantuvo un rostro solemne, aunque el hecho le hizo gracia. Había momentos en que el Señor Guilliman de Ultramar parecía saberlo todo acerca de todo, con sorprendentes detalles, sin embargo, también podría ser un niño en su ingenuidad, no entendiendo las cosas más básicas sobre la gente y la cultura que le rodeaba.

-**Lo hago, mi señor**- dijo Prayto. -**Como creo que alguien más en esta misma sala dijo al marcar el rumbo para el reinicio del programa Librarius, nuestras mentes son nuestras principales armas, por lo que es justo alimentarla y ejercitarla.**

Guilliman rió y asintió con la cabeza.

-**Eso dije**- estuvo él de acuerdo.

-**He leído ampliamente para tal fin**- dijo Prayto. -**Me parece que las nociones y sabidurías que figuran en la literatura y la poesía empujan mi mente a lugares que la lectura técnica pura no puede. Disfruto de los ciclos épicos de Tashkara y las filosofías de Zimbahn y Poul Padraig Grossman.**

Guilliman señaló su aprobación con una inclinación de la cabeza.

-**Todo ello de la 'era de la unificación', por supuesto**- dijo. -**Debe explorar los clásicos.**

Se acercó a la mesa de al lado y tomó una placa de datos. Se la entregó a Prayto.

-**Vas a disfrutar esto**- dijo.

-**Gracias, Mi señor.**

Prayto estudió el título.

-**¿Amuleto, Príncipe de Demark?** (Juego de palabras, es una clara referencia a 'Hamlet, Príncipe de Dinamarca' de William Shakespeare, al sonar prácticamente igual en ingles 'Amulet' y 'Hamlet', así mismo omite la 'n' en De**n**mark, nt)

-**Es un drama, Titus. Material antiguo, de M2** (segundo milenio, del 1001 al año 2000, nt) **o antes. Una de las pocas obras existentes de Shakespire.**

-**¿Por qué éste, mi señor?**

Guilliman se encogió de hombros.

-**Mi padre me lo leía cuando era niño. Me acordé de él por los acontecimientos actuales, así que tuve que ir a buscarlo a la 'biblio' de la residencia. En el antiguo reino de Demark, hay fantasmas que caminan sobre las almenas de palacio, son premoniciones de un gran cambio social en la corte de ese reino.**

Prayto sacudió la pizarra con aprobación.

-**Voy a disfrutar de él**- dijo.

Guilliman asintió y se volvió hacia su fría máquina gestalt. La audiencia había terminado.



-**¡Dit-dit-dit-deeeeet!**

El cogitador tenía una alerta de carrillón sintetizada y rara. Era un dispositivo antiguo. Cada veinticinco segundos borboteaba su pequeño ruido, tratando de alertar al Hijo Vengador de la nueva información que había adquirido.

Guilliman ignoró el carillón. No necesitaba oírlo. Ya había notado la información sobre la que el cogitador estaba tratando de atraer su atención.

Una estrella. Una nueva estrella. Era la primera estrella que había sido visible en el cielo nocturno de Macragge durante más de dos años.

Guilliman sentado, miraba por las ventanas de la cámara la estrella, brillaba en soledad, con su tenue luz en un cielo nocturno, por lo demás, ensangrentado y arremolinado. Había garabateado su posición en una placa de datos: los límites orientales, la altura sobre el horizonte, en aumento entre los picos de Calut y Andrómaca. Lo había visto con sus propios ojos hacia ya quince minutos, unos buenos tres minutos antes de que el cogitador hubiera comenzado su persistente borboteo.

Konor, el gran Konor, el Rey Guerrero, había dirigido Macragge, el mundo y la ciudad por igual, desde está sala y con ese mismo cogitador. Por la noche, cuando los mecanismos de la burocracia habían cerrado, se había sentado aquí solo, haciendo un seguimiento del tráfico de datos y flujo de noticias. Se había sentado en ese mismo escritorio de teca, mirando por las grandes ventanas, observando su reino. Durante el día, Konor había gobernado Macragge desde el suelo del Senado. Por la noche, ésta cámara había sido el centro de su autoridad.

Guilliman se acordaba. Recordó la intensidad de su padrastro, incluso en reposo. En su juventud, Guilliman había llegado a la Residencia y visto a Konor sentado junto al cogitador después de las horas normales, leyendo los informes y placas de datos del día, revisando la sesión informativa para el día siguiente, mirando hacia arriba cada vez que el motor de datos intervenía.

-**¡Dit-dit-dit-deeeeet!**

Hasta que Guilliman llegó a Macragge, mundo capital de los

Quinientos mundos de Ultramar, Konor había sido el epítome de estadista, político y caudillo. Nadie, ni siquiera Guilliman, podía imaginar cómo el hijo adoptivo de Konor vendría a eclipsarlo.

Roboute Guilliman, un post-humano mejorado genéticamente, uno de los únicos dieciocho en la galaxia, había llegado a Macragge desde los cielos en un capricho del destino más allá de la percepción mortal. Su padre sanguíneo, lo descubrió más tarde, era el Emperador sin nombre de Terra. Al igual que sus otros diecinueve hijos (en el original pone 18, pero, ni a MiguPerez ni a mí nos salen las cuentas, será 19 o, si no cuenta a los purgados, 17 más Guilliman, nt), todos ellos Primarcas, Guilliman había sido robado de la guardería genética de su padre y echado de allí a través del espacio. En realidad, nadie sabía cómo se había realizado esta acción, ni por qué o para qué. Cuando presionó sobre el tema, y rara vez podía presionarlo sobre cualquier tema, el padre sanguíneo de Guilliman había atestiguado que el secuestro y la dispersión de su descendencia, los dieciocho Primarcas, había sido una acción de los poderes de la oscuridad que residen en la disformidad, un evento diseñado para frustrar los planes de la humanidad.

Guilliman no puso mucha fe en eso. Era absurdo sugerir que su padre sanguíneo debió ser tan ingenuo como para ser embaucado así por el Caos. ¿Habían sido sus genéticamente manipulados herederos robados y dispersados por alguna diáspora extraña?

Tonterías.

Guilliman creía que una gran parte del propósito, más deliberado, había estado en el centro del mismo. Sabía que su padre genético. El hombre, y hombre era una palabra demasiado ligera, poseía una mente que había concebido un plan universal, un plan que llevaría miles o incluso millones de años organizar y llevar a cabo. El Emperador fue el arquitecto de una especie. Los Primarcas eran fundamentales para esa ambición. El Emperador no los habría perdido o permitido que fueran robados. Guilliman creía que su padre había organizado o permitido la dispersión.

Crear los perfectos dieciocho herederos con su ingeniería genética no fue suficiente. Tenían que ser probados y templados. Su dispersión a través de las mareas del espacio y el tiempo para ver quién sobreviviría y tenía éxito, ese era el proyecto de una mente, ciertamente, iluminada.

Guilliman había caído sobre Macragge, y había sido criado como un hijo por el primer hombre de este mundo para ser un gobernante, un

estadista y un Señor de la guerra. Por su duodécimo año, era evidente por su estatura y habilidades que Roboute Guilliman no era simplemente un hombre inhumano. Él era un semidiós. Había sido probado por las circunstancias, y no había sido hallado falto.

-¡Dit-dit-dit-deeeeet!

A los doce años de edad, entraba ya en la cámara por la noche, viendo a Konor en su silla, el repique del cogitador, las ventanas sin cortinas. Doce años de edad y ya era tan alto como su padrastro, y más poderoso físicamente; uno o dos años más y él tendría que tener muebles, armas y armaduras hechas especialmente para él.

-¡Dit-dit-dit-deeeeet!

Konor creía en la contingencia. Cualquier plan, por muy perfecto que fuera, necesita un plan de contingencia. Guilliman creía que su padre sanguíneo lo pensaba también. La contingencia era algo en lo que Konor y el padre sanguíneo de Guilliman coincidían. Su consejo habría sido el mismo. No creer en la perfección, porque puede ser negada. Siempre tener una opción de repliegue con la que vivir. Saber siempre que una victoria se puede lograr de una manera diferente. Siempre tener la práctica para compensar cualquier teórico.

El Imperio del Hombre era la visión más perfecta de la unidad imaginable. El Emperador y sus herederos pasaron más de dos siglos en hacer de ello una posibilidad. Si no... Si ello fallaba, ¿qué quedaba¿ ¿Recurrir simplemente a la desesperación? ¿El colapso de un hombre hace que se recrimine al universo por comprometer su plan?

¿O hace que uno se reagrupe y encare la contingencia?

¿Demuestra así al destino que siempre hay otra manera?

Horus Lupercal, otro de los dieciocho Primarcas, pero, en opinión de Guilliman lejos de ser el mejor, había sido seleccionado como el heredero entre los herederos y, en un miserablemente corto espacio de tiempo, había sido hallado falto. Se había levantado en rebelión, volviendo también a algunos de los otros Primarcas contra su padre genético.

La primera vez que Guilliman había tenido conocimiento de este sacrilegio fue cuando los bastardos de Lorgar habían caído sobre los Quinientos Mundos en Calth y en su traición más oscura, habían hecho añicos ese planeta.

Vergonzoso. Atroz.

Habían pasado ya dos años y no hubo un sólo segundo que Guilliman no hubiera pensado en la traición de Lorgar y, por extensión, de Horus.

Guilliman se vengaría.

Sería simple venganza, en última instancia, el tipo de venganza que Konor le había enseñado a la vanguardia de un gladius.

-**¡Dit-dit-dit-deeeeet!**

Había una nueva estrella en el cielo esta noche. Hacía cien días que Guilliman había puesto un aviso en el antiguo y frio cogitador 'gestalt' para que le alertara de cualquier cambio estelar.

Guilliman sabía qué esperar si funcionaba. Sí. Y ésta noche, había visto la nueva estrella de inmediato. Había estado sentado en su silla, al lado del cogitador, frente a las ventanas, de la misma manera que su padrastro había pasado largas noches.

La estrella.

Una luz.

Un faro.

Esperanza.

-**¡Dit-dit-dit-deeeeet!**

Guilliman se inclinó y presionó el botón de cancelación para eliminar el persistente timbre.

Hubo un golpe en la puerta de la cámara.

-**Entre.**

Era Euten.

-**Mi señor…**- comenzó la anciana con la voz alterada.

-**Ya la he visto, 'mam'**- dijo Guilliman.

Euten parecía perpleja.

-**¿La aparición...?**- preguntó.

Guilliman se levantó.

-**Comienza de nuevo**- dijo.



Badorum, comandante de los Praecental, había reunido un equipo de hombres de la guardia nocturna en el pasillo que conducía a la galería de hidropónica. Según los estándares humanos, todos ellos eran hombres grandes y poderosos, aunque parecían meros niños al lado del Primarca.

Badorum era un oficial experimentado a finales de una edad media. Al igual que sus soldados, llevaba los colores del acero, la plata y el gris, con una corta capa azul cobalto. Su cromada arma de plasma, colgando de su correa, estaba impecable.

Euten la Chambelán, una frágil figura, alta y flaca como un palo, con un vestido largo y blanco, lideraba el camino, entre el fuerte sonido de las pisadas de su personal. Guilliman la siguió, impaciente por llegar, pero lo suficientemente respetuoso para moderar su caminar al ritmo de la anciana. El acceso estaba oscuro, como si las luces se hubieran apagado o atenuado. La única luminosidad provenía de los lúmenes y luces de las viseras de los guardias, junto con el tenue brillo verde de la galería más allá de la puerta.

Guilliman ya podía escucharlo: un salterio, un salterio bajo, pelando sus largas, puras y tristes notas en el aire de la noche. El eco era pronunciado. La galería hidropónica era un gran espacio, pero Guilliman estaba seguro de que no era lo bastante grande como para haber producido ese tipo de eco. El sonido parecía venir desde el corazón del mundo, como si se levantara de algún abismo hendido tectónicamente.

-**¿Qué has visto?**- preguntó Guilliman, ignorando el ruido de los arqueados saludos que Badorum y la guardia nocturna le ofrecieron.

-**Yo estaba recién convocado, señor**- dijo Badorum. -**¿Clenart? Él sí estaba aquí.**

El soldado dio un paso adelante y se quitó el yelmo con respeto.

-**Estábamos patrullando, mi señor, y al acercarnos a ésta galería**

fue cuando escuchamos por primera vez el ruido. Música, igual que ahora.

-**Clenart, mírame**- dijo Guilliman.

El soldado alzó los ojos para encontrarse con la mirada del Hijo Vengador. Tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás un largo trecho. -**¿Vio algo?**

-**Sí, mi señor, en efecto, así fue**- respondió el hombre. -**Una gran figura de negro. Parecía hecha de negrura. Salió de las sombras y era sólido. Estaba envuelto en hierro, mi señor.**

-**¿En hierro?**

-**En metal. Estaba blindado, incluso la cara. No era un visor, más bien era una máscara.**

-**¿Qué tan grande era?**- preguntó Euten.

-**Tan grande...**- comenzó el soldado. Hizo una pausa. -**Tan grande como él, mi señora.**

Hizo un gesto hacia el pasillo. Titus Prayto acababa de salir a la luz, escoltado por cuatro hermanos de batalla Ultramarines.

Tan grande como un Marine Espacial de las Legiones Astartes. Un gigante, entonces.

-**¿Otro avistamiento, mi señor?**- preguntó Prayto.

-**¿Puede escanear la zona?**- preguntó Guilliman.

-**Ya lo he hecho, pero lo haré de nuevo**- respondió Prayto. -**No hay ningún rastro psíquico aquí. Los monitores pasivos se habrían disparado mucho antes de que yo llegara.**

-**¿Pero oye la música, Titus?**

-**Lo hago, mi señor.**

Guilliman extendió la mano. Prayto, sin dudarlo, sacó su Bólter y lo posó en la palma de su Primarca que lo esperaba. Guilliman verificó su estado rápidamente y se volvió hacia la puerta de la galería. El arma era un poco demasiado pequeña para su mano. Se veía como una pistola.

-**Mi señor**- comenzó Badorum. -**¿No deberíamos nosotros adelantarnos y…?**

-**Suficiente, comandante**- dijo Prayto. No necesitaba leer la mente de su amo para estar seguro de la determinación de su intención.

Guilliman entró en la verde penumbra de la galería hidropónica. El interior, era cálido y húmedo. Las luces estaban encendidas siguiendo algún patrón de ciclo nocturno. Podía oír el murmullo del agua, alimentada por las bombas desde los tanques, y el goteo suave de la irrigación. Había un olor acre de hierba y hojas de mantillo.

La música fantasmal era más fuerte en el interior y su eco más profundo e inexplicable.

Prayto siguió a Guilliman. Había sacado su espada de combate. Badorum lo siguió, con su arma de plasma preparada, colgada del hombro y haciendo un suave barrido en busca de un objetivo.

-N**o puedo creerlo…**- empezó Badorum.

Las sombras se abrieron delante de ellos y una figura se alzó donde nada había estado un segundo antes. Pareció surgir de la oscuridad como si hubiera llegado a escena a través de alguna cortina invisible.

-**En el nombre de Terra**- soltó Guilliman.

La figura no era ninguna aparición. Era real y sólida. Más concretamente, la reconoció: la máscara de hierro, la armadura Mark III sin mantenimiento, la insignia de la IV Legión Astartes. Guilliman conocía demasiado bien el desparejo andar lisiado que hablaba de una enfermedad crónica e incurable. Era peor que la última vez que lo había observado.

-**¿Herrero de Guerra** (Warsmith en el original) **Dantioch?**- dijo.

-**Mi honrado señor**- respondió Barrabás Dantioch de los Guerreros de Hierro.

-**¿Cómo puedes estar aquí, Dantioch? ¡Ninguna nave ha llegado en las últimas semanas! ¿Cómo puedes estar aquí sin que sepamos nada de tu llegada?**

Guilliman se detuvo de repente. El saludo de Dantioch había ido acompañado de un eco distinto.

-**La última vez que escuché de ti**- prosiguió Guilliman -**estabas a medio Segmentum de distancia, en la Franja Este, en Sotha.**

-**Sí, mi señor, Guilliman**- respondió Dantioch -**y ahí estoy, todavía.**



2

PHAROS
(FARO, nt)

“Y dijo: “hágase la luz” y ésta se hizo,
y fue bueno.”

-proscrito. “Mito de la Creación”,
enseñanzas proto-Cathericas [pre-Unificación].



Dantioch, Herrero de Guerra de los Guerreros de Hierro, estaba de pie en la fría cámara, en lo alto de la cima del Monte Pharos, sosteniendo fijamente la mirada de Guilliman.

Era extraordinario. No había ningún retraso ni demora. La imagen y el sonido del Señor de Ultramar formaban una presencia perfectamente recreada. Era como si estuvieran juntos compartiendo la cámara, excepto porque el eco no acompañaba a la voz de Guilliman ni el vaho de su aliento surgía de sus labios, lo que sugería que la habitación que en realidad ocupaba era más pequeña y caliente.

-Perdonadme, mi señor- dijo Dantioch. Extendió una mano acorazada y presionó sus dedos contra el esternón de Guilliman. Se produjo una ligera resistencia cuando los dedos de Dantioch se deslizaron a través de la forma de Guilliman, causando una leve ondulación que, durante un momento, se propagó como una luz brillante a través de toda la imagen.

Dantioch retiró la mano.

-Lo siento- dijo. **-Parecía tan real.**

-¿Estas en Sotha?- preguntó Guilliman. -**¿Nos estamos comunicando a través de esta enorme distancia?**

Dantioch asintió.

-Estoy en una cámara conocida como Ubicación Primaria *Alpha*, cerca de la cumbre de la estructura del Pharos. Empezamos a probar el sistema hace tres semanas locales, el sistema ha estado funcionando durante dos semanas. Desde entonces he estado tratando de establecer comunicación.

Guilliman sacudió la cabeza, maravillado.

-Esta noche hemos visto su luz por primera vez- dijo.

-Aproximadamente cuando se estableció correctamente la alineación- señaló Dantioch. **-Lo que a su vez, ha permitido que ésta conversación pueda realizarse.**

-Pareces una estrella. Una nueva estrella.

-Le agradecería cualquier información que pueda enviarnos a través de éste enlace- dijo Dantioch. **-Entender más detalladamente cómo se nos recibe, nos permitirá afinar la conexión.**

-Esta es una tecnología de un nivel que apenas nos atrevemos a soñar, Herrero de Guerra- dijo Guilliman.

-Nosotros no la soñamos- respondió Dantioch. **-Fue soñada por seres que iban y venían por el universo mucho antes que nosotros. Sin embargo, usted sospechó que era valiosa, imaginó su potencial, y confió en mí para que desbloqueara sus secretos. Esta visión, tanto literal como metafóricamente, se la debemos a usted, mi señor.**



Shota era un mundo remoto, cerca del borde de la Franja Este de la galaxia. Se encontraba aún más lejos que Graia o Thandros, casi en los límites del feudo de los Quinientos Mundos y del territorio imperial.

No mucho más allá, en términos de viajes por la disformidad, estaba el borde del Segmentum Ultima y el borde de la galaxia humana. En estos vastos espacios había pocas estrellas y sistemas, y después no había nada más, solo se extendía el frío y negro espacio del vacío intergaláctico.
Shota era un mundo precioso, uno de los pocos planetas descubiertos

en la franja este de la galaxia con un ecosistema comparable al terrano. Poseía océanos vivos, densos bosques y masas montañosas. Poseía formas de vida animal inferiores, como aves, insectos. Curiosamente, no había formas de vida más elevadas, ni ningún rastro visible de xenos o de su colonización. Guilliman y las flotas expedicionarias de Ultramar habían considerado que en éste mundo se daba una curiosa particularidad: si había algo casi seguro, era que durante la gran expansión hacia el exterior de la 'gran era de la tecnología', los planetas comparables a Terra era raros y preciosos. Parecía muy poco probable que Sotha hubiera sido pasado por alto o permaneciera perdido ante los grandes colonizadores, pero no había prueba alguna de que ningún tipo de presencia humana hubiera llegado hasta Sotha, ni siquiera de una colonia que se hubiera establecido para luego desaparecer.

A continuación, los topógrafos comprendieron la verdad sobre el Monte Pharos, el más alto de todos los picos de las majestuosas cordilleras del planeta.

Los planes para la plena colonización fueron detenidos. Por contra, se aprobó la fundación de una pequeña colonia agroindustrial en Sotha para apoyar a la misión de arqueólogos y xenoculturologos asignados al Monte Pharos.

Una compañía completa de los Ultramarines, la 199ª, fue enviada a Sotha como destacamento de protección permanente, y al planeta se le dio la clasificación de "Restringido".

Todo eso había sucedido ciento veintisiete años antes.



Dantioch estaba fuera, sobre el promontorio, viendo atardecer, cuando el Ultramarine de la compañía de protección vino a decirle que por fin parecía que había signos de contacto.

Era cuestión de tiempo. Los antiguos sistemas de Pharos, grandes motores de pulso cuántico con una finalidad casi inescrutable, habían estado en funcionamiento durante dos semanas. Dantioch había comenzado a temer que él, y los hombres que trabajaban junto a él, hubieran malinterpretado la finalidad y uso de los artefactos.

Caía la tarde, un momento en particular, cuando la luz pasa justo por encima de los bosques y el lejano mar comenzaba a sesgar a lo lejos,

llenando los resquicios y grietas de la cumbre de la montaña con una luminosidad fantasmal.

Era el mejor momento para apreciar todo el esplendor de la estructura.

-¿Por fin hay alguna señal?- preguntó.

Uno de los Ultramarines, un sargento llamado Arkus, asintió. Estaba acompañado por dos jóvenes de la sección de exploradores (Scouts en el original) de la compañía. Los Ultramarines de la 199ª habían dado lo mejor de sí mismos durante su estancia en Sotha, adoptando con orgullo su especial deber. La compañía había adoptado el nombre de "Aegida" o "Escudo" mientras servían lejos del resto de la Legión. También habían tomado un símbolo como icono de su compañía. Los dos exploradores lo llevaban en sus hombreras.

-Hay señales de algo, señor- dijo Arkus. **-Ruidos en las… las cámaras acústicas.**

-Por fin- dijo Dantioch. El Herrero de Guerra cojeó a lo largo del promontorio, siguiéndolo hasta el interior de la montaña. Cada paso le suponía un gran esfuerzo debido a su enorme físico, enmarcado por el hierro. Ya no intentaba disfrazar los atenuados jadeos de dolor que le producían cada paso que daba. Había sido genéticamente creado para resistir esfuerzos sobrehumanos, y por el maldito Emperador, que los resistiría.

En el umbral de una de las grandes aberturas que se abrían, como la cuenca de un ojo gigante, en la ladera de la montaña, Dantioch se volvió para mirar el cielo del atardecer. Más allá de las altas nubes, podía detectar la maligna alteración de la Tormenta de Ruina. Por lo general, era más fácil verla durante la noche, pero incluso durante las horas del día, eran visibles los espasmos de la disformidad y las brillantes ondas a través del espacio.

El punto de arranque de la Tormenta de Ruina había sido el ataque a Calth, veintiocho meses antes. Sus horribles efectos se habían extendido rápidamente por todo el Segmentum y habían envuelto a los Quinientos Mundos de Ultramar.

Nadie sabía hasta donde se extendían los efectos de la tormenta. Algunos decían que abarcaban toda la galaxia. Lo único cierto era que los Quinientos Mundos ya no eran aptos para navegar, excepto en misiones de gran riesgo. El comercio y las comunicaciones se habían derrumbado. Ultramar, un único y admirable ejemplo de gobierno, se arruinó. Por otra parte, el tránsito interestelar entre la Franja Este y los

segmentos centrales y la amada Terra, era totalmente imposible. A todos los efectos, la galaxia estaba cortada en dos.

Lord Barabas Dantioch, Herrero de Guerra de la IV Legión, los Guerreros de Hierro, era técnicamente un traidor. Era un traidor al Trono y a Terra, porque su Legión había cruzado la línea y se había puesto al lado de Horus, el renegado Señor de la Guerra. Al mismo tiempo, era un traidor a su propia Legión, porque había abjurado de los Guerreros de Hierro y había permanecido con los leales. Estaba solo, asediado por las lealtades en conflicto en el nuevo y dividido Imperio.

Por supuesto, cualquier tipo de asedio era dominado por cualquier Guerrero de Hierro, sin que importaran sus lealtades. Ninguna otra Legión poseía su maestría en el arte de la fortificación, exceptuando tal vez a la VII Legión, los Puños Imperiales. Dantioch estaba seguro de que las técnicas y la habilidad de ambas legiones serían puestas a prueba definitivamente antes de que terminara la guerra civil. De hecho, dado que los fundamentos del Imperio ya había sido puesto patas arriba por la rebelión de Horus, parecía muy poco probable que la antigua rivalidad no fuera probada durante la guerra.

Debido a su excelencia en el guerra de asedio, y a su incondicional lealtad al Emperador, Barabas Dantioch había sido reclutado por los Señores de Ultramar para que los ayudara a defender y construir el mayor plan de contingencia, y posiblemente la segunda herejía más grande, que había conocido el Imperio.

Dantioch había aceptado el reto. Había supuesto que sería empleado en la fortificación de las defensas físicas de Macragge y de otros mundos clave de Ultramar. Ese era su fuerte.

Entonces, el Hijo Vengador le había revelado los misterios largamente secuestrados en Sotha y Dantioch se había dado cuenta de que la supervivencia de un pequeño imperio como Ultramar dependía menos de sus defensas físicas y más, mucho más, del fortalecimiento de las instituciones y funciones de gobierno.

Estuvo totalmente de acuerdo con Roboute Guilliman. Sotha ofrecía un camino para vencer a la Tormenta de Ruina, algo mucho mejor que clavar tablas para intentar frenar su ira.

Dantioch había pasado los últimos nueve meses trabajando en ello, desbloqueando los misterios de Sotha y activando los antiguos secretos del planeta.

La menguante luz del día brilló sobre la abertura de la roca y la gran cámara en espiral. Los espacios interiores de Pharos, todos y cada uno de ellos abiertos en el interior de la roca de la montaña mediante un proceso que nadie había sido capaz de explicar aún, le recordaba a Dantioch los espacios interiores de una gran concha de caracol. Las paredes y techos eran lisos, pulidos y curvos. No había líneas rectas ni aristas. Las enormes cámaras, orgánicamente curvas, llevaban una a otra, o, a veces, estaban conectadas por pequeñas cámaras en forma de matraz, o por pasillos espirales redondeados, que parecían vasos sanguíneos. Todos eran de un negro brillante, pulidos, un tratamiento de la superficie de la roca viva que era muy duradero y resistente al rayado o al corte. Las paredes eran como espejos negros, pero devolvían muy poco reflejo, sólo una sombra mínima, y absorbían muy poca luz, excepto cuando, al final de cada día, la luz de la puesta del sol las inundaba a través de los resquicios de la cumbre de la montaña, y una curiosa luz dorada goteaba y bañaba las cámaras de Pharos, hasta lo más profundo de la montaña, como fuego líquido corriendo por las negras y pulidas paredes.

Los primeros exploradores que encontraron el monte Pharos, fueron hombres que trabajaban en las flotas enviadas por Guilliman para expandir el reino de Macragge, y reencontrar antiguos feudos que habían formado parte del reino antes de la ‘era de los conflictos’. Este había sido siempre el sueño de Konor. Konor había gobernado Ultramar desde Macragge, pero su Ultramar era solo una sombra, una pequeña fracción de lo que había sido la cultura de Ultramar antes de la ‘Larga Noche’. Konor estaba decidido a reconstruir los míticos Quinientos Mundos y, después de su muerte, Guilliman estaba decidido a cumplir las ambiciones de su padre. Fue entonces, mientras estaba reconstruyendo los Quinientos Mundos, y convirtiéndose en el mayor imperio galáctico, cuando las flotas cruzadas de Terra alcanzaron Macragge y Guilliman había conocido finalmente a su padre sanguíneo, y conoció su verdadera herencia.

Que Pharos era una inmensa estructura de origen xenos era más que obvio. Por eso Sotha había sido declarado como zona restringida y puesto bajo vigilancia mientras se investigaba a fondo. Guilliman, con una gran visión de futuro en otros aspectos, tenía una desconfianza natural a las tecnologías no construidas por los hombres, especialmente de aquellas que no podían ser fácilmente entendidas y alteradas. El faro de Sotha era muchas cosas en potencia, con muchas posibles funciones, y Guilliman era muy cauteloso respecto a todas ellas. Se estableció una misión de investigación en el planeta, un mundo que de otra forma hubiera sido colonizado rápidamente, y se fundó una comunidad de colonos para apoyar a los científicos.

Esto divertía a Dantioch. Los colonos eran simples trabajadores agrícolas, que se encargaban de la producción de alimentos y del cuidado y cría del ganado. Llevaban unas vidas sencillas y bucólicas en las faldas de la montaña. El crecimiento de los bosques en las laderas era rápido y vigoroso. Les había llevado varios años el limpiar las entradas de las cuevas, solo para obtener un acceso a las mismas. Cada verano, los trabajadores del campo, llegaban desde los campos de cultivo de los valles de las tierras bajas, con su guadañas y hoces, y trabajaban para eliminar la hierba y arbustos que crecían cada año y que comenzaban a invadir y ahogar de nuevo los relucientes y negros pasillos.

Esta sencilla tradición rural, que tenía ya más de cien años, había dado lugar a la elección del icono de la compañía de protección.

Los habitantes de la comunidad agrícola no sentían ningún temor en particular hacia Pharos. Para ellos era, simplemente, otra parte de su mundo. A menudo utilizaban sus aberturas de obsidiana como simples cuevas, para refugiarse ellos y su ganado cuando llegaban las tormentas. También hacía mucho tiempo que habían descubierto las extraordinarias cualidades acústicas de las cámaras y salas unidas, ellos habían llevado hasta las profundas cuevas sus flautas, cuernos y salterios, creando una música de una belleza y un misterio sin precedentes.

Cuando Dantioch llegó para inspeccionar Pharos, comprendió desde el primer momento que las cámaras interconectadas no habían sido concebidas como espacios habitables, al menos, no para seres con dimensiones humanoides. A menudo, había lugares de acceso casi imposible entre las diferentes cámaras: caídas profundas y pulidas; suaves curvas verticales; pendientes imposibles. No había escaleras ni pasarelas. En un caso en particular, una enorme cámara trilobulada, casi con la forma de un estomago, tenía un pozo, un tubo pulido de setecientos metros de profundidad, que se abría al techo de otra gran sala semiesférica de cien metros de alta.

Durante los últimos años se había llevado a cabo un largo y laborioso proceso constructivo, creando niveles accesibles con pasarelas prefabricadas de diseño PCE (Plantillas de Construcción Estándar, nt) para crear toda una red de plataformas, escaleras y puentes con el fin de que los seres humanos pudieran explorar y atravesar el casi interminable interior de Pharos.

Dantioch y los Ultramarines que le escoltaban descendieron por una

de esas pasarelas. El sólido y estable material imperial, atornillado a las pendientes, parecía basto comparándolo con las suaves curvas de las cámaras de Pharos. Se trataba de chapas metálicas sin pintar con el sello del Aquila Imperial, procedentes de una plantilla estándar, que crujían bajo el peso del paso de los marines espaciales. Cuando estos caminaron por las pulidas superficies negras, sus pasos sonaron más suaves. Los pasillos, escaleras y plataformas fueron eclipsados por las sombrías cámaras, y parecían frágiles en comparación con las negras y brillantes curvas y pendientes.

Arkus y sus exploradores acompañaron pacientemente al lisiado Herrero de Guerra hasta la llanura abisal de la Ubicación Primaria *Alpha*. Durante el viaje, se cruzaron dos veces con grupos de trabajadores agrícolas que estaban cenando y tocando sus instrumentos musicales. Oberdeii, uno de los exploradores, y el más joven de toda la compañía, los espantó. Pharos había sido declarado oficialmente como zona restringida desde el momento en el que Dantioch había puesto en marcha los motores de pulsos cuánticos situados en las profundidades del núcleo de la montaña. Todos ellos podían escuchar, o al menos sentir, el latido infra-sónico de los enormes y antiguos dispositivos.

Dantioch llegó hasta la Ubicación Primaria *Alpha* e hizo una seña para que su escolta se retirase. El Guerrero de Hierro ya estaba bastante seguro de entender la función de Pharos, incluso antes de llegar a Sotha, solo con los planos que había estudiado. Guilliman también lo había deducido. El Herrero de Guerra estaba seguro de que la Ubicación Primaria *Alpha* era el centro de todo el mecanismo. Dantioch se encontró refiriéndose a ella en sus notas como el "*Escenario de Sintonía*" o como la "*Caja de Resonancia*". Era una enorme cueva, negra y pulida, con un techo en forma de cúpula y un suelo casi plano.

Los fantasmas caminaban por ella, imágenes de cosas situadas a muchos años luz de distancia, atraídas por los procesos cuánticos. A menudo, las vistas eran fugaces, pero siempre reales. A Dantioch le había tomado dos semanas e inmensos cálculos astronómicos ajustar Pharos como él deseaba.

Mientras caminaba hacia el "*Escenario de Sintonía*", Dantioch vio a Guilliman comparecer ante él, como si fuera de carne y hueso.

Por fin había logrado sintonizar el dispositivo xenos hacia el lejano Macragge.



-Es como usted creía que sería, mi señor- dijo Dantioch. **-El Pharos es parte de un antiguo sistema de navegación interestelar. Es, a la vez, un faro y un localizador de rutas. Y, como acabamos de ver, también permite la comunicación instantánea a través de distancias inimaginables.**

-Dices "como yo creía que sería", Dantioch- dijo la imagen de Guilliman **-pero, la verdad, es que nunca tuve la menor idea de qué clase de tecnología era.**

-Yo tampoco lo entiendo completamente, mi señor- respondió el Herrero de Guerra. **-No hay duda de que implica principios del entrelazamiento a nivel cuántico. Pero creo que, a diferencia de nuestra tecnología de la disformidad que utiliza el immaterium como vía alternativa al espacio real, éste método permite la tele-transportación cuántica de un punto a otro, quizás a través de una red de portales. También creo que su función fundamental no se basa en la energía psíquica si no, más bien, en el poder de la empatía. Es un sistema empático, ajustado a las necesidades del usuario, no a su voluntad. Más tarde podré ofrecerle unas conclusiones más completas.**

-¿Pero, es un faro de navegación?- preguntó Guilliman.

-En general, sí.

-¿Has dicho que formaba parte de una red?

Dantioch asintió.

-Creo que deben existir otras estaciones como Pharos, o existieron, en otros mundos, por toda la galaxia.

Guilliman hizo una pausa.

-Soy reacio a utilizar la tecnología xenos, pero hemos perdido la luz del Astronomicón por culpa de la Tormenta de Ruina. Para mantener unido Ultramar, para reconstruir los Quinientos Mundos, es necesario poder restablecer las comunicaciones y los viajes siderales. Debemos poder navegar y desplazarnos libremente. Tenemos que romper y expulsar ésta era de oscuridad. Este es el primer paso para nuestra supervivencia. Así

es como podremos luchar y derrocar a Horus y sus aliados demoniacos. Dantioch, te felicito y te doy las gracias por el inigualable trabajo que has realizado, y el que aún tienes por delante.

-Gracias, mi señor.

Dantioch se inclinó con mucha dificultad.

-¿Herrero de Guerra?

-¿Sí, mi señor?

-Ilumina Macragge.



3

DESDE EL CORAZÓN DE LA TORMENTA

"¡Aguantad! (Hjold en el original)
El mar está contra nosotros, porque es el mar,
la oscuridad está contra nosotros, porque es la oscuridad,
pero vamos a seguir remando, hermanos, nos romperemos la espalda en cada golpe, remaremos porque ningún otro tipo de vida o comodidad nos espera.
¡Fja vo! ¡Sobreviviremos! ¡El mar y la oscuridad son nuestro mundo!
Nosotros, hasta la eternidad, navegaremos sobre las tormentas."

-de *La Gente del Mar* (Eddas Fenrisianas).

('¡Hjold! The sea is set against us, for it is the sea, and the darkness is set about us, for it is the darkness, but we will row on, brothers, backs breaking into each stroke, we will row on because no other life or comfort awaits us.
¡Fja vo! Survive! The sea and the dark are our context! We will, before eternity, out-row all storms.'
–from The Seafarer (Fenrisian Eddas)

En el original)



El casco de la nave había estado gritando durante meses. Gritando como un recién nacido arrojado a las manadas nocturnas.

Su nave se llamaba *Luna Vieja* (Waning Crescent en el original); un clase Zeta, una nave correo. No era un orgulloso navío de guerra o la gran

nave con capacidad para navegar por la disformidad que podían haber esperado, pero sólo eran una compañía de Lobos insignificante, y Leman Russ no podía desperdiciar recursos.

Fafnir Bludbroder sintió que su corazón se henchía de orgullo cuando Russ le dio sus órdenes. Era una tarea encomendada por el mismísimo Sigilita a la VI Legión. Sin embargo, Fafnir había sentido que ese mismo corazón se hundía cuando se dio cuenta de que la suya no iba a ser una gran y peligrosa expedición, con acorazados y barcazas de batalla, sino solo diez hermanos Lobos, en una humilde nave, hacia el lejano Ultramar.

De todas formas, Fafnir recuperó el ánimo, aceptó el pliego de pergamino en el que estaban escritas sus órdenes y se inclinó ante el Primarca de la VI Legión.

-Ojor hjold. Lo haré, mi señor- le había contestado.

Se habían preparado para el viaje, hecho sus juramentos y consagrado para lo que iba a ser una de las obligaciones más espantosas que cualquiera de las Legiones Astartes jamás hubiera llevado a cabo.

Tres semanas después del comienzo de su viaje, la disformidad se había oscurecido, se levantó la tormenta y la nave comenzó a gritar. Había estado gritando desde entonces.

La mayor parte de los tripulantes, la tripulación humana, se habían vuelto locos. Los Lobos de Fenris se vieron obligados a matar a algunos, y a encerrar a la mayoría del resto, por su propia seguridad. La *Luna Vieja*, además de diez guerreros de los Lobos Espaciales de la VI Legión, llevaba muestras de grano modificadas genéticamente y un cargamento de cerámica. Al cabo de un solo día, la violencia de la tormenta de la disformidad había roto todas las cerámicas en las bodegas. Los gritos… Los gritos eran…

Era como si el mundo se acabara. La Sangrienta Puesta de Sol de las leyendas, el fin de todo, el lobo comiéndose su propia cola, el final del gran ciclo, al que le seguiría la salida de la fría luna del más allá. Fafnir se había visto obligado a amarrar al lloriqueante capitán a su trono de mando. Bo Soren, conocido como el “Hacha”, montaba guardia día y noche junto a la capsula del navegante, con la hoja lista para concederle la misericordia. Malmur Longreach, con una lanza en una mano y el bólter en la otra, montaba guardia junto a los motores. Shockeye Ffyn, Kuro Jord Rock, Hudson Allfreyer, Mads Lorenson y

Salick, el “Trenzado”, patrullaban por turnos los camarotes vacíos y los resonantes pasillos y escaleras de la nave condenada, en busca de apariciones.

Biter Herek vigilaba los compartimientos de proa.

Nido Kniferson vigilaba las cámaras de popa.

Ninguno de ellos encontró oposición.

La disformidad había expulsado formas demoniacas, criaturas que habían traspasado los gritos y se habían deslizado a través de las placas del casco de la nave. Los Lobos se encargaron de ellas. Se habían visto obligados a reagruparse, mantener las posiciones y manchar sus hojas de sangre para empujar de nuevo a esas cosas a la disformidad. Malmur estuvo dos noches luchando en la sala de los espasmódicos motores. Kuro había perdido un brazo cuando unas fauces, negras como la brea, habían aparecido de la nada. Biter Herek, había partido un cráneo en dos con su hacha, y lo había hecho todas las noches, hasta el punto que casi se convirtió en un ritual. Cuando el reloj principal de la nave daba las cuatro, el cráneo aparecía en los compartimientos de proa, y Biter estaba listo para saludarlo con su hacha y partirlo.

Todos tenían historias, episodios de una saga que ninguno de ellos viviría lo suficiente para poder transmitir a un escaldo, y éste a su vez, los volviera a contar.

Era un viaje condenado. Los Lobos creían que cada día, marcado por los cada vez menos fiables relojes de la maltrecha nave, sería el último.

Luego, su viaje y su saga terminó de la manera más inesperada; no en las fauces del lobo de la fatalidad, o empapados en su propia sangre, derramada por una hoja o por los colmillos del enemigo.

No, su saga terminó con una luz, un faro.

Una esperanza.



De alguna manera, se habían convertido en amigos durante el viaje a través de la tormenta. Eeron Kleve, de la X Legión de los Manos de Hierro, con su capa negra por el luto, y Timur Gantulga, de la V Legión

de los Cicatrices Blancas, pálido como la helada tundra.

Sus caminos se habían cruzado en Neryx, donde las fuerzas de Kleve habían sido atrapadas durante el vuelo después de la masacre de Isstvan, donde habían perdido a su amado Primarca. Finalmente, sesenta días de combates a través del cinturón de asteroides habían terminado, cuando los Hijos de Horus que ya casi habían aferrado la garganta de Kleve, fueron expulsados por la fuerza de ataque de Gantulga.

Los informes sobre la traición del Señor de la Guerra ya habían comenzado a extenderse por la galaxia, y la fuerza de Gantulga había sido enviada a la caza de objetivos. Su misión había sido encontrar confirmación sobre la atrocidad y el culpable, pero Gantulga había encontrado toda la confirmación que necesitaba cuando vio con sus propios ojos como ocho naves de guerra con las insignias de Horus perseguían a una maltrecha barcaza de la X Legión, como perros de presa acosando a un oso herido.

Los Hijos de Horus no se habían ido en silencio. Sabiendo que los gritos astropáticos de sus muertes atraerían rápidamente a más de su especie, los Manos de Hierro y los Cicatrices Blancas se habían agrupado y marcharon hacia Momed, donde se reunieron con otros Manos de Hierro. Gantulga había pasado a la barcaza de Kleve para compartir informes de inteligencia antes de que la flotilla conjunta pasara a la disformidad.

Después, la tormenta los había alcanzado y se habían perdido. Su extraña travesía había comenzado.

Gantulga no contaba las horas o los días. Para él, el tiempo era algo fluido.

-El tiempo, no es más que la distancia entre dos objetos- dijo, como solía decir cuando se le mentaba el tema.

Kleve no tenía esa opción. Los ajustes de sus implantes ópticos le mostraban automáticamente el paso del tiempo local. Se lo señaló a Gantulga, y el Cicatriz Blanca se encogió de hombros, como señalando que, si bien los datos carecían prácticamente de todo sentido, apreciaba que lo compartiera con él.

Cuando la muerte de Ferrus Manus fue confirmada, Kleve había decretado que sus compañías observarían diez años de luto. Pero, como dentro de la tormenta el tiempo no tenía sentido y era extrañamente fluido, se limitaba a un arbitrario recuento en la esquina

de la periferia de su visión, Kleve también había declarado que el duelo solo comenzaría una vez que estuvieran de vuelta al espacio real, cuando el flujo del tiempo se normalizara en el universo físico.

El duelo se convirtió en su obsesión, no así la liberación o la salvación, ni el escapar de la tormenta, ni siquiera el encontrar al enemigo para vengar a los caídos de su Legión. Lo único que realmente quería era poner fin al viaje y salir de nuevo al espacio material, para restablecer sus contadores y comenzar su duelo.

Ese día, otro simple periodo de tiempo marcado por la conveniencia del reloj de a bordo, con la nave sacudiéndose a través de la negra y eterna tormenta de la disformidad, Kleve encontró a Gantulga en la cámara de oficiales superiores, enseñando argot de combate chogoriano a algunos miembros de la compañía de Kleve y a un grupo de rememoradores. Gantulga creía que, si los Manos de Hierro conseguían aprender la jerga privada de los Cicatrices Blancas, se podrían obtener beneficios estratégicos, por si debían luchar en estrecha colaboración contra un enemigo implacable que, de todas formas, ya conocía todos los códigos imperiales. Los rememoradores estaban presentes para aprenderlo y luego actuar como tutores de los otros miembros de compañía de Kleve, que no habían podido asistir debido a sus obligaciones. Kleve había pedido a los rememoradores que dejaran a un lado su función original, un trabajo creado para celebrar la gloria de la Gran Cruzada. Desde la traición, no había nada puro o digno que recordar. Lo único que Kleve consideraba digno de recordar era el pasado, antes de la traición, por lo que los rememoradores se habían adaptado, más que dispuestos y de buen grado, en memorialistas.
No obstante, este día, nada más que una marca sin sentido en el estoico cronómetro de Kleve y otro no-día para Gantulga, sí que podía ser un día para recordar.

Cuando Kleve entró en la cámara de oficiales, todos los Manos de Hierro presentes y los rememoradores se levantaron. Gantulga no lo hizo. Kleve se dirigió directamente a él.

-Hay una luz- dijo. **-Un faro.**

-Eso he oído- contestó Gantulga.

-Nos dirigimos hacia la luz- dijo Kleve. **-He dado las instrucciones pertinentes al capitán.**

-¿Sabemos si alguna de mis naves sigue con nosotros?- preguntó

Gantulga.

Kleve negó con la cabeza.

-¿Es la luz de Terra?- preguntó el Cicatriz Blanca, mientras se ponía en pie. **-¿Es el Astronomicón, la luz del Trono?**

Kleve negó nuevamente con la cabeza.

-Los datos no son concluyentes, pero no parece probable. Analíticamente, su patrón es similar, pero no igual. Sin embargo, estamos medio ciegos, y nuestros sensores apenas son fiables.

-Debemos dirigirnos hacia ella- acordó Gantulga. Luego sacó su larga espada, ligeramente curvada, y la puso en la mesa, frente a él. Posó sus manos sobre la superficie de la hoja e hizo un silencioso juramento, bendiciéndola para que conservara su agudeza y fiabilidad.

-¿Desenvainas tu espada?- preguntó Kleve.

-Yo soy un cazador- replicó Gantulga **-y así es como lo hacen los cazadores. La luz puede ser de Terra. Puede que haya alguna esperanza. Pero también puede ser un señuelo. Vamos a dirigirnos hacia esa luz, pero hagámoslo armados, hasta que sepamos lo que significa.**



Fueron saliendo desde el corazón de la tormenta, durante horas, luego días, más tarde semanas; solitarios navíos siderales, naves averiadas, flotillas destrozadas y los restos de flotas dispersas.

Eran los perdidos y los condenados, los supervivientes y los refugiados, los hombres que huían de las batallas o iban en busca de ellas, o simplemente, viajeros que buscaban refugio ante la locura de la Tormenta de Ruina.

Y llegaban a Macragge, una luz en la oscuridad.

Algunas eran naves que traían materiales e importaciones muy necesarias desde algún otro de los Quinientos Mundos. Todos traían noticias o retazos de información. Muchas eran naves de la Legión de Guilliman, navíos perdidos en su camino de regreso desde la brutal guerra subterránea de Calth, o de la amarga campaña que se libraba a lo largo de todo Ultramar contra los hijos traidores. Y otras, eran

naves de las Legiones derrotadas, o rotas como las llamaban algunos, Manos de Hierro, Guardias del Cuervo y un puñado de Salamandras. Las historias que traían eran las más amargas de todas.



-La Sala de Audiencias ya está preparada, mi señor- dijo Euten, suavemente.

Era una práctica diaria: el Señor de Macragge saludaba personalmente a los representantes de las naves que la luz había atraído a Macragge. Había algo de consuelo y alegría en eso, a veces, el reencuentro con viejos camaradas, o la acogida a un valioso guerrero. Sin embargo, también había dolor y desesperación, y un número cada vez mayor de historias que relataban la infamia y las pérdidas. Guilliman pensaba que su corazón se había endurecido por Calth hasta el punto en el que se re-forjo, como el denso núcleo de metal de una mortecina estrella, tan acostumbrado a sentir el dolor. Un corazón solo puede soportar cierto grado de dolor, luego deja de sentir nada.

Se había equivocado.

Estaba estudiando las defensas del sistema en una gran pantalla hololítica: Macragge y sus defensas orbitales, la disposición de los elementos de las flotas de Ultramar y los grupos de naves recién llegadas, las plataformas exteriores de armas y las estaciones vacías, las fortalezas estelares y las estaciones lunares, las barreras defensivas y los cascos señuelos, los campos de minas, las estaciones de vigilancia intermedia y las flotillas centinelas que custodiaban el punto Mandeville, las patrullas de reconocimientos, los pacientes cruceros de batalla, las baterías defensivas automáticas. Con ligeros toques de sus dedos, iba haciendo ajustes en determinadas líneas y re-ordenando las posiciones de las naves.

Euten sabía que realizar aquellos retoques era algo automático, la distraída actividad de una mente que apenas tenía que concentrarse para supervisar semejante complejidad estratégica.
Sabía, por experiencia, que la mente de Guilliman estaba en otra parte.

-¿Mi señor?

Guilliman no levantó la vista.

-Tres han muerto- dijo en voz baja. **-De lo que Logan se jactaba era cierto. Tres.**

-Mi señor.

Guilliman sacudió la cabeza, con los ojos todavía fijos en la pantalla.

-Las historias que me cuentan, Euten. Eso de que Horus, o cualquiera de los demás, se hayan vuelto contra nosotros, contra mí, contra mi padre… No puedo llegar a entenderlo. Mi único consuelo… El único consuelo que tengo, por lo que he aprendido durante nuestra amarga lucha contra Logar, es que algo los ha dominado, están contaminados. La disformidad está en sus cerebros. Eso no justifica ninguna de sus acciones, pero las explica. Actúan como locos, ya no son dueños de sí mismos.

Miró a la anciana Chambelán. Ella permanecía erguida y esbelta, apoyada en el bastón de su cargo. Su corto pelo era tan glacial como su vestido.

-Es algo difícil de aceptar, mi señor- dijo ella.

-Yo pensaba que eso iba a ser lo más duro- estuvo de acuerdo Guilliman. **-¿Pero que son unos hermanos que nos traicionan comparándolo con la muerte de tres hijos leales? Los supervivientes no han podido negar las informaciones al respecto. Ferrus está muerto. Los leales Corax y Vulkan, también muertos. Y luego, lo que nos ha llegado por boca de otros, las noticias sobre Prospero. ¿Hasta qué punto ha desafiado Magnus a nuestro padre que ha tenido que lanzar los malditos Lobos contra él? Y ahora, nos enteramos de las noticias del sistema Phall, y la confirmación de que Perturabo también nos ha traicionado.**

El Primarca se puso en pie.

-¿Cuántas noticias, aún peores, desconocemos? ¿Me pregunto qué será lo siguiente? ¿Qué Terra ya está en llamas? ¿Qué mi padre ha muerto? Si la mitad de mis hermanos se han unido al traidor de Horus, entonces, ¿quién nos queda? Tres de los considerados leales ya están muertos. ¿Quién más? ¿Dónde está el Khan? ¿Dorn está ardiendo junto a Terra? Se dice que Sanguinius y su Legión están perdidos. El León ha desaparecido en la oscuridad. ¿Acaso los traidores han logrado cazar al Rey Lobo y lo han hecho pedazos? ¿Estoy solo?

-Mi señor, nunca…

Guilliman levanto una mano.

-Solo estoy pensando en voz alta, 'mam'. Me serenaré antes de llegar a la Sala de Audiencias. Sabes que lo haré.

Ella asintió.

-Con lo único que puedo contar es con los hechos que considero sólidos y probados- dijo Guilliman. **-Macragge sigue en pie. Mi Legión sigue en pie. Mientras estos dos hechos permanezcan, seguirá existiendo un Imperio.**

Colocó su manto alrededor de sus anchos y blindados hombros, y fijó el broche junto a su garganta. Llevaba la versión ceremonial de su temible armadura con garras, y no portaba armas. En su acostumbrado rito diario de saludar a los que llegaban a la luz desde la tormenta, Guilliman nunca llevaba armas personales.

Euten contempló a su amado señor, mientras éste, se arreglaba el manto. Lo miró, más que nunca, como un monarca. De alguna forma, la ausencia de armas le hacía parecer más poderoso.

-Solo podemos contar con nosotros mismos- dijo Guilliman. **-Hemos estado esperando durante demasiado tiempo, debemos hacer una declaración. No podemos permitirnos el lujo de perder más tiempo. No podemos darnos el lujo de esperar a saber si Terra aún perdura, o si mi padre aún respira. Por el bien de la Humanidad, así es como lo hubiera querido mi padre, el Imperio comienza aquí de nuevo. Ahora.**

El Primarca caminó hacia la puerta de la cámara.

-Y yo, personalmente, mataré a cualquier bastardo que intente detenerme.



4

EN EL SALÓN DEL SEÑOR DE ULTRAMAR

"Nunca te interpongas entre un depredador y su presa, o entre un rey y su trono."

-proverbio, de Illiryum.



-Aquí nadie debe arrodillarse- dijo Guilliman mientras entraba en la Sala de Audiencias, pero todos los presentes ya se habían arrodillado. La Sala era enorme, sus paredes estaban ricamente labradas en oro y plata, el altísimo techo se apoyaba en un millar de columnas con capiteles de pétalo. Al otro lado del amplio piso de mosaicos blancos y negros, cientos de visitantes se habían arrodillado e inclinado sus cabezas. Casi dos tercios de ellos eran Marines Espaciales de diferentes Legiones.

-Aquí nadie tiene que inclinarse- dijo Guilliman. **-Habéis llegado a Macragge y sois bienvenidos. Permitidme que os salude.**

Guilliman, flanqueado por los imponentes Exterminadores Catafractos (Cataphractii en el original) de sus guardaespaldas Invictus, se acercó al grupo más cercano. Levantó al líder, sus manos abrazaron las hombreras del guerrero.

-Dime tú nombre- dijo.

-Verano Ebb, capitán, Escuadra del Silencio, Guardia del Cuervo- respondió el Marine Espacial.

-Tu pérdida es mi pérdida, capitán- dijo Guilliman.

-Y su esperanza es mi esperanza- le respondió Ebb. **-Pongo todas mis fuerzas bajo su mando, mi señor. No le pido nada más que la**

oportunidad de luchar en Ultramar y matar a los asesinos.

-Yo nunca te pediría más. Tu lugar está aquí, Verano. Bienvenido.

Verano asintió, hizo una breve reverencia y señaló a las escuadras que estaban junto a él.

-Sardon Karaashison, de los Manos de Hierro, y todos sus parientes que fue capaz de salvar. Junto a él, Zytos, de los Salamandras, y sus hermanos.

Guilliman los miró.

-¿Os comprometéis como se ha comprometido Verano?- les preguntó.

Karaashison era una criatura con muy poca carne y una orgullosa armadura blanca y negra. Llevaba aún puesto su casco, sin duda porque había poca carne debajo de él. El yelmo era su rostro. Los visores de su casco brillaban rojos.

-Sí, mi señor- respondió. **-Estaré en pie junto a cualquiera que se oponga a Horus.**

Zytos se había quitado el casco de su armadura verde y lo llevaba bajo el brazo izquierdo. Su piel era casi tan oscura como el acabado negro de la armadura de Karaashison. Sus ojos eran extrañamente brillantes, tan brillantes como los visores mejorados del guerrero Manos de Hierro.

-Lamentamos la perdida de nuestros hermanos, los Manos de Hierro y la Guardia del Cuervo- dijo con un suave acento **-y estamos humillados y ensangrentados. Pero los Salamandras de la XVIII Legión no están de luto. Hemos resuelto permanecer firmes, y confiar en que nuestro Primarca, su hermano, haya sobrevivido. Hasta que no veamos una prueba, no lloraremos su muerte.**

-¿No es eso una falsa esperanza, Zytos?- preguntó Guilliman.

-Solo es pragmatismo, mi señor.

-Se podría argumentar que un enfoque pragmático sería aceptar lo peor y seguir adelante. La esperanza puede ser una carga.

-La esperanza también puede ser un arma- dijo el Salamandra. **-El**

hecho de que no vayamos a llorar, no significa que no vayamos a luchar. Nos comprometemos con usted, haremos la guerra a su lado, y nuestro grito de guerra será "¡Vulkan vive!" Sus palabras serán órdenes para nosotros, mi señor, hasta el día en el que nuestro grito de guerra se convierta en verdad.

Guilliman pasó al siguiente grupo, unos cuantos maltrechos Puños Imperiales liderados por un descomunal gigante. El Marine había sido mutilado en una batalla, pero se había negado a aceptar más atenciones que la estabilización médica más básica. Había perdido uno de sus brazos, que parecía haber sido mordido.

-Alexis Polux- comenzó a decir **-capitán de la 405ª compañía y…**

-Ya te conozco, Alexis- dijo Guilliman.

-Me siento halagado, mi señor. No estaba seguro de que me recordase.

-Suelo recordar a todos los oficiales que mis hermanos consideraban como excepcionales. He leído tu informe. Vuestra participación en la batalla del sistema Phall.

-Fue un asunto sangriento, mi señor.

-Mostraste un brillante pensamiento estratégico. Los Guerreros de Hierro te superaban en número y armamento.

Polux no respondió.

-¿Escapaste en una nave capturada? ¿El *Contrador*?

-No fue una huida. Fue una salida, mi señor- dijo Polux. **-Nuestro Primarca nos dio la orden de regresar de inmediato a Terra. Nosotros no desobedecemos órdenes.**

-¿A pesar de las pérdidas que sufristeis al retiraros?

-Lamento las pérdidas- dijo Polux. **-Pero, más que eso, lamento no haber terminado mi trabajo. Mi flota de retribución ya lo tenía, mi señor. Estábamos cerca de matar al bastardo.**

Se hizo el silencio en toda la Sala. Traidor o no, nadie estaba acostumbrado a escuchar referirse a uno de los hijos del Emperador con semejante desdén.

-Perturabo es mi hermano- dijo Guilliman.

-Mis disculpas, mi señor- dijo Polux. **-No quería decir…**

-También es un bastardo, tres veces sea maldito- dijo Guilliman. **-No cuides lo que dices en mí presencia. Alexis, hay dos cosas que tienes que hacer. Primero, aceptar las atenciones médicas que podemos ofrecerte aquí, así podrás restablecerte y ser renovado. En segundo lugar, cuando te recuperes de tus heridas, te unirás a mí, para acabar el trabajo que comenzaste en Phall.**

Polux vaciló, luego asintió.

-Lo acepto, mi señor- dijo **-pero con ciertas condiciones. Tengo órdenes de regresar a Terra, y no pienso desobedecerlas.**

-Ya no hay un camino a Terra- dijo Guilliman. **-Terra puede que ya no exista.**

-¿Cree que mundo del Trono ha caído?- preguntó Polux.

-Estoy seguro de que es el objetivo principal del Señor de la Guerra.

-Entonces, más razones aún para reagruparnos, rearmarnos y lanzar todas nuestras fuerzas hacia Terra- declaró Polux.

-¿Alexis, cuánto tiempo estuviste perdido en la Tormenta después de Phall?- preguntó Guilliman. **-Te estoy diciendo que ya no hay una ruta hacia Terra. Ahora sólo hay una luz en la oscuridad. No tenemos otra opción que fortificarnos y consolidarnos aquí. Además, creo que tengo la autoridad suficiente como para poder revocar tus órdenes.**

-¿Cómo es eso, mi señor? - preguntó Polux.

-Alexis- dijo Guilliman. **-Tengo la antigüedad y el grado necesarios. Hasta que llegue alguien que lo supere, yo soy quien está al mando. Y tengo la intención de utilizar los derechos que eso me concede. Hay que salvar el Imperio. Las especulaciones y la indecisión son rasgos que no son útiles en estos momentos.**

Polux miró al Señor de Ultramar. Era uno de los pocos Marines Espaciales que, remotamente, igualaban la escala física del Primarca.

-¿Qué ha hecho aquí, mi señor?- preguntó. **-¿Qué pretende hacer aquí?**

-Estoy defendiendo los Quinientos Mundos, Alexis- le respondió Guilliman. **-Estoy fortaleciendo lo que resta del Imperio en Macragge. Tenemos un faro, una cierta seguridad de tránsito y la posibilidad de reagruparnos correctamente. A todos los efectos, esto es el Imperio.**

-¿Y eso en que le convierte?- preguntó Polux. **-¿En nuestro Emperador?**

-Yo no pretendo heredar nada- dijo Guilliman, retrocediendo ligeramente. **-Como Zytos, voy a esperar más pruebas antes de tomar ninguna medida drástica. Pero si mi padre ha muerto y yo soy el último Primarca leal con vida, entonces sí, yo soy el Imperio.**

-Si esas son las circunstancias, le seguiré- dijo Polux **-pero le advierto, solo será hasta que estemos seguros.**

-¿Estoy casi seguro de que estás familiarizado con "Ultramarines, conceptos teóricos y prácticos"?- dijo Guilliman.

-Sí, mi señor.

-Todo es teórico, Alexis. El resto del Imperio, la seguridad de Terra, la supervivencia de mi padre. Macragge es lo único práctico. Es la única cosa que sabemos que tenemos, y en unos momentos tan peligrosos, es la única base en la que podemos confiar.

Alexis Polux parecía que tenía mucho más que decir sobre el asunto. Sostuvo la mirada de Guilliman y asintió.

-Las soluciones prácticas es lo más importante ahora- dijo. **-Me quedaré y lucharé a sus órdenes. Lucharé, al menos, hasta que aprenda algo más sobre lo que es práctico.**

-Gracias, Alexis- dijo Guilliman. **-Doy la bienvenida a cualquier experiencia que tú y tus hermanos puedan ofrecernos para mejorar nuestras fortificaciones y defensas. Los Puños Imperiales son bien conocidos, desde hace tiempo, por su maestría…**

Guilliman se detuvo. Se había dado cuenta del sonido del tranquilo y constante roce de una piedra de afilar contra una hoja.

Cerca de allí, un oficial de los Manos de Hierro esperaba la

oportunidad de saludar al Primarca junto a sus hombres y a un grupo de los Cicatrices Blancas. Guilliman le dio a Polux un tranquilizador golpe en su hombro y se dirigió hacia ellos. Parecían ser el origen del sonido.

-Eeron Kleve, de los Manos de Hierro- dijo Kleve, haciendo una reverencia. Tanto él como sus hombres estaban envueltos de pies a cabeza en capas negras. Ahora que ya habían regresado al espacio real, su duelo había comenzado.

-Yo soy Gantulga- dijo el líder de los Cicatrices Blancas, inclinando la cabeza con un sonido similar al chasquido de un arco. Tenía una reluciente espada desenfundada en su mano izquierda.

-Sed ambos bienvenidos- dijo Guilliman, agarrando las manos de Kleve. **-Aceptad mi oferta de resguardo y refugio de la Tormenta, ¿Kleve, he oído que tienes varias naves?**

-Una fuerza de ataque de los Cicatrices Blancas y mi propia barcaza de batalla, mi señor- le respondió Kleve. **-La mayoría de ellas consiguieron mantener la formación durante la Tormenta, pero perdimos dos naves.**

-¿Y vienes a mí con la espada desenvainada?- le preguntó Guilliman al Cicatriz Blanca.

-Sí, pero con mi otra mano abierta- dijo Gantulga, ofreciéndosela a Guilliman. **-No sabíamos lo que había detrás de tu luz, Señor de Ultramar, así que mantuvimos una mano vacía y una espada en la otra.**

-¿Qué opinas ahora de la luz?- preguntó Guilliman.

-Me gusta bastante- dijo Gantulga. **-No es la trampa que me temía. Pero he escuchado sus palabras al Puño Imperial. Las acciones de Horus…**

Dijo el nombre como el silbido de una serpiente, como si le quemara en la boca y quisiera escupirlo.

-Las acciones de Horus son traición, Señor de Ultramar…

-Una herejía, diría yo- le interrumpió Guilliman. **-Fue una traición, al principio. Cuando se volvió en contra de sus hermanos y mató por satisfacer su ambición personal de poder. Pero por lo que luego hemos visto, sabemos que han corrompido sus cuerpos y**

sus mentes. Sus mismas creencias se han pervertido. Esto ya no es la traición de Horus. Es su herejía.

Gantulga asintió. **-La herejía llega de muchas formas-** dijo. **-Puede ser evidente y descarada, como la que ahora está destruyendo las estrellas, pero también puede ser sutil, casual. Por ejemplo, construir un nuevo Imperio cuando el viejo aún no ha sido declarado muerto.**

La sonrisa de Guilliman era tan brillante y afilada como la hoja de la espada del Cicatriz Blanca.

-Yo no estoy construyendo mi propio Imperio, Gantulga. Estoy preservando lo que queda del original.

Con su mano libre, el Cicatriz Blanca acarició pensativamente sus largos bigotes.

-Entonces me aseguraré de que ese es su propósito, Señor de Ultramar- dijo, mientras envainaba su espada.

-Con esa espada desenvainada- dijo Guilliman. **-Pensé que tú, Cicatriz, te estaban preparando impacientemente para la guerra.**

Todavía podía escuchar el roce de la piedra de afilar. Venía de la parte de atrás del grupo.

-No somos nosotros, mi señor- dijo Kleve. **-Son los Lobos.**

Los hombres de Kleve y Gantulga se hicieron a un lado, dejando al descubierto la manada de Lobos Espaciales. Los Lobos se agacharon, no se arrodillaron ni inclinaron, estaban agazapados y acurrucados en sus armaduras y pieles sobre el pavimento blanco y negro. Uno de ellos estaba afilando su hacha de guerra, con movimientos largos y constantes de la piedra sobre la afilada hoja. Todos ellos se habían quitado sus cascos, pero todavía llevaban sus ajustadas capuchas y máscaras de cuero, terroríficas máscaras trabajadas en un gruñido perpetuo, cubiertas de figuras y espirales. En ellas destacaban el amarillo brillo de sus ojos.

-Fenrys Hjolda- dijo Guilliman. **-Estáis muy lejos de casa.**

Su líder se levantó de su posición en cuclillas, desenvolviendo la capa de piel que había puesto alrededor de sus antebrazos y dejando que cayera suelta.

-Pero no de la suya, Jarl Guilliman- dijo.

-Permíteme que te conozca- dijo Guilliman.

-Fafnir Bludbroder- dijo el Lobo **-y mi manada.**

-Diez de vosotros. Una escuadra.

-Una manada. De la leal Compañía Sesc, del Rout, del Vlka Fenryka.

Guilliman miró al guerrero que seguía afilando su hacha. Aparte de Fafnir, ningún otro de los Lobos se había levantado o mostrado algún signo de deferencia.

-Hermano, creo que ese hacha ya está lo suficientemente afilada- dijo Guilliman.

-Un hacha nunca está lo suficientemente afilada- respondió el Lobo, sin levantar la vista.

-Bo Soren- gruñó Fafnir. **-Pide perdón por tu lengua.**

El Lobo miró a Guilliman y enseñó los dientes.

-Reconozco mi error y procurare corregirlo- dijo.

Fafnir miró a Guilliman. **-Bo Soren puede ser muy insolente-** dijo, sin pedir disculpas.

-Bo Soren es un Lobo Espacial- dijo Guilliman.

-Veo que ya se ha dado cuenta, Jarl- dijo Fafnir.

-De todos los invitados de hoy, vosotros sois los que más me intrigáis.

-¿No somos bienvenidos a su Sala, Jar Guilliman?- preguntó otro de los Lobos.

-Cierra tu boca, Herek- dijo Fafnir.

Biter Herek dejó escapar un gruñido por lo bajo.

-Todos vosotros sois bienvenidos a mi Sala, Fafnir Bludbroder. Lo que me intriga es que todo el mundo llegó buscando un refugio seguro. Pero, a partir de los datos de vuelo de tu nave, he

notado que Macragge era su destino previsto.

-Así es.

-Cabalgamos sobre la Tormenta para llegar hasta aquí- dijo Biter Herek.

-Tenemos un deber que cumplir aquí- añadió Bo Soren.

-¿Un deber?- repitió Guilliman.

-Bo Soren tiene una boca demasiado grande- gruñó Fafnir.

-Necesariamente, dado el gran número de dientes que tienen que caber en ella- dijo Guilliman. **-¿Cuál es vuestro deber, líder de manada?**

-Nuestro deber es el que siempre ha sido, hacer lo que otros no harán. Hacer lo impensable, si lo impensable debe hacerse.

-Vuestra reputación como sancionadores es bien conocida- dijo Guilliman **-y tal vez inmerecida. Todos servimos de acuerdo con nuestro valor.**

-Los Lobos servimos más allá de eso. Somos los hijos del verdugo.

-¿Y a quien has venido a ejecutar, Fafnir Bludbroder?

Fafnir vaciló. Metió una mano debajo de su manto de piel y sacó un fajo de pergaminos.

-No veo razón alguna para ocultarlo- dijo, sosteniendo los documentos delante del Primarca. **-Léalo usted mismo, Jarl Guilliman.**

-No, mejor dímelo con tus propias palabras.

Fafnir mantuvo el pergamino delante del Primarca.

-Al menos mírelo. Vea el sello del Rey Lobo y, junto a él, el sello de Malcador. Vea de donde vienen estas órdenes y la autoridad que contienen.

Guilliman tomó el documento, lo desdobló y estudió las marcas.

-Puede verificarlas, si así lo desea- dijo Fafnir.

-No es necesario. Son auténticas.

-¿Ya ha oído la suerte que corrió Prospero?- preguntó el líder de manada.

-Los Lobos fueron desatados para castigar a Magnus.

-Sí. Después de todo, nuestra fama no es tan inmerecida, ¿verdad?

-Continua.

Fafnir hizo una pausa. En las rasgadas ranuras de los ojos de su apretada capucha de cuero, sus ojos dorados parpadearon una vez, luego otra.

-Si uno ha caído, más pueden caer. Más han caído. La mitad ya ha caído. Se ha decretado que se enviará una compañía de Lobos para estar junto a cada uno de los hijos del Emperador, para observarlos.

-¿Por qué?- preguntó Guilliman.

-Para identificar posibles signos de traición o herejía.

-¿Y si tales signos se hacen visibles?

-Entonces, actuaremos.

-¿Actuaréis?- preguntó Guilliman. **-¿Me estás diciendo que has venido para vigilarme? ¿Para convertirte en mí sombra? Y si percibes que alguna de mis acciones son, de alguna manera, desafortunadas, ¿qué? ¿Estás autorizado a castigarme?**

-Sí, estoy autorizado. Por el Sigilita.

Guilliman se rió. **-¿Tu… cortaras el hilo de mi vida?**

-Sí es necesario. Los Primarcas no son invencibles. Algunos ya duermen sobre la nieve roja.

Guilliman levantó una mano, indicando a sus guardaespaldas que retrocedieran. Los Catafractos habían comenzado a desenvainar sus armas en respuesta a las últimas palabras de Fafnir.

-Fafnir Bludbroder- dijo Guilliman. **-¿De verdad crees que tu**

manada podría matarme?

Fafnir se encogió de hombros. **-Tal vez no. Eres el Jarl Guilliman, y su legendaria destreza se ha incorporado a nuestras sagas. Pero tenemos que cumplir con nuestro deber, y nos gustaría intentarlo. Por ejemplo, si alguna vez va sin su escolta, y está encerrado en una habitación con nosotros…**

-Mi querido Fafnir, entonces serías tú quien estuviera atrapado conmigo en esa habitación.

Fafnir se encogió nuevamente de hombros.

-Somos los hijos del verdugo, Jarl. Aunque nos matara a todos, dudo que saliera ileso de la habitación.

Guilliman miró a un ayudante que tenía cerca. **-Encuentra un lugar para que duerman.**

-Tiene que ser en su hogar- dijo Fafnir.

-Entonces, mostradles mi casa- dijo Guilliman.



La luz del Pharos, la distante tecnología xenos de Sotha, iluminaba Macragge como un brillante faro solitario rodeado de oscuridad, y ese día trajo otro visitante al corazón de Ultramar: no era un navío sideral perdido en la tormenta, o los restos de un convoy; no era una barcaza de batalla destrozada ni una nave de carga repleta de refugiados.

No era, en absoluto, ninguna nave.

Produjo un relámpago, en lo alto del cielo veteado por la disformidad sobre la ciudad de Macragge, un destello, y luego un objeto cayó como una piedra, dejando un rastro de fuego a través de la atmósfera.



Guilliman dejó a sus huéspedes atrás, mientras caminaba hacia la puerta de la Sala de Audiencias, con su guardia Invictus pisándole los talones y Euten a su lado.

Titus Prayto lo estaba esperando.

-Los Lobos no están mintiendo- dijo Prayto.

-No pensé que lo hicieran- contestó Guilliman.

-Entonces yo…- comenzó a decir Prayto.

-¿Quieres observarlos, Titus? ¿Vigilar a los perros guardianes?

-Insisto en la precaución, mi señor- dijo Prayto. **-Los Lobos son animales volubles, eso en el mejor de los casos. Impredecibles y rápidos en su ira. Eso es un activo en la batalla, pero no es algo adecuado en el ámbito de la corte. Están cansados y han aguantado mucho. Tienen los nervios de punta. Lo leí en todos ellos.**

-No hace falta tener su visión para leerlo- murmuró Euten, lanzando una mirada de desaprobación por encima de su hombro en dirección al grupo de Fenris. **-Y apestan como…**

-Basta, Euten- dijo Guilliman. **-Fafnir parece un hombre honesto, sencillo. No hizo ningún intento de ocultar su deber o la atroz carga que conlleva.**

-Sin embargo, le insto a ser precavido, mi señor- dijo Prayto **-precisamente por eso. El Lobo es como un libro abierto. Está decidido a cumplir con su deber, a pesar de que sabe que es una tarea ingrata. No quiere cometer un error. Es consciente de que, hasta el momento, los mejores de nosotros hemos cometido muchos errores, por no ver la verdad detrás de las máscaras de los traidores antes de que fuera demasiado tarde, esperando algo mejor, porque confiábamos en que eran nuestros hermanos. En Isstvan. En Calth.**

-Lo entiendo, Titus.

-No, mi señor, no lo hace. Eso significa que el honesto Fafnir está demasiado decidido a no fallar. Saltará con la cosa más pequeña, a la mínima duda. El Lobo prefiere pasarse de precavido, ya que el fracaso es una alternativa demasiado sombría para soportarla. Él, y sus hombres, son un peligro para usted, porque prefieren atacarle por error que permitir que tenga la más mínima posibilidad de ser desleal.

-No tengo nada que ocultar- dijo Guilliman.

-¿No?- le preguntó audazmente Prayto. **-¿Y qué hay de mí? ¿Y el Librarius? Sabemos que los Lobos atacaron Prospero porque su hermano desafió el Edicto de Nikaea. Usted está haciendo lo mismo. Fafnir está buscando la más mínima señal. El menor rastro. Yo lo soy. Soy la prueba de su herejía, mi señor. Yo soy la prueba precisa de los miserables tocados por la disformidad que se les ha dicho que den caza.**

-Tu consejo queda anotado- dijo Guilliman. Se volvió para mirar a los Lobos por última vez. **-Creo que puedo manejarlos. Tal vez, incluso pueda enseñarles a obedecer. Es por eso que quiero tenerles cerca, donde pueda verlos.**

-Se toma demasiadas libertades con su propia seguridad, mi señor- murmuró Euten.

-Ahora no, Euten.

-Usted es todo, mi señor, y no puede ser todo a la vez. Es el único Primarca, el único hijo, el único hijo leal que sepamos que aún vive- Euten comenzó a enumerar y contar con sus dedos los diferentes cargos de su señor. **-Usted es el Señor de Ultramar, rey de este mundo, el amo de los Quinientos Mundos, comandante de la XIII Legión, los Ultramarines, el último campeón del Imperio. También es el representante del Emperador y el protector del Trono. Le guste o no, será el regente. Es su sustituto y, posiblemente, su heredero. Posiblemente, de hecho, ya sea el Emperador.**

-¡Mamzel!

-Voy a decir lo que pienso, Señor de Macragge- protestó la anciana. **-No puede ser todas esas cosas. Usted es demasiado valioso para dejarle correr riesgos. Deje que otros manden las fuerzas. ¡Deje que lo hagan los tetrarcas! Deje que otros hagan el trabajo sucio. ¡Delegue! Nombre formalmente a los comandantes de las fuerzas que está reuniendo. Sólo cómo figura decorativa, ya es demasiado importante. Si el destino lo vence, el Imperio estará realmente perdido.**

Guilliman miró a Prayto.

-Prayto, dile a Mamzel Euten lo que estoy pensando- ordenó el Primarca.

-Mi señor está pensando que él no quiere llamarse a sí mismo

regente. Si él está construyendo lo que equivaldría a un nuevo Imperio, sería bastante inapropiado colocarse en el trono.

Euten resopló. **-¡Dile a mi amado señor que, si no surge otro heredero, tendrá que hacerlo!**

-Eso no me haría más leal que Horus Lupercal- dijo Guilliman. **-No voy a consentirlo.**

Guilliman notó que Prayto lo miraba.

-¿Pasa algo, Titus? ¿Hay algo más?

Prayto vaciló.

-No, mi señor.

Unas figuras se acercaban a través de la amplia puerta del pasillo. Flanqueado por Ultramarines con armaduras artesanales, Valentus Dolor se aproximaba. Dolor era uno de los cuatro tetrarcas de Ultramar. Los cuatro príncipes que gobernaban los cuatro mundos capitales de los feudos que componían el reino, y cuyo rango era solamente superado por Guilliman. El feudo de Dolor era Occluda. Dolor era un gigante, y su armadura Mk III hecha por los mejores artesanos del gremio y modificada, estaba decorada con la librea invertida de los Ultramarines, azul por blanco y blanco por el azul.

-Valentus- dijo Guilliman **-dame buenas noticias y sálvame de la implacable bronca de mi Chambelán.**

Dolor miró a la delgada anciana.

-Mi buena y distinguida amiga Mamzel Euten es muy pequeña, mi señor- contestó. **-No sé cómo podría ser muy molesta.**

-¡Las moscas son pequeñas!- saltó Euten. **-¡Las garrapatas también son pequeñas!**

-A las garrapatas, se las arranca y se las aplasta- dijo Guilliman. **-A las moscas se las da un manotazo. ¿Qué prefieres, 'mam'?**

-En estos momentos prefiero no elegir ninguna- contestó Euten.

-Yo traigo una buena noticia, mi señor- dijo Dolor. **-Sabía que le gustaría que se lo comunicara personalmente. Ha llegado una nave. En un estado lamentable, viene renqueando desde Calth, con un cargamento de soldados heridos y agotados. Un sargento**

llamado Thiel está a bordo, y me expresó personalmente su agradecimiento a su señoría.

Guilliman sonrió.

-Aeonid Thiel. Hizo una alternativa práctica para permanecer entregado con la guerra subterránea, será bueno volver a verlo. Dígale que vaya a la Residencia para que podamos hablar en privado. Ha pasado bastante tiempo desde que mostró su coraje a mi lado, en Calth.

-Se lo comunicaré- dijo Dolor, con un cortés gesto de cabeza. **-¿Algo va mal, hermano Titus?**

De repente, Prayto se estremeció y se apoyó contra la pared, sujetándose con una mano. La otra mano la apretó contra su frente.

-Algo…- comenzó a decir.

Una explosión supersónica sacudió las ventanas de la Sala, y provocó que uno de los presentes gritara. Mirando hacia arriba, a través de los altos ventanales, Guilliman vio un rastro de fuego atravesando y cayendo del cielo. Por un aterrador momento, pensó en Calth, en Campanile, con los misiles lloviendo…

Pero esto parecía más un meteorito, un objeto cayendo a través de la atmósfera.

Otros en la Sala, se habían acercado apresuradamente a las ventanas, para poder ver.

-¡Una estrella maligna!- escupió uno de los Lobos. **-¡Una estrella con un augurio!**

-Una estrella escoba (Un cometa, símbolo de mal augurio en la cultura china, nt)- gruñó otro **-¡Maleficarum!**

La bola de fuego no era muy grande. Guilliman podía verlo. Cayó directamente hacia abajo, y desapareció tras las torres de la ciudad. No se produjo una explosión, ni el resplandor de una ojiva de guerra.

Dolor ya estaba revisando su placa de datos.

-Informe de un impacto, mi señor, en los habitáculos de los trabajadores de los suburbios del sur. El lugar está justo al norte de la Fortaleza del Octágono, en Anomia Deme.

-Hazte cargo de este asunto- le dijo Guilliman. **-Averigua lo que era. Descubre cómo, en nombre del Trono, ha conseguido pasar nuestras pantallas orbitales y las redes de detección. Y que alguien compruebe si están llegando más cosas similares.**

-Ahora mismo, mi señor- dijo Dolor.

-¡Infórmeme a mí personalmente en cuanto tenga algo!- dijo bruscamente Guilliman.

El Primarca se volvió para mirar la habitación. Todos los ojos estaban puestos en él, todos sus invitados: los Lobos, Puños, Manos, Cicatrices, Salamandras.

-Encuéntrales alojamiento en la guarnición, averigua sus necesidades y comienza a asignarles deberes- dijo a Prayto. **-Formales en compañías, según sus fuerzas. Hagamos un ejército.**

Se dio la vuelta para marcharse.

-Voy a estar en la Residencia- dijo. Sus guardaespaldas comenzaron a seguirlo.

-Retírense- dijo Guilliman. -**Voy a hablar con un viejo amigo.**



5

EL QUE HA REGRESADO

"Ve y atrapa una estrella fugaz,
consigue una raíz de mandrágora con forma de niño,
dime donde están todos los años pasados,
o quien hendió el pie al diablo."

-canción desconocida de origen terrano, alrededor de M2.



El humo se alzó sobre los tejados del distrito sur de Anomie como una grisácea cola de caballo.

Las alarmas todavía estaban sonando, y divisiones de la guardia de la ciudad se habían desplazado para aislar el área y contener, tanto a residentes como a los mismos trabajadores de las fabricas (fabricatories en el original) que habían salido a las calles para mirar.

La pequeña nave de trasporte de Dolor voló a lo largo de las anchas columnatas y bulevares de Strayki sobre las movedizas líneas del tráfico de superficie y bajo los profundos arcos o a lo largo de los puentes. En la Puerta de Larnis, donde Strayko Deme se convertía en Anomie Deme, la circulación del tráfico estaba bloqueada. Un Titán modelo 'Warhound' (Sabueso de Guerra, nt) mantenía la vigilancia en el herboso campo cerca del Monumento Ilyriano y otro se pavoneaba con un andar poderoso, similar al de un cuervo, a través de la calzada superior para tomar posición tras las plantas de fabricación a lo largo de la Plaza Antimon.

El piloto de Dolor tecleó el código de autoridad y el Warhound centinela rastreó la nave con sus armas un segundo, antes de reconocer el derecho del tetrarca a proceder.

En el área restringida alrededor del lugar de impacto, las calles

estaban vacías, excepto por los equipos de emergencia y rescate. Un gran incendio, iniciado por el impacto, había medio destruido el interior de la vieja fábrica ‘Máquinas Trabajando Antimon’ (old Antimon machines works en el original), su humo seguía manchando el cielo.

-**¿No es una ojiva?**- preguntó Dolor, mirando la escena.

Su palafrenero, un capitán de los Ultramarines llamado Casmir, estaba monitorizando la información enviada en una placa de datos de grado militar.

-**No, tetrarca, no es una ojiva. Se ha registrado muy pocas partículas metálicas en los análisis del seguimiento de su descenso.**

-**Y es demasiado pequeño también**- añadió él.

-**Incendió los mecanismos.**

-**Probablemente rompió algo inflamable. Atravesó el techo en el extremo septentrional y después atravesó varios niveles. Varios grupos de trabajo están tratando de llegar hasta eso.**

-**¿Cómo atravesó la condenada rejilla?**- preguntó Dolor. -**¡En nombre del Trono, este es el mundo más fortificado y vigilado desde el cielo en el cuadrante!**

-**Aún no puedo responder a eso, tetrarca**- replicó Casmir. -**Los datos son incompletos. No hay rastro alguno de eso antes del punto de entrada atmosférica. Continuaré trabajando en ello pero no procede de ningún plan de vuelo interior del sistema, ni siquiera uno camuflado.**

Dolor frunció el ceño.

-**¿Entonces qué? ¿Tan solo saltó de una nave en órbita?**

Casmir rió.

-**Nada salta de una nave en órbita, tetrarca. No si va a caer así.**

Dolor miró al piloto.

-**Depositanos. Por ahí.**

En el momento en que la pequeña nave tomó tierra, Dolor golpeó con el puño la tecla de la esclusa de la rampa y salió. Sus inmensas botas

acorazadas crujieron al atravesar un cuadrilátero de rococemento (Rockrete en el original), cubierto de cristal y fragmentos de cerámica de las reventadas ventanas del taller. Abultados servidores de seis piernas del Mechanicum estaban extinguiendo incendios en las muy calientes ruinas del cobertizo del extremo occidental del complejo de la fábrica, disparando chorros de espuma retardante desde monturas en sus hombros. Dos de ellos se escurrieron más allá del tetrarca mientras se acercaba. Se dirigían de regreso al transporte aparcado en la calle para rellenar sus reservas de espuma.

Vinieron figuras para recibir a Dolor. Algunas eran Ultramarines, otras humanos normales de la vigilancia de la ciudad y médicos del distrito. Chasqueó los dedos reclamando la atención de todos.

-**¿Quien tiene autoridad aquí?**- preguntó Dolor.

-**Tenemos la zona asegurada, Señor Tetrarca**- dijo el Ultramarine al frente, con su cargador de pistola bólter sujeto magnéticamente a su placa del torso. -**Pero el Cónsul Forsche tiene jurisdicción.**

Forsche se adelantó. Era un hombre solemne, de pelo oscuro con traje y manto. Hizo el signo del águila.

-**Tetrarca**- dijo, y asintió con la cabeza.

-**Me ha enviado el Primarca en persona para supervisar**- dijo Dolor. -**Informe, por favor.**

-**Hemos controlado los fuegos y dado cuenta de todo el personal**- dijo Forsche. -**Algunas heridas, pero no bajas. Todo el daño que ve es debido al impacto cinético y colateral.**

-**¿Y el objeto?**

-**Lo hemos localizado por escaneo. Ha descendido unas seis plantas en el sub-sótano o, posiblemente, hasta el sistema de saneamiento que discurre por debajo.**

-**¿Y qué es?**

-**No lo hemos alcanzado todavía, mi señor. Un montón de la estructura y parte del mismo taller mecánico cayó en el agujero de impacto, tras el mismo.**

-**Quiero verlo**- dijo Dolor.

Forsche asintió y le hizo señas para que le siguiera.



Guilliman caminó solo a lo largo de los pasillos privados de la Residencia, evitando los espacios públicos. Aquellos silenciosos corredores, forrados de mármol y madera pálida, a menudo habían hospedado a Konor, caminando sin más propósito que pensar. *¿Cuánto de la vida de un Rey de Batalla era gastado en el discurrir y elucubrar, comparado con la proporción gastada de hecho en batalla?* Se preguntó Guilliman.

¿Fue ese el fracaso de Horus? Nombrado Señor de la Guerra, ¿tomo Horus ese título demasiado literalmente y se permitió a si mismo inflamarse más allá de la razón por un colérico humor hasta que estuvo lleno de violentos impulsos y por lo tanto fue vulnerable a los impulsos de la disformidad? ¿Cómo lo habían llamado los Lobos? ¿Maleficarum?

Guilliman siempre había creído que el verdadero propósito de un jefe militar, de un Rey de Batalla, o un señor de la guerra, no era librar la guerra sino evitarla. La guerra no debería ser el estado natural de la vida. Debería recurrirse a ella, únicamente, cuando las otras acciones fallaban. Pero cuando la guerra se convertía en el único medio, un señor de la guerra o un rey de batalla tenía que ser capaz de perseguirla hasta su aplastante conformidad.

En Horus, Guilliman siempre había sentido, una fea inclinación a amar la guerra por la guerra en sí misma. ¿Era ese el defecto humano que le había llevado a ésta calamidad?

Los ojos de pasados líderes le vigilaban desde dorados marcos mientras pasaba ante retratos de cónsules y reyes de batalla. ¿Cómo habían controlado ese equilibrio? ¿Qué cargos de conciencia habían sufrido para mantener la sociedad segura frente a sus enemigos y aún sin manchar a la guerra?

¿Cómo ellos, Roboute Guilliman pagaría el pasaje cuando esa hazaña de equilibrio le alcanzara?

Llegó a la entrada privada de la Residencia. Los grandes pares de puertas exteriores e interiores se cerraron automáticamente tras él, sus siseos le sellaron en su reino privado.

Paró por un momento en la alta cámara, y echó un vistazo por las grandes ventanas a la única nueva estrella brillando en el turbulento y dorado cielo, con un jirón de humo alzándose del paisaje urbano al sur. Comenzó a quitarse sus guanteletes mientras observaba el flujo de datos del viejo y frio cogitador gestalt.

No había nueva información sobre el impacto. Esperaría el informe del tetrarca. Euten le había dicho que delegara. Dolor era muy válido, más que competente.

Una campanilla le alertó de la llegada de su visitante. Guilliman echó a un lado el guantelete que había desabrochado y tecleó para que las puertas de acceso a la alta cámara se abrieran.

Un sargento de los Ultramarines con un yelmo rojo entró y saludó. Su armadura estaba bien mantenida, pero deteriorada por meses de esfuerzo y guerra. Guilliman apenas podía distinguir la insignia de la unidad. Un filo había cortado hasta el metal desnudo a través del visor rojo. En la hombrera derecha había una marca de quemadura, sin duda alguna, el rastro del toque de un lanzallamas. Guilliman se dio cuenta de todos aquellos minúsculos detalles con un solo vistazo. Incluso del porte del marine Espacial le decía mucho. Thiel siempre había sido un guerrero confiado, casi temerario, pero ahora parecía sometido e inseguro de sí mismo. La incesante intensidad de la guerra de Calth le había fundido en un estado de constante preparación, una perpetua espera de amenaza que incluso el viaje de vuelta a Macragge no había disminuido. La mano de Thiel, condicionada inconscientemente, nunca se alejaba de la culata de su arma, como si pensara que podía ser emboscado en cualquier momento.

Era un castigo ver a un hombre tan cambiado, tan aprisionado por la tensión.

-**Mantendrás a los armeros ocupados trayendo esa servoarmadura para una inspección estándar**-dijo Guilliman, tan ligeramente como pudo.

-**Confío en que mi servicio haya sido digno de cada roce y arañazo**- dijo el sargento.

Guilliman sonrió. Sostuvo su desnuda mano derecha. El guerrero dudó, entonces la estrechó.

-**Es bueno volver a verte, Aeonid. Ciertamente es bueno. Ven, tráeme noticias de Calth y olvida las formalidades por un momento. Desabróchate ese yelmo. Mandaré que nos traigan**

vino, ¿o tal vez un amasec?.

-**No hay necesidad, mi señor.**

-**Hay un motivo para ello, sargento Thiel. Quiero pasar algo de tiempo, conversando con un hombre que ha sido devotamente práctico desde la última vez que le vi. Hay demasiado teórico aquí en Macragge.**

-**He visto abundante evidencia de lo contrario, mi señor. Macragge fue siempre un mundo defendido, un mundo capital, pero tales defensas como las que vimos desde que llegamos al espacio orbital...**

-**La seguridad es preeminente, Thiel. Ahora siéntate y quítate ese yelmo y háblame.**

Thiel vaciló.

-**Con vuestro permiso, mi señor, he traído algunos destacados Hermanos de Batalla que me gustaría que nos acompañaran.**

-**Desde luego.**

-**Han servido en mi escuadrón en la Guerra del Inframundo estos últimos ocho meses. Le debo mi vida a cada uno de ellos. Si son historias lo que queréis, ellos tienen muchas que contar, y apreciaría mucho si los honraseis con un poco de vuestro tiempo. Son hermanos leales.**

-**¿Están contigo?**

-**Esperan fuera, en la antecámara, señor.**

-**Tráeles dentro, Thiel**

A una señal del sargento, los otros Ultramarines entraron, nueve hermanos de batalla, su blindaje azul estaba tan gastado y marcado como el de Thiel. La insignia de la unidad y las marcas eran virtualmente ilegibles en todos ellos. Todos ellos exhibían la misma tranquila intensidad que Thiel, tanto que parecía timidez, como si tuvieran miedo de entrar en un entorno tan brillante y pacífico, o miedo al menos de estropearlo con sus gastadas e imperfectas servoarmaduras. Guilliman suspiró en silencio. Lo que parecía ser timidez debía ser tensión que podía no liberarse nunca. Este era el precio que el maldito Lorgar había hecho pagar a sus Ultramarines.

Bebió de los detalles de nuevo, cada historia no contada a plena vista: una placa de blindaje ligeramente deformada por el toque de un arma de fusión; un dedo perdido, suturado y sellado; un gladius con el mango del color equivocado que había sido tomado como un reemplazo en el campo de batalla y forzado a ocupar la vaina del portador; las marcas de viruela de un encuentro demasiado cercano con munición 'Tempest'; la ligera contracción de un visor de lado a lado, cazando asesinos ocultos incluso en la Residencia de Ultramar.

-**Cada uno de nosotros somos los restos de una escuadra destrozada**- dijo Thiel -**la conveniencia nos unió en Calth.**

-**Dejadme conoceros a todos**- dijo Guilliman. -**Sentaos, quitaos esos yelmos. Contadme vuestras historias, cara a cara.**

De un modo incómodo, los Ultramarines comenzaron a hacer como habían sido instruidos. La situación no les agradaba. Dos o tres de ellos parecían reacios a sentarse. Ninguno se quitó el yelmo. ¿Estaban avergonzados de sus cicatrices? ¿Estaban avergonzados de mostrar la Marca de Calth?

Uno se había situado de nuevo cerca de la puerta principal, una posición curiosa, vestigio de la disciplina de escuadra en un combate habitación por habitación. Uno siempre cubre la salida. Guilliman se arrepintió de haberles metido dentro. Debería haber manejado la situación de un modo diferente, en una de las habitaciones de escuadra de la Fortaleza donde no se hubieran sentido tan fuera de lugar. Guilliman sintió una gran pena por ellos: hechos para la guerra, encerrados como una fiera, se habían desacostumbrado a los simples hábitos de la sociedad. Muy probablemente habían vivido en su armadura el último año, sin soltar nunca sus armas.

Todos las llevaban, bólters y hojas, aunque, enfundados y envainadas. Era extraño ver hombres armados del frente de guerra en el corazón de la Residencia. Las únicas armas abiertamente llevadas en las cámaras privadas eran las de la escolta de Catafractos (cataphractii en el original) y la guardia de palacio. Pero difícilmente podía Guilliman pedir a aquellos fatigados veteranos dejar sus armas en una garita. Sería como pedirles rendir algo integral, como una mano o un ojo. Eran los instrumentos de los que habían dependido sus vidas durante el periodo que habían pasado en la guerra del Inframundo de Calth, eran parte de ellos, extensiones de sí mismos, y privarles de ellos…

De pronto, tuvo una ocurrencia.

-**¿Perdiste la espada?**- preguntó.

-**¿Señor?**- replicó Thiel.

-**¿La hoja que te presté en Calth? ¿La de mi colección?**

-**Sí. Sí, tristemente aquella se perdió.**

Era un pequeño detalle. Sólo uno, entre los cientos de detalles que Guilliman había absorbido en los últimos tres minutos. Era tan diminuto, tan insignificante, debería ser ignorado, pero los pasados dos años le habían enseñado que nada era demasiado pequeño como para poder darse el lujo de ignorarse. Estaba en su naturaleza, el modo en que había sido diseñado y construido, estudiar cada hecho disponible y descubrir cada discrepancia. Leer el potencial de cualquier cosa, del modo que un contador de cartas predice las próximas que saldrán.

-**¿Por qué mantienes tu rostro oculto, Aeonid?**

-**Mi señor.**

-**¿Qué tipo de espada era? ¿Qué tipo de arma?**

Thiel no replicó.

Su mano derecha se dirigió hacia la pistola bólter sujeta magnéticamente en su cadera.

Guilliman se enfrió. Por pura fuerza de voluntad, negó la consternación, sorpresa, decepción, incluso el deseo de maldecir el hecho de que había sido engañado, o de dar rienda suelta a su dolor sobre como la traición había sido llevada a cabo. No había tiempo para aquellas cosas. Eran lujos.

Las negó en un instante, porque si usaba ese instante para consentir cualquiera de ellas, estaría sacrificando su única oportunidad, durante ese nanosegundo podría hacer a cambio una cosa mucho más importante.

La cual era permanecer con vida.



-**¡Con cuidado, mi señor!**

Dolor se detuvo y le dio una marchita mirada, esperando que Forsche apreciara su completo significado. ¿Un humano, instando a un gigante transhumano completamente acorazado a que tenga cuidado?

Dolor descendió en dirección al pozo de destrucción que el objeto había creado con su meteórica caída. Los fuegos habían sido ahogados y más servidores estaban cortando largueros rotos o doblados, así como los soportes caídos del techo. Vapor y humo mezclados en igual medida rodaron fuera de la cavidad.

Forsche comenzó a seguirle, levantando los bordes de su túnica para que pudiera descender por un lado del foso de escombros.

-**Ten cuidado**- gruñó Dolor. -**Quédese quieto. He estado en peores situaciones, pero no está vestido para esto, permanezca ahí quieto.**

Forsche asintió y adoptó un lugar al borde de la fosa. Otros miembros del grupo de recuperación permanecieron con él, mirando hacia abajo.

Dolor continuó descendiendo. Por debajo de él pudo distinguir a dos servidores usando cortadores laser para tajar a través de una plancha torcida y desplazada de chapa que cegaba el suelo.

-**Estamos cerca del objeto**- informó uno de ellos al tetrarca, en un aflautado tono augmetico, mientras bajaba hacia ellos.

Dolor alcanzó su nivel, saltando los últimos pocos metros sobre la desplomada chapa. Miró hacia arriba y vio rostros humanos y visores legionarios mirando hacia abajo con curiosidad desde varios pisos por encima.

-**El Primarca me reprenderá por permitirle bajar solo, lord tetrarca**- observó el capitán Casmir a través del enlace vox.

-**No hay sitio aquí abajo para muchos de nosotros, Casmir**- replicó Dolor. -**Además, me entregó un deber y lo llevaré a cabo personalmente. ¿Algo más desde la rejilla orbital?**

-**Nada aún, mi señor. Todavía están procesando datos.**

Dolor miró a los servidores pesados. Apuntalados en sus múltiples miembros, estaban pelando la sección del piso, usando sus

manipuladores para enroscar el chapado metálico como la tapa de una lata de comida. Mientras uno agarraba, el otro volvió al trabajo de corte para liberar barras torcidas y conectores. Saltaron chispas del cableado cortado y del que colgaba. El humo fresco se enroscó al emerger del suelo mientras la capa del suelo era arrancada.

Dolor se movió más cerca.

-**No podemos garantizar su seguridad**- le dijo uno de los servidores.

-**Anotado**- replicó Dolor.

-**Hemos detectado algo debajo**- dijo el otro.

-**Dejadme ver**- dijo Dolor. Se agachó al mismo borde del pozo recién expuesto y miró hacia abajo. A cada lado del mismo, los servidores activaron bancos de luces de trabajo montados en sus hombros. El oscuro humo abrasado del pozo se convirtió en una cegadora bruma blanca, derrotando incluso sus aumentos oculares.

-**Eso es inútil**- dijo Dolor. -**Apagadlo.**

Los servidores obedientemente apagaron las luces. Dolor se puso de pie de nuevo.

-**Casmir**- dijo a través del vox, mirando hacia arriba la profunda garganta del pozo. -**Mi yelmo, por favor.**

Había entregado su yelmo al palafrenero antes de descender.

-**Lo bajaré yo mismo, lord tetrarca.**

-**Sólo arrójalo, Casmir.**

Hubo una ligera pausa y el bellamente trabajado yelmo de guerra apareció dando tumbos a través del aire en el interior del pozo. Dolor lo agarró con destreza, se lo puso y lo sujetó en su lugar, entonces se agachó de nuevo, su vista transhumana aumentada aún más por los poderosos sensores ópticos sensibles a la luz del visor.

Vio la forma enseguida porque estaba más caliente que las estructuras circundantes. Vio su silueta térmica. No tenía sentido. ¿Por qué dejaría caer nadie la estatua de un hombre desde la órbita?

Dolor vaciló. Observó de nuevo y tomó otra lectura. No estaba observando granito supercaliente; estaba mirando carne asada, quemada hasta carbonizarse. Lo que estaba observando era una

figura humanoide que había sido convertida en un tétrico cadáver, abrasado por el calor de la reentrada y aplastado contra el suelo, con cada hueso pulverizando.

-**Gran Trono...**- susurró.

Ya era suficientemente extraordinario que fuera aún un cadáver. Entonces se dio cuenta por completo. No debería de quedar nada. Dada la caída, el calor, la ablación, el impacto, cualquier cosa orgánica, incluyendo hueso, debería haber sido vaporizada de un modo total y definitivo.

No debería de quedar nada. Abrió su enlace vox. -**¡Necesito un equipo de recuperación medico completo ya mismo!**- pidió. -**¿Y Casmir? Haz que sellen éste área, ¡seguridad de nivel bermellón!**



6

HACIA LA MUERTE

"Es más fácil perdonar a un enemigo que a un hermano."

-proverbio de los Quinientos Mundos.



Thiel disparó su pistola bólter. Sus hombres también comenzaron a disparar.

En aquel primer momento, en ese primer parpadeo, el tiempo pendió en el aire, tan carente de peso como un haz de luz solar. La fisiología transhumana de Guilliman aceleró de nada a respuesta hiper-rápida.

Práctica. Leer. Moverse. Reaccionar. Prever todo. Sin otros pensamientos. Práctica.

Leyó la tormenta de munición bólter siendo escupida desde los cañones. Leyó las centellas al rojo blanco de las bocas de las armas casi congeladas en medio de su eructo por la suspensión de tiempo mientras sus reacciones aumentadas le propulsaban a un nuevo estado de respuesta. Leyó los proyectiles de masa reactiva en el aire, viajando, ardiendo hacia él.

Guilliman ya se estaba moviendo, ya estaba girando. Su mano derecha agarrando el borde de la pesada mesa de mapas, con un giro de su mano la mesa despegó, proyectada hacia Thiel girando levemente en el aire.

Práctica. Lee todo. Tantas variables, pero tan pocas marcando una diferencia. Extrema cercanía. Superado en número y potencia de fuego. Ni el más ligero margen para el error.

El tiempo rezumó como resina. La parte superior de la mesa tumbada, pesada como la puerta de un puente levadizo, repentinamente alzada

para encontrarse con Thiel, como la pala de un Bulldozer, recibió las primeras balas virtualmente a quemarropa. Los proyectiles de masa reactiva estallaron, mordiendo vastos pedazos de la densa, envejecida y regia madera, llenando el aire de astillas y fibras quemadas. Una pata de la mesa se alejó girando sobre sí misma.



Los camaradas de Aeonid Thiel abriendo fuego.

Guilliman se zambulló de costado tras el maltratado tablero, girando en medio del aire, usándolo de cobertura.

La mesa terminó de darse la vuelta y se estrelló contra Thiel y los Ultramarines a su lado, forzándoles a retroceder. Todos los visitantes estaban disparando. Seis proyectiles de bólter erraron al zambullirse el Primarca, aniquilando una sección del alto muro de la cámara y varios retratos colgando en el mismo. Otros golpearon la caída mesa y una silla a su lado. Otro cortó la guardia del hombro izquierdo de Guilliman y detonó. Su placa le protegió de lo peor, pero el calor de una detonación tan cercana chamuscó su mejilla izquierda y su nuca, la metralla acribilló ese lado de su cara.

Golpeó la alfombra, rodando, su caída distorsionada por el oblicuo impacto.

Una alarma de disparo de armas empezó a chillar. ¿Por qué tardo tanto? El tiroteo había comenzado horas antes, días antes... No, el tiempo tan solo estaba goteando como jarabe.

¡Concéntrate! Las probabilidades eran demasiado bajas en un espacio tan confinado. Si los guardaespaldas de la residencia reaccionaban con bastante rapidez…

Algunos Ultramarines se habían quedado tras la puerta, sin entrar. Por supuesto, cubrían la salida ante tal emboscada. Sujetaron un dispositivo magnético en el marco de la puerta y lo activaron. Las puertas de acceso se cerraron de golpe. Estaban encerrados juntos. El Primarca y sus diez pretendidos asesinos.

Traidores. Renegados.

¿Por qué?

Guilliman todavía estaba rodando. Los proyectiles masticaron agujeros en la alfombra, persiguiéndole, llenando el aire con fibras de borra, pedazos de estera y del radiante suelo. La masa reactiva de los proyectiles abrió agujeros, sin discriminación alguna, a través de los muebles entre los cuales rodaba, amputando respaldos y brazos de sillas. El aire estaba lleno del relleno del acolchado, una ventisca de material.

¿Por qué? ¿Por qué Thiel?

No pienses sobre ello. Es solo una distracción, robándote

concentración de lo que de hecho importa.

Práctica. Práctica. Lee todo. Moverse. Reaccionar.

Un trono construido para la estatura de un Primarca, el respaldo atravesado dos veces por proyectiles de bólter, comenzó a venirse abajo sobre el Señor de Ultramar.

Que me condenen si voy a morir de rodillas…

Guilliman rodó sobre su espalda, puso el peso en sus hombros, se encontró con el descendente trono con las piernas dobladas y empujó con ellas.

El trono dejó el suelo, la dirección de su movimiento violentamente invertida. Su cuerpo voló y cayó sobre tres de los traidores en su camino.

Moriré de pie si tengo que morir. Iguala las probabilidades.

El tiempo era todavía tan lento como pegamento. Podía ver proyectiles de bólter individuales suspendidos en el aire, dejando colas de cometa de fuego tras ellos. Brincó hacia la cara del asesino más cercano. Agarró la muñeca derecha del hombre con su mano izquierda y tiró de ella en ángulo, así la pistola bólter ladró de modo inútil al techo. El polvo de yeso fue rociado como azúcar derramado. Guilliman mantuvo apretado su agarre, retorciendo y haciendo que el Marine Espacial se diera la vuelta frente a él, convirtiéndole en un escudo que se encontrara con los proyectiles de bólter arrastrándose a través del aire hacia él. Tres proyectiles golpearon al hombre en la parte baja de la espalda, rompiendo su blindaje y haciendo estallar su espina dorsal. Guilliman sintió los impactos transmitidos a través del cuerpo que mantenía agarrado, vio girar los pedazos de armadura de ceramita, fragmentos de sangre y carne, gotas de sangre salpicando. Se agachó con su no tan acorazada mano derecha y agarró el envainado gladius del hombre.

Torció con fuerza hacia un lado con su mano izquierda, arrojando a un lado al hombre muerto como una muñeca. El movimiento dejó el gladius extraído en la desnuda mano derecha de Guilliman. A escala con el Primarca, la espada corta parecía poco más que un gran cuchillo de combate. El cadáver volador, rociando sangre, los miembros desgarbados y girando en horizontal, golpeó a otros dos de los asesinos en las placas faciales y les noqueó sobre sus espaldas.

Guilliman se giró, cizallando la hoja del gladius robado a través del

antebrazo extendido del siguiente asesino más próximo. El bólter del veterano disparó una vez mientras caía al suelo, todavía agarrado en el puño amputado. Guilliman puso su pie sobre el vientre del hombre y le pateó lejos, agarrando la empuñadura de la envainada espada de energía de su adversario con su mano izquierda mientras lo hacía.

Con una hoja capturada en cada mano, retrocedió con brusquedad, volviendo su cara a un lado mientras un proyectil de masa reactiva quemaba más allá de su mejilla como un insecto furioso. Se dio la vuelta, enterrando el filo de la espada de energía en el costado de la cabeza de un Ultramarine. El yelmo se partió y así lo hizo el cráneo. Guilliman vio sonrientes dientes en una desollada encía y un desencajado globo ocular.

Tres caídos, dos de ellos muertos.

Pero Guilliman se hallaba erguido y era un gran objetivo. No importaba que el tiempo se hubiera detenido hasta un paso glacial, no era el único ser en la habitación con reacciones transhumanas. Sus asaltantes eran de las Legiones Astartes y eso les hacia los más potentes guerreros del Imperio.

Guilliman recibió su primer impacto que le dio de lleno, una bala de bólter en el hombro. Sintió el blindaje de su armadura comprimirse y agrietarse, sintió la bofetada como de una almádena, sintió el cizallante dolor de los fragmentos que habían penetrado su cuerpo. Un segundo golpe, un instante después, en la parte baja de la espalda, y un tercero en la cadera derecha. Dolor mareante. Shock. Luchaba por mantener el equilibrio. Tenía sangre en su boca. Vio su propia sangre reluciendo mientras descendía por la chamuscada superficie azul cobalto de la armadura de su pierna.

Otro proyectil de bólter le dio en el costado izquierdo, explotó y le arrojó con fuerza sobre el masivo escritorio de la habitación, una pieza labrada del granito de las montañas de la Corona de Hera. Tuvo que dejar caer el gladius para estabilizarse. Ornamentos, documentos y trofeos fueron esparcidos fuera del escritorio en todas direcciones. Guilliman se las arregló para hacer rodar su cuerpo contra el borde del escritorio para que así el siguiente proyectil golpeara su superficie en lugar de a él mismo. La piedra pulida se fracturó y llenó de múltiples y diminutas grietas como si fuera cristal. Rugiendo, Guilliman se empujó a si mismo lejos del escritorio, esquivó de costado otro veloz proyectil y volvió la espada de energía contra su agresor. Sintió la colisión vibrar con un escalofrío a lo largo de la hoja. El hombre dejó el suelo, la cabeza hacia atrás, los brazos alzados, como si hubiera tropezado

con la garganta contra un cable trampa. Un pequeño plato de metal azul se alejó volando de costado. La hoja de energía había cortado a través del cráneo del yelmo del guerrero arrancando una tajada. La sangre roció desde el agujero perfectamente circular en la ceramita del yelmo, los anillos concéntricos del cuero cabelludo, hueso y tejido cerebral quedó expuesto bajo aquello. Cayó con dureza.

Guilliman quería alcanzar el bólter del hombre. Pero otro proyectil le golpeó en el torso y le hizo caer de vuelta contra el escritorio. Estaban acercándose a él. Todos los que había noqueado estaban de pie de nuevo. Buscó a tientas el gladius caído en el escritorio, lo perdió y encontró en su lugar un busto de mármol del padre de Konor. Lo lanzó.

Golpeó a uno de los asesinos en la placa facial con suficiente fuerza para hacer girar su cabeza y aplastar su lente del visor. La mano de Guilliman, rebuscando, localizó el gladius. Lo lanzó también, como un cuchillo arrojadizo. Empaló el cuello del asesino que había aturdido con el busto de mármol. El hombre se tambaleó de lado varios pasos como un borracho y se colapsó, la sangre manando de debajo de su mentón.

Guilliman fue golpeado de nuevo, cadera izquierda. El dolor era tan feroz que se preguntó si su pelvis se había fracturado. Dos disparos más pasaron más allá de su cabeza hacia la izquierda, fallándole por menos del ancho de una mano.

Jadeando con dolor, el Hijo Vengador se lanzó a si mismo hacia atrás sobre el escritorio en un giro evasivo, tratando de poner la mole de granito entre él y los implacables bólters. Pedazos de piedra y fragmentos zumbaban tras cada ardiente impacto. El frontal y la parte superior del escritorio pronto comenzaron a parecer la superficie cubierta de cráteres de una luna. Uno de los atacantes saltó sobre el escritorio para abrir fuego sobre el costado del refugiado Primarca. Guilliman se levantó para enfrentarse a él, y atravesó con la espada de energía ambas rodillas del asesino con un golpe a dos manos que hizo caer al hombre como un árbol joven talado. Una pierna permaneció erguida en lo alto del escritorio mantenida por su pesada armadura.

Guilliman podía sentir la sangre filtrándose en el interior de su abollada, maltratada y perforada armadura. Podía sentir la sangre corriendo desde el rasgado tejido de su cara y el cuello. Podía escuchar a la guardia de palacio martilleando la alta puerta de la cámara.

La guardia no podía abrir las puertas, bien fueran las de acceso o públicas, como las privadas. Si no lo habían conseguido aún, seguramente, era porque los asesinos habían traído un sistema de contramedidas con ellos. Premeditado. Astuto. Ingenioso, de hecho.

No eran las acciones de amargados, ni de veteranos resentidos, ni el comportamiento de maniacos dañados por la disformidad.

-**¿Quién eres?**- exigió Guilliman a todos y a nadie. Su voz sonó pequeña, rodeada por el humo de disparos, ceñida por el dolor.

En respuesta, más proyectiles de bólter fueron en camino, llameando desde el humo que atascaba el aire. Guilliman se arrojó al suelo. Los proyectiles besaron el arruinado escritorio y golpearon las altas ventanas tras él, creando patrones de telaraña en el cristal reforzado. Parte de las cortinas de las ventanas se colapsaron. Una pintura cayó del muro y su marco se fragmentó. Una estantería de libros fue derribada, desparramando sus contenidos en una avalancha de papel y encuadernaciones de cuero.

¿Con cuántos había acabado? Cinco, y otro con una mano amputada. ¿Eran cinco? ¿Cuántos de ellos harían falta para acabar con él?

Echó un vistazo a su alrededor.

El hombre que había talado en el escritorio estaba despatarrado a su lado sobre la espalda, aún crispándose. La sangre ya había dejado de chorrear de los muñones en sus muslos, pero la alfombra a su alrededor estaba oscura y empapada. Alzaba con lentitud, intentando encañonar a Guilliman con su pistola bólter.

Guilliman rodó y empaló al asesino contra el suelo con la espada de energía. El hombre sufrió un par de trepidantes espasmos y murió.

Guilliman arrancó con fuerza la pistola bólter de su muerto agarre. Como la que Prayto le había prestado la noche que Dantioch se manifestó, era como una pistolita para él. Solo encajaba en su mano sin guantelete. Y esa mano estaba empapada y goteando sangre.

Escuchó a los restantes asesinos intercambiar guturales palabras en código mientras se dispersaban alrededor del devastado escritorio a través del humo, en un claro intento de acabar con él. No entendía que estaban diciendo. No era ningún código ni argot de batalla de los Ultramarines.

No importaba que no lo entendiera.

Práctica. Lee todo. Reacciona.

Su intercambio de palabras le dijo mucho. Les situaba. Sonido y ángulo relativo. El sabia, sin tener que ver, que dos venían alrededor del escritorio a su izquierda y uno a su derecha.

Fue hacia la izquierda. Rodeó el escritorio disparando. El primero recibió un tiro limpio en la cabeza, creando una niebla roja. El segundo, recibió dos a través del torso.

Algo le embistió desde atrás. Su boca se abrió de par en par, un aullido silencioso salió mientras sentía el afilado y frio mordisco, una hoja de gladius le golpeó a través del blindaje de la armadura por la espalda y corrió entre sus costillas. Permaneció allí. Quieta y encajada. Guilliman se dio la vuelta y aplastó su puño izquierdo cubierto por su guantelete en la cara del espadachín.

El Ultramarine dio una vuelta de campana hacia atrás por la fuerza del golpe. Golpeó las ventanas de cara, boca abajo. A pesar de las grietas en forma de telaraña, el cristal no se rompió. El hombre cayó, desmadejado, en el interior de la habitación.

Guilliman se giró, en busca de asesinos restantes. El condenado gladius aún estaba encajado a través de él. El…

Al menos dos proyectiles golpearon la armadura de su hombro izquierdo tras su oreja y detonaron. Sintió como si le aplastaran la cabeza contra el hombro derecho por la onda de choque. Lo inundó el calor y un dolor feroz. Saboreó la sangre y la fycelina, sus oídos zumbaban sin parar y su visión desapareció.

Cayó. No podía levantarse. Estaba medio apoyado contra el escritorio o una silla vuelta del revés.

No podía ver. Disparó a ciegas. No tenía sentido. Pero disparó de nuevo.

Sintió un filo contra su garganta.

-**Muerte al falso Emperador**- dijo la voz que Guilliman había pensado que pertenecía a Aeonid Thiel.

-**Déjame morir sabiendo quien eres**- susurró Guilliman.

Una risa.

-**Tú asesino.**

-**No, ¿qué más? ¿Qué más eres?**

-**Soy Alpharius**- dijo Thiel.

Entonces los odiosos rumores de Isstvan, de traicionera mascarada y los falsos colores, todo era cierto. La legión Alpha emplearía cualquier medio. El engaño a través del cual aquella ejecución había sido cumplida, la impecable aproximación encubierta, tenía sentido. Guilliman nunca había sentido respeto marcial por las elusivas y cobardes tácticas de la Legión más joven, pero eso había sido superlativo.

-**Una cosa deberías aprender de éste momento, sirviente de la Legión Alpha**- dijo Guilliman. -**Cuando tengas que asesinar a un Primarca y lo tengas a tu merced, no desperdicies el tiempo respondiendo preguntas, sobre todo si aún tiene un bólter en su mano.**

Guilliman disparó. "Thiel" fue lanzado lejos por la fuerza del disparo a quemarropa. El filo del asesino dejó un profundo arañazo a través de la expuesta garganta de Guilliman. Más sangre manó.

Se puso de pié, inseguro. Su nublada visión comenzaba a regresar. Vio al último asesino, aquel cuya mano había cortado, reptando a través del piso de la cámara alta, luchando para alcanzar una pistola bólter.

-**Suficiente**- dijo Guilliman y le disparó en la nuca. Cayó de rodillas y se dio cuenta, repentinamente, de lo cansado que estaba.

En algún momento después de aquello, la guardia Invictus por fin logró atravesar las puertas principales recién cortadas.



7

SALUDADO POR LA MUERTE

"Existe un arte para morir, pero es un arte moribundo."

-Corvus Corax, Primarca de la XIX Legión



-**¿Vive todavía?**- preguntó Valentus Dolor.

No hubo respuesta. Todos ellos habían venido a toda prisa, apresurándose hacia la Residencia, habían entrado en la Sala Medicae para encontrarse con la pálida chambelán en el exterior de una cámara sellada y protegida del Apothecarium.

-**¿Mamzel, está vivo?**-insistió Dolor.

Euten levantó la vista hacia él. Había estado absorta en sus pensamientos. Su frágil rostro estaba más pálido y traslúcido que nunca, más por el dolor que por la edad. Había sido una mujer hermosa en su juventud, de una belleza considerable. Ahora su belleza radicaba en su fuerza, y en una intensa fortaleza interior de confianza y devoción en Roboute Guilliman.

Pero eso se había visto sacudido por los sucesos del día.

-Sí, mi señor Valentus- respondió ella. -**Vive. Ha sido gravemente herido, es solo el azar lo que le mantiene con vida. Un disparo afortunado**...

-No creo en el azar- dijo Phratus Auguston. **-Prefiero pensar que la destreza marcial de nuestro amado señor le hizo percatarse de ésta infamia. Su práctica**...

-Sí- dijo Euten bruscamente. **-¿Sí, por qué no? Creamos que es un dios invulnerable que no comete errores. Creamos que la muerte no le puede sobrevenir, o que no hay límites a su energía y capacidad. Pongamos nuestra fe en él ciegamente y esperemos que nos libre sin ayuda de todo esto...**

-Mi señora- dijo Auguston **-no pretendía ser irrespetuoso.**

-¿No?- preguntó. -**¿De veras?**

Ella miró a Phratus Auguston con un desprecio apenas disimulado. En ausencia de Marius Gage, quien había desaparecido tras la batalla de Calth en persecución del renegado Kor Phaeron, Auguston había sido elegido para el cargo de Señor del Primer Capítulo, y por lo tanto Maestro del Primero de los Ultramarines. Era un hombre de tendencia agresiva, y uno de los mejores comandantes de la XIII Legión. Euten no había apoyado su nombramiento, a pesar de que gozaba de una influencia extraoficial en los asuntos de la Legión. Había aconsejado a Guilliman su preferencia por Verus Caspean, actual Maestro del Segundo. En su opinión, Auguston era demasiado obstinado y agresivo, para satisfacer las necesidades más comunes del cargo. Caspean era más sensato, más comprensivo, más sutil. Instó a que Auguston estuviera donde fuera más eficaz, en primera línea.

Guilliman no había tenido en cuenta su consejo.

Euten dio un paso hacia el enorme Maestro del Primero y dio unos golpecitos en el grabado cincelado en oro de su placa pectoral con la punta de su bastón.

-Entienda lo que es el respeto, Maestro del Primero- dijo ella. **-¿Es esto respetuoso?**

Le golpeó de nuevo. **-No, no lo es. No, no concuerda con respeto. No soy consciente del lugar que me corresponde. No soy más que un chambelán de la corte, y usted es Señor de Señores de la Legión de Macragge. Pero soy escuchada porque no ando escasa de conocimientos. Cada uno los suyos, Auguston, cada uno según su fuerza. Si usted quisiera mostrar respeto a nuestro amado Primarca, entonces primero debería hacerlo mediante la aceptación de sus límites. Su insípida alabanza suena a falsa adulación. Él es más que humano, pero es *sólo* más que humano. La guardia Invictus ha contado ochenta y cinco proyectiles de bólter, o agujeros de impacto, en esa cámara. Si alguno de ellos hubiera impactado en su cabeza sin blindar, *alguno*, estaría**

muerto y ésta conversación sería muy diferente.

-Señora...- retumbó la voz de Auguston.

-¿Dónde ha estado el error hoy, señor?- preguntó, golpeando de nuevo. -**¿En los guardaespaldas, por no haberse anticipado? ¿En los guardias de la Residencia, por no escanear correctamente a los visitantes? O, espere, ¿en Badorum y sus hombres, por no vigilar el recinto? ¡En ellos debe haber estado, porque no son más que humanos y por lo tanto imperfectos, a diferencia de los transhumanos de la Legión! ¿O tal vez en Tito Prayto, u otros de su oficio, quizás incluso nuestro Señor del Librarius, Ptolomeo, por no prever el evento? ¿O tal vez en nuestro vengador Lord Guilliman, por estar demasiado cansado y cargado de funciones, por tener un lapsus y permitir que alguien pasara rápidamente a través de la seguridad de la Residencia porque quería el alivio de una conversación con un viejo amigo? Guilliman ordenó dar vía libre a los potenciales asesinos, señor Auguston. Él lo ordenó, y nadie pensó cuestionar esa orden. ¿Sabe lo que eso significa? Significa que cometió un error. Ayudémosle todos a que no cometa otro.**

Dolor miró de reojo a Tito Prayto, pero Prayto ya había captado la orden antes de que se hubiera expresado. Dio un paso adelante.

-Aquí nadie cuestiona sus palabras, mamzel- dijo, cogiendo suavemente a Euten por el brazo. -**Déjeme ir a buscarle agua y sentarme con usted. Ha tenido un día largo y estresante.**

Euten miró a Auguston un momento más, entonces bajó la vista y asintió. Permitió que Prayto se la llevara de la sala de espera.

-No tengo ni idea de lo que ve en ella y sus consejos- gruñó Auguston cuando la puerta se cerró. Había trece Ultramarines experimentados en la sala, la antesala del área medicae de la Residencia, todos ellos al menos con el rango de Capitán de Compañía o Señor del Capítulo. Algunos se rieron. Verus Caspean no lo hizo. Tampoco el más veterano de ellos, el Tetrarca Dolor.

-Me alegro de que no seas del Librarius, Auguston- dijo Dolor.

-¿Cómo es eso, mi señor?- respondió Auguston.

-Porque entonces sabrías lo que estaba pensando sobre ese comentario.

El Capitán Badorum y cinco de sus guardias entraron en la sala a través de la puerta sur. Se detuvieron en seco cuando vieron la asamblea de oficiales de las Legiones Astartes.

-Señores- dijo Badorum, quitándose el casco con elegancia y saludando. -**Vine para averiguar cómo se encontraba.**

-Vive, Capitán- dijo Dolor -**y vivirá.**

Badorum espiró y asintió.

-No gracias a ti- dijo Auguston.

-¿Mi señor?

Auguston se abalanzó sobre el capitán de la Guardia Praecental como un Titán sobre una presa desprotegida.

-La jodiste- espetó. -**¿Dónde estabas? ¿Dónde estaban tus soldados de juguete? ¿Tus registros? ¿Tu vigilancia? ¿Cuánto tiempo tardaste en responder?**

-Mi señor- tartamudeó Badorum. -**Nuestros escáneres estaban colapsados. No tuvimos...**

-Excusas- le interrumpió Auguston. -**Tengo la intención de relevarte de tus funciones.**

-No creo que pueda hacer eso- dijo Verus Caspean. -**La División Doméstica tiene una cadena de mando diferente a la de la Legión y...**

-Cierra la boca, Verus- espetó Auguston por encima del hombro. -**Estamos en tiempo de guerra y se aplican las reglas de tiempo de guerra.**

-Señor, la culpa fue seguramente nuestra- dijo Drakus Gorod, Capitán de la Guardia Invictus. Su voz surgió a través de la unidad de vox de su enorme casco de combate. Su armadura estaba manchada de sangre, la sangre de Guilliman. Había sido uno de los hombres que habían llevado al Primarca a las instalaciones del medicae tan pronto como las puertas de la sala principal pudieron ser derribadas.

-Él te despachó, Gorod- rió Auguston. -**Dijo que podía hacerlo sin ti.**

-No tengo excusa- dijo Gorod. -**Deberíamos haber insistido.**

Deberíamos haber examinado la lista de visitantes, sin importar quiénes parecían ser. Además, los asesinos eran de la Legión Alfa. Su tecnología de bloqueo era excepcional. No hubiéramos podido anularla.

-Aprendamos de ella, entonces- dijo Auguston.

-Su tecnología se autodestruyó antes de que pudiera ser examinada y reproducido su diseño- replicó Gorod.

-Legión Alfa- murmuró Niax Nessus, Señor del Tercer Capítulo. -**¿En qué nos hemos convertido las orgullosas Legiones? ¿En qué ha degenerado éste conflicto?**

-En algo que podemos matar y combatir- dijo Auguston.

-Creo que es posible que tengamos que ser más inteligentes que eso- dijo Caspean.

-Te dije que cerraras la boca- dijo Auguston. -**Somos una sola voz aquí.**

-Entonces deberíamos decidir lo que dice esa voz- respondió Caspean.

La puerta del Apothecarion zumbó al abrirse de repente. Una ráfaga de aire estabilizado ambientalmente salió hacia ellos, como la apertura de una esclusa de vacío. Apestaba a sangre, a geles antisépticos, a cultivo de injertos y a soluciones esterilizadas. La sala que ahora se veía ante ellos era sombría, iluminada solamente por la débil luz de las pantallas de los sistemas de soporte vital.

Guilliman apareció en la puerta. Miró a hacia ellos como lo haría una bestia herida mirando hacia fuera de la guarida de su cueva. Respiraba con dificultad, y su torso, cuello y un lado de su rostro estaban cubiertos con vendas de guata y vendajes de sujeción.

-Las paredes- jadeó -**no son tan gruesas como para no permitirme escuchar vuestra disputa. Así no es como debemos actuar en momentos de crisis.**

-Gran señor- comenzó Auguston. -**Debe recuperarse y...**

-Así no es como debemos actuar en momentos de crisis- repitió Guilliman.

Dolor dio un paso adelante y se dejó caer sobre una rodilla, con la cabeza inclinada. Uno por uno, los demás hicieron lo mismo, transhumanos y humanos por igual. Auguston fue el último en ponerse de rodillas.

-¿Cómo podemos servirle, señor?- preguntó Dolor.

-Levantaos- dijo Guilliman.

Ellos se levantaron.

-Voy a tener contigo una charla privada ahora, Tetrarca- dijo Guilliman. -**Debo hacer algo más que permanecer sentado en una cama mientras me curo. Maestro del Primero Auguston, llevarás a cabo una revisión de seguridad completa de la Residencia y la ciudad.**

-Sí, mi señor.

-No estoy buscando un culpable, Auguston, y no espero oír de ningún castigo a menos que un cierto abandono del deber puede ser probado. Lo que quiero saber es cómo han logrado entrar y por tanto, qué podemos hacer para evitar que vuelva a ocurrir. Danos información *práctica*, para mejorar nuestras prácticas. Averigua qué otra gente viene y va, especialmente en el flujo de fuera de éste mundo. ¿Qué debe ser monitorizado más de cerca? ¿Qué procedimientos tenemos que mejorar? ¿Algo o alguien de la Legión Alfa, o de cualquiera de nuestros otros enemigos, continúa entre nosotros?

Auguston asintió.

-Mi señor- dijo -**pondré a mi equipo de oficiales inmediatamente a recabar información exhaustiva y...**

-No, Auguston- dijo Guilliman. -**Te encargaras *tú*. No delegues en nadie. Supervísalo personalmente. Utiliza todos los medios a tu alcance, pero utilízalos con prudencia. Ayúdate de Polux.**

-¿El Puño Imperial?

-Correcto. Los Puños fueron encargados de la defensa de Terra. Aprendamos de su boca acerca del desempeño de ese deber. ¿He sido claro?

-Sí, señor- respondió Auguston, con su mandíbula apretada.

-¿Piensas que te degrado de alguna manera, Phratus?- preguntó Guilliman. -**¿Piensas que te insulto al darte una función que está por debajo de ti? Eres el Maestro del Primero de los Ultramarines, y ésta Legión no conoce mayor responsabilidad que la seguridad de Macragge. No sé cómo éste cometido podría estar por debajo de ti.**

-Mis disculpas, señor- dijo Auguston. -**Es un honor. Me encargaré personalmente, y lo haré escrupulosamente.**

-Por supuesto que lo harás- dijo Guilliman, asintiendo. -**El resto de vosotros, regresar a vuestras funciones. Ayudar al Maestro del Primero en todo lo que requiera, y hacer todo lo posible para calmar cualquier alarma o ansiedad en la Legión, en el ejército y en los ciudadanos que haya podido surgir debido a éste incidente.**

-La noticia del atentado contra su vida ha sido restringida únicamente al personal de alto rango más cercano, mi señor- dijo Gorod.

Guilliman suspiró.

-Sin embargo, se conocerá, así que adelantémonos y estemos preparados para disminuir su efecto negativo- dijo Guilliman. -**De hecho, creo que la noticia debe ser dada a conocer. Si tenemos enemigos en Macragge, sabrán que han fallado, y la historia aumentará el nivel mínimo de vigilancia. Además, la gente de Macragge se preocupará por los rumores de un ataque contra mí. Creo que sería preferible la fortificante franqueza de una explicación sobre los acontecimientos de hoy, sobre todo si se incluye el hecho de que soy muy difícil de matar.**



Los despidió y volvió dentro del Apothecarion con Dolor. De repente, tan pronto como la puerta se cerró, Guilliman extendió la mano hacia el Tetrarca en busca de apoyo. Dolor cargó con el peso de Guilliman sin decir una palabra y lo guió de vuelta a la cama.

Personal con ropaje del medicae, silenciosos como espectros acechando en las sombras, avanzaron para volver a colocar a

Guilliman sueros de nutrientes y monitores, en el pecho y extremidades. Unidades de pequeños servidores se movían alrededor y debajo de la cama, limpiando las manchas de sangre y quemando los apósitos sucios.

-Ella tenía razón- murmuró Guilliman mientras se recostaba.

-¿Señor?

-Euten- dijo Guilliman. -**Me advirtió en contra de Auguston.**

-Confieso- dijo Dolor -**que nunca me ha gustado ese hombre, excepto cuando ha estado a mi lado en combate. Entonces hay pocos que le igualen.**

-Es por eso mismo por lo que lo elegí para suceder a Gage- dijo Guilliman. -**Estaba enojado. Ésta guerra traicionera nos había herido profundamente y quería un guerrero para liderar la venganza de la Legión. Pero nuestra situación se hace cada vez más complicada, y Phratus no es un político.**

-Ninguno de nosotros lo somos- dijo Dolor.

-No es cierto. No, si he hecho lo que me propuse hacer. No proyecté la Legión exclusivamente para construir un Imperio y luchar en una cruzada. Las cruzadas son finitas. Las guerras terminan. Proyecté la Legión para tener también una función posterior en tiempos de paz, como líderes, como estadistas, como gobernantes del Imperio, una vez que fuera construido.

Dolor no dijo nada.

-Siempre pensé en el futuro, en un futuro lejano- dijo Guilliman en voz baja -**donde sólo hay paz. ¿Qué haremos los Astartes entonces? ¿Qué, en comparación, será de Russ y sus lobos? ¿Qué objetivo tendrá él cuando no haya más mundos que conquistar?**

-La traición del Señor de la Guerra le ha dado un par de años de derramamiento de sangre adicionales para justificar su objetivo- dijo Dolor.

Guilliman asintió.

-Él casi con toda probabilidad se sentirá agradecido. No, olvida eso. Es una aseveración demasiado dura, incluso para Russ, ni

siquiera en broma. ¿Pero Russ debe preguntarse, de verdad, acerca de la época de paz que algún día seguirá a ésta? ¿Cuál será su objetivo? Él cree que su Legión existe para castigar a aquellos que se vuelven problemáticos para el Imperio. ¿Acaso teme lo que será de él y los suyos ese día? ¿Que se enfrentará a un castigo por ser demasiado salvaje y peligroso para ser aceptado por una cultura civilizada?

Miró a Dolor.

-Háblame de otras cosas, Valentus. Vamos a realizar el trabajo práctico aquí en lugar de meditación teórica. Infórmame. ¿Qué encontraste? ¿Qué fue lo que cayó de los cielos?

-Un cuerpo- dijo Dolor.

Los ojos de Guilliman se estrecharon.

-¿Humano?

-Transhumano- dijo Dolor. -**Es sorprendente, señor. No hemos identificado el cadáver ni su origen, pero he ordenado que se recupere y se traiga aquí a la sala del medicae para su análisis. Todo el lugar del impacto está siendo rastreado actualmente en busca de evidencias. También me he tomado la libertad de restringir el incidente a nivel bermellón hasta que sepamos con lo que estamos tratando. Muy pocas personas saben lo que se ha hallado, y todos ellos han jurado mantenerlo en secreto.**

-Esperaba que la luz del Pharos trajera muchas cosas a Macragge- dijo Guilliman. -**Naves perdidas, amigos igualmente perdidos, incluso enemigos... Estaba preparado para lo inesperado. ¿Pero un cuerpo cayendo de las estrellas?**

-Si yo fuera un hombre supersticioso, señor- dijo Dolor -**diría que se parece inquietante a un presagio. Y si fuera un hombre verdaderamente supersticioso, me preguntaría qué otra cosa podría estar por venir.**



La Disformidad envió un demonio para matarlo.

Sentía que debería haber estado agradecido.

El traslado se había llevado a cabo sin incidentes. El 'sigiloso-cutter' asignado (siendo 'cutter' una nave ligera, maniobrable y muy rápida; 'sigiloso' viene de 'stealth' que se usa por ejemplo en cazas 'invisibles', nt), aportado por la Cábala, no provocó señal alguna en los agudamente sensibles sistemas de escaneo de los humanos de Ultramar, depositándole en un salto de largo alcance sobre el Macizo del Norte bajo un pico conocido como Andromache.

Despertó del salto, dolorido y acurrucado en posición fetal, en el glaciar. La sangre fluía de su nariz como el agua de un grifo.

-Muchas gracias- susurró en voz alta, escupiendo sangre, dirigiéndose a los inhumanos dioses y semidioses que ya no podían oírle, y quienes de todos modos nunca se habían preocupado por sus opiniones. El 'sigiloso-cutter' se había ido hacía mucho, como un espectro invisible, replegándose al vacío exterior. Se preguntó si alguna de las almas del pretendido Imperio de Guilliman lo había rastreado. Lo dudaba. ¿Un retorno fantasma? ¿Un pequeño parpadeo en la imagen? Quizás. La tecnología humana estaba muy avanzada, pero no había comenzado a igualar los antiguos niveles de los 'Kinebrach' (Especie de alienígenas humanoides simiescos que coexistía con los humanos de la cultura Interexiana antes de la Gran Cruzada, nt).

No era de extrañar que los humanos estuvieran perdiendo. No en balde se estaban perdiendo a sí mismos.

No era de extrañar que le importara. Él era humano. Al menos, lo había sido una vez, hacía ya mucho tiempo. Ahora trabajaba con los Eldar, a pesar de que odiaba el dulzón amor maternal que emanaba de ellos. Trabajaba con los Eldar y las otras razas inhumanas de la Cábala que compartían asociación.

Una asociación empujada por la desesperación.

Odiaba ese hecho aún más. Odiaba el hecho de que la raza humana fuera la razón por la que la galaxia se estaba muriendo. G'Latrro se lo había explicado en gran profundidad. Se lo había explicado cuando lo reclutó de las arenas empapadas de sangre de 'Iwo Jima'. La raza humana, vibrante, inocente y fecunda, era la puerta que la Disformidad utilizaría para anegar la galaxia. El Caos ganaría porque la humanidad era el eslabón débil que se lo permitiría.

Él era un Perpetuo (inmortal, en cuanto a que mueren pero siempre vuelven a la vida, nt). Había nacido con esa condición, un Perpetuo natural, pero la

Cábala había mejorado sus habilidades. Había estado trabajando para ellos desde aquel reclutamiento en la playa, cuando proyectiles, del modelo antiguo, zumbaban y silbaban alrededor de su cabeza.

Había estado matando a gente para ellos desde entonces, buenos hombres. A veces, servir a la Cábala parecía ir contra el sentido común. Eran muy complacientes. Explicaban por qué un buen hombre tenía que morir, y por qué no era algo malo. Las ejecuciones que le habían tenido realizando… *maldición*. En Memphis, contra el 'Hombre Bueno' (Good Man en el original), y luego más de mil años después en la ciudad de Los Ángeles, contra el 'Hermano' (Brother en el original, literal, nt). Luego, en M19, contra 'Holiard' en el Templo de Cristal de Manunkind, y en M22 contra 'Maser Hassan' en el Balcón de la Torre antes de su discurso *La palabra de la Ley*.

Y luego 'Dume', aunque nadie pudo argumentar de manera convincente contra el hecho de que Dume realmente tenía que morir, bajo ningún criterio, incluso los humanos.

Las cosas habían evolucionado, por supuesto que lo hicieron, debido a la calidad del oponente. El constante juego de ajedrez cosmológico con el hiper brillante, pero imprevisible, Emperador había puesto las cosas en marcha. La Cábala ya no podía contener completamente, ni predecir, sus acciones. El mon-keigh apuntaba muy alto.

Por eso, la estrategia era conocida ahora como *Gambito de Horus*, o *Posicionamiento Alpharius*. El objetivo era simple, dejar que el Caos ganara. Dejar que la Disformidad ganara de manera tan fuerte, tan *condenadamente* fuerte, que brotando desde el interior explotara hacia fuera. Dejar que la humanidad fuera la espada sobre la que cayera.

Él hizo lo que tenía que hacer. Hizo lo que necesitaban que hiciera. A cambio, estaba en un planeta hostil, sangrando por dentro y por fuera, después de un salto rápido, manteniéndose íntegro y acarreando el saco de carne donde se hallaban sus armas.

Estaba en lo alto de las montañas, a una semana a pie de la Ciudad de Macragge. Pero ese no era el problema. El problema era el demonio que la Disformidad había enviado tras él.

Tres días después de su salto, se volvió y dijo al frío aire de la montaña: **-Muéstrate.**

El eco le devolvió una risa, aunque apenas era humana. Ésta se propagó sobre las profundas grietas de las estribaciones del

Andromache.

-Vamos, señor- dijo. -**Vamos, señor demonio. Le espero con interés.**

Pasaron los segundos en un completo silencio, entonces una voz dijo: **-*Se quién eres. Tengo tu nombre. Tengo poder sobre ti.***

Suspirando, dejó caer su mochila y armas, abriendo los brazos al aire de la montaña.

-Entonces me tienes. Cógeme.

-*Damon*- respondió la voz. -***Una interesante elección del nombre, dado tu trabajo.*** (Damon suena como demonio en ingles, nt)

-¿Qué puedo decirte, demonio?- preguntó él.

Silencio.

-Sabes mi nombre- dijo Damon. -**¿A qué estás esperando?**- con las manos todavía extendidas, giró lentamente formando un círculo. La nieve crujía bajo sus botas.

-*Sé tu nombre, en efecto*- contestó la voz. -***Y en los nombres verdaderos está el verdadero poder. Sé tu nombre y tú no puedes evitarlo.***

-Lo sé- dijo él.

-¿Así que ya sabes que voy a matarte, que he sido enviado para hacerlo?

-Sí- respondió.

-*Bien.*

Se aclaró la garganta. La atmósfera en el altiplano era escasa.

-¿Cuál es mi nombre para ti?- preguntó.

-*Damon Prytanis*- replicó el demonio.

-¿Y saber mi verdadero nombre te da poder sobre mi?- preguntó.

-*Sí.*

-Me tienes, entonces, hijo de la Disformidad. Me tienes bien cogido. Puesto que voy a morir, y ya he aceptado mi muerte, concédeme un último favor.

-***Habla.***

-Déjame saber el verdadero nombre de mi verdugo.

El sonido de una risa le llegó a través del aire.

-***Muere para siempre sabiéndolo***- dijo la voz. -***Soy Ushpetkhar.***

-Estoy resignado. Ven y cógeme- dijo Damon.

La sombra del vacío se elevó y se expandió hacia él. Llegó a su encuentro a través del nevado suelo como un tsunami negro.

-Por cierto…- dijo Damon Prytanis en el último momento -**ese no es mi verdadero nombre. Resulta que, no tienes poder sobre mí. Pero ahora yo conozco el tuyo. Tengo tu verdadero nombre…** ***¡Ushpetkhar!***

En su bolsillo, Damon había estado manteniendo frenéticamente el recipiente listo. Hizo los signos adecuados y trazó las runas adecuadas, tal y como las había aprendido. Lanzó su magia en el creciente rostro del rugiente demonio.

El demonio salió del espacio real con una explosión de furia e indignación. Damon fue arrojado al suelo.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que estaba empapado. Estaba cubierto de sangre, al igual que una vasta área de la plataforma glaciar a su alrededor. Nada de esa sangre era suya.

Lentamente y malherido, se levantó. La Ciudad de Macragge seguía quedando a bastante distancia, una larga caminata bajando de la montaña.

De ésta manera, el asesino que se hacía llamar Damon Prytanis, llegó a Macragge.



8

PRIMERO ENTRE IGUALES

“Un hombre elige a sus amigos; el destino elige a sus hermanos.“

-atribuido a Ondrin de Saramanth.



La nave salió de la oscuridad, y dentro de su oscuridad, una caza interminable se llevaba a cabo.

Era una nave humana, una nave imperial, un acorazado, una nave insignia, pero se propulsaba de forma antinatural a través del miasma de la disformidad por medios cuyo origen y naturaleza habían sido considerados heréticos por los Señores y Padres de la Forja de la humanidad.

Detrás del acorazado, siguiendo su estela, venía su flota. En el interior de esos cascos maltratados por las tormentas, veinte mil guerreros aguardaban la revelación de un destino, un lugar seguro.

Eran veinte mil de los más grandes guerreros del Imperio. Eran los Primeros, y primeros entre iguales.



La nave salió de la oscuridad, y dentro de su oscuridad, una caza interminable se llevaba a cabo.

El cazador esperaba en la oscuridad, escuchando el inquietante latido del dispositivo inhumano que controlaba los motores de la nave. La oscuridad era de un negro profundo, tan negro como la armadura que

llevaba.

La presa estaba cerca, pero por otra parte, la presa estaba siempre cerca.

La presa se suponía que tenía que estar muerta, o al menos encerrada, pero gracias a su astucia e innata maldad, había eludido su captura y andaba perdida por la nave, frecuentando sus espacios oscuros y zonas inaccesibles. Por supuesto, la presa era técnicamente un prisionero, ya que toda la nave era su celda. No había escapatoria de la nave.

Al cazador le irritaba que la presa gozara de plena libertad. La presa debería de haber muerto por sus crímenes mucho tiempo atrás. El cazador debería haberse asegurado de ello, de forma sangrienta o no. La presa no era un ser merecedor de respeto alguno, ni de piedad. Era un animal demente que tenía que ser sacrificado, un monstruo que merecía su fin. Cada minuto que la maldita presa andaba suelta por la nave, el corazón del cazador ardía de rabia.

El cazador había enviado guerreros para localizar a la presa y matarla, peinando la nave, cubierta por cubierta, para hacer salir al monstruo de su escondite, y acabar así con esa pesadilla. Pero la presa, una criatura de la oscuridad, un asiduo de la noche eterna que acechaba en los amplios espacios sin luz y en las estructuras del casco típicas de cualquier nave con capacidad disforme, había matado a hombres, y mató a los hombres enviados después de ellos, y a los hombres enviados tras los últimos. La presa los había atrapado y liquidado, los acechaba y los engañaba, dejaba sus cuerpos colgando de las vigas de la bodega como advertencias, dejaba sus cabezas en las esclusas de vacío como mensajes, dejaba sus restos descuartizados empalados en columnas de sujeción y tuberías de las cubiertas interiores como sangrientas promesas.

El cazador tenía un alma noble, aunque para los que se enfrentaban a él en batalla, a menudo les parecía que también era un monstruo. Pocos, si cabe alguno, conocía el verdadero funcionamiento de su mente. Mantenía su propio criterio y dirigía su propio camino. Era difícil conocerlo.

Sin embargo, tenía un alma noble.

Se negó a enviar más hombres a morir a la oscuridad. Se negó a ordenar a más hombres que hicieran lo que no estaban preparados para hacer. Había dispuesto que se evacuaran y cerraran todas las

cubiertas principales; entonces se había puesto la armadura, la negra armadura grabada con oro de Marte, y se había convertido en el cazador. Todos los días durante dieciséis semanas, había penetrado en las zonas menos usadas de su nave y perseguido a su presa en la oscuridad.

Todos los días durante dieciséis semanas.



La nave salió de la oscuridad, y dentro de su oscuridad, una caza interminable se llevaba a cabo.

El cazador podía oler a la presa. Habían estado cerca el uno del otro muchas veces en las últimas dieciséis semanas. Se habían producido dos breves escaramuzas, en las cuales la presa había huido al darse cuenta de que el cazador era difícil de emboscar. Había habido momentos en los que se oía en la oscuridad el frágil susurro de la presa burlándose del cazador. Había habido mensajes dejados con sangre. Había habido trampas y contra-trampas, horas de acecho y escape, lentos progresos a través de los espacios oscuros y llenos de vibraciones de la nave, buscando una sombra en cada sombra que no lo era en absoluto.

El cazador se detuvo, se agachó, equilibrando su pesada pero ágil figura sobre una viga cruzada que funcionaba como un puente de piedra sobre el barranco de un pozo de descarga. Una negrura de color verde oscuro brillaba muy por debajo. Chimeneas termales se abrieron y una corriente de aire caliente se elevó como el viento del desierto, agitando el pelo largo y dorado del cazador. Se lo desató, se lo recogió y lo ató de nuevo para mantenerlo fuera de sus ojos.

Había un rastro en el viento seco. Una parte entre un billón, pero el cazador podía olerlo.

Sangre antigua. Dolor. Adrenalina. Odio.

La presa estaba cerca. Estaba escondida debajo, en una de las pasarelas del nivel inferior que bordeaban la entrada del pozo de descarga. En dieciséis semanas, el cazador nunca había conseguido tal precisión.

El aire caliente se estaba ventilando desde abajo, y el cazador estaba a favor del viento con respecto a la presa. Sin duda, ésta no podría

oírlo debido al ruido de la maquinaria resonando por todo el espacio del pozo.

En silencio, el cazador se levantó y saltó. Aterrizó a veinte metros, en otra viga cruzada, y corrió a lo largo de ella como un equilibrista antes de pasar a la viga de refuerzo de la pared del pozo. Descendió. Cada pocos metros, se detenía y escudriñaba, cazando con sus ojos, sus oídos, su sentido del olfato.

Cerca, tan cerca…

Ahí. El cazador se quedó inmóvil. Podía ver a la presa. La pudo ver por primera vez. La presa estaba inclinada sobre un pórtico unos treinta metros por debajo de la posición del cazador. Se veía como un halcón andrajoso posado en una repisa. La presa estaba mirando hacia abajo. Por alguna razón, esperaba que el cazador se acercara desde allí. Por una vez, sus misteriosos poderes de augurio y previsión le habían fallado. La presa estaba esperando, encorvada, en silencio, lista para atacar.

La presa no tenía ni idea de que el cazador estaba sobre él.

El cazador sacó su espada humedecida en aceite, silenciosamente, de su vaina. Ajustó su posición para dar el salto, de hecho, no era tanto un salto como un ataque repentino. Sería un impacto mortal. El peso del cazador y su impulso aplastarían a la presa en el inquebrantable pórtico, y la hoja de la espada lo remataría.

Sería rápido, que era más de lo que la presa merecía, pero necesario desde hacía mucho tiempo.

El cazador flexionó sus brazos, relajó el cuello y se preparó para el salto. No había margen para el error. La presa no era una criatura a la que subestimar. El cazador se inclinó hacia adelante, se agarró a la viga con la mano izquierda buscando apoyo, tensó las piernas, listo para…

-Mi señor- su sistema vox despertó y crepitó.

Debajo, la presa levantó la mirada, su cabeza erguida en dirección al sonido. El cazador vio la pálida cara de la presa: sorpresa, y deleite.

-¡Cerca!- la presa gritó hacia el cazador. -**¡Tan cerca, y sin embargo frustrado!**

La presa se echó a reír. Se lanzó fuera del pórtico hacia el pozo, los

brazos extendidos, la capa andrajosa revoloteando como alas raídas. Se internó en la oscuridad de la fosa de evacuación, dejando su risa desdeñosa tras él en el ardiente viento.

El cazador se echó hacia atrás, tragándose su rabia. Activó su enlace vox.

-Habla- dijo, su voz resonó baja y sísmica -**y por tu bien, haz que el contenido valga la pena.**

-Mi señor- transmitió el vox. -**Hay una luz.**

-¿Una luz? -gruñó el cazador.

-Un faro, mi señor. Hemos detectado un faro de navegación, fuerte pero desconocido.

El cazador vaciló.

-Tenga una escuadra de asalto esperándome en la compuerta de salida acordada- dijo. -**Voy para allá. Veamos ese faro.**



Auguston, el Maestro del Primero lo estaba esperando en una almena de la fortaleza Moneta con vistas a las pistas de aterrizaje del astro-puerto. El Maestro del Primero estaba acompañado por varios de sus subordinados más allegados y un número de autoridades de la ciudad. Habían terminado la entrega de sus últimos informes y permanecían en silencio. Auguston estaba mirando hacia la luz del Pharos, la nueva y única estrella en el turbulento cielo.

Los sistemas de la armadura de Auguston registraron la aproximación de alguien y se volvió para contemplar a Alexis Polux mientras avanzaba a lo largo de la almena para unirse a ellos. Auguston estaba acostumbrado a ser uno de los seres más grandes en cualquier lugar, exceptuando al Hijo Vengador. Había algo que le desalentaba en relación al tamaño del capitán de los Puños Imperiales.

-Lord Auguston- dijo Polux, con una respetuosa inclinación de la cabeza. **-Mis disculpas por no haber podido reunirme con usted antes.**

-Se me sugirió que podría serme de ayuda por su experiencia,

capitán. Ha dispuesto de tres valiosos días para inspecciones de seguridad y revisiones de protocolo para ponerse al día- contestó Auguston.

-Una vez más, pido disculpas- dijo Polux. Su equipo de guerra había sido limpiado y reparado, y su brazo dañado estaba inmovilizado sobre el pecho en un cabestrillo. -**El Señor de Ultramar me ordenó que me curara y estuviera preparado para la guerra que se avecina. He estado dos días en las salas de injerto.**

Auguston echó un vistazo a los arreglos en el brazo de Polux. En lugar de un simple reemplazo augmético, los apotecarios habían elegido fijar un injerto de carne desarrollado a partir de compuestos orgánicos cultivados en tanques. En el interior de la funda semitransparente del cabestrillo, bajo las capas de envoltura de nutrientes y del gel de hormonas de crecimiento, Polux tenía una nueva mano y un brazo en carne viva que había sido duplicado biológicamente del original. Todavía estaban creciendo, todavía desarrollándose, los huesos nuevos todavía soldándose. Inundada con sangre oxigenada, la mano era casi carmesí.

-¿Cuánto le llevará?- preguntó Auguston.

-El pronóstico es bueno- dijo Polux. -**En dos días el rechazo puede descartarse. Debería estar operativa dentro de una semana.**

Auguston asintió e hizo un gesto a uno de sus ayudantes.

-Como decía, hemos estado realizando un análisis durante tres días. Tengo un informe preparado.

El ayudante tendió a Polux una placa de datos.

-¿Cómo se encuentra el Primarca?- preguntó Polux.

-Él...- comenzó Auguston. -**Se encuentra bien, tengo entendido. Teniendo en cuenta que solamente han pasado tres días, muestra notables signos de recuperación.**

Polux no hizo más que echar un rápido vistazo a la placa de datos. Se volvió y miró hacia la zona del espacio-puerto, luego contempló las sombras que formaban las naves ancladas muy por encima de ellos y las formas de las nubes en el cielo.

-No creo que sea una simple cuestión de revisión del protocolo- dijo.

-Ni siquiera ha empezado a mirar la placa...- empezó a decir Auguston.

-Puedo examinarlo con más detalle después. Créame, Maestro del Primero, he estado analizando la seguridad de Macragge mientras los apotecarios trabajaban en mi extremidad. Esta es una magnífica instalación portuaria, pero no es segura.

-¿Qué?

Polux miró a Auguston.

-He dicho que no es segura.

-¿Está tratando de enojarme, capitán Polux?- preguntó Auguston, dando un paso adelante. Polux se dio cuenta de que la mayoría de los ayudantes y de los jóvenes que lo escoltaban daban un paso hacia atrás. No querían permanecer cerca de un enojado Maestro del Primero.

-No, señor- respondió con calma Polux. -**Estoy tratando de ayudar. Me tomé muy en serio la solicitud de su gran Primarca.**

-¡Entonces piense antes de hablar!- escupió Auguston. -**Desde la infamia que tuvo lugar en Calth hemos fortalecido el sistema, las estrategias planetarias, endurecimos la vigilancia y las defensas, pusimos en marcha nuevas plataformas de defensa y fortificamos la ciudad, especialmente las zonas del astro-puerto y...**

-Por supuesto que ha hecho todas estas cosas- estuvo de acuerdo Polux. -**Pero ha hecho todo eso preservando el carácter original de éste mundo y de éste puerto. Macragge es un mundo importante, señor, y éste astro-puerto es su gran puerto. Macragge gobierna un imperio de quinientos mundos, señor, el territorio de Ultramar. Puede incluso llegar a gobernar sobre el Imperio. Tiene un astro-puerto que refleja esa función, un puerto construido para la industria y el comercio, un puerto construido para servir a intereses mercantiles necesita de la paz. Sí, usted lo ha fortificado. Pero todavía no es seguro. Puede resistir un asalto, pero ¿puede impedir la entrada ilegal de nuestros enemigos? Creo que es razonable esperar que esos asesinos enviados para acabar con la vida de su Primarca no sean los únicos intrusos, actualmente, aquí en Macragge.**

-¿Es eso lo que haréis para proteger Terra?- preguntó con desdén

Auguston. -**¿Desechar cualquiera de sus propósitos originales y que no sea nada más que una muralla de alambre de púas?**

Polux asintió.

-Espero firmemente que mi Primarca haya blindado Terra. Espero firmemente que el Palacio Imperial no sea ya un palacio, sino la mayor fortaleza de la galaxia. Esta es una guerra como ninguna otra a la que nos hayamos enfrentado, señor. Se producirán muchas víctimas entre los nuestros si no la respetamos, o si consideramos demasiado valiosos nuestros bienes.

-¿Entonces qué? ¿Dejamos de tratar de fortalecer y preservar lo que tenemos, y en su lugar simplemente lo reconstruimos?

-Sí. En momentos como este, no es suficiente con atrancar o entablar una ventana, mi señor. Debe clausurarla con ladrillos de tal forma que la ventana no exista nunca más. El trabajo de reconstrucción necesario en la ciudad, y sobre todo en el astro-puerto, será costoso y llevará mucho tiempo. Usted debe comenzar a trabajar en la construcción de un astro-puerto militar fortificado. Hay medidas correctoras que pueden ser realizadas mientras que la construcción se planifica y ejecuta.

-¿Por ejemplo?- preguntó Auguston.

Polux hizo un gesto hacia las naves ancladas por encima de ellos.

-Que nada, y cuando digo nada quiero decir nada, se acerque a una distancia de fuego de Macragge hasta que haya sido inspeccionado. Sugiero que se empleen algunos de los fuertes espaciales exteriores en mitad del sistema como estaciones de paso. No permitir que ninguna nave aterrice, ni envíe transbordadores a la superficie, hasta que la identidad, tanto de la nave como de sus ocupantes, haya sido verificada mediante examen visual y por los códigos genéticos.

-¡Eso ralentizaría a paso de tortuga todo el comercio y las importaciones!- dijo uno de los funcionarios de la ciudad.

-Lo hará- se mostró de acuerdo Polux -**pero también se ralentizará el tic-tac del reloj del juicio final.**

-¿Y qué hay de nuestros veteranos cuando regresen de Calth y de las otras zonas de combate?- preguntó un capitán Ultramarine situado al lado de Auguston. -**¿También debe ser retrasada su**

vuelta a casa de ésta manera tan ignominiosa?

-Creo que después de lo ocurrido en la Residencia- refunfuñó Auguston -**sabemos la respuesta a eso. ¿Qué más Polux?**

-Eso- dijo, señalando los restos orbitales del *Abismo Furioso*, ahora claramente visibles coronando el horizonte.

-Está muerto- dijo Auguston -**y lo que queda de la nave está siendo desmantelado por los equipos de recuperación. ¿Qué problema hay?**

-Es un peligro para la navegación- respondió Polux -**y además, representa una amenaza militar. Un acto eficaz de sabotaje podría golpearla desde la órbita, y hacer que cada megatonelada de metal de su masa cayera en ésta ciudad. El enemigo no desconoce éste tipo de trucos, Maestro del Primero. Los restos de esa nave deben ser remolcados más allá de la órbita de los satélites exteriores y ser desmantelados allí.**

-¿Alguna cosa más?

-Las tele-transportaciones desde la órbita a la superficie deben ser restringidas, y todas las entradas al planeta, ya sean en naves o en tele-transporte, prohibidas, a menos que se efectúen a través del área designada de éste astro-puerto. Sugiero la instalación de escudos de vacío mejorados para cubrir las pistas orbitales inferiores y la zona del puerto, suficientes para sellarlas si fuera necesario. También sugiero que una parte de los sistemas de sensores orbitales y módulos de Auspex sean reprogramados a fin de cubrir la superficie del propio planeta.

-¿Por qué?

-Estoy hablando de una nueva filosofía de defensa, Maestro del Primero. Habéis fortificado el sistema, el planeta y la ciudad para prevenir otro Calth. Tienen naves, sistemas de defensa y baterías más que suficientes para defenderse de cualquier aproximación abiertamente hostil a Macragge. Pero el incidente en la Residencia demuestra que un asalto abierto no es la única manera en la que nuestros enemigos pueden atacarnos. La traición llega en diferentes grados, señor. Un pequeño porcentaje de sus módulos Auspex podrían ser readaptados para cubrir toda la superficie de éste mundo, sin perjuicio significativo de las alertas preventivas o los procesos de exploración y vigilancia del sistema. Si alguien aterriza una nave o utiliza una cápsula de

descenso o un sistema de tele-transporte fuera de esa zona restringida del puerto, lo sabrán. No asuma que podrá mantenerlos fuera, señor. Un planeta es un área extensa. Asuma que entrarán, y asegúrese de ver sus huellas cuando lo hagan.

Auguston frunció los labios. Estaba molesto por la forma en la que el Puño Imperial le estaba instruyendo sobre análisis básico de defensa, y porque había hecho que las conclusiones parecieran tan obvias, pero también sabía que incluyendo en su informe la mayoría de las sugerencias de Polux podría hacer que se viera como si hubiera hecho un trabajo particularmente minucioso.

-Ha merecido la pena escucharle, Polux- dijo de mala gana.

-Lo tomo como un gran elogio, señor

Polux dirigió la mirada hacia la luz del Pharos.

-Han colgado una lámpara para guiar aquí a los viajeros fuera de la Tormenta, mi señor, y eso es correcto y justo, y la única manera de que una civilización justa y noble pueda sobrevivir. Sin embargo, debe examinar quién y qué nos trae la luz, y cómo de enmascarados están sus verdaderos motivos. Sin duda me gustaría conocer más acerca de su "nuevo Astronomicón". Entender su funcionamiento y comportamiento puede ayudarme a realizar buenas recomendaciones para la protección de Macragge. Ni siquiera sé dónde se encuentra, ni qué clase de tecnología permite que funcione.

-Eso es clasificado- dijo uno de los asistentes -**pero estoy seguro de que el Primarca le permitirá discutir lo básico con el Herrero de Guerra.**

-¿Ha dicho Herrero de Guerra?- preguntó Polux.

El asistente asintió.

-El Herrero de Guerra Dantioch ha dirigido la operación para activar el Pharos- dijo Auguston.

-¿Un Guerrero de Hierro?- preguntó Polux en voz baja.

-¿Representa eso un problema, capitán?



Guilliman caminaba con una leve cojera, aunque con el tiempo se corregiría. La garganta y uno de los lados de su cara parecían como si hubieran sido arrastrados por rococemento desde una moto-jet Cimitarra.

Se había vestido con una túnica suelta y ropas para cubrir el extenso vendaje alrededor de su torso, y había rechazado el traje blindado mono-pieza por obvias razones de movilidad y comodidad. Les dijo a sus asesores que no cometería un error similar de nuevo. Sin embargo, hasta que hubiera sanado lo suficiente como para llevar la armadura de combate completa, había aceptado el pesado cinturón con un generador de campo refractor, que llevaba bajo sus ropas. En él, había enfundado una pistola de rayos maetheriana, una formidable pieza de una tecnología olvidada de su colección personal.

Titus Prayto y Drakus Gorod de los Invictus lo acompañaban dondequiera que fuera, el bibliotecario y la bestia de pesada armadura, listos para advertir cualquier tipo de peligro y usar la violencia.

Así escoltado, regresó a la Residencia por primera vez desde el ataque. Había ordenado que nada fuera tocado ni reparado hasta que tuviera la oportunidad de revisar la escena. Titus Prayto veía claramente el motivo psicológico que se escondía tras esto. Guilliman quería enfrentarse a sus demonios. Quería mirar directamente a los hechos en los que casi había muerto. Prayto podía sentir la tensión subyacente en el Primarca como un temblor en el aire. Le preocupaba. Cuando los seres más grandes del universo mostraban indicios de estrés o tensión, era el momento para que todo ser viviente se pusiera a cubierto.

Llegaron hasta el pasillo. La alfombra estaba moteada con manchas oscuras, un rastro de sangre en el lugar donde Gorod y sus hombres habían sacado a Guilliman. Delante de ellos estaba la puerta que la guardia Invictus había cortado.

Unos hombres los esperaban en la entrada: una manada de hombres.

En el momento en que Guilliman y su escolta se pusieron a la vista, levantaron la mirada con sus amarillos ojos, alerta y con las cabezas ladeadas. Se habían apiñado alrededor de la puerta, descansando o afilando sus espadas. Ninguno de ellos se había atrevido a cruzar el

umbral de las cámaras interiores del Primarca.

Guilliman se acercó. La manada de Faffnr Bludbroder se levantó para salir a su encuentro, no como un reto, sino como una guardia de honor.

-Esta no es mi chimenea- dijo Guilliman, mirando al líder de la manada.

-No, jarl, es su puerta- dijo Faffnr. -**Su puerta valdrá, por ahora.**

Guilliman asintió.

-Nos dijeron que no entráramos. Que eran órdenes suyas- agregó Faffnr.

-Eran mis órdenes- Guilliman mostró su acuerdo.

-Los perros han de esperar siempre en el dintel de la puerta- retumbó la voz de Gorod desde las profundidades de su armadura de Exterminador -**hasta que el dueño les deja entrar. Los buenos perros, me refiero. Los buenos perros permanecen en el borde de la luz del fuego, esperando las sobras, hasta que se les permite acercarse a la chimenea.**

Faffnr volvió la cabeza lentamente y fijó la vista en el visor de la armadura Catafracta (*Cataphractii* en el original). Sus ojos no parpadeaban. Uno de sus hombres se inclinó hacia delante y susurró algo al oído del líder de manada. Una media sonrisa arrugó los labios de Faffnr, dejando al descubierto uno de sus colmillos.

-No, Bo Soren- dijo. -**No puedo dejar que hagas eso. Aunque sería divertido verlo.**

Faffnr volvió la mirada hacia Guilliman.

-¿Permites que tu guerrero me hable de esa manera, jarl?- preguntó.

-Es exactamente lo que estabas pensando- dijo Titus Prayto.

Faffnr miró a Prayto. Olfateó, y luego sonrió y asintió.

-Era, *maleficarum*, lo ha sido. Es verdad. Tenemos una pobre opinión de nosotros mismos, supongo, pero una buena opinión de nuestra lealtad y obediencia.

-¿Qué hay de su obediencia, Jarl Guilliman?- preguntó Faffnr de soslayo al Hijo Vengador, su mirada fija rígidamente en la cara del bibliotecario.

-¿Acaso está cuestionada, Lobo?- preguntó Guilliman. -**¿Debido a que utilizo Bibliotecarios desafiando el Edicto? El Edicto fue decretado antes de que ésta guerra comenzara. Está obsoleto. Necesitamos al Librarium si queremos sobrevivir. ¿Eso me hace desobediente?**

Faffnr dejó escapar un profundo e intenso gruñido, como el de un animal de la selva. Sus ojos no se desviaron de la cara de Prayto.

-Él piensa que eso le daría coraje y determinación a su obediencia- dijo Prayto a Guilliman, sosteniendo la mirada de Faffnr -**para perseguir su lealtad a través de elecciones decisivas, unilaterales y quizás impopulares. Piensa que es por eso por lo que es un gran líder.**

Guilliman asintió.

-Cuéntale el resto mientras estés ahí dentro, *maleficarum*- dijo Faffnr.

-Piensa, sin embargo, que mantendrá una estrecha vigilancia sobre usted, señor- dijo Prayto.

-Un día sin una burda amenaza por tu parte no está completo, ¿no es así, Faffnr?- preguntó Guilliman. -**¿En serio? ¿Otra vez con esto? ¿Yo, solo en una habitación frente a una escuadra de diez? Por si un casual te has perdido los últimos acontecimientos, te diré que ya lo he hecho.**

Faffnr Bludbroder se encogió de hombros.

-Ellos eran la Legión Alfa. No Lobos.

-Lo hice desarmado.

Faffnr desvió su mirada de Prayto a Guilliman. **-Nunca dije que no estuviera bien hecho**-respondió.

Prayto sonrió.

-¿Va a permitir que mi manada proteja su estancia, jarl?- preguntó Faffnr. -**Hemos recorrido un largo camino para salvaguardar la**

paz del Emperador.

-Creo que esa tarea está totalmente cubierta- retumbaron las palabras de Gorod a través del vox de su casco, una por una, como proyectiles de gran calibre de un arma accionada por cadena.

-Al parecer, no lo suficientemente bien- respondió Faffnr.

-Ni siquiera se aproxima a suficientemente bien- agregó Bo Soren.

-Podéis cruzar el umbral, Lobos- dijo Guilliman. -**Podéis acercaros a la chimenea. Lo permitiré. Pero no obstaculicéis a Gorod ni a sus hombres. ¿Podéis obedecer a éste respecto?**

Faffnr asintió. Sus hombres se hicieron a un lado.

Guilliman entró en la habitación en la que casi había encontrado su fin.

El mobiliario estaba destrozado. El gran escritorio estaba lleno de marcas y perforaciones como un meteorito. Había agujeros en las paredes, en el suelo y en el techo. Los cuadros habían caído de sus agarres y estaban rotos. Un retrato de Konor aún colgaba en su sitio, pero toda la zona de la cara y los hombros había sido alcanzada por disparos. Jirones colgantes de tela y fibras se mecían silenciosamente bajo el suave aire en circulación.

Todos los cadáveres habían sido retirados, pero las alfombras estaban todavía teñidas con la sangre de las Legiones Astartes, y las paredes manchadas con aún más sangre que se había secado y que parecía pintura negra o salpicaduras de alquitrán. Partes de la pared y de algunos muebles enormes estaban salpicadas con trozos quemados de armadura, fragmentos de ceramita que habían sido arrancados tras los impactos hasta empotrarse como metralla. Las ventanas principales estaban cuarteadas con diseños de tela de araña. Una serie de grietas parecían formar una serpiente en espiral: una serpiente de muchas cabezas en espiral.

Guilliman respiró. Sabía que se encontraba ligeramente alterado. Estaba viendo símbolos y presagios en cosas que no tenían importancia.

Cerró los ojos. Por una milésima de segundo, el ruido y la furia del momento regresaron, llenando su cabeza, hasta el último momento revivido en un resplandeciente y...

Abrió los ojos de nuevo.

-¿Mi señor?- preguntó Prayto.

-Estoy bien- dijo Guilliman. Miró a su alrededor y se movió hacia adelante, cada paso provocaba que trocitos de cristal esparcidos en la alfombra crujieran. El cogitador de Konor, y el soporte que lo había albergado, eran ahora, meros restos rotos en el suelo. Un cuerpo al caer lo había aplastado.

Guilliman contempló los restos por un momento. La historia viva de Macragge, el ascenso de Ultramar, la suerte de los Quinientos mundos, habían sido todos registrados y monitorizados por aquel antiguo dispositivo. Era extraño. La pérdida parecía tener un mayor peso emocional que el que había sentido al ver el retrato desfigurado de su padrastro. Guilliman notaba inesperados grados de sentimientos creciendo en su interior.

-Necesitaré...- comenzó. Su voz se quebró ligeramente.

-Un dispositivo nuevo- terminó la frase Prayto. -**Hablaré con los adeptos del Mechanicum enseguida para proporcionarle un nuevo sistema cogitador, un dispositivo de aplicación de señal cognitiva que mejorará el procesamiento de datos.**

Guilliman asintió.

-Siento...- comenzó a decir a Prayto. Se detuvo. Gorod estaba esperando detrás de ellos en la puerta, los Lobos en la entrada tras él. Guilliman se acercó a las ventanas del lado opuesto de la habitación y se puso de espaldas a la puerta, mirando hacia fuera. Prayto fue con él.

-Siente dolor y tristeza- dijo Prayto -**y no desea que los otros escuchen esto.**

Guilliman asintió de nuevo.

-Es una reacción retardada, señor- dijo Prayto.

-¿Por un ataque? He sobrevivido a guerras, Prayto. He luchado contra demonios, y mis propios hermanos. He tenido heridas peores que éstas.

-No es eso a lo que me refería, señor.

-¿Entonces qué? ¿Por la pérdida de un viejo cogitador?

-Creo que eso fue solo el disparador, mi señor. Era una reliquia de familia. Tenía un significado personal para usted.

-¿Entonces qué, vuelvo a preguntar? ¿Una reacción retardada por qué?

-Por Horus- dijo Prayto.

Guilliman suspiró profundamente.

-Aseguraos de que no vuelvan a acercarse- dijo a Prayto.

Prayto asintió, dejando que el resto del pensamiento finalizara en su mente.

Porque no quiero que esos Lobos me vean con una lágrima en mis malditos ojos.



Euten lo encontró solo en la habitación. Prayto salió a reunirse con el Mechanicum y Guilliman había dejado a Gorod y a los lobos fuera para poder tener tiempo para reflexionar. La oyó saludar a Gorod y refunfuñar a la manada de lobos salvajes cuando entró por la puerta exterior.

Había levantado una de las sillas más grandes que aguantaba entera. El respaldo se había desprendido, por lo que las destrozadas almohadillas de cuero parecían trozos de grasa. Se había situado frente a las ventanas llenas de telarañas, y permanecía sentado, inclinado hacia adelante, con los codos sobre las rodillas.

-¿Me traes la agenda del día, 'mam'?- preguntó, sin mirarla.

-No -respondió ella. -**Ya he despachado la mayoría de los asuntos. Y tú necesitas tiempo para pensar.**

-Yo nunca paro de pensar, 'mam'.

-Entonces necesitas tiempo para concentrarte, mi señor. Ha llegado la hora de actuar.

Él la miró, aunque todavía permanecía inclinado hacia delante.

-Ya he actuado. Tú lo sabes. Macragge, y los Quinientos Mundos... Son el Imperio. *Imperium Secundus*. La contingencia que ni siquiera soñamos que podría ser necesaria es ahora una práctica.

Ella asintió.

-Continúas eludiendo lo que quiero decir- dijo. -**Y es que creo que es hora de que lo hagas público a alguien más que a mí y a tus confidentes más cercanos. Ha sido tu teórica privada, ahora debes declarar formal y públicamente el *Imperium Secundus*. Tienes que tener fuerza en tu convicción, y no reducirlo a los aspectos más edificantes del mismo. Si no tienes fe en ello, entonces tampoco la tendrá ni un alma en los Quinientos Mundos.**

Él abrió la boca para responder, pero no dijo nada.

-¿Qué es? ¿Qué provoca tus dudas?- preguntó Euten. -**¿Es el miedo a estar usurpando todo exactamente igual a lo hecho por Horus? O es...**

-Pena- dijo en voz baja. -**Pena de que mi padre, y Terra, y el gran sueño del Imperio se hayan perdido, y la única manera para que nuestra civilización sobreviva es consolidarnos aquí. Es una carga que nunca busqué, 'mam', y se hace más pesada por el dolor.**

Miró a través del cristal cuarteado y observó las torres y los edificios de la ciudad de Macragge, dorados bajo la pálida luz de la disformidad.

-Piensas que debería hacer una declaración formal porque parezco débil, ¿no es así?-preguntó.

-Sí- dijo ella, asintiendo con la cabeza. Ajustó el agarre en su bastón para acomodar la postura y descansar la espalda. -**La moral de Ultramar nunca ha estado tan baja. Calth, la Tormenta de Ruina, la guerra contra los hijos de Lorgar y Angron. Todas éstas cosas nos han golpeado, pero el asalto contra tu persona... Mi señor, esto nos ha demostrado que incluso la cosa más valiosa que nos queda no está segura.**

Euten echó un vistazo a la fría devastación de la cámara. Sus ojos se detuvieron en el cogitador destrozado y en el busto roto de Konor.

-Justo una hora antes... antes que esto sucediera- dijo, haciendo un gesto hacia la habitación con su fina mano izquierda -**te hablaba acerca de lo vulnerable que eres. Lo siento si mi tono fue intimidante, pero mis palabras eran ciertas. Esto es todo lo que nos queda del Imperio, y tú eres el último príncipe valioso. No puedes ser todas las cosas que una vez fuiste. Eres demasiado valioso para ser arriesgado. Eres demasiado importante para ser diluido con un exceso de funciones.**

-Ésta no es una conversación acerca de declarar el Secundus, ¿verdad?- preguntó.

-No tiene sentido declarar el Secundus sí Secundus tiene un trono vacío. Debes declararte también a ti mismo.

-¿Qué?- preguntó, con una risa burlona tras sus palabras. -**¿Emperador Guilliman?**

-Regente al menos, mi señor. No me mires de esa manera. Sé lo que odias la palabra.

Él se levantó.

-Euten, no puedo. No puedo dirigir y gobernar. No puedo administrar éste imperio y ser su estandarte.

-Ya te he dicho que debes delegar- dijo. -**Posiblemente nadie más pueda ser Jefe de Estado. Posiblemente nadie más pueda ser Regente. Eres el último Primarca, mi señor. El último hijo fiel. El *único* hijo fiel. Conviértete en lo que debes llegar a ser. Proclámate a ti mismo como el punto de encuentro del Imperium Secundus. Se imperial, y muestra tu renovada fortaleza, tu determinación, tu temple y la gloria, como un ave fénix que renace de las cenizas. Deja la mecánica cotidiana del negocio imperial a los demás.**

-Ese es mi punto fuerte- respondió. -**No confío en nadie más para supervisar esa mecánica. Lo he hecho durante tanto tiempo. Yo... no confío en nadie más... ni siquiera en ti, mi querida señora.**

-¿Porque no soy capaz?- ella aspiró fuertemente por la nariz, aunque en realidad estaba bromeando.

La respuesta de él fue típicamente honesta.

-Porque eres mayor, Euten. Eres humana y mayor. No sé cuánto tiempo la vida te permitirá permanecer a mi lado. No puedo depender de que tú sigas aquí, y no confío en nadie más.

-Una buena respuesta- dijo. -**Pero, tú sabes... Te conozco desde que eras un niño, Roboute. Sé cuando estás siendo precavido con la verdad. Y ahora lo estás siendo. Tras todo tu razonamiento, ninguna de las cosas que has dicho es la verdadera razón de que no vayas a declararte Regente Imperial.**

-¿Y eso?- preguntó él.

-Tú ya lo sabes.

Él suspiró.

-Entonces permíteme decírtelo una vez más. No puedo construir un imperio y ponerme a mí mismo en el trono, incluso si soy el único candidato. Huele a vanidad, a arrogancia, a un orgullo desmedido y a una terrible ambición.

-Huele a Horus Lupercal- dijo ella.

-Ah, por cierto. Eso hará que disminuya mi credibilidad a los ojos de los que todavía me respetan, y simplemente confirmará las dudas de todos aquellos que no lo hacen. «Mirad a Guilliman» dirán ellos, «aprovechando ésta crisis y nombrándose a sí mismo rey. Mirad su ansia impropia. Mirad lo rápido que ha saltado para tomar una malsana ventaja de la situación»

-Me alegra saber que admite sus dudas al fin- dijo ella. -**Pero es la única acción *práctica* que tomar. Siempre me has enseñado que la práctica triunfa sobre la teórica.**

-Pero en éste asunto, la teórica apesta- dijo él. -**He estado manteniendo la esperanza de que otro hermano todavía pudiera venir a mí. ¡Rogal, por las estrellas, yo pondría el trono *desinteresadamente* en sus manos! ¡En Sanguinius, al instante! ¡Estos son dignos herederos! ¡Estos son *nobles* hermanos!**

-Y si estuvieran dispuestos, ello validaría Secundus- asintió ella. -**Su nombramiento reforzaría tus elecciones.**

-Cualquier hijo fiel- murmuró Guilliman. -**En éste momento, me gustaría contar con algún hijo fiel.**

-¿Incluso Russ?- preguntó ella.

Guilliman rio.

-Él es un bárbaro- dijo él -**pero sigue siendo un rey. Y es leal de una manera que nos avergüenza a todos. Sí, incluso Russ. Quizás necesitamos un monarca verdaderamente feroz para ver a través de ésta nueva contienda.**

-Y tú, como su conciencia, mantendrías su corona limpia- dijo ella.

-Por supuesto- dijo él. Suspiró profundamente otra vez, y miró a su alrededor. -**Haz que el personal de la Residencia limpie ésta cámara. Que lo tiren todo y la dejen como nueva. Tengo hambre. Creo que daré un banquete con los Lobos ésta noche.**

Él la miró.

-Descansa tranquila, 'mam'- dijo -**por la mañana habré tomado una decisión. Si voy a declararme como Regente, lo sabrás con tiempo y podrás prepararte para el anuncio.**

-No hay nadie más adecuado, mi señor- dijo Euten.

-No hay nadie más en absoluto- respondió. -**Así que supongo que tendré que ser yo.**



El cadáver chamuscado que había caído en la zona sur de la ciudad de Magna Macragge había sido llevado a una suite privada y segura en los niveles más bajos del área medicae de la Residencia. Las salidas de esa zona estaban vigiladas y bloqueadas, sólo el personal autorizado tenia permitido entrar y salir, ni siquiera se les permitía conocer la naturaleza de lo que contenía la suite del laboratorio.

Valentus Dolor, Tetrarca de Occluda, llegó sin escolta, y avanzó mientras sus pasos resonaban por el largo pasillo hacia una serie de compuertas de diafragma. Guardias Ultramarines se inclinaron ante él y lo dejaron pasar. Las compuertas rasparon al dilatarse, una a una.

El capitán Casmir le estaba esperando en una cámara diáfana del laboratorio de zinc y acero galvanizado. El lugar estaba iluminado por luces verdosas y tenía un olor industrial. Una urna de hierro macizo

yacía sobre un pedestal levantado en la zona principal de la habitación. Había ventanillas de observación de pesado cristal blindado incorporadas en los lados y en la parte superior de la urna, para que el cuerpo, suspendido en soluciones de embalsamamiento, pudiera examinarse. Unos instrumentos fijados en los laterales de la urna también permitían que herramientas quirúrgicas fueran insertadas de manera que se pudieran tomar muestras de tejido. Todo lo que podía verse a través de las ventanillas era una fina capa de espuma. Varios técnicos del medicae estaban trabajando alrededor de la urna.

-¿Tenemos una identidad?- preguntó Dolor a su palafrenero.

-No, señor- contestó Casmir. -**Pero hemos resuelto una incógnita.**

Ofreció a Dolor la placa de datos que había estado sujetando. Dolor la cogió y la leyó.

-Un análisis exhaustivo de los registros de vigilancia orbitales finalmente ha revelado cómo llegó nuestro extraño muerto- dijo Casmir. -**¿Ve el breve repunte ahí? Un destello de tele-transporte en la atmósfera superior. Un patrón de tele-transporte no estándar.**

-¿Así que se materializó de la nada en la atmósfera superior?

-Y luego cayó- dijo el capitán Casimir -**todo el camino hasta la superficie, ardiendo como un meteoro mientras atravesaba la atmósfera.**

-¿Sabemos algo sobre el punto de origen de la tele-transportación?

-El patrón del destello está siendo examinado, pero lo dudo, mi señor.

Dolor entregó la placa de nuevo y dio unos pasos hacia la urna.

-Cuanto más descubrimos, en un misterio mayor se convierte. Yo...

Se detuvo en seco. Algunas alarmas del monitor habían comenzado a zumbar. Unos indicadores luminosos de color ámbar se encendieron a lo largo de la consola al lado del zócalo. Los técnicos del medicae reaccionaron con sorpresa y retrocedieron por un segundo.

-¿Qué es esto?- preguntó Dolor. -**¿Qué está pasando?**

-No lo sé, Señor Tetrarca- dijo uno de los técnicos.

-No tiene sentido- dijo otro.

-Debe ser un error del sistema- dijo un tercero.

Una nueva alarma comenzó a sonar.

Dolor se acercó a la urna con la mano en la empuñadura de su espada. Miró por una de las ventanillas hacia el turbio interior.

-Que alguien me explique lo que está pasando- gruñó.

Se produjo un repentino y muy violento golpe. Incluso Dolor se echó hacia atrás.

El sonido había sido provocado por un impacto desde el interior de la urna. Algo había golpeado uno de los ventanales de duro cristal.

Dolor miró. Incrédulo parpadeó. Presionada contra el interior del cristal blindado, ensangrentada, en carne viva y descamada con la carne ennegrecida y quemada, estaba la palma y los dedos de una gran mano humana.

-¡Abrid la maldita urna!- ordenó Dolor, sacando la espada. -**¡En nombre de los Quinientos Mundos, lo que hay ahí no está muerto del todo!**



La nave salió de la oscuridad, y dentro de su oscuridad, una caza interminable se detuvo por un momento, el primer momento en dieciséis semanas.

En las profundidades, casi enteramente en tinieblas, de los vastos disipadores térmicos de los reactores de la nave, la presa se detuvo, un fantasma nocturno, condenado a estar absolutamente solo por el resto de su vida.

Se puso en cuclillas sobre un montante oxidado por encima de los humeantes hornos de los motores de la nave, y envolvió sus brazos alrededor de su cuerpo. Su capa estaba hecha jirones y ennegrecida. La poca luz proveniente de los fuegos latentes de las salas de

propulsión debajo de él se reflejaba a lo largo de las líneas afiladas de sus garras.

Sintió el salto, la ondulación, el tirón de la transición. Notó la vibración arrítmica de los motores mientras se corregían dimensionalmente. Sintió retorcerse sus tripas y pinchazos en sus cavidades nasales. Le provocó un gemido.

La nave había efectuado la transición al espacio real.

La presa inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Despegó los agrietados labios mostrando los dientes que, si hubiera habido alguna luz, se hubieran mostrado ennegrecidos y podridos. Su risa, tan aguda y fracturada como un glaciar partiéndose, bajó, creando ecos hacia el disipador.

Las reglas acababan de ser reescritas. En el espacio real, la nave ya no era una prisión delimitada. Él ya no era la presa.

Por fin.



La nave salió de la oscuridad.

-Transición completa- dijo el capitán Stenius desde la barandilla de la elevada plataforma del puente. -**Posicionamiento en el espacio real alcanzado.**

Por debajo de él, en la zona delantera de la cubierta principal, la tripulación del puente, conectada a sus diferentes consolas, parloteaba de un lado a otro de los controles, intercambiando y actualizando la oleada de datos del espacio real tan rápido como sus automatismos se lo permitían.

Stenius se volvió para mirar al señor de la nave. La luz tenue del puente provocaba que los ojos augméticos de color gris ahumado de Stenius se entornaran. El rostro del capitán, inmovilizado por daños en los nervios, no había cambiado de expresión durante décadas.

El señor de la nave, el cazador, sabía, sin embargo, que había una sonrisa de alivio encerrada bajo esa carne inmóvil. Estaba sentado en su titánico trono grabado, una sombra en la parte posterior del espacio inmenso del puente de la nave insignia, un monarca sin reino.

Levantó la cabeza, reconociendo a Stenius, y miró a la pantalla principal. La luz era sorprendente: un faro de algún tipo, un mundo completamente iluminado. Su nave, milagrosamente, con toda su flota a continuación tras él, estaba surcando un sistema estelar iluminado por el faro intergaláctico más grande que había visto nunca.

El sistema estaba armado y defendido. Ya habían recibido amenazas entrando a través de todos los canales. Podía leer en la pantalla del Strategium cómo los fuertes espaciales estaban preparando distintos grupos de armas, anillos de defensa interplanetaria, cinturones de minas, estaciones armadas autoalimentadas y flotas de intercepción se dirigían hacia ellos, todo en respuesta al ímpetu de su abrupta llegada.

Por supuesto que lo harían. Por supuesto que reaccionarían con tanta presteza. Lo que el cazador traía con él era una de las mayores flotas de guerra en el Imperio; quizás la más grande.

-Este no es el Sistema Solar terrano- dijo.

-No, no lo es, mi señor- respondió Stenius. -**Ni siquiera es el Segmentum Solar.**

-Respóndeme ahora. ¿Dónde estamos?- preguntó el cazador. Su voz era apenas audible.

Lady Theralyn Fiana de la Casa Ne'iocene, Navegante de la nave insignia, bajó de la plataforma elevadora del foso de navegación y se acercó al trono del cazador. La nephilla se veía considerablemente dañada. Su forma marchita se apoyaba por ambos lados en sus hermanos Ardel Aneis y Khafan.

-Está en lo cierto, señor- dijo ella en un susurro, que era todo lo alto que podía hablar. -**Esto no es Terra y aquella no es la luz del Astronomicón. No puedo explicar la presencia o la naturaleza del faro, pero nos ha sacado de la Tormenta. Lo ha hecho de manera que...**

-¿Qué estás diciéndome, señora?- preguntó el cazador.

Fiana sacudió la cabeza.

-No puedo explicarlo, mi señor- susurró. -**Hay algo trabajando aquí, una tecnología que no puedo explicar. No es psíquica. Es empática. Es como si la luz se nos mostrara por sí misma, porque**

sabía lo que queríamos. Sabía donde queríamos estar.

-Explícame eso- dijo el cazador.

-A pesar de la Tormenta, mi señor- susurró la Navegante -**a pesar de la agitación de la disformidad, hemos llegado precisamente donde queríamos estar. Esto es Macragge. Esto es el corazón de Ultramar.**

El cazador se levantó. Se quedó mirando al planeta situado delante de ellos.

-*Por los dioses muertos de mi padre*- escupió.

-¿Órdenes, mi señor?- preguntó el capitán Stenius. -**Nos bombardean con amenazas, vía vox, imágenes, psíquicas y sub-vox. Hemos sido fijados como objetivo por dieciséis de los fuertes espaciales y sistemas defensivos de las plataformas, y dos de las tres flotas de intercepción más cercanas se están moviendo para conseguir soluciones de disparo. Podrán hacerlo muy pronto.**

Hizo una pequeña pausa y se encogió de hombros.

-Por supuesto, mi señor- añadió Stenius en un tono más bajo -**nuestros escudos están levantados. Podemos pasar a través de ellos. Podemos quemar y fracturar Macragge si así lo desea. Una orden es todo lo que necesito.**

El cazador extendió la mano izquierda. **-Vox**- dijo.

Servidores, dorados y angelicales, volaron hasta su mano con un cuerno conectado al vox principal y lo prepararon para él.

-A mi hermano, Señor Guilliman- dijo el cazador -**en todos los canales. Te saludo desde la distancia. Deseo descender a Macragge y hablar contigo. Soy yo, Roboute. El León. Respóndeme.**



9

TRAIDOR
A LA HUMANIDAD

“Aquellos que llevan máscaras y se mueven entre sombras,
los que toman los nombres ajenos como propios,
son más mortíferos que cualquier guerrero sanguinario.”

-Gallan, en Espiel.



-**¿EL León?-** preguntó con suavidad Dantioch, el Herrero de Guerra. **-¿El León en persona? ¿Estás seguro?**

Cierto grado de prueba y error les había permitido establecer permanentemente la visión de la Localización Primaria Alpha (Primary Location Alpha en el original) en la Capilla Conmemorativa, adyacente a la reciente Biblioteca de Ptolemeo establecida en la Fortaleza. La Capilla, ahora un lugar curiosamente brillante gracias a la permanencia del enlace del Pharos, era el lugar para todas las audiencias con el alejado Sotha.

-El León en persona, señor- le respondió Titus Prayto. -**Su flota acaba de hacer una traslación al sistema hace pocas horas.**

-Así que el León ha emergido- murmuró Dantioch. **-Ha venido a apoyar a Guilliman, ¿No es así?**

-Eso parece, aunque trae consigo una flota de Ángeles Oscuros que bien podrían partir el planeta en dos- dijo Prayto.

Era una experiencia curiosa estar parado en una capilla alumbrada con velas y ver directamente una reluciente y abisal cueva de donde provenía la transmisión al mismo tiempo

-Así que, es nuestro salvador- dijo Dantioch.

-Trae esperanza consigo- lo corrigió Prayto. **-Parece ser que trae veinte mil Ángeles Oscuros con él. Esa cifra puede cambiar cualquier balance.**

Hubo una pausa en el discurso de Prayto.

-Te percibo inquieto, Titus. Te comunicaste conmigo con la noticia de la llegada del León, pero hay otro motivo para esta conversación.

-¿Lo percibe?- pregunto Prayto con una sonrisa burlona.

-Vamos, por favor, no soy un psíquico- replico a su vez el Herrero de Guerra. Un gran asiento de respaldo alto había sido dispuesto en la sala de sincronización para que Dantioch no tuviera que permanecer de pie durante las audiencias. Algunas de sus conversaciones tácticas con Guilliman habían durado horas. El Herrero de Guerra relajó un poco su postura y sucumbió a una tos ronca. **-La transmisión cuántica del dispositivo Pharos es empática, cuanto más la uso, más consciente soy de poder leer el comportamiento de alguien. ¿Qué dudabas en decirme?**

-Alex Polux, de los Puños Imperiales, ha solicitado una audiencia con usted, señor.

Dantioch se tensó ligeramente en el momento que la corpulenta figura del Puño imperial caminó dentro del campo de sintonización junto a Prayto y se hizo visible. Polux no llevaba el casco puesto y miró directamente a la máscara de Dantioch.

-Capitán- lo saludó Dantioch.

-Herrero de Guerra- le regresó el saludo Polux.

-Me han notificado de sus acciones en el sistema Phall, señor- dijo Dantioch. **-Tiendo a ser tratado con suspicacia por los hijos de las legiones leales, pero imagino que en su caso tiene más motivos para sospechar.**

-Me reservo mi opinión- replicó Polux.

-Este medio de comunicación- explicó Dantioch **-como le comentaba al Bibliotecario, aumenta las vibraciones empáticas.**

Usted me odia. Puedo sentirlo.

-No tengo inconveniente en matar Guerreros de Hierro, señor.

-Estoy bastante seguro que a los Guerreros de Hierro tampoco les incomoda matar Puños Imperiales, pero soy ajeno a sus acciones. No me juzgue por…

-Señor- lo interrumpió Polux **-el Primarca Guilliman me ha pedido participar en la supervisión de la seguridad y fortificación de Macragge y sus sistemas. He hecho mi trabajo inspeccionando personalmente todas las debilidades y defectos potenciales.**

-¿Me ve como una debilidad?- le preguntó Dantioch.

-Su legión es de las traidoras- contestó -**aún así, permanece aquí, con no menos que el control de un dispositivo de vital importancia para los sobrevivientes de Ultramar y que, tecnológicamente, continua siendo un misterio. Esa es una combinación peligrosa. La factibilidad de la navegación de los quinientos mundos es confiada a un hombre que podría ser el enemigo. ¿Qué mejor manera de socavar la fortaleza de Ultramar que desde dentro, ganando una posición de confianza e inmensa responsabilidad? Me gustaría saber si es ese su cometido, con la finalidad de derrocar el dominio de Lord Guilliman.**

-Al menos es directo- dijo Dantioch **-pero si aprendiera a leer el campo de vibraciones de la transmisión, sabría mis verdaderas intenciones bastante bien. Además, si buscara debilitar Ultramar, capitán, ya habría caído.**

-Buscas alejarte a ti mismo de tus traidores parientes- le espeto Polux al señalarlo con su injertada mano carmesí. **-Y esa mascara no está ayudando.**

La máscara de Dantioch estaba ensamblada de manera que representara el emblema de la IV legión.

-La máscara no oculta nada, Polux- dijo Dantioch **-y no me despojaré de ella. En lugar de que te recuerde mi conexión y origen, debería recordarte que tan lejos irían algunos para permanecer leales. Esto le dice algo acerca del temple, señor. Esta máscara demuestra que algunos hombres llevarán signos de vergüenza por siempre, para que nadie olvide los vínculos que han roto para seguir siendo fieles.**

Dantioch se puso de pie con lentitud.

-Los puños imperiales y los Guerreros de Hierro, Polux- dijo con tristeza. **-No discutamos, simplemente aceptemos que de entre todas las Legiones Astartes, son las mejores en el arte del asedio, la fina exposición de la fortificación, ya sea construyendo las defensas como aplastándolas. Juntos, hermano, con nuestro talento e inmensa experiencia combinados, podemos hacer Macragge impenetrable.**

Tosió de nuevo, miró a un lado y tomó una placa de datos del ancho brazo del asiento. Su mano enguantada tembló ligeramente del esfuerzo.

-Ahora que el Pharos está operativo- indicó **-me he tomado un tiempo para la consideración de las defensas en el sistema de Macragge. Especulaciones en realidad. Algunas sugerencias. Un número de cuestiones integrales que podrían funcionar correctamente-** observó a Polux. **-Esto le podría probar mi lealtad, capitán.**

-¿Cómo?

-Hablaremos. Cada día si es necesario- contestó Dantioch. **-Compartiré con usted cada idea y plan que tenga. Cada secreto de mi arte de guerra, incluyendo conceptos que los Guerreros de Hierro han apreciado como tradiciones privadas desde su fundación. Traicionaré a mis traidores parientes, capitán. Le diré todos mis secretos, hasta que pueda ver a través de ésta máscara y creer que solo un guerrero leal renunciaría a tanto.**



Guilliman termino de leer el reporte y después miro a Euten.

-¿Por qué no me despertaste?- le preguntó.

-Necesitaba descanso. Además de soportar sus injurias, bebió demasiado de esa viciada infusión con esos paganos anoche.

-El Mjod es… un interesante brebaje,- asintió Guilliman. **-De los lobos me gusta su honestidad. No me agradan los hermanos de batalla que ocultan sus intenciones y utilizan la astucia como un arma.**

-¿Hermanos de batalla en general?- preguntó Euten **-¿O alguno en particular?**

-Estoy pensando especialmente en un hermano- contestó Guilliman.

Se levantó de su lecho.

-¿Es realmente el León?- preguntó.

-Con tal fuerza- replicó ella **-que podría haber sido una seria amenaza, si no hubiera venido en paz.**

-De todos ellos… ¿Por qué tuvo que ser él quien encontrara un camino a través de la tormenta?- susurró Guilliman.

Euten fingió no haberlo escuchado y esperó con paciencia.

-Lo admiro- dijo Guilliman alzando su tono de voz y dirigiendo su mirada a su estoica chambelán. **-Trono, ¿quién no lo haría? Es imposible no admirarlo. Pero siempre hay una sombra sobre él. Vive entre secretos, juega sus cartas sin consultar ni comunicar nada y camina a solas cuando le place. Hay… demasiado del salvaje bosque en él. Debería ser tan noble como cualquiera de mis amados hermanos, pero nunca hemos sido tan cercanos y hay demasiado acerca de él que está velado. Esta será una interesante reunión. Me pregunto qué plan traerá para Ultramar.**

-Nada podría ser más siniestro que refugiarse de la disformidad- le advirtió Euten **-Lo averiguará. El León viene. Le sugiero ponerse su armadura al completo y recibirlo de una manera adecuada a su magnificencia. Cualquier hijo leal, dijo. Bueno, uno ha venido hasta usted desde la tormenta.**



En la opinión de los observadores más racionales, el Primarca de la primera legión era el individuo más potente, y potencialmente peligroso, que podía visitar Macragge desde su iluminación.

Había otro candidato para esa denominación, aunque, su llegada fue más clandestina.

Algunas veces, se hacía llamar John.

Las cámaras de inmigración de la plataforma de defensa orbital Helion (Helion orbital plate en el original) eran vastas, pero en esos momentos se encontraban abarrotadas, dando la falsa sensación que eran demasiado pequeñas. Helion era la plataforma de atraque con la más intensa y ajustada gravedad de las que orbitaban Macragge, la más grande y vieja de todas las defensas orbitales del planeta capital. Acorazados, voluminosos transportes, barcazas y robustas fragatas se aferraban a los anclajes de la estructura como cerditos a las tetas de su madre.

Macragge, un brillante orbe color gris mármol con nubes blancas, giraba lentamente debajo de la flotante isla.

John había tratado de encontrar una manera de dejar la plataforma Helion desde que había llegado seis días antes.

-¡Esto es cruel! ¡Es pura crueldad te digo!- se lamentó Maderen, sosteniendo a su hambriento bebe contra su cuello. Ella tenía veintiún años terranos. Su bebe, John había olvidado por completo el nombre de la pobre criatura, pero sabía que era capaz de mencionarlo si se veía en la necesidad, había nacido a bordo de la inmunda nave refugio de Calth. El padre del recién nacido, un militar en uno de los regimientos Numinus, había muerto en Calth, y nunca vio a su hijo. Ni siquiera sabía que iba a ser padre.

Maderen estaba marcada, una ruborosa quemadura solar al lado derecho de su bonita cara. John también se percató que el niño también tenía una marca. Una uña adicional en la parte inferior del segundo dedo del pie izquierdo. La marca de Calth, el legado del bioma corrupto por toxinas, polvo de munición, metales pesados y radiación solar.

-Cruel- suspiró, menguante.

-Claro que lo es- concordó John, reconfortándola. Pudo oler el rancio aroma de su propio cuerpo y la peste a su alrededor que impregnaba el cuarto. Había lamentos y llantos en todo el lugar, resonando por la implacable acústica de la órbita.

-¿En que está pensando Guilliman?- pregunto el viejo Habbard. Tosió, sacudiendo su cabeza. **-Creía que era una especie de rey, un hombre noble. Pero nos mantiene enjaulados como animales.**

-Yo creía que era un guerrero- se quejó el joven Tulik enfurruñado. **-Alguna especie de guerrero. Pero dejó que Calth se quemase**

hasta las cenizas.

-Vamos, callaros, todos- dijo John **-Todos hemos pasado por momentos difíciles. Es nuestro amado Primarca, seamos respetuosos… ¿Está bien, anciano?**

John miro a Habbard, quien encogió los hombros y cedió en un asentimiento compungido.

-Nuestro noble Primarca- continúo John, poniendo una mano en el hombro del viejo Habbard para tranquilizarlo. **-Ha pasado por un mal momento también. Lo acosan aquí. Los enemigos están a su puerta. Estoy seguro que hace todo lo posible para cuidar de nosotros.**

-¿Es esto su "todo lo posible"?- preguntó Maderen.

-Estuve hablando con los guardias del último turno- dijo John.

-¿Guardias, ahora? ¿Dijiste guardias, verdad? ¿Por qué deberían de vigilarnos a nosotros, las damnificadas y pobres victimas de todo esto?- preguntó Habbard.

-Shhhh, tranquilo, colega- le pidió John.

Bajó su tono de voz a poco más que un susurro conspirador y subió la persuasión de su psique.

-Enemigos a las puertas- les dijo, el círculo de desesperados refugiados, con los ojos totalmente abiertos, se apiñó en la esquina de la lúgubre sala. **-Los guardias son por nuestra seguridad. Éstos son tiempos difíciles, todos lo sabemos. Malos y oscuros tiempos. Dios lo sabe, una era de oscuridad. La seguridad es estricta, tiene que serlo. Quieren dejarnos bajar a los campamentos de bienvenida de la cuidad pero nos mantienen aquí para inspeccionarnos. Constatar identidades. Confirmar nuestro status como 'metics'.**

-¿Metics?- preguntó Tulik.

-Alienígenas residentes- aclaró John **-será una clasificación temporal hasta que se nos asigne la ciudadanía. De todas maneras, están usando las plataformas orbitales como estaciones de paso, para procesarnos conforme llegamos. Eso fue lo que los guardias me dijeron. ¿Vale?**

Algunos de ellos sonrieron al sentirse más tranquilos. Bastantes más sonrieron al confort de su peculiar vocabulario, por como dijo y el acento que usó con la palabra “vale”. Y algunos otros sonrieron porque, al final, les había hecho un sutil gesto de ajustarse una corbata, como un funcionario del Administratum.

-Por favor- le suplicó Maderen, **-¿Podrías hablar con ellos de nuevo, Oll?**

-Está bien- contestó.



Recorrió la escalera de rejilla hasta la cubierta de aterrizaje principal. Escuchó lamentos y quejidos, al momento, las lámparas ultravioletas de luz azul fantasmal se encendieron. Cada cierta hora, las lámparas bañaban los pasillos con un brillo que hacía a todos sentirse nauseabundos. El baño ultravioleta estaba pensado para mantener a todos limpios de bacterias y piojos.

Luchó para mantener a raya la miseria de los treinta mil refugiados que se encontraban en las cubiertas inferiores, como enjaulados. Tal peso, podría fácilmente desequilibrar una mente tan sensible como la suya.

Sin embargo arriba era aún más duro. En la cubierta principal, estaba obligado a sentir el dolor constante de los guardias Thallaxii. Los imponentes miembros del Mechanicum, mitad carne, mitad máquina, observaban cada rincón del área, feroces y reservados, como pájaros carroñeros, paseando alrededor con sus extremidades con pistones.

John no estaba seguro sobre que era más difícil de manejar, la empatía o el conocimiento. Odiaba las ondas como remolinos de agua del alma psykana de los Thallaxii. Podía oler su dolor. Podía sentir y ver que detrás de cada placa facial pulida había un cráneo humano, con su espina dorsal aún pegada, gritando en agonía, neurológicamente conectado a la implacable carcasa de acero que vestía.

No obstante, también conocía la razón por la cual las instalaciones eran custodiadas por un sequito de pesados Thallaxii, y el hecho era difícil de afrontar. Podía leer la secuencia de órdenes claramente en sus aullantes cerebros.

La plataforma había sido dotada con autómatas del Mechanicum y algunos miembros de los Ultramarines como supervisores. Así, en caso de que tuviera que ser sacrificada repentinamente, Helion podía ser autodestruida con pérdidas menores de Legionarios Astartes.

-¡Regresa abajo!- le ordenó el Thallaxii más cercano, sus poderosos brazos armados se movieron hacia él, con los pistones y juntas resoplando.

-Quiero hablar con el oficial al cargo- pidió John.

-Identifícate- le exigió el autómata.

-Me conoces, Khee-Eight Verto. Hablamos no hace mucho.

-Accediendo al registro- replicó la máquina para comprobarlo.

-¿Qué sucede aquí?- preguntó el supervisor del compartimiento, acercándose. El supervisor era un sargento Ultramarine. John, por un instante, leyó en él algo intenso. Ambición.

-Mi señor, sólo preguntaba acerca de los tiempos de espera y las condiciones- contestó John.

El Ultramarine lo observó desde arriba. No llevaba puesto el casco, algo que hacía ver al guerrero desproporcionado, con una cabeza demasiado pequeña y un cuerpo demasiado grande.

-¿Cuál es tu nombre?- preguntó el Ultramarine.

-Oll Persson- contestó. Había estado llevando la identidad de su viejo amigo desde que se unió al transporte de refugiados en Occluda. Oll era un rol fácil de ejecutar. Después de todo, había sido granjero en Calth y su nombre figuraría en la lista de población. Era más fácil representar a un viejo amigo, había pocas cosas que inventar, sólo tenía que recordar para encubrir algún detalle.

-¿Vienes desde Calth?- preguntó el sargento. "Zyrol", John pudo leerlo. Su nombre era Zyrol.

-Sí, mi señor- contestó John.

-¿A qué te dedicabas?

-Era granjero, mi señor.

El Ultramarine asintió, compasivo. **-Son tiempos difíciles, Oll.**

-Lo son- aceptó John.

Sintió una repentina e inesperada punzada de culpa. Pensó en el real Oll Persson, su verdadero amigo. Pensó en la petición que le había encomendado a Oll, el peligro al cual lo había expuesto. Pensó sobre todas las cosas en juego. En esos mismos momentos, Oll se dirigía a cruzar…

No.

John recuperó el control y la claridad. No podía permitirse pensar de esa manera. La preocupación y el miedo lo hacían vulnerable.

-Hay muchas mujeres y niños abajo- le comunicó John, haciendo un gesto hacia las cubiertas inferiores. **-Dios sabe, les vendría mejor algo de ayuda que estar confinados aquí.**

-¿Dios?- preguntó el sargento.

-Me disculpo, mi señor… no medí mis palabras. Los viejos hábitos son difíciles de dejar.

-Eres, ¿qué? ¿Catherico?

-Así era, mi señor- *representa el rol, el rol*, se auto-reprendió mentalmente. -**Aunque renuncie, por supuesto.**

-¿Así que ahora eres un portavoz?- preguntó el Ultramarine.

-Eso supongo. Hemos estado algún tiempo aquí, mi señor. Días. Antes de eso, pasamos diez meses en un carguero desde las ruinas de Calth. Pensamos…

-Sé que es difícil, Oll- le interrumpió el sargento. John leyó la ambición del legionario más de cerca y pudo ver de qué se trataba en realidad… era alguna especie de nobleza. El sargento Zyrol deseaba honor. Quería ascender. Aspiraba a la cresta transversal de un centurión. Para ganarla, sabía que debía ser igual a su Primarca: abierto y honesto, compasivo, bondadoso, serio, sincero, firme, efectivo. No era una actuación. Era su modelo de creencia. Estaba impreso en su código genético.

-Pero hay mujeres y niños ahí abajo- lo persuadió John. **-Esperando… es difícil para ellos estar a las puertas del santuario y no poder entrar, ¿lo entiende?**

-Nuevos protocolos, Oll- replicó el sargento, negando con la cabeza. **-El Maestro del Primero, Auguston, los trajo. Estamos obligados a mantenerlos, cuestionarlos y a buscar entre ellos. Créeme, odiamos hacerlo. Tu gente merece todo el apoyo que Macragge puede ofrecer.**

Auguston. El nombre ardió en la mente del sargento. Estas nuevas normas de seguridad no eran protocolos Ultramarines, John lo sospechaba. La seguridad de la XIII Legión eran las armas preparadas. Estas eran contramedidas estilo Guerreros de Hierro… Planes de larga duración y extensas medidas de precaución. No, a juzgar por cómo han sido las cosas, no eran de la IV Legión. No, era más parecido a… tácticas de la VII. Los Puños Imperiales. John investigó más a fondo, pillando un destello veloz de la memoria de Zyrol, observó cómo su superior, Auguston, tomaba el crédito por las medidas de seguridad orquestadas por alguien llamado Polux.

Auguston. Menudo cabrón. Consideró el recuerdo. Optando por una nueva estrategia. Zyrol no iba a ceder ni a hablar mal del cabronazo de su superior, pero era noble. Deseaba ser como Guilliman. Quería guiarse por el honor y el deber.

-¿Qué es eso, mi señor, eso de ahí?- preguntó John, apuntando a través del enorme espacio de la cubierta.

Zyrol suspiró. **-Los muertos-** contestó.

A medio kilómetro de distancia, a través del suelo de rococemento y adamantium del dique oeste de la plataforma orbital. Capsulas-féretro (sarcophagus capsules en el original) estaban siendo descargadas mediante una red de suspensores (suspensor webs en el original) desde las fauces abiertas de un transporte.

-¿Los muertos?- repitió John. Fue presionando lentamente con un dedo mental la dopamina del lóbulo frontal del sargento.

-Estamos repatriando a los caídos de la treceava a los Jardines Conmemorativos para su entierro.

-Usted…- John hizo una pausa teatral. Amplificó sus propias emociones para que le brotaran lágrimas. **-¿Da prioridad a los muertos sobre los vivos?**

-No se trata de eso, Oll- protestó el sargento asaltado por la culpa.

John sacudió la cabeza y se alejó. Todo iba bien. Ya había obtenido el

nombre del oficial al cargo de los horarios de los transportes, de los pensamientos superficiales de Zyrol.



John se desprendió del disfraz de Oll Persson, con la misma facilidad que se quitaría una capa. Se adaptó y se convirtió en Teo Lusulk, un oficial de inteligencia naval asignado a las instalaciones. Ganó el acceso a los vestuarios, consiguió un traje de vuelo limpio y una mochila para guardar sus posesiones. Fue especialmente cuidadoso con un objeto. Era pesado, pero no más grande que una espada corta. Lo había envuelto en un pañuelo de seda y lo había llevado oculto bajo sus ropas.

Conforme se cambiaba de ropajes y se limpiaba, permitió que la Marca de Calth, que se había aplicado psico-somáticamente en su mejilla izquierda y la frente, empezara a desvanecerse.

Entro en el concurrido anillo de niveles de control en la torre occidental de la plataforma. Las ventanas abovedadas estaban abiertas para permitir una vista completa del paisaje que ofrecía la titánica plataforma, los bajíos de naves cercanos, reflejando intensas luces y agudas sombras, y después la brillante y vasta extensión soleada de Macragge, dolorosamente iluminada contra la punzante oscuridad del vacío. Estaba vigente el nivel de seguridad magenta. Si el nivel de seguridad ese día hubiera sido más alto que el escarlata, las portillas de las ventanas habrían sido cerradas automáticamente.

Pasando como alguien que gozara y exudara total confianza. Mostrando seguridad de su lenguaje corporal y estado mental. John simplemente caminó entre el ajetreado personal y los servidores navales, pasando por delante de los centinelas Thallaxii y la seguridad Ultramarine sin siquiera girarse a mirarlos. Se detuvo, una vez, delante de una escotilla que daba al Strategium.

-Identidad y papeles- le solicitó el Ultramarine, su voz era un gruñido gutural emanando de la rejilla del casco.

-Claro, discúlpeme- replicó John. Hizo una demostración de búsqueda en los bolsillos del traje mientras implantaba un pensamiento en la mente del Ultramarine.

-Perdóname, Lusulk- se disculpó el Ultramarine, haciéndole una seña para que pasara. **-No te reconocí, amigo.**

El Strategium zumbaba con el flujo de información. Oficiales tácticos, miembros de inteligencia y adeptos del Mechanicum trabajaban alrededor de las brillantes pantallas hololíticas. John tomó una placa de datos y pretendió estudiarla mientras se acercaba.

Leyó los despliegues. La órbita baja y el anclaje alto estaban abarrotados como un cartucho de munición. Demasiadas naves. Había cerca de la tercera parte de la flota Ultramarine y otra de gran tamaño apostada recientemente en la estación polar de Macragge.

¿Dónde estaban esas barcazas de los Ángeles Oscuros? ¿La primera legión? Joder. Menuda mierda.
John miró más de cerca, leyendo los pequeños detalles. Había un enfrentamiento. Era sutil, pero ningún navío de los Ángeles Oscuros estaba fuera del barrido de las armas tanto de la flota Ultramarines como de las principales armas orbitales. Mierda, ¿Qué pensaría Guilliman que estaba haciendo su hermano?

Cierto. Claramente. La respuesta era "casi cualquier cosa". La galaxia estaba patas arriba. Nadie confiaba en nadie.

¿Qué más? ¿De dónde diablos salía esa baliza de navegación? ¿Desde cuándo Macragge tenía su propio Astronomicón?

A menos que no fuera un Astronomicón. John pudo sentirlo. Pudo sentir la luz pulsando en su cerebro, en su corazón, en su espina dorsal y en sus bolas. Era tecnología xenos. Guilliman había usada alguna especie de tecnología xenos para traspasar la tormenta de disformidad y hacer navegables los quinientos mundos. Santa mierda. La galaxia estaba patas arriba. Incluso los hombres cuerdos usaban medidas desesperadas.

La tecnología xenos era repugnante. Era una asquerosa luz… una antigua luz, como una lámpara encendida eones antes. A John no le agradaba. Le recordaba algo, algo profundamente enterrado en la agudeza que había compartido con su titiritero alienígena de la cábala; un recuerdo de lejanos y antiguos tiempos. Era tecnología utilizada por otros a través del abismo de las estrellas, mucho antes del hombre, incluso mucho antes de los eldar.

La sensación lo hizo temblar. Lo hizo temer por su propia especie, por la humanidad, a pesar de que era un traidor al género humano desde hacia tanto como para recordarlo.

Era un agente de la cábala. Se preguntaba por cuando tiempo más. John Grammaticus tenía consciencia, pese a que toda evidencia lo contradecía. ¿Cuánto tiempo más pasaría hasta que finalmente fuera obligado a reconocer aquello que su conciencia le decía y pagar por ignorarla? ¿Cuánto tiempo más habría de pasar antes de que dejara que guiase sus acciones?

La galaxia estaba patas arriba. ¿Qué más tiene que pasar antes de que finalmente le dijera a sus maestros alienígenas que se jodieran?

Lo asesinarían, por supuesto. Permanentemente, esta vez.

John cruzó hasta la siguiente pantalla hololítica, un barrido bajo de Macragge.

Tropezó con una hermosa oficial, quien se estaba alejando de la mesa.

-Disculpa- le dijo, tomando la placa de datos que se le había caído. Ella sonrió en respuesta.

Mientras se la devolvía, tomó una rápida lectura de su mente. Su nombre era Leaneena, quien era agradable pero no importante, aunque tomó sus códigos de acceso a la consola, como recolectar las espinas de la carne cocinada de un buen pescado.

John llegó a la mesa e introdujo el código en el panel. Tenía acceso. Empezó a trabajar metódicamente y con cuidado, tratando de que pareciera que no estaba atiborrándose de información. Extrajo vistas meteorológicas, diferenciales de posición y bloques de información. Cargó tanto como su placa de datos le permitió, sus manos se deslizaban por los controles. Algo de la información fue rechazada y no pudo ser copiada al artefacto porque carecía del rango apropiado. Copiaba lo que podía y memorizaba lo que no.

Era extremadamente agotador, mantener un disfraz psíquico entre tanta multitud y en un ambiente tan vigilado. John calculó que lo podía seguir haciendo durante otros treinta minutos, máximo, antes de perder el control. Esta era su única oportunidad de estudiar el terreno.

Miró Macragge. De acuerdo a la Cábala, su objetivo estaba ahí abajo en algún lugar, de algún modo.

John ha sido muchas cosas para ellos: comprador, sobornador, espía, alcahuete, reclutador, persuadidor, provocador, iconoclasta, ladrón.

Nunca había sido un asesino.

Rotó la vista del holograma e hizo girar el globo tridimensional de Macragge sobre su eje, apartando los datos referentes al clima y al tráfico aéreo. Quería la información de seguridad.

La encontró. Tenía las esperanzas de poder entrar tele-transportándose, pero claramente eso estaba fuera de discusión. Algún bastardo sumamente ingenioso había retenido una modesta proporción de los sistemas auspex orbitales para monitorear la superficie. Inteligente. Muy inteligente. Cualquier tele-portación seria detectada y registrada. Lo mismo se aplicaba a capsulas de desembarco y transportes no autorizados. Aquello, sin duda, eran medidas de los Puños imperiales. Si no puedes mantener a todo el mundo fuera, así que lo que puedes hacer es saber si ellos pueden entrar.

¿Qué más? Bueno, los descensos planetarios están restringidos para los principales espacio-puertos y la maldita cosa parecía ampliamente abierta, pero no era ese el caso ya que unos escudos de vacío, de nivel fragata, habían sido instalados para cerrar el paso a las pistas orbitales bajas y toda el área del muelle. Así que, descartada la oportunidad de poder robar un transporte y declarar ignorancia de las normas en el acercamiento final. Simplemente lo derribarían.

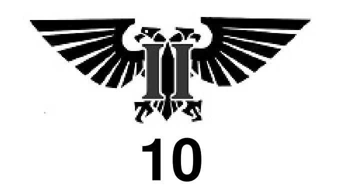
John Grammaticus suspiró. El sudor empezó a correrle por la nuca.

Parecía como si tuviera que esperar a que alguna loca improvisación se le cruzara por la cabeza.



Teo Lusulk se convirtió en un Oficial de ejército llamado Edaris Cluet, adscrito al proceso de repatriación. Conforme la plataforma Helion era superada por la rotación del planeta, la noche cayó, Cluet abordó una gruesa nave y se colocó, solemne y decoroso con su uniforme de luto, junto a los demás oficiales de su línea, al lado de una hilera de sarcófagos. Se escuchaba una fanfarria.

Elevándose ante ardientes llamas azules, el transporte ascendió y salió de la bahía orbital.



10

LLEGA A ULTRAMAR UN CIERTO ORGULLO

"Entra en cada ciudad como si fueras su señor primogénito."

-Fulgrim, Primarca de la XII Legión.



Los seis grandes cuernos de guerra de los antiguos reyes guerreros sonaron a lo largo de la ciudad iluminada por la tormenta, bramando al unísono con largas y ásperas ráfagas. Los cuernos, vaciados de los colmillos de una bestia ya extinta, antaño habían rodado a la batalla en carros motorizados, a la vanguardia de los ejércitos que Konor y sus antepasados habían conducido a la guerra. Ahora estaban colocados en los minaretes de las torres fortificadas, alrededor de la Plaza Marcial y de la gran muralla de la fortaleza.

Cuando sus roncos bramidos se apagaron, se desvanecieron como el rugido de un monstruoso toro o el de un paquidermo de las eras glaciales de los mitos, comenzó la fanfarria mucho más nítida de la XIII Legión, trompetas de plata y 'carnyx', ochocientas de cada una, se hincharon con la brillante alegría del triunfo.

Guilliman, con su magnífica armadura al completo, como un semidiós de oro y azur, se detuvo en la plataforma de la colosal Puerta de los Titanes (Propileos Titanicus en el original), que formaba parte de la entrada norte a la Plaza Marcial. Era una puerta de pilones (Puerta monumental, con una entrada entre dos torres, nt) lo suficientemente altas para que incluso las más grandes máquinas del Collegium Titánica pasaran por debajo sin agacharse, un hecho que había quedado demostrado esa misma mañana por partida doble. La Puerta de los Titanes había sido engalanada para la ocasión con los colores de la XIII Legión, flanqueados a ambos lados por las banderas colgantes de Legiones

de Titanes y de varios regimientos del Ejército, junto a los estandarte de las Legiones Astartes V, VI, VII, X, XVIII Y XIX.

Guilliman aspiró, haciendo caso omiso a sus heridas, al dolor punzante de su espalda y a los espasmos de sus pulmones en proceso de curación. Desde su mirador con vistas a la plaza, de novecientas hectáreas y pavimentada con azurita pulida y mármol de las canteras de Calut, podía divisar la Calzada de los Héroes, el eje central de la ciudad. Sus aceras, de las cuales solo una milésima parte estaban grabadas con el nombre de los caídos, se dirigían hacia el norte hasta el enorme terraplén (glacis en el original) del Muro Aegis que rodeaba el Castrum. Por encima de esta majestuosa muralla, semejante a un acantilado, se elevaban unas implacables torres y la entrada a la Fortaleza de Hera, empequeñeciendo la Residencia, los Barracones Agilus y el Alto Senado, cada uno de ellos un gran edificio por derecho propio, pero agrupados, parecían niños pequeños a las faldas de la fortaleza de la Legión. La Fortaleza y las estructuran circundantes al alto Castrum eran conocidas, en conjunto, como la Peleopolis, o "Ciudad Vieja". Detrás de esa vista, se elevaban las distantes montañas, apuñalando los cielos. Los picos de la Corona de Hera, generalmente de un azul fantasmal en esa época del año, ahora se veían de un verde oscuro debido a la luz de la tormenta.

Al este de la plaza se asentaban las imponentes cúpulas del Nuevo Senado y del Diribitorium, los edificios municipales que dominaban Circe Deme, un distrito de viviendas e industrias, que corría hacia el este, a través del valle hasta la Puerta Medes. Más allá, se extendían las hermosas tierras de cultivos agrícolas donde muchos cónsules poseían sus fincas. Circe, y los demos (distritos, nt) colindantes eran conocidos colectivamente como la Neapolis, la "Ciudad Nueva".

Al oeste estaba el río Laponis, brillando a la luz del día como un cristal ahumado, que serpenteaba entre el gran castillo-zigurat negro del Mechanicum y la mareante Basílica Roja del Astra Telepática. Los pájaros nunca volaban sobre esa parte del cielo. Ese hecho fue observado por Guilliman desde el primer momento en el que la basílica fue construida y habitada.

Al sur-oeste de la plaza Marcial estaba situado el centro geográfico de la ciudad Magna Macragge, el punto en el que la Vía Laponis, que corría de norte a sur, se cruzaba con la Vía Decmanus Maximus, que iba de este a oeste. El lugar estaba marcado, en una intersección circular custodiada por hermas (Hermas o Terminis, figuras sin cuerpo, solo el busto, el resto es un pilar de piedra. Viene del dios romano Terminus, el que guardaba los limites, nt) y estatuas forjadas, por el Millón, un hito que

marcaba el punto cero a partir del cual se medían todas las distancias de la ciudad y técnicamente de todo el reino de Ultramar. En la parte superior de ese hito, con sus manos manchadas de rojo con la sangre del traidor, Guilliman había dado su primera arenga guerrera durante la revuelta de Gallan, la insurrección en la que había muerto su amado padrastro.

Al sur de donde se encontraba, la Gran Columnata iba directamente desde el extremo sur de la plaza hasta los campos de aterrizaje y la costa. Con el espacio aéreo despejado, Guilliman podía oler el mar, e incluso vislumbrar el lejano brillo de las lejanas olas.
Casi era la hora.

La intensidad de la fanfarria de trompetas estremeció el aire, pero sabía que no tardaría en ser ahogada por el rugido de los propulsores de las naves al frenar y aterrizar.

Guilliman sintió algo parecido a la alegría. La llegada de su hermano comandante levantaba muchas preguntas y problemas, pero, al menos, marcaba un cambio en los asuntos de Ultramar. Independientemente de lo que fuera, éste era un punto de inflexión.

También era una excusa para enorgullecerse de la gloria de Macragge y de la XIII. Ya había pasado demasiado tiempo desde la última vez en la que la Legión se había reunido y desfilara al completo por el simple hecho de mostrar su grandeza. Desde Calth, no se había vuelto a celebrar nada, ni siquiera victorias duramente logradas o sangrientas represalias.

La llegada del León no exigía menos. Sólo había dieciocho Primarcas en la galaxia (es obvio que a estas alturas, Guilliman ya sabe de la muerte de algunos de sus hermanos, pero el escritor persiste con los 18, nt). La reunión incluso de únicamente dos de ellos era un momento singular, especialmente en estos tiempos, cuando el equilibrio del cosmos estaba temporalmente descompensado, sobre todo cuando los dos eran, tal vez, los líderes guerreros más honrados y respetados de todos.

Este era un día para señalar, y todo el mundo en Macragge, ¡en todo Ultramar!, lo sabía. Este era el momento. El señor de los Ángeles Oscuros se merecía tal respeto y, por las altas torres de Terra, Guilliman sabía que sus guerreros también merecían sentirse orgullosos.

Guilliman estaba acompañado en la plataforma por Gorod y la guardia

Invictus, por Auguston y quince altos oficiales de la XIII, por noventa y cuatro altos mandos del Ejército y de la Armada, por altos funcionarios del Senado y el Mechanicum, y por veinte centuriones de las Legiones Astartes, formando una delegación oficial en representación de las otras Legiones que habían llegado hasta Macragge. De entre todos los altos funcionarios de la XIII presentes en Macragge ese día, destacaba la ausencia de Valentus Dolor.

La primera fanfarria de trompetas finalizó. La siguió una segunda erupción de sonidos, las limpias notas de los cuernos de plata subieron como una bandada de brillantes águilas hacia el cielo veraniego, en armonía con ellos, comenzaron a tocar los cuernos de guerra del Collegium Titánica. Cuarenta máquinas de guerra, representando a las ocho Legiones de titanes aliadas con Guilliman, el núcleo de las fuerzas de los mundos-forja de Tigrus y Accatran estaban estacionadas alrededor de la Plaza Marcial o flanqueaban la Gran Columnata hasta las puertas del espacio-puerto. Entre ellos se incluían nueve Warlords y dos Imperator, el '*Ijax Ijastus*' y el '*La Muerte Proyecta su Propia Larga Sombra*' (Death Cast Its Own Long Shadow en el original) que habían tomado posiciones a cada lado de la plataforma, como dos ciudades verticales erizadas de armas.

El aire comenzó a estremecerse. Parecía que iba a fragmentarse.

Guilliman se permitió una sonrisa. Miró a su lado, y vio a Euten haciendo muecas y tapándose los oídos.

Guilliman contempló nuevamente la escena. Este era su Imperio. Era magnifico. Jamás usaría en voz alta la frase "su Imperio", pero eso era lo que era. Él lo había fundado y había luchado por él y, sabía perfectamente, que un día moriría por él. Debajo de él, brillaban las pulidas losas de mármol de la Plaza Marcial a la luz de la tormenta y de la misteriosa luminosidad del Pharos, la única estrella en el cielo. Alrededor de la gran plaza estaba la propia ciudad de Magna Macragge, una de las más grandes ciudades del Imperio. No era la ciudad lo que importaba, era lo que la ciudad producía. Era lo que la ciudad podía llegar a crear.

Guilliman había dispuesto una guardia de honor de nueve mil Ultramarines alrededor de los bordes de la plaza. Estaban en grupos perfectamente alineados, detrás de sus respectivos estandartes de compañía, con sus pulidas armaduras brillando a la luz del día. Entre cada formación de compañía se situaba una agrupación acorazada o mecanizada, o un batallón del Ejército, con los soldados obedientemente arrodillados bajo sus 'vexils' revoloteando en alto en

manos de sus abanderados. Guilliman estaba ofreciendo a su hermano una guardia de honor de casi cuarenta y siete mil almas guerreras, por no hablar de los millones, o más, de civiles que se congregaban en las calles y avenidas adyacentes para intentar ver al Señor León y a sus famosos guerreros. Euten había comentado a Guilliman que los vendedores ambulantes y los comerciantes estaban sacando un pingüe beneficio con los iconos baratos y placas de estaño en los que se mostraba la iconografía de la Primera Legión.

-¿Así que mi gente piensa que él los mantendrá a salvo porque yo no puedo hacerlo?

Guilliman había preguntado eso mientras se investía con su armadura ceremonial en una de las cámaras de la Residencia.

Euten le había hecho una pedorreta.

-Ellos celebran el momento, niño tonto- respondió ella. **-Dan la bienvenida a su llegada. Él es noble y leal.**

Guilliman había asentido.

-¿Está celoso de él?- le había preguntado Euten.

-¡No!

-Sí, sí, está celoso. Porque él es el Señor de la Primera, el primer nacido. Nunca pensé que conocería los celos en usted, mi querido señor. No es que le peguen, pero no le vienen mal.

Guilliman gruñó algo indescifrable y luego exigió a sus armeros que ajustaran correctamente las hombreras de sus armaduras.

-Por supuesto- añadió pensativa, Euten. **-Él es el Señor de la Primera y, por lo tanto, el primero entre sus iguales, pero no fue el primero en ser encontrado.**

-¿Y qué, mujer?

-Que Horus fue el primer hijo perdido en ser encontrado. Y mire lo bien que terminó, mi señor.

Guilliman la miró y se rió. No podía dejar de reír. Se sentía bien.

-El primero no es siempre el mejor- dijo Euten, riendo también. **-El octavo hijo encontrado, Señor de la XIII Legión. Y mire quien tiene un Imperio.**

Guilliman la miró, sin dejar de sonreír.

-Ten cuidado con lo que dices- dijo el Primarca. **-Tengo lo que tengo, mi amado hermano Horus es el que casi tiene un imperio.**

-Lo importante es- respondió ella **-que el pueblo de Macragge sabe que dos Primarcas son, lógicamente, mejor que uno.**

Las trompetas chillaron, sacándolo de sus recuerdos. Un asistente se acercó a su lado y le entregó una placa de datos con un lector de códigos genéticos.

-¿Da su permiso para abrir el espacio aéreo, mi señor?- el ayudante se inclinó.

-Concedido- dijo Guilliman. Tomó la placa de datos y besó la pantalla. Determinadas autorizaciones finales requerían una muestra genética directa y, a menudo, era demasiado engorroso para un guerrero completamente armado el quitarse un puño de combate o un guantelete para poder efectuar una lectura dérmica. Un beso se había convertido en una costumbre conveniente y comprensible. Guilliman sabía que algunos, como el Maestro del Primero, Phratus Auguston, preferían escupir en las placas de datos en lugar de besarlas. Tenía el mismo efecto, pero le faltaba humildad.

Las zonas restringidas de la ciudad aceptaron e interpretaron su orden genética. En los cielos, se abrió el espacio aéreo sobre el puerto estelar y los escudos de vacío se retiraron hacia los lados. Las naves descendieron desde las sombras de una flota situada en el lado no iluminado del planeta.

En primer lugar llegaron las ‘Stormbirds’, pintadas de un vacuo negro, con los bordes de ataque de sus alas decoradas en un verde oscuro, el color de los antiguos bosques. Detrás de ellos, en formación, aterrizaron naves de asalto y de carga ‘Thunderhawks’, y otros transportes de tropas.

No era simplemente una formación. Descendían en un perfecto orden, una consumada sincronía aérea. Las naves llegaron a tierra como una formación de bailarinas de un ballet, precisas, y perfectamente integradas y orquestadas.

Se está luciendo, pensó Guilliman. Sonrió. *Yo también lo haría, si la situación fuera a la inversa*.

Las naves comenzaron a aterrizar, de cuatro en cuatro, en una perfecta secuencia, a lo largo de la parte norte de la Columnata, donde ésta se reunía con la Plaza Marcial. Los intervalos en sus aterrizajes eran increíblemente precisos. Cuatro, luego cuatro más, luego otras cuatro, grupo tras grupo. El sonido de sus frenos de aterrizaje ahogó la fanfarria de las trompetas e incluso el constante aullido de las sirenas de guerra de los titanes.

Las portillas y rampas de desembarco se abrieron con la misma y perfecta sincronía. Formaciones de Ángeles Oscuros descendieron por las rampas hacia la Columnata y luego se dirigieron a la plaza. Entraron como si fueran uno solo, con movimientos perfectos, todos impecables y perfectamente uniformados. A medida que las compañías entraban en la plaza, comenzaron a desplegarse, en una doble fila, divididos por escuadras. El despliegue fue perfecto. Las escuadras se abrieron y se fundieron unas con otras, formando una doble pared inmaculada, todo mientras continuaban marchando al paso, sin perder el ritmo. La disciplina del ejercicio marcial era la más impresionante que Guilliman hubiera visto jamás.

Está presumiendo, pensó nuevamente Guilliman. Sin perder el ritmo, la formación de Ángeles Oscuros giró sus extremos para formar una herradura con el extremo abierto hacia la plataforma de la Puerta de los Titanes. Dos mil guerreros en un orden de marcha perfectamente orquestado. Entonces los Marines comenzaron a girar y rotar sus armas, todos sin dejar de marchar, mientras giraban sus bólters o arrojaban sus espadas y estandartes hacia lo alto, siempre en formación y perfectamente sincronizados. Una y otra vez, al mismo paso.

Guilliman se fijó detalladamente en varias armas que portaban los Ángeles Oscuros, diversos tipos de fusiles de rayos y de proyectiles sólidos que, incluso él, no logró reconocer. La Primera Legión tenía en sus arsenales dispositivos desconocidos por el resto de las Legiones. Los Ángeles Oscuros fueron los primeros en ser creados, y su historial precedía al de las demás Legiones. Eran, en muchos aspectos, el prototipo. Se decía que durante los últimos años de las Guerras de Unificación y los primeros de la Gran Cruzada, antes de que alguna otra de las Legiones fuera constituida, los Ángeles Oscuros habían conocido y hecho cosas de las que ninguna otra Legión estaba al corriente. Habían construido su identidad y su fuerza en aquella época, solos.

Esa identidad tenía, por necesidad, que ser completa. Cuando sólo había una Legión, esa Legión estaba obligada a conocer todas las

especialidades. Guilliman sabía que los seis ejércitos, o “Alas” de los Ángeles Oscuros, representaban las diferentes especialidades de cada escuela, con sutiles variaciones a la orden estándar del ‘Principia Bellicosa’.

Guilliman también había oído hablar de órdenes secretas y jerarquías misteriosas dentro de las filas de los Ángeles Oscuros; jerarquías del conocimiento, la confianza y autoridad invisibles para los extraños. Eso explicaba alguna de sus curiosas insignias que, en ocasiones, no guardaban relación alguna con el rango ni con las estructuras de las compañías.

Al igual que su señor, los guerreros de la Primera Legión eran muy reservados, secretistas y enigmáticos. Guardaban bien sus secretos, demasiado bien quizás. Guilliman creía que eso era un legado de los días en los que estaban solos y no tenían ninguna otra Legión en la que confiar.

Sin que, aparentemente, se diera orden alguna, los Ángeles Oscuros detuvieron su marcha y se quedaron firmes, al unísono, en formación. Perfecto, francamente perfecto.

Realmente, esta presumiendo, pensó Guilliman.

El micrófono de su casco emitió un pitido. Guilliman miró su pantalla de presentación de datos. Era el código de identidad de Dolor.

-Estoy muy ocupado- contestó.

-Por supuesto, mi señor- le respondió Dolor a través del enlace. **-No me atrevería a molestarle si no fuera importante. Tengo algo que debería ver.**

-Una vez más, mi querido amigo, éste no es el momento.

-De acuerdo, mi señor. Pero venga tan pronto como le sea posible. No llegue a ningún acuerdo con su noble hermano que luego no pueda deshacer… hasta que haya visto lo que tengo que mostrarle.

-Me estas alarmando, Valentus.

-Salude a su hermano. No se comprometa a nada. Tengo aquí algo de utilidad, que seguro que usted apreciará.

El enlace se cortó.

-¿Todo bien?- preguntó Euten.

Guilliman asintió.

-Son muy, pero que muy buenos haciendo ejercicios en orden cerrado, ¿verdad?- dijo Euten, señalando la plaza. Las filas de Ángeles Oscuros habían comenzado a moverse nuevamente. Ellos se dividieron meticulosamente en cohortes iguales, las cohortes en marcha se cruzaron en diagonal con otras cohortes para crear nuevas formas y formaciones: en diamante, cuadrados, triángulos, líneas curvas, una estrella de seis puntas. Los líderes de las formaciones independientes se daban la vuelta y marchaban hacia atrás, invirtiendo el orden de marcha de las cohortes. Era algo indecentemente perfecto.

-Me imagino que habrán tenido un montón de tiempo para practicar- respondió Guilliman.
Euten lo miró y se cubrió la boca con su mano.

-Eso es lo más ácido que jamás le he oído decir, Roboute- dijo.

El Primarca sonrió.

-Prepárate, 'mam'. Mi hermano mayor ha venido para quedarse, el ácido apenas ha comenzado a fluir.

Abajo, en el escenario de mármol pulido de la Plaza Marcial, los Ángeles Oscuros habían terminado finalmente su exhibición. Con sus brillantes bólters sujetos contra el pecho, ejecutaron una formación en V, con los escuadrones apuntando hacia la rampa de la Stormbird principal.

El León se dejó ver.

A pesar de sí mismo, Guilliman sintió que su corazón saltaba y sus pulmones funcionaban a toda velocidad. Había hermanos a los que despreciaba, otros con los que simpatizaba, y había hermanos a los que admiraba. Rogal, Magnus, Sanguinius y, maldita sea, incluso Russ. Podía admirarlos por lo que eran. Pero solo había dos hermanos a los que realmente respetaba, sólo dos a los que realmente admiraba.

Solo había dos hermanos junto a los que se sentía incomodo cuando ellos estaban presentes.
Lión El'Jonson y Horus Lupercal.

El León salió impasible de su Stormbird, con la cabeza al descubierto, su largo pelo dorado arrastrado por el viento. Tan hermoso, tan mortal, tan vacuo, parecía impenetrable. Llevaba su casco debajo del brazo izquierdo, y marchaba con la misma perfecta disciplina que habían mostrado sus hombres. A cada uno de sus costados iban sus lugartenientes, con el mismo paso. El dilecto Corswain estaba al mando de otras unidades de la Primera Legión, al otro lado de la Tormenta de Ruina, por lo que el León llegaba con Holguin y Farith Redloos. Holguin portaba frente a él, sujetándola con las dos manos, una larga espada de verdugo, de 182 cm de larga (seis pies en el original, eso es fijo un 47 de zapato, nt), y la punta redondeada, como la de un cuchillo de mantequilla. Su hombrera estaba marcada con las espadas cruzadas del Ala de la Muerte. Redloos llevaba el mango de un gran hacha de guerra pegado a su pecho. Su hombrera llevaba el cráneo con el reloj de arena del Ala del Terror. Los tres llevaban armaduras artesanales negras, adornadas con el rojo oro marciano.

Se acercaron, pasando junto a las formaciones de Marines, entraron en la plaza.

Guilliman suspiró.

-Bastardo. Siempre jactándose- murmuró.

Miró a sus ayudantes, asintió con la cabeza y comenzó a descender los escalones, para encontrarse con su hermano. Los Lobos lo siguieron. Guilliman se detuvo y miró hacia atrás, a las escaleras.

-¿De verdad? ¿Incluso ahora, en estos momentos?- preguntó Guilliman a Fafnir.

-Mi manada de vigilancia caminará hacia donde usted camine, 'Jarl'- dijo Fafnir.

-Ni siquiera mis propios Catafractos me están siguiendo en estos momentos, Lobo.

-Podríamos hacerlo, mi señor- gruñó Gorod desde la plataforma. **-Claro que también podríamos apartar a los indeseables de su camino con una increíble tormenta de disparos, si así lo desea.**

-Basta ya- dijo Guilliman. Miro a Fafnir y a los lobos. **-¿Te habrás dado cuenta de lo mucho que perdono vuestras vidas?**

-Nadie perdona nuestras vidas, Jarl- respondió Fafnir. **-No fueron**

creadas para ser perdonadas. Nunca lo fueron.

-Con… todos mis respetos- susurró Biter Herek a su líder de manada.

Fafnir asintió. **-Obviamente, obviamente. Como bien dice Biter. Ni que decir tiene. Con todos mis respetos.**

Guilliman vaciló, dolorosamente consciente de que estaba a mitad de una escalera, delante de un millón y medio de personas, haciendo una pausa para hablar con un grupo de bárbaros mientras su noble hermano estaba esperando.

-Hago un llamamiento a su honestidad, Fafnir Bludbroder- dijo. **-Esto no es por mí, ¿verdad? Se trata de ti y vuestra enemistad con los Ángeles.**

Fafnir se hizo una pausa.

-Así es- respondió, asintiendo con la cabeza. Sus hombres, encorvados y peligrosos, también asintieron.

Guilliman suspiró. **-Vamos a seguir. Pero no me avergoncéis, o yo mismo os destriparé.**

Se giró y reanudó su descenso por la escalera de la plataforma. Era consciente de que los Lobos marchaban tras él, como un grupo de guardaespaldas inapropiados y harapientos.

-¡Por el vacío!- les siseó Guilliman. **-¡Me estás haciendo quedar como un idiota! ¡Como un rey pagano de Illyrium!**

-Lo siento y todo eso, Jarl. El honor lo exige- le respondió Fafnir, con un cálido susurro que Guilliman sintió detrás de sus hombros.

-¡Eres como un dolor en el culo! ¿Lo sabías?- dijo Guilliman.

-Eso es indiscutible- contestó Fafnir.

Guilliman descendió en busca del León. El León se acercó a su encuentro.

Fue una larga espera. La distancia entre el lugar de aterrizaje y la puerta era de más de un kilómetro. Los dos Primarcas caminaban lentamente el uno hacia el otro.

Cuando por fin estuvieron cara a cara, hubo un momento de silencio.

Todas las fanfarrias se habían desvanecido. Incluso el ruido de la multitud había disminuido.

El León miró a Guilliman. El Hijo Vengador miró al León. La negra armadura del León estaba ricamente grabada con incrustaciones de oro rojo. Su pectoral y las hombreras mostraban todos los iconos y símbolos de su Legión, la compleja heráldica de las jerarquías de los Ángeles Oscuros, visibles y ocultas, interconectadas. Todos los ejércitos secretos, los tronos y poderes de la estructura secreta de la Primera Legión estaban allí representados, unidos a la insignia central, un hexagramatón de seis puntas. Llevaba la piel de una bestia del bosque colgada de su hombro derecho, y un broche de oro con la forma de una urna funeraria colgando de su garganta.

-Hermano- dijo el León.

-Hermano- respondió Guilliman.

-Bien hallado.

-Justo a tiempo- dijo Guilliman.

-Me haces un honor con esta demostración de fuerza- dijo el León, señalando suavemente la plaza que los rodeaba.

-Y tú me has hecho un honor con esa exhibición marcial- dijo Guilliman.

El León sonrío agradecido, asintiendo con la cabeza.

Le entregó su casco a Holguin.

-¿Realmente ha pasado tanto tiempo, Roboute?- preguntó y, de pronto, abrazó a Guilliman mientras sus armaduras chocaban.

-No, no- respondió Guilliman, tragando saliva. El brusco abrazo de su hermano había hecho que se le cayera el casco, que rodó por el suelo de mármol, detrás de él. **-Es bueno volver a verte-** dijo, recuperando el control de su voz.

El León rompió el abrazo y asintió. Se inclinó, recogió el caído casco de Guilliman y se lo entregó.

-Es bueno volver a verte, hermano- dijo. -**Y también ha sido bueno el ver tu extraordinaria luz. Tienes que contármelo todo sobre ese asunto.**

-Lo hare. Pero, hay una cuestión, algo más inmediata- dijo Guilliman, esperando haber mantenido su compostura. **-Por… protocolo-** añadió.

-¿Los Lobos?- replicó el León.

-Así es- contestó Guilliman.

El León asintió y se alejó de Guilliman. Miró a Fafnir Bludbroder.

-Tu nombre, Lobo. Vamos a hacer esto rápidamente.

-Soy Fafnir, honorable señor.

-¿Eres de la Sesc? Reconozco las marcas.

-Lo soy, mi señor.

-Vamos directamente al grano, Fafnir. ¿Vas a ser tú?

Fafnir Bludbroder se irguió en toda su estatura. La enemistad entre los Ángeles y los Lobos había existido desde Dulan. Se había convertido en un ritual en el que, siempre que se encontraban miembros de ambas Legiones, se enfrentaran sus campeones.

-Sí, mi señor- dijo Fafnir. **-Ansío enfrentarme a su campeón.**

Tanto Holguin como Redloos dieron un paso hacia adelante.

-Voy a ser mi propio campeón- susurró el León. Había un atisbo de sonrisa en sus labios.

-No- dijo Fafnir.

-¿Entonces, debo entender que los Lobos del Rout son unos cobardes?

-No- gruñó Fafnir.

-Entonces ataca, Lobo- dijo el León **-o al menos, inténtalo.**

Fafnir suspiró y lanzó su hacha contra el León. Guilliman se estremeció cuando la hoja cortó el aire junto a él. Era un golpe excepcional. Fafnir no había dado la menor señal, ningún indicio de tensión, ningún sonido de su armadura de poder. El golpe, simplemente, llegó. Guilliman se preguntó si le había tomado por sorpresa. Se vio obligado a admitir que podría ser.

El León atrapó el golpe de Fafnir con una mano, bloqueando la empuñadura cuando la hoja estaba solo a unos milímetros de su rostro. Fafnir gruñó involuntariamente cuando su golpe fue detenido y toda su fuerza igualada por un poder superior.

Entonces, el León lanzó su golpe, en respuesta. Llegó con su mano izquierda, no lo suficientemente fuerte para mutilar o matar, casi suave, pero rápido, más rápido que el excelente ataque de Fafnir.

El líder de la manada cayó sobre sus rodillas, dejando su arma en manos del León. Fafnir Bludbroder se puso nuevamente en pie.

-¿Satisfecho?- preguntó el León, lanzando el hacha hacia el Lobo.

-El honor ha sido satisfecho, mi señor- conminó Fafnir. Asintió con la cabeza y se echó hacia atrás, instando a su manada a hacer lo mismo. Holguin y Redloos sonreían los dos con una insoportable suficiencia.

-Entonces, Fafnir, dile a Bo Soren que mantenga las formas- dijo Guilliman por encima de su hombro, sin mirar hacia atrás.

-Lo hare, Jarl- contestó Fafnir. Guilliman oyó un fuerte bofetón y una maldición ahogada.

Miró al León. Nunca se había dado cuenta de que el León era ligeramente más alto que él.

-¿Vamos hermano?- preguntó.

-¿A la famosa Fortaleza de Hera?- preguntó el León. **-Me sentiría muy decepcionado si no la visitara.**



Finalizaba la tarde.

En la Puerta Occidental del poderoso Muro Servian, en el borde occidental de la ciudad de Magna Macragge, los vigilantes comprobaban a las personas que entraban. Había una marea constante, embaucadores y traficantes del mercado negro que acudían a los mercados nocturnos del distrito Laponis desde los barrios bajos del Enclave Illyrian, delante del gran muro, o agricultores que acudían desde la Chora (tierras agrícolas, nt) con vagones-servidores

cargados de grano para abastecer los graneros de la ciudad.

-¿Nombre?- le preguntó el oficial de la puerta, un hombre mayor perteneciente a la división Praecentral (cuerpo policial de Ultramar, nt). El hombre parecía alguien importante, y el muy puñetero lo sabía.

-Damon- respondió Damon Prytanis, acurrucado en la parte trasera de un vehículo de carga-servidor, con su maloliente abrigo negro. **-¿Qué está pasando?**

-¿Qué quiere decir con "que está pasando"?

-¿En la ciudad? ¿Todo ese circo aéreo? ¿Los malditos cuernos?

-Ha llegado la Primera Legión- respondió el orgulloso oficial.

-¿La Primera Legión, eh? ¿La banda del León? Eso es una gran noticia.

-Lo es- estuvo de acuerdo el oficial.

-Una gran noticia- repitió Damon, asintiendo. Su corazón se hundió. Demasiados grandes jugadores y demasiado serios para su comodidad.

-Su identificación- le recordó el oficial.

Damon se encogió de hombros, asintió con la cabeza y le tendió la mano abierta y vacía. Por lo general, este truco funcionaba bien. Ante un gesto tan automático, los guardias generalmente respondían viendo lo que querían ver.

-Bien, todo correcto- dijo el oficial, agitando una mano para que continuara.

Damon pasó a través de la profunda y fría sombra de la Puerta Occidental a bordo de la tambaleante parte posterior del vehículo de carga-servidor y entró en los límites occidentales de la ciudad. Esta ciudad era su destino, su, probablemente, sangriento destino. El panorama no era nada alentador. Las descuidadas áreas de los bajos fondos en los distritos bajos estaban repletas de viviendas de mala construcción, chabolas de hojalata y todos los desechos de los barrios bajos, quedaban muchos kilómetros por delante antes de que el viajero pudiera llegar hasta los zonas amplias y las ricas fincas del distrito Xanthi, en la ribera oeste del río

Damon bajó de la parte posterior del vehículo de carga y comenzó a caminar por la transitada carretera, bordeando cargamentos de grano y camiones illyrianos.

De pronto, tuvo un mal presentimiento. A él le gustaba llamarlo su primer sentido, ya que según su bendita madre, no había nacido con ninguno.

-¡Hey!- gritó una voz detrás de él. **-¡Eh, tú! ¡El hombre del abrigo de piel!**

Damon maldijo. El oficial de la puerta sólo se había convencido temporalmente. Damon miró hacia atrás y vio una escuadra de Praecentals saliendo desde el puesto de guardia y dirigiéndose hacia él. Iban cogiendo velocidad y apartando a empujones a peatones que iban despacio y no se apartaban lo suficientemente rápido.

La mayor parte de los vecinos se apartaron. Los Praecentals parecían unos simples guardias ceremoniales, pero eran duros, estaban bien entrenados y se tomaban muy en serio sus obligaciones.

También estaban bien armados. Damon vio armas de plasma e intimidantes espadas.

-¡Alto!- gritó uno de ellos. Cuando Damon no lo hizo, el oficial comenzó a gritar a los peatones que andaban por la calle.

- ¡Fuera del camino! ¡Queremos un disparo despejado!

¿Un disparo despejado? Eso sonaba alentador. Bienvenido. Tranquilizador. Las cosas iban a peor y la tensión crecía mucho más rápido de lo que él esperaba, y esperaba problemas.

Era el momento para un cambio de acción, de volver a las habilidades que había perfeccionado para la caza y evitar ser cazado, durante un tiempo increíblemente largo. La tentación de usar la parte posterior de su cerebro era enorme. Solo un puñado de seres humanos en todo la galaxia poseían unas capacidades empíricas iguales o mayores que Damon Prytanis. Había conocidos a dos de ellos, uno era su actual objetivo. El otro era un hosco pícaro poco colaborador.

Otro de su especie era el Emperador de los hombres. Damon nunca se había encontrado con él, y tampoco lo deseaba. Le parecía que era un total “ojo del culo” (dunkhole en el original).

Se dio la vuelta, sonriendo.

Damon giró bruscamente a su izquierda, corriendo por un callejón del poblado barrio de Stenopoi, un laberinto de calles estrechas que lo convertían en la zona más poblada del distrito Laponis. No chocó con nadie ni nadie lo llamó. La gente se apartaba de su camino, o se quedaban quietos, mientras él corría a su alrededor. Hizo dos giros más, uno a la izquierda y otro, brusco, hacia la derecha, siguiendo una húmeda y estrecha calle bajo los arcos del acueducto principal. Había cuerdas con ropa colgando para secarse debajo de los arcos y entre las paredes, podía oler el humo de los hogares y el olor de la comida cocinándose.

Los guardias estaban en buena forma, y no se quedaban atrás, moviéndose rápidamente y con determinación, a pesar del estorbo de sus armaduras y equipos.

Damon vio las brumosas formas grises de los gigantescos graneros delante de él y, por un momento, pensó que podía llegar hasta ellos y ocultarse. Pero los Praecentals eran muy eficientes. Apareció una segunda escuadra, cruzando el puente del canal delante de él y creando una cadena a través del Stenopoi, para bloquear el camino entre ellos y su perseguido.

Se dio cuenta de que iba a tener que mojarse. Le decepcionaba tener que contemplar sangre tan al comienzo de su trabajo, pero, en parte, también le agradó. Había estado demasiado tiempo en las montañas, tenía frío y hambre, lo adecuado era hacer daño a alguien. Había sido enviado a Macragge para efectuar una misión que no quería llevar a cabo, a desafiar a un hombre que él no creía que necesitara ser desafiado. Damon Prytanis estaba de un humor horrible y, arrinconándole, los Praecentals le habían ofrecido la oportunidad de dar rienda suelta a toda esa frustración.

Llevaba cuatro armas consigo. Habían llegado con él en un saco de carne viviente, para que los elementos metálicos pudieran pasar el proceso de la rápida tele-transportación. El saco había sido criado con ese propósito en las cubas replicadoras de Khu'Nib. Cuando llegó a su destino, después de su dolorosa llegada, lo cortó y mató para sacar sus armas y equipo, luego su carne lo alimentó durante seis días.

Cuatro armas: una pareja *de murehk* Zhul'kund, unas elegantes, ligeras y estilizadas pistolas eldars de cañón largo, las mejores de su clase. El armamento shuriken de los eldar eran las armas de fuego favoritas de Damon, porque lo que les faltaban en alcance y precisión, lo compensaban sobradamente con su velocidad de fuego y su poder

de penetración. Esta pareja le había llegado desde el cofre de batalla personal de Slau Dha, un extraño gesto de generosidad que había sido hecho para, Damon estaba seguro, recalcar la importancia de la misión. Una se llamaba (en Alto Idharaen) *Guh'hru*, que significaba "Sangrar hasta la muerte", y la otra (En el argot demótico y corrompido de los Mundos Crone) *Meh'menitay*, que significaba "La muerte mira tus ojos y te encuentra completamente deseable". Damon las llevaba enfundadas debajo de su abrigo de piel, en una improvisada pistolera doble que había hecho con la piel no digerible del saco de carne.

La tercera arma era una corta espada-sierra, no mucho más larga que un gladius, que databa de las interminables guerras de la Pre-Unificación de Terra, y había sido diseñada como arma corta de protección secundaria de los miembros del séquito de un noble Pan-Pacifico llamado Kendra Huul. La espada había salido de la colección privada de Damon, él conocía perfectamente su procedencia, puesto que había sido uno de los miembros del séquito y el que le había dado su nombre: '*Perdición de Huul'*. La llevaba en la parte inferior de su columna vertebral, también oculta por su pesado abrigo de piel.

La cuarta arma era una pequeña botella de vidrio de color rojo que llevaba en el bolsillo derecho de su abrigo de piel, mezclada con otros utensilios de su oficio.

Damon se introdujo entre las sombras, se lanzó debajo de los aleros de una vieja y firme construcción, apoyó su espalda contra la pared de piedra y esperó.

Seis hombres venían por detrás, otros seis estaban delante de él, todos Praecentals. Todos ellos portaban armas de plasma y blandían buenas espadas, muy adecuadas para el cuerpo a cuerpo, y parecían saber manejarlas. Los guardias llevaban blindaje en la cabeza, el torso, los hombros, la ingle y las piernas. Guilliman no reparaba en gastos para equipar a su gente, por lo cual, sus armaduras serían, como mínimo, de plastiacero, y posiblemente, estarían reforzadas con ceramita.

Nada que una murehk no pudiera perforar, pero tenía que dejar que ellos se acercaran, dispararles a quemarropa, para evitar fallar.

Metió la mano dentro de su abrigo y sacó sus pistolas, *Guh'hru* en su mano derecha y *Meh'menitay* en la izquierda. Las levantó, con sus cañones dirigidos al cielo marcado por la tormenta. Con sus pulgares acarició las clavijas que activaron los aceleradores gravitacionales casi totalmente silenciosos mientras se cargaban a plena capacidad.

Los mangos de hueso espectral comenzaron a calentarse.

El sonido de pisadas a la carrera había cesado. Damon escuchó con atención y oyó, sobre el gorgoteo del agua en el cercano canal y los distantes sonidos de la calle, un breve intercambio de palabras, el chasquido de un vox y la ampliación de los patrones de búsqueda.

Bien, venid a por mí, deseó.

Los dos primeros aparecieron repentinamente a su izquierda, dando la vuelta al final de la construcción, con sus armas de plasma preparadas.

Un chasquido. Y él ya estaba moviéndose. Los guardias se dispusieron a cubrirse, pero Damon fue más rápido. Abrió fuego con sus pistolas mientras se movía y las armas de plasma cayeron al suelo

Apretó cada uno de los gatillos con el más ligero de los toques, una técnica de pulso denominada Iliad'than, o "dedo de pluma". La tecnología de las pistolas shuriken era increíble. Los aceleradores gravitacionales lanzaban los disparos de las armas a velocidades increíbles, la munición era un bloque sólido con núcleo de plasto-cristal que el arma cortaba y lanzaba, un disco mono-molecular cada vez. Era un sistema tan eficiente, que un agarre excesivamente generoso del gatillo podía lanzar cientos de proyectiles en uno o dos segundos.

La técnica Iliad'than permitía al tirador disparar ráfagas cortas de cinco o seis proyectiles a la vez, conservando el núcleo de munición sólida y evitando un despilfarro de proyectiles.

Damon tenía mucha práctica. *Guh'hru* escupió cuatro discos mono-moleculares hacia el pecho blindado de un guardia, y *Meh'menitay* hizo lo mismo con el otro. Unos oscuros cortes, de los que brotó una extravagante cantidad de sangre, aparecieron en los pechos blindados mientras ambos caían hacia atrás. Uno cayó en el camino, el otro superó la barandilla, cayendo al sucio canal.

Damon se dio la vuelta cuándo un tercer Praecental apareció dando la vuelta por el extremo opuesto del edificio. Damon se volvió y disparó *Guh'hru*, alcanzando al hombre con dos disparos en su rostro, que reventó en un caos de sangre y hueso dentro del marco de su casco. El guardia cayó de rodillas, luego cayó sobre su frente, salpicando sangre por el violento impacto de su cabeza contra el suelo.

Ya no había tiempo para pausas. Se elevaron nuevas voces. Los hombres habían oído el distintivo grito de las armas shuriken, un sonido que ninguno que se hubiera enfrentado a los eldars podría olvidar. Damon corrió hacía donde estaban los primeros muertos. El cadáver en el agua estaba boca abajo y se hundía lentamente en la oscuridad verdosa del canal repleto de algas, sujetado aún por el aire atrapado en su capa. El hombre del camino estaba de espaldas, con los ojos tan abiertos como lunas llenas, había perdido sangre en cantidades asombrosas, convirtiendo la tierra del camino en una masilla de terracota.

Damon se arrodilló e hizo un ajuste en el arma del hombre. Luego comenzó a correr de vuelta al lugar por donde había venido.

-¡Está aquí! ¡Ayudadme!- gritó por encima de su hombro mientras corría.

Damon se apartó a un lado, en el extremo más alejado del edificio, manteniendo una gruesa pared entre él y el canal.

Otros Praecentals se acercaron, oyó sus enfurecidas maldiciones cuándo descubrieron los cadáveres.

Entonces uno de ellos dijo: **-¡Espera, espera! ¿Qué es ese sonido?**

La célula de energía de la pistola de plasma se está sobrecargando, maldito idiota, pensó Damon.

El arma estalló como una bomba, cuyo efecto se extendió hasta fuera del otro extremo del edificio, donde colgaba sobre el canal. Damon salió del humo, localizó rápidamente al único hombre que la explosión no había matado, lo liquidó de un rápido disparo en la cabeza y contó los cuerpos. Era un rompecabezas. Tuvo que dar sentido a los sangrientos y abrasados despojos humanos. Cuatro. Entonces, otros dos más estaban todavía cerca. Y más escuadras estarían en camino.

¿Cuántos riesgos más tendría que correr? ¿Cuántos más serían necesarios para saciar su frustración?

Bajó la vista hacia el canal. De repente, el agua estaba muy quieta.

-No, venga ya…- comenzó a decir.

Desde aquel espejo imposible, Gahet lo miraba. El enlace telepático era como un alambre caliente atravesando su cerebro.

+Damon, pierdes el tiempo y expones tu presencia innecesariamente+

-Estoy desahogándome- gruñó dolido, Damon.

+Cumple con el deber que debes realizar para nosotros+

-Bien, sólo me detuve…
+Encuéntralo y asegúrate el premio. Haz que realice la tarea que tiene asignada, y si no quiere hacerlo, realízalo por él+

-Muy bien, maldito seas- Damon se estremeció.

Se apartó del canal. Dos Praecentals corría a lo largo del camino que corría junto al canal. Uno disparó su pistola de plasma, abrasando el aire junto a Damon, fallando por poco.

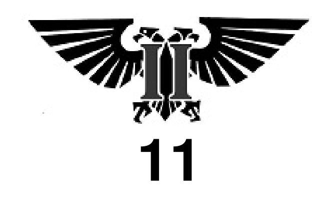
Damon sacó sus armas y les disparó a los dos.

+¿Qué estás haciendo?+

-Acabando las cosas- respondió Damon.

Podía escuchar a las otras escuadras acercándose. Condenados. Iba a ser un jodido y sangriento asunto.

-Voy a hacer su trabajo, Gahet- dijo, sin el menor respeto. **-En cuanto haya terminado aquí.**



11

COMUNIÓN

“Vamos a comenzar con la verdad,
y luego pasaremos a cosas más interesantes.”

-atribuido a Malcador el Sigilita.



Las dos Legiones desfilaban lentamente, lado a lado, a lo largo de la Avenida de los Héroes, hacia el Castrum y la Fortaleza, como un río, mitad negro, mitad azul. En el lado derecho de la columna marchaban los Ultramarines; a la izquierda, los Ángeles Oscuros. Detrás de la columna principal formaban los restos de las otras Legiones, luego las unidades del Ejército y los titanes. La multitud vitoreaba y saludaba desde ambos lados de la gran ruta.

-La última vez que vi llevar tantas banderas en alto debió ser cuando estuve en Ullanor- dijo el León.

-Creo que sí- estuvo de acuerdo Guilliman.

Ambos caminaban juntos a la cabeza del desfile, a la sombra de los estandartes legionarios que flotaban sobre ellos. Holguin y Redloos escoltaban al León, mientras que Gorod y su lugarteniente, Maglios, flanqueaban al Hijo Vengativo.

-Esto es una sensación gloriosa- dijo el León **-y nos la merecemos. Tus guerreros, por la terrible experiencia de Nuceria y las múltiples batallas contra la cruzada oscura de Lorgar. Los míos, después de la batalla de Thramas y la furia de la disformidad.**

-Supongo que me contarás todo lo referente a la cruzada de Thramas- preguntó Guilliman.

-Lo haré.

-¿Luchaste contra Konrad? ¿Contra la Octava Legión?

-Todos traidores, un día muy triste. Tengo a muchos prisioneros a bordo de mi nave insignia, incluyendo a Sevatar, su primer capitán.

Guilliman miró de reojo a su impasible hermano.

-¿Lo has interrogado? ¿Le has arrancado la verdad de la causa de esta traición?

-¿Acaso tú la sabes?- preguntó el León. **-En tus batallas contra Angron y Lorgar, ¿has logrado discernir sus motivos?**

-Es por la disformidad- respondió Guilliman. **-Es como una infección, contamina el alma. En Nuceria, los horrores que vi acumulados sobre Angron, por uno, que consideraba un camarada… Nuestros hermanos, Lupercal incluido, no se han vuelto contra nosotros. Están trastornados, cambiados.**

-Yo también lo creo- respondió el León. **-Aunque sea algo difícil de aceptar. No puedo imaginar los motivos que podrían tener para volverse en contra de nuestro padre y de Terra, al menos puedo concebir la posibilidad de argumentos convincentes para las disensiones. Pero ésta traición… se extiende como una plaga. Es contagiosa.**

-Entonces, supongo que esa es la razón por la que has venido a verme.

El León miró de reojo a Guilliman.

-Roboute. Haz tu pregunta.

-Hermano, tus naves no se perdieron. Se dirigían hacia Macragge cuando las golpeó la tormenta. He leído los registros de vuelo. ¿Tenías miedo de que me hubiera unido a Horus y me hubiera convertido en una amenaza para nuestro padre? ¿Has venido a castigarme, como las manadas de Lobos de Russ?

El León se echó a reír.

-Mi querido Roboute, ni por un momento pensé que hubieras cambiado de bando. Pensaba que habías hecho algo mucho,

mucho peor- miró a Guilliman. **-Creo que los dos sabemos de que hablo.**



Miró la altísima masa amurallada del Castrum que había delante, y sobresaliendo, el gran torreón de la Fortaleza de Hera.

-Ya estamos llegando- dijo. **-Estoy impresionado. Espero un correcto recorrido e inspección.**
Los Jardines Conmemorativos quedaban al este de la Calzada de los Héroes. John Grammaticus observaba la brillante columna moverse, avanzando por ella, con sus banderas en alto, dirigiéndose hacia la titánica Porta de Hera, una ciclópea puerta de entrada en la pared del Castrum que podía verse desde seis kilómetros de distancia.

Era todo un despliegue de fuerza, tuvo que admitir John. Las Legiones eran buenas en eso. También eran unos excelentes asesinos, la vanguardia, junto con el Ejército y los Titanes… una fuerza capaz de matar a un dios. John estaba especialmente impresionado por las comitivas de las llamadas Legiones rotas, o derrotadas como las llamaban otros. Ellas demostraban la resolución de los humanos, algo que John sabía que la Cábala ponía en duda. A pesar de sus pérdidas, continuaban juntos y seguían luchando.


Las Legiones marchando juntas, a lo largo de la Calzada de los Héroes

Siempre la tendremos, pensó. *Si os fijaseis en nosotros durante un momento, aunque un momento para vosotros sean diez mil años para nosotros, os daréis cuenta. No somos niños. Tenemos alma, y moral.*

Los Jardines Conmemorativos eran demasiado sofisticados. Paredes

de piedra con inscripciones flanqueaban estanques rectangulares llenos de pálidos nenúfares, juncos y parterres de lirios. Los Ultramarines dignificaban a sus muertos. Ellos grababan sus nombres en las losas de la Calzada de los Héroes, y otra vez aquí, en los Jardines, y en las paredes de mármol negro de la Capilla Conmemorativa, en la Gran Fortaleza.

Era en los jardines donde realmente estaban enterrados los muertos, en catacumbas pre-construidas debajo de los estanques y parterres.

John tuvo una visión en la que, después de interminables siglos de guerras, ya no quedaba espacio en las losas de la Calzada para grabar más nombres, las catacumbas estarían repletas y las paredes de la Capilla estarían totalmente cubiertas. ¿Dónde honrarían entonces la memoria de todos sus muertos?

Parpadeó para apartar ese pensamiento.

A las lanzaderas funerarias se las había permitido aterrizar en unas plataformas de piedra levantadas sobre el Jardín. Ocho de ellas, con sus alas plegadas hacia arriba, como las de las mariposas, estaban posadas una al lado de la otra, en la plataforma de aterrizaje. Su cargamento de sarcófagos se descargaría más tarde. Debido al desfile, no había personal de la Legión disponible para realizar los ritos y conducir a los muertos en respetuoso silencio hasta sus lugares de descanso.

Sin embargo, John estaba bastante satisfecho. Había logrado llegar con los vuelos funerarios hasta la superficie de Macragge y al mismo interior de la Ciudad, bajo el disfraz de Sedaris Cluet, un oficial de repatriación. El solemne respeto de los Ultramarines hacia sus caídos le había permitido eludir casi todas las barreras de seguridad planetaria de Macragge.

La mayor parte del resto de personal de vuelo y de las tripulaciones se habían ido hasta el borde de la plataforma de aterrizaje para ver pasar el desfile por la Calzada. Algunos otros estaban comprobando los sistemas de los módulos de aterrizaje, con sus cabinas y paneles de mantenimiento levantados y las rampas de carga bajadas.

Era hora de escapar. De librarse del disfraz de Sedaris y buscar una nueva identidad tras la que ocultarse.

John cogió su mochila, se la echó al hombro y caminó silenciosamente a través de los jardines y glorietas. El uniforme de luto negro azabache era sobrio y elegante, era austero y carecía de

todo tipo de insignias, excepto el alfa y omega dorado de la Guardia Funeraria, que sugería un rango mucho más alto de lo que realmente era. En una ciudad llena de uniformes, casi podría pasar por cualquiera y nadie se fijaría en él, excepto aquellos que realmente tuvieran el conocimiento más especializado y detallado de los uniformes de la Legión.

Todos los ojos estaban puestos en otras cosas, mucho más grandiosas. Caminó por el sendero norte de los jardines, totalmente desapercibido y sin que nadie se fijara en él, pasando bajo arcos de setos, cortados a la medida de los transhumanos, y a lo largo de paseos, a la sombra de majestuosos tejos y árboles ’sorona’.

Los planificadores habían construido los jardines para que fuesen lo adecuadamente nobles y lúgubres. El dosel color gris de las hojas convertía la luz del día en una especie de crepúsculo. Las losas del pavimento, las paredes del memorial y las entradas a las criptas eran todas de piedra azul ‘saramanthian’. El agua de los estanques estaba cubierta de largos juncos negros, tan oscuros como velos. Bajo los espejos silenciosos del agua se percibían los temblores plateados de fantasmales carpas. Los lirios a la deriva en la superficie eran grises, como pañuelos manchados de lágrimas.

Espejos...

La brisa silbaba a su alrededor, entre los árboles. John se puso tenso. Unas ondas irradiaron a través de las superficies de los estanques. Era consciente del lejano y pomposo sonido de trompetas y cuernos de guerra, pero sintió como si de pronto el ruido se tranquilizara.

Los glóbulos oculares de John le picaron. Su boca se secó. Su sien comenzó a palpitar.

-Por favor, no hagáis esto ahora- dijo en voz baja, pero con firmeza. La Cábala estaba intentando convocarlo. Trataban de establecer una comunión psíquica, posiblemente usando uno de los estanques cercanos, una superficie reflectante.

Estaban tratando de seguirle la pista. Querían estar seguros de que se mantenía fiel a la tarea que le habían encomendado.

Tragó saliva. La brisa silbó de nuevo, haciendo crujir las hojas grises. El objeto pesado de su mochila tembló ligeramente, como si fuera sensible a los impulsos inmateriales de su alrededor.

+Por favor+

Esta vez habló con su mente, no su boca.

+Por favor, estoy cansado. Acabo de llegar y aún estoy confuso. Déjame que encuentre un lugar seguro para descansar. Ven a mí algo más tarde, cuando sea capaz de tomar la carga de la comunión. *Por favor*+

La brisa se agitó. ¿Quién podría ser? Probablemente fuera Gahet, uno de los antiguos, pero John sospechaba, por la persistencia, del desagradable Slau Dha, el autarca eldar.

+Por favor+

Se dio la vuelta y volvió a caminar, pero su piel todavía le picaba. Los lejanos sonidos del desfile se habían vuelto tan sordos que John se sintió como si estuviera debajo del agua.

Echó un involuntario vistazo al estanque que estaba a su lado. La superficie se había congelado como un cristal oscuro, como un cristal de adivinación. Por debajo de la superficie, los plateados pescados se habían congelado, sus aletas se quedaron quietas, en mitad del movimiento.

Una sombra apareció en la superficie reflectante, y no era la suya. El se estremeció al ver crecer en la oscuridad un largo casco de guerra eldar y la atenuada figura imposiblemente alta y delgada de un dios-bufón, cuyos contornos alargados y finos se extendieron a todo lo largo del estanque.

-¡He dicho que ahora no!- escupió John.

Se dio la vuelta, dirigió su mirada hacia las sombras y caminó por el sendero de losas, alejándose del estanque. Sentía un zumbido en la parte posterior de su cerebro. Las hojas silbaron a su alrededor.

-¡Dejadme en paz!- gruñó por encima de su hombro. **-¡Dejadme solo!**



Salió de los jardines y entró en unas calles extrañamente tranquilas. Todos los habitantes del distrito estaban en la Calzada de los Héroes. Su cabeza le picaba desde el intento de comunión, y le temblaban las manos.

Tenía que tener cuidado. La Cábala tenía que tener cuidado. Cuando estaba bajo la identidad de Theo Lusulk, de los servicios de seguridad de la ciudad, John se había enterado de que la XIII había rehabilitado el Librarius y sus protocolos en todo el planeta. En este mundo también había un formidable contingente del Astra Telepática. Los sistemas defensivos estarían unidos y complementados con técnicas psíquicas. Un intento de comunión tan burdo, como el que Slau Dha había intentado realizar en los jardines, podría ser detectado.

El ser detectado por el Librarius haría que su trabajo fuera mucho más problemático y, casi seguro, acabaría con su vida. De todas formas, sería con ésta vida. Ya estaba cansado de morir una y otra vez.

Temblando, vio una gran taberna es la esquina de la siguiente calle desierta. Las luces del interior estaban encendidas. Era un local elegante para funcionarios del Senado de la ciudad y políticos de alto nivel. El barrio junto a los Jardines Conmemorativos era un lugar elegante, para clases acomodadas.

Entró. El local era un gran salón adornado con dorados bronces y elegantes lámparas de araña, con hileras de mesas, bajo un alto techo decorado con frescos, y algunos reservados a lo largo de las paredes. Estaba completamente vacío, salvo el personal de servicio, que se dirigieron rápidamente a atenderle.

John se sentó en la mesa de uno de los reservados, el más cercano que pudo encontrar, y se hundió cómodamente, gozando de su tranquilo aislamiento. Los asientos tenían respaldo alto y estaban tapizados en cuero, los reservados estaban realizados con paneles de vidrio de colores que se elevaban desde los respaldos, formando tabiques. Situado en el fondo del reservado, podía ver una pared con un gran espejo de cristal desde el que John podía ver a las personas que entraban o salían de la taberna, todo sin llamar la atención.

Las manos aún le temblaban. Uno de los camareros con un delantal se acercó con una jarra y un vaso, John le pidió una generosa copa de amasec.

-¿Cenará el señor?- preguntó el camarero.

Comer, era una excelente idea. John había estado mal comiendo durante las últimas semanas, tenía hambre, y una fuerte dosis de carbohidratos y proteínas le ayudarían a suavizar el dolor del intento de contacto de Slau Dha.

-Pan- dijo. **-Mantequilla salada. Y algo fuerte, o unas chuletas.**

-Tenemos pierna de venado asada, señor.

-Perfecto. Con patatas.

El camarero asintió.

-¿No está el señor viendo el desfile?- preguntó el camarero.

-¿Y tú?- contestó.

-Estoy trabajando, señor- dijo.

John asintió con la cabeza y trató de formar una sonrisa.

-Yo también- dijo. **-Además, cuando has visto un desfile de los Marines Espaciales, ya los has visto todos, ¿no?**

El camarero se echó a reír, como si fuera una observación muy divertida, y se fue a llevar el pedido a la cocina. John se sirvió una copa. Sus malditas manos aún le temblaban, pero la comida le ayudaría a relajarse.

Así de mal estaba su estado de ánimo. Levantó la copa de amasec. Tuvo que utilizar la dos manos para mantenerla estable.

Un sorbo. Calor. Mejor. *Mejor*.

Dejó la pesada copa en la mesa, sintió como se aflojaba la tensión en sus muñecas.

Había una mancha en el blanco mantel, entre sus manos. Un punto. Un segundo punto apareció junto a él.

Manchas de sangre.

¡Su nariz, le estaba sangrando la maldita nariz!

Abrió su servilleta y se limpió la cara. Esperaba que nadie lo hubiera visto. Movió la jarra del agua para cubrir las manchas de sangre. El maldito Slau Dha le había fastidiado bien.

John se tomó otro sorbo de amasec, disfrutando de la forma en la que su fuerte sabor calmaba sus nervios, mientras miraba de nuevo el espejo de la pared de la taberna, casi esperando ver a los centuriones del Librarius irrumpiendo por la puerta de la taberna.

El espejo. *¡Estúpido! ¡Maldito estúpido!* ¡Sus prisas y miedos le habían vuelto torpe y descuidado! ¡Estaba rodeado por todas partes de espejos, cristales y bronces dorados!

Un fuerte pinchazo eléctrico de dolor penetró en su cabeza, desde la base de su cráneo.

-¡No! *¡No!*- jadeó.

Un pequeño chorro de sangre brotó desde su fosa nasal derecha, corrió por su boca y su barbilla, manchando el lino blanco del mantel. No podría ocultar esa mancha.

-¡Por favor!

El espejo enfrente del reservado se congeló, como si la temperatura hubiera descendido cuarenta grados. John se negó a mirarlo a pesar de que una poderosa fuerza, casi una fuerza física, trató de levantar su cara desde la barbilla, para que lo mirase.

-¡No! ¡Ahora no! ¡Déjame en paz!

John se obligó a seguir mirando hacia abajo. En su lugar, se puso a mirar su bebida, la aceitosa y agitada superficie del amasec, debido a que la mano que sujetaba la pesada copa era incapaz de dejar de temblar. Miró la constelación de oscuras manchas de sangre sobre el mantel, unas marcas que la cuidadosa disposición de vasos y jarra serian incapaces de ocultar.

Sobre la gota más reciente, donde la brillante sangre aún no había penetrado en la tela, vio formarse un reflejo: un casco crestado. John gimió. El ondulante amasec de su vaso se quedó quieto, congelado. Sintió el cristal helarse bajo sus dedos. El reflejo del casco crestado también apareció en el amasec.

John gimió en voz alta y cerró los ojos.

-Slau Dha, usted…- jadeó.

-No soy Slau Dha.

Se hizo el silencio. Sólo se escuchaba la convulsa respiración de John. La voz no era la del cruel autarca, fría y afilada como el acero.

La voz era oscura y densa, como el ébano.

John abrió los ojos.

Toda la taberna estaba congelada. Las heladas llamas de la velas irradiaban una fría luz azulada que se reflejaba en las lámparas de araña, los candelabros, los dorados de los bronces, los espejos, las limpias pilas de copas de vino y de amasec apiladas en las estanterías. La luz del día que entraba en el salón a través de los hermosos ventanales también estaba teñida de azul, como si fuera tinta muy diluida. John pudo ver al personal de servicio en el comedor, congelados en su último movimiento, con la boca abierta en mitad de una conversación.

En el azulado aire, por encima de la mesas, flotaban fantasmales bancos de reflejos plateados.

El eldar apareció en su mesa. Una delgada figura con una ajustada armadura, combinada con una capa y un casco crestado, que le hacía parecer extravagantemente alto y delgado, como un demacrado espectro de la muerte, o un esquelético gigante.

-No eres Slau Dha- murmuró John, sorprendido por el sonido de su propia voz. **-Eres tú, otra vez.**

-Una vez más- respondió el eldar desde detrás del increíblemente aterrador rostro de su casco.

La última misión de John para la Cábala había comenzado en un mundo llamado Traoris. John había sido enviado hasta allí para hacerse con un arma y luego usarla para…

Para traicionar a su especie más de lo que jamás la hubiera traicionado antes.

John llevaba mucho tiempo luchando contra su conciencia, pero esa misión le había llevado al límite. Todo lo referente a la adquisición del arma que llevaba en el interior de su mochila había sido algo miserable, pero la perspectiva de lo que se suponía que debía hacer con ella era todavía más despreciable.

Un único rayo de esperanza había sido algo que le había ocurrido durante la misión en Traoris: una comunión psykana con el mismo eldar que ahora tenía ante él.

No le había dado a John su nombre, aunque este tuviera sus sospechas, pero le había ofrecido un consuelo, una alternativa a los posteriores planes de la Cábala.

Por lo que parecía, no todos los eldar eran de la misma opinión. La Cábala quería sacrificar a los humanos en su lucha por detener los poderes del Caos. Este señor eldar se oponía a esa estrategia. Veía a la humanidad, no como un simple corta-fuegos, sino como un verdadero aliado en la lucha para detener el ascenso del archi-enemigo. Parecía, y este punto preocupaba a John más de lo que le gustaba admitir, que los eldar no estaban todos unidos en su papel respeto a la guerra civil de los humanos.

-Me prometiste esperanza- dijo John.

-Lo hice.

-En Traoris, me prometiste esperanza. Una alternativa.

-Lo hice- respondió la imponente figura.

-Pero no había nada- se quejó John. **-Te ofreciste a transferir informaciones a mi mente, las informaciones que me hagan entender las cosas de otra manera. Me ofreciste un conducto para la transferencia de nuevas ideas.**

-Sí, lo hice.

John se burló. **-Pero solo había una sola cosa real. Me dijiste que el conducto me haría daño, y lo hizo. No aprendí nada más, no hay nuevas perspectivas, ningún pensamiento alternativo. No sé lo que has hecho conmigo, ni por qué, pero sí sé que estoy siendo nuevamente utilizado, ¿no?**

-Has aprendido mucho, John Grammaticus, simplemente todavía no te das cuenta de que lo has hecho.

John se echó a reír. Se rió de forma sarcástica y burlona, mientras sacudía la cabeza. Levantó la mirada hacía los imposible bancos plateados congelados en el aire azul y a los camareros, encerrados en una conversación eterna.

-¿Sabes lo que te digo, señor sin nombre?- dijo. **-Estoy harto de los xenos de tu clase y de vuestros pequeños enigmas sin significado. Dime todo lo que tengas que decirme, claramente. Dime algo que sea verdad. O vete al infierno fuera de mi cabeza.**

Cogió el amasec para tomar otro sorbo, pero el reflejo sólido del eldar todavía estaba en el líquido, por lo que lo dejó a un lado, sin probarlo.

-Piensa John Grammaticus- dijo el eldar silenciosamente. **-Piensa, y reconocerás que sabes mucho más de lo que sabías. A través del conducto, introduje datos e ideas en tu cabeza, pero son demasiado peligrosas para haberlas dejado entre tus pensamientos superficiales. Durante todo el tiempo que estuviste en Traoris, o mientras venías hacia aquí, hubieron demasiadas oportunidades en las que esa información podría haber sido descubierta… por tus enemigos, por los Apóstoles Oscuros, por tus amos de la Cábala. Todos y cada uno de ellos te hubieran matado si se enteraban de que poseías esos conocimientos, por lo que me aseguré de que no surgieran a la superficie hasta el momento adecuado.**

-¿Cuándo será eso?

-Cuando llegaras a Macragge, en el reino de Ultramar.

-Ya estoy aquí. Y no sé nada nuevo.

-¿No? Piensa.

-Deja de…

El eldar se desabrochó su casco de guerra y colocó su escultórica forma sobre el mantel, junto a las manchas de sangre de John. Su pálida cara, teñida de azul por la luz psíquica, era igualmente esbelta, alargada y de pómulos altos. Su largo cabello oscuro estaba recogido en una apretada coleta, para que pudiera caber en el casco, y su frente portaba una runa tatuada. No había nada humano en el inteligente brillo de sus oscuros ojos.

Poco a poco, y con una dignidad casi cómica, el eldar se sentó en una silla del reservado, frente a John. Él era demasiado alto y delgado para encajar bien en un espacio diseñado para un humano. Los huesos de sus brazos y piernas eran demasiado largos. Encogido en el asiento, parecía desgarbado, como un adolescente.

Una vez sentado, extendió sus manos sobre la tela, con las palmas hacía abajo. Los dedos eran alarmantemente largos y delgados, como sus extremidades. Incluso sentado, era más alto que John.

-Piensa en lo que sabes- dijo el eldar con su voz oscura. **-¿Tienes la lanza?**

-Sí- respondió John, dándose cuenta de la mirada incriminatoria que había lanzado a la mochila que estaba a su lado, sobre una silla. Y no

es que albergara ningún tipo de ilusión sobre que el eldar pudiera pensar que el arma estuviera en otro lugar.

-¿Y sabes qué hacer con ella?

-Sé a quién se supone que debería matar, si es eso lo que quieres decir.

-¿Qué otra cosa podrías hacer?- preguntó el eldar.

-No sé- dijo John. **-¿Quedarme aquí sentado para siempre, oyendo acertijos?**

-¿Sabes quién soy?- preguntó el eldar.

-No tengo ni idea. Nunca me lo dijiste- respondió John. **-No tengo ni idea de… Tú…**

John vaciló, tragó saliva, deseó que el maldito reflejo no estuviera en su bebida, para poder bebérsela de un trago.

-Eldrad Ulthran, vidente del mundo astronave de Ulthwé- susurró John.

-Exactamente. Entonces, veamos, ¿cómo lo has sabido?

-¿Cómo he podido saberlo?

-Por el conducto que puse en tu cabeza en Traoris, estaba diseñado para que lo supieras en estos momentos. Esta es una de las muchas cosas que el conducto ha puesto en tu cabeza.

-¿Es eso cierto?- preguntó John.

-¿Qué otra cosa podía ser?- respondió Eldrad. Sus largos dedos señalaron las marcas rúnicas de su armadura, su yelmo crestado y su frente. **-¿Eres un estudioso de los signos de la Senda y de los símbolos de los mundos astronave Eldar o de su léxico? ¿Reconoces las marcas de Ulthwé?**

-No- dijo John.

-Pero ahora, al parecer, las conoces bastante bien.

-¿Qué más sé?- preguntó John. Él pensó durante un segundo, y luego levantó su mano para silenciar cualquier respuesta. **-Espera, vidente, si estamos hablando con franqueza, respóndeme una**

cosa. ¿Por qué has venido hasta mí? ¿Por qué has hecho éste esfuerzo sin sentido para comulgar conmigo? Si introdujiste esos conocimientos en mi mente hace meses, en Traoris, y sabías que no surgirían hasta que yo no viniera a Ultramar, porque es cuando los necesitaría… ¿dime, por qué demonios…? ¿Qué más cosas tienes que decirme? Esta comunión nos ha colocado a ambos en un grave peligro, podemos ser detectados.

-Es un riesgo que merece la pena, si se compara con otros, aunque estoy de acuerdo en que ésta conversación hace que tú posición sea más precaria a cada segundo que pasa. El Librarius de los Ultramarines ya es consciente de éste evento psíquico. Afortunadamente, dentro de ocho minutos, ésta comunión será eclipsada por otra, un evento psíquico aún más poderoso en la ciudad, seguido de una grave crisis. Ambos acontecimientos desviarán la atención de tu persona.

-Si no tenemos tiempo, habla deprisa. ¿Qué más necesito saber?

-Ya lo sabes casi todo. Ahora que ya estás aquí, en Macragge, los conocimientos se irán desbloqueando. El proceso de "apertura" como tú dirías, puede llevar un día, o algo más, y las ideas pueden llegar en una secuencia extraña, pero no te preocupes. Te darán todo lo que necesitas.

Eldrad se inclinó hacia adelante.

-Estoy aquí para advertirte. Es mi deber. Desde nuestra comunión en Traoris, he previsto circunstancias nuevas que conllevan nuevos peligros. Ha valido la pena todo el esfuerzo para forjar este vínculo sólo para ponerte en aviso sobre ellos.

-¿Qué peligros?- preguntó John.

-Dos cosas- respondió el vidente. **-La Cábala está empezando a sospechar que tu compromiso no es tan fuerte como debería ser. Pueden hacer un esfuerzo para reforzarlo.**

-Me lo estaba esperando, pero gracias por el aviso. ¿Qué más?

-Puede estar conectado a la primera. Alguien te está dando caza, John Grammaticus.

-Comprendo. ¿Están aquí o…?

-Ya están aquí, o lo estarán pronto.

-Es bueno saberlo.

Eldrad asintió.

-Ya llevo retraso- dijo. **-Y tú también, John Grammaticus. Utiliza el desvanecimiento de ésta comunión para escabullirte. No permanezcas aquí. Busca un lugar seguro y abre tu mente a los nuevos conocimientos. Elige tu camino. Tu y yo estamos unidos, humano, por el objetivo de tu misión y por el asunto de la tierra.**

-Eso que has dicho. No solo te refieres a la "tierra" como el suelo, ¿verdad? Lo dices literalmente, pero no sólo así. También estas utilizando el antiguo significado de la palabra, ¿no? ¿El antiguo nombre de Terra?

No hubo respuesta. Eldrad Ulthran ya no estaba allí. John miró a su alrededor. El tiempo todavía permanecía congelado. Los fantasmales bancos plateados todavía flotaban en el aire. La conversación de los camareros permanecía pausada.

La luz todavía era azulada.

Pero no seguiría siéndolo por mucho tiempo. John sintió un cosquilleo en sus oídos y calor en su columna vertebral. Podía escuchar como volvían los sonidos, como si sonaran muy lejos. Diez, quince segundos, y el aura habría desaparecido.

Miró la mesa, con las manchas de sangre en el mantel. Por lo menos, el reflejo había desaparecido.

Cogió el amasec y se lo bebió de un solo trago, luego cogió su mochila y salió de la taberna, justo antes de que la luz azulada desapareciera y se reanudara la ruidosa realidad.



Poco menos de ocho minutos más tarde, y a sólo nueve calles de distancia de la taberna del distrito Ceres, la realidad física se dividió brevemente y se abrió un pasaje a la disformidad.

Los miembros del Librarius de la XIII Legión, en estrecha colaboración con los adeptos del Astra Telepática, monitorizaban el paisaje psíquico de la ciudad, ya habían detectado la comunión del vidente con John en la taberna, pero no habían logrado identificarlos. Se

había enviado a la taberna una escuadra de respuesta rápida con oficiales del Librarius y Exterminadores en armadura de Catafracto con el apoyo de ‘Speeders’ (Literalmente “rápidos”, en realidad aerodeslizadores, nt) blindados y deslizadores pesados.

El desgarro de la disformidad se produjo en un Scriptorium de la Vía Edirne, al sur de los Jardines Conmemorativos y al este de la Calzada de los Héroes. En el mismo momento en el que tuvo lugar, sonaron las alarmas en las salas psíquicas de la Basílica Roja y de la Sacristía del Librarius. Dos adeptos del la Basílica sufrieron graves heridas.

La fuerza de respuesta rápida fue desviada de inmediato y con urgencia hacia la Vía Edirne.

El Scriptorium había sido cerrado esa tarde, permitiendo que tanto escribas como ‘rubricators’ (Transcriben libros antiguos en otras lenguas, nt), que trabajaban allí en la reparación y transcripción de libros antiguos, pudieran asistir al desfile.

En las lúgubres y sombrías cámaras, repletas de estantes llenos de manuscritos, atriles, de olor a cochinilla y a mezclas de aceites y tintas, los papeles comenzaron a crujir. Los libros y manuscritos colocados en los estantes comenzaron a temblar y a traquetear, cayeron al suelo, y sus cubiertas se abrieron, mientras sus páginas pasaban a toda velocidad, como si las agitase una fuerte brisa o un invisible estudioso estuviese hojeándolas a toda prisa. Los libros más valiosos, cerrados con llave, comenzaron a temblar, las cadenas y los candados retumbaron, como si lo rebeldes tomos quisieran escapar y volar libres, batiendo sus páginas como alas,

Parecía, más que nada, como si la multitud de palabras guardadas en aquel lugar fuera lo que hubiese atraído la atención de la disformidad y la hubiera anclado allí.

La realidad se dividió.

Se rajó como una fruta, rasgada en dos por unas manos hambrientas, con trozos de cascara y pulpa colgando de la brecha.

Se cortó como una cortina de seda.

Se abrió como una boca, como una herida.

Brotó una luz rojiza, como la sangre de una herida abierta.

La piel de la realidad se rajó a lo largo de un irregular corte en

diagonal, desgarrada por la punta de un athame (Daga ceremonial utilizada en brujería. Usualmente es una daga de mango negro y debe tener una hoja de doble filo, a pesar de que no suele usarse para cortar, nt) ritual manejado desde el otro lado.

El corte de la cuchilla apartó la realidad corpórea a ambos lados, como si sólo fuera un trozo de carne. Una brisa impía penetró en el Scriptorium, provocando que más hojas revoloteasen por el aire, hasta que la cámara se convirtió en una tormenta de páginas voladoras.

Una figura salió a través del impío desgarro. Era enorme e iba completamente blindado, dentro de su servo-armadura. En su puño brillaba el athame ritual, chorreando el inmaterial plasma del etéreo.

Una segunda figura pasó después de la primera, con la espada en alto. Al igual que la primera, estaba vestido con una armadura roja y con las oscuras inscripciones rituales de la XVII Legión, los Portadores de la Palabra. No llevaba casco, al igual que el primero, no había casco capaz de albergar los retorcidos cuernos y las crestas de piel y hueso que adornaban sus cráneos. Sus ojos eran rendijas de un negro abrasador.

Estos, antaño orgullos guerreros de las Legiones Astartes, habían permitido voluntariamente que los demonios anidaran y crecieran parasitariamente dentro de sus cuerpos. Eran los Sin Alma.

Ahora se llamaban Ulkas Tul y Barbos Kha, los embotados e inhumanos ecos de los nombres con los que habían sido bautizados. Eran miembros de la comitiva de Erebus, el apóstol oscuro, y habían aprendido sus viles artes directamente de él.

Eran unas cosas infames, sus servoarmaduras estaban cubiertas con trozos de pergamino, todos los cuales llevaban las demenciales escrituras de una criatura embrutecida y enloquecida, una vez fue el más insanamente leal entre todos los hijos del Emperador: Lorgar.

Una tercera figura cruzó detrás de ellos. También era un Portador de la Palabra, pero él portaba casco y su armadura era gris, raspada hasta el metal desnudo, y sin ninguna otra inscripción que no fuera el escudo de su Legión. La armadura del guerrero parecía conservar aún el desgastado esquema de antes de la guerra, antes de la caída.

El tercer guerrero carecía de los rasgos de los nonatos que sí poseían sus compañeros. El legionario llevaba un enorme fusil, la versión francotirador, colgando en bandolera sobre su espalda. Llevaba una pistola bólter, preparada y lista en su mano.

Sin embargo, no estaba preparado. Se estremeció mientras daba el paso a través del desgarro y emergía en la realidad, a continuación, cayó de rodillas, tropezó, chocando contra el suelo de madera del Scriptorium. Las páginas se arremolinaron a su alrededor, cubiertas con palabras. Algunas comenzaron a chamuscarse y arder.

Con su mano libre, Barthusa Narek se arrancó el casco. Debajo de él, llevaba sus ojos cubiertos con una venda atada alrededor de su cabeza. Él había insistido en ello. No había visto nada durante la travesía, pero lo había sentido lo suficientemente bien.

No era una sensación que quisiera volver a repetir. No tenía ni idea de cómo sus hermanos podían disfrutar con ello, excepto por el hecho de que estaban completamente locos.

Empezó a quitarse la venda de los ojos, pero el trauma que había experimentado durante la travesía pudo finalmente con él. Cayó hacia adelante, apoyándose en sus manos, y vomitó. Chorros de una bilis negra brotaron de su boca, manchando las tablas del suelo, entre sus manos. La ceniza de los ardientes papeles cayó a su alrededor como si fuera nieve, mientras él jadeaba, exhausto y humillado.

El desgarro en la realidad se cerró de nuevo con un estremecimiento y la enfermiza luz se desvaneció. Cuando el viento murió, el remolino de papeles en llamas comenzó a dispersarse y empezaron a caer por el suelo.

-Este es el lugar, Narek- dijo Barbos Kha, el nonato bendecido con el athame. Kha limpió la hoja con su lengua, y luego la besó. **-Es la ubicación más cercana que hemos podido conseguir.**

-¿M-Macragge?- preguntó Narek, todavía sobre sus manos y rodillas, escupiendo bilis tóxica para aclararse la garganta. Se estremeció y comenzó a vomitar de nuevo. La angustia brotó de su boca abierta, en forma de más bilis.

-Macragge- asintió la cosa con cuernos y el cuchillo. **-La ciudad santuario de nuestro enemigo jurado. Este es el lugar, como dijeron las adivinaciones.**

-Os agradezco vuestras molestias, hermanos- dijo Narek, tratando de mantener el equilibrio y ponerse en pie. **-Yo no podría haber llegado a este lugar de otra forma.**

-Entonces, haz lo que has venido a hacer, Narek- siseó Ulkas Tul,

la otra cosa con cuernos. **-Sea cual sea tu gran misión, cualquiera que sea tu caza, será la última.**

-Lo sé- dijo Narek. Poco a poco, temblando, se puso en pie. Sentía su estómago vacío. Tenía un desagradable sabor en su boca. Sujetó su pistola bólter con manos temblorosas, salpicadas con manchas de la bilis negra.

-Eres patético- dijo Barbos Kha, dándole la espalda. La lengua de murciélago de Kha chasqueó en el aire, saboreándolo, como un insecto. Había algo repulsivo en su pelo y en el tumor anudado en la parte posterior de su grueso cuello, desde donde se elevaba por encima de la gola de su armadura. **-Podríamos cazar aquí-** ronroneó a Ulkas Tul.

Ulkas Tul le devolvió la sonrisa. No era una sonrisa humana, nadie querría mirarla.

-No- dijo Narek, escupiendo para limpiar su boca. **-No, deberíais iros. Me trajisteis hasta aquí, y os estoy agradecido. Pero quedarse aquí es un suicidio. Entrar en la ciudad fortificada de nuestros enemigos sería…**

-Somos conscientes del peligro- dijo Barbos Kha, y comenzó a jugar con el athame.

-Pero, a diferencia de ti, Narek, podemos abrir nuestra salida en el momento que la necesitemos. Ahora que estamos aquí, podemos cazar algo.

-Bendito sea Lorgar- dijo Ulkas Tul a Narek. **-Barbos Kha tiene razón. Aquí hay mucho que cazar. Estamos en el vientre de la bestia. Kha y yo podemos hacer lo que queramos. Tomaremos muchas vidas antes de irnos. Tal vez la de Guilliman.**

-Hermanos míos- dijo Narek **-si salen a divertirse, arruinarán mi misión. Tengo que desaparecer. Necesito trabajar y cazar. Si salís a matar, estropearéis todo el asunto.**

Barbas Khan siguió jugueteando con el athame con el que había cortado y abierto la disformidad para pasar a través de ella.

-Mírate, Narek- dijo **-pobrecito. Sólo nuestro tránsito ya te ha dejado jadeante y enfermo.**

-Nos has engañado, 'aún con alma' (burdened one, en el original.

Literalmente es “cargado con una”. Es de suponer que se refieren despectivamente a los que aún tiene alma y no están poseídos por un demonio, nt)- dijo Ulkas Tul. **-Has despreciado nuestra relación con la disformidad, negándote a tenerla por ti mismo. Sin embargo, estabas muy contento de poder usar nuestra magia para llegar hasta aquí.**

-Tienes razón, hermano- dijo asintiendo Narek. **-Os he deshonrado, a ti y a la gloria a la que sirves. Perdóname.**

-No es suficiente- dijo Kha. Había algo horriblemente insectoide en su forma de mover sus piezas bucales de forma independiente. **-Nos has usado para llegar hasta aquí. Usaste mi cuchillo.**

-Y has utilizado mi adivinación para localizar a tu objetivo- añadió Ulkas.

-Nosotros solo te hemos traído hasta el lugar donde querías ir- gorgoteó Kha, la saliva que fluía desde sus fauces goteó sobre el suelo. -**La ciudad de Magna Macragge, el hogar de nuestros enemigos. Ahora vamos a matar, y luego nos iremos. Es el precio que reclamamos por tu traslado.**

-Sí, os he deshonrado- dijo Narek. **-No soy digno del poder que habéis utilizado. Pero ahora tenéis que iros. Inmediatamente.**

-¿Nos está amenazando?- le preguntó Ulkas a Kha.

-¡No, no! De ningún modo- se apresuró a decir Narek a los gemelos demoniacos. El olor de la pareja era bastante asqueroso. Unas moscas zumbaban a su alrededor, moscas que surgían de la nada.

Narek volvió la cabeza hacia un lado, escupió otra gruesa flema de lodo negro y miró a sus compañeros de viaje. Trató de sonreír de manera tranquilizadora a lo que quedaba de aquellos dos hombres que una vez habían sido sus hermanos. Le había costado hasta el último ápice de su astucia convencer a la pareja para que le ayudaran en el puerto espacial de Traoris, y toda su resistencia el soportar su presencia desde entonces. Su debilidad no era falsa, el tránsito por la disformidad le había perturbado y agotado, pero lo estaba exagerando para mantenerlos dóciles.

-Entonces, ¿he de asumir que nos estás dando órdenes?- preguntó Ulkas.

-Sólo confio en la Palabra- dijo Narek.

Hizo una pausa y se limpió la boca con la palma de su mano izquierda.

-Yo creo en la Palabra de nuestro Primarca- continuó Narek. **-Y creo que la Palabra nos hace leales al Emperador. Somos obras de la Palabra y, por lo tanto, estamos con el Emperador. Siempre ha sido así. Desprecio los pasos de mis familiares en la Legión que les han llevado a abrazar la oscuridad exterior. Demasiados pasos, demasiado lejos. Tú, Kha, y tú, Ulkas. Os habéis contaminado vosotros y a nuestra Legión. Sin embargo, os doy las gracias. Os doy las gracias por traerme hasta aquí. Habéis hecho un gran servicio a los leales de la XVII.**

Ambos Portadores de la Palabra se miraron fijamente, confundidos.

-¿Qué estás diciendo, Narek?- preguntó Kha.

-Os estoy diciendo que recibáis toda mi gratitud- respondió Narek y colocó cuatro disparos de su pistola bólter en el cráneo de Barbos Kha.

La ráfaga explosiva hizo saltar fragmentos de cuerno, carne sanguinolenta y tejido cerebral, fueron impulsados desde el interior del cráneo por un misterioso parpadeo de ruptura con la luz de la disformidad.

Barbos Kha cayó hacia atrás. Narek era rápido, pero no tan rápido como lo había sido en sus días de gloria, a causa de los augmeticos biónicos con los que habían reparado su pierna.

Ulkas Tul se lanzó gritando hacia él, blandiendo su espada. En sus ojos sin parpados ardía la luz de las estrellas muertas, y su labios abiertos mostraban una boca gritando llena de ennegrecidos colmillos aserrados.

Narek trató de disparar, pero la hoja arrancó la pistola de sus manos. Demasiado lento. Otro feroz golpe cayó sobre él, y la espada hizo un profundo corte en su pectoral de ceramita, que casi la partió por la mitad, con la misma seguridad con la que el athame de Kha dividió el tiempo y el espacio.

Narek desvió la hoja con el antebrazo y retrocedió. Ulkas le siguió. El 'Sin Alma' (Unburdened en el original, sin carga, sin alma, nt) cargó de nuevo, lanzando otro golpe potencialmente asesino. Narek se echó hacia atrás, esquivó una serie de golpes que podrían haber cortado limpiamente su torso blindado, penetró en la guardia de Ulkas y lanzó

un feroz puñetazo en el hocico de la bestia.

Los dientes se rompieron, los pedazos saltaron en todas las direcciones. El monstruo se tambaleó hacia atrás. El Sin alma se estrelló contra dos atriles y los destrozó. Mientras retrocedía, se agarró a una pesada estantería, intentando detener su caída, pero Narek no iba a soltar su presa. Ulkas tenía su guardia baja, agitaba su espada sin coordinación. Narek se acercó y golpeó dos veces con su puño blindado el lateral de la cabeza de Ulkas, aplastando su oído y destrozando su cráneo.

Rabioso, Ulkas contraatacó, golpeándolo con su espada de refilón, cortando los dos dedos más pequeños de la mano izquierda de Narek. Narek se apartó por el dolor, un chorro de sangre brotó de su herida, furioso, lanzó un tremendo golpe amplificado con toda la fuerza de su puño derecho, que envió a Ulkas volando a través de toda la cámara del Scriptorium.

Ulkas golpeó contra la pared del fondo, derribando los estantes, aplastando los libros. Otra tormenta blanca de pápeles llenó el aire.

El Portador de la Palabra cayó sobre sus manos y rodillas, encontró su espada manchada de sangre y se levantó de nuevo. Vio a Narek en la otra punta de la cámara y cargó contra él con su espada desenvainada, agarrándola para asestar un golpe a dos manos.

Narek ya había tenido tiempo de coger su fusil y lo puso contra su mejilla, apuntando hacia el enemigo. Sintió las muescas de los muertos contra su piel.

Sólo tenía tiempo para un disparo. Lo llevaba cargado con un proyectil largo especial, perforante y autopropulsado, con un núcleo y un cartucho propelente hecho a medida, fabricado por el armero de su compañía. A esa distancia, posiblemente fuera demasiado.

Eso a Narek no le importaba. Disfrutó cuando el explosivo del proyectil reventó la cabeza de Ulkas en una satisfactoria nube roja.

Ulkas siguió avanzando.

Narek mantuvo la calma. Para él, el tiempo estaba casi congelado. La mayor fortaleza de un francotirador era el autocontrol y la paciencia, incluso cuando a su alrededor todo el mundo se movía a gran velocidad.

Los fusiles de francotirador de las Legiones eran armas enormes, y el

fusil de Narek, modelo “Brontos” era de un tipo particularmente grande y difícil de manejar. Era largo y pesado, engorroso, calibrado para los proyectiles bólter, un equilibrio casi imposible entre la velocidad inicial y la potencia del impacto. Los proyectiles de bólter tenían que ser hechos a medida, para compensar el aumento del propelente para conseguir mayor alcance.

El Brontos tenía cargador automático, un mecanismo que cargaba otro proyectil cada vez que el anterior era disparado y la vaina expulsada.

También poseía un cerrojo manual para cargarlo más rápidamente.

Narek tiró con calma de la palanca del cerrojo y disparó de nuevo a la cosa sin cabeza que se abalanzaba contra él. El primer disparo había sido más que suficiente, pero el segundo…

El torso de Ulkas se desintegró en una sangrienta explosión de carne, haces eléctricos de las fibras cortadas y trozos de armadura. Lo que quedaba de su destrozado cuerpo se derrumbó a los pies de Narek.

Narek se levantó desde su posición de disparo y apoyó el humeante fusil de cerrojo sobre su hombro. Su biología transhumana ya había detenido la hemorragia de sangre procedente de los muñones de sus amputados dedos.

Algo se retorció cerca. El cadáver de Kha seguía moviéndose. Narek cargó otro proyectil en su fusil y disparó contra el pecho de Kha, que yacía en el suelo. Cuando el disparo lo atravesó, el cadáver de Kha se estremeció como si alguien hubiera colocado un desfibrilador a toda potencia.

Silencio.

Los papeles crujían mientras se quemaban y flotaban hacia el suelo.

La cámara apestaba a sangre tóxica.

Narek se estremeció. **-Despierta-** murmuró para sí mismo. **-Esto ya está hecho, pero todavía hay mucho por hacer.**

El enemigo se acercaba, no había duda alguna. Tenía que moverse y alejarse. Los Ultramarines no lo cogerían. No lo permitiría, no tan pronto. Ni así.

Tenía un trabajo por hacer, el trabajo más sagrado que jamás hubiera acometido un legionario.

Tenía que librar a su Legión del mal.

Narek se colgó el fusil a la espalda y salió del Scriptorium. En el exterior, atravesó una húmeda Insulae (bloque de viviendas, nt) encogido entre las sombras, mientras escuchaba como se acercaban los ‘landspeeders’ y se desplegaban los grupos de asalto.

Sacó el trozo de pergamino que Ulkas le había entregado antes de su partida, y leyó las palabras escritas en él.

Grammaticus: adivinación de la ubicación de Grammaticus.

Narek cerró los ojos y dejó que su mente recordara perfectamente su objetivo.

John Grammaticus, humano, Perpetuo y simple peón de una raza xenos. John y él habían jugado una partida de regicida, el uno contra el otro, en Traoris.

Este era un nuevo tablero de juego, ésta era la ciudad de Magna Macragge, y aquí vería el final del juego.

Narek, de los Portadores de la Palabra, huyó por las oscuras calles.



12

HERMANOS

“La Salamandra es un ejemplo,

lo suficientemente convincente,

de todo aquello que se quema y no se consume,

como tampoco se consumen las almas en el infierno.”

-‘San’ Agustín.
(‘Saint’ Augustine en el original, puede que ‘Santa’ Agustina)



El tetrarca Dolor, llamó la atención de Guilliman cuando entró en la sala médica de la Residencia. El Primarca todavía llevaba su armadura de batalla ceremonial, y parecía demasiado grande y majestuoso para los límites del subnivel.

-Mi señor- dijo Dolor. **-¿Tengo entendido que ya ha llegado su hermano?**

-Está arriba, esperándome- respondió Guilliman. **-Tenemos una conversación aún pendiente.**

-¿Qué le ha parecido?

La solemne cara de Guilliman se permitió una leve sonrisa ante la sutileza de la pregunta.

-Se parece a él mismo, Valentus. Es como el León. Sospecha, me temo que en su mente, ya tiene decidido el oponerse al futuro que estamos tratando de construir. Aún tengo que explicarme ante él, por todo lo que he hecho y por lo que pretendo hacer. Él todavía

tiene que demostrarme que lo acepta o, al menos, que entiende lo que estoy haciendo.

Dolor asintió.

-Me está esperando- añadió secamente Guilliman. **-Me he excusado y he venido hasta aquí, solo porque tú me los has pedido, y sé que no me harías perder el tiempo ni me entretendrías si no fuera algo de importancia crítica.**

Dolor asintió nuevamente con la cabeza, ésta vez con gesto de apreciación.

-Así es, mi señor- respondió. **-Es necesario que vea esto. Creo que le sorprenderá. En verdad, no sé si será motivo de alegría o de tristeza. Además, yo hubiera preferido ahorrarle ésta nueva preocupación mientras usted está ocupado con su noble hermano, pero… necesita saber esto. Es necesario que conozca ésta información antes de que adopte cualquier medida.**

Guilliman estudió el rostro de su amigo, pero era muy difícil leer las micro-expresiones en los rasgos transhumanos.

-Bien, entonces, muéstramelo- dijo Guilliman.

Dolor acompañó a su señor a través de la puerta de acceso a las zonas vigiladas del área de seguridad. En las paredes, los niveles de estatus de los paneles informativos señalaban que toda el área estaba bajo seguridad de nivel bermellón. Una larga serie de vigiladas puertas de diafragma se abrió y cerró tras ellos mientras caminaban.

-Se trata del objeto que cayó del cielo, ¿verdad?- preguntó Guilliman mientras caminaba.

-Sí, mi señor.

-¿Es un cadáver transhumano?

Dolor no respondió a la pregunta.

-¿Has establecido su origen?

-Sí, mi señor.

-¿Su identidad?

-Sí, mi señor.

Guilliman le miró fijamente.

-¿Hay algo más?- preguntó.

-Sí, mi señor, hay algo más- contestó Dolor.

Llegaron a la sombría cámara interior, donde estaba el ataúd de hierro. El capitán Casmir y Titus Prayto estaban esperándolos. Se inclinaron ante el Primarca y les siguieron mientras Dolor conducía a su señor a través de las cámaras del laboratorio y el bloque de aislamiento que había más allá. Era una zona reservada, donde se manipulaban materiales peligrosos y se mantenían en cuarentena, e investigaban, virus y substancias con un alto riesgo. Era una larga fila de celdas muy iluminadas con una luz blanca y pura, todas ellas con una puerta de cristal blindado herméticamente cerrado que daban a un pasillo común. El pasillo estaba lleno de guardias de los Ultramarines y personal médico de alto nivel trabajando y estudiando las muestras celulares en una zona de trabajo que se había dispuesto frente a una de las celdas. Los cables de alimentación de los aparatos médicos y cogitadores serpenteaban a lo largo del suelo de chapa.

-Seguramente un laboratorio normal hubiera sido más apropiado para la disección…- comenzó a decir Guilliman.

-Yo, personalmente, autoricé la transferencia del paciente- respondió sencillamente Dolor.

Guilliman se detuvo tan bruscamente que el capitán Casmir casi chocó con él.

-¿Has dicho paciente?- murmuró Guilliman.

-Lo he hecho, mi señor- dijo Dolor. **-¡Por todas las estrellas de Ultramar, mi señor, él está vivo!**

-¿Cómo?- preguntó Guilliman. Mientras se lo preguntó directamente a Dolor, una mezcla de rabia e incomprensión cruzó el rostro del Primarca.

-¿Cómo puede ser? ¿Cómo?- repitió, girándose para mirar a Casmir, Prayto y al personal médico, que se movieron intranquilos.

-Él se curó…, mi señor- dijo Prayto.

-¿Se curó?- gritó Guilliman. **-¡Él cayó del maldito cielo! ¡Desde la**

órbita! ¡Se quemó hasta casi convertirte en cenizas y se estrelló profundamente en la ciudad, como un meteoro! ¡De eso, no se cura nadie!

-Y sin embargo…- comenzó a decir Dolor.

-¡Que los viejos dioses regresen y se os lleven a todos vosotros, ya sea por mentirosos o por incompetentes!- gritó Guilliman. **-"Y sin embargo...", me dices, Dolor, ¡me dijiste que estaba muerto! Unos simples residuos orgánicos. Un cadáver. ¡Un cadáver abrasado!**

-No le mentí- dijo calmadamente Dolor. **-Estaba completamente muerto… Absolutamente. Todo signo de vida se había extinguido, no tenía funciones cerebrales. No había tejido orgánico viable alguno en sus huesos carbonizados. Los mejores médicos y analistas lo confirmarán, y así lo hicieron todos los instrumentos de la sala médica.**

Dolor hizo una pausa.

-Estaba muerto, mi señor. Y luego… no lo estaba. La vida regresó donde no podía haber vida. Se curó.

-¡Nadie se puede curar de la muerte!- rugió Guilliman.

-Parece ser que sí, mi señor- dijo Prayto en voz baja **-si eres uno de los hijos del Emperador de la humanidad.**

Todo quedó en silencio. Guilliman se volvió para mirar a Prayto.

Titus Prayto sostuvo la mirada de su señor y asintió confirmando lo que le había dicho.

Guilliman se dio la vuelta y se dirigió hacia la celda ocupada. Los guardias y el personal médico se apresuraron en apartarse de su camino. Llegó hasta la gruesa pared de cristal blindado, se detuvo a unos centímetros de la misma y miró el interior.

La celda era un espacio desnudo, totalmente blanca. Una solitaria figura masculina ocupaba el alejado rincón izquierdo, lejos del cristal. Estaba sentado en el suelo, con su espalda apoyada contra la pared, con los antebrazos apoyados en sus rodillas. Estaba desnudo. Miraba hacia el vacío, hacia algún lejano lugar, muy lejos de la habitación.

Era una figura enorme, muy musculosa. El fuego de la larga caída

había marchitado su cadáver, pero su estatura, mucho mayor que la humana, obviamente estaba volviendo a la vida. Poseía la constitución de un Primarca, un ser que solo encajaría en algunas de las sillas más grandes de la Residencia de Guilliman.

No había marcas en su cuerpo, ni pelo. Fuera cual fuera la manera en la que se estaba curando, el proceso todavía continuaba. Toda su piel estaba en carne viva, sangrienta, mientras el milagroso proceso aportaba más tejido vivo a los restos carbonizados.

-Yo no…- comenzó a decir Guilliman, su aliento empañó la superficie de la pared de cristal. **-¿Quién es?**

-Es Vulkan- afirmó Dolor.

Guilliman jadeó de dolor y reconocimiento. **-¿Estás seguro?**

-Estoy seguro- dijo Titus Prayto.

Guilliman levantó ambas manos y colocó el borde de las manos contra el cristal blindado, las palmas a ambos lados de su rostro, mientras miraba la celda. El Primarca no prestó atención al hecho de que aún vestía su gran armadura ceremonial y que sus manos estaban dentro de las enormes y ornamentadas cuchillas relámpago.

-Déjame entrar- dijo Guilliman, mientras miraba a su hermano.

-No, mi señor- respondió Dolor.

-¡Déjame entrar, maldita sea! ¡Mi querido hermano ha vuelto a mí! ¡Dos veces! ¡Una vez de la muerte que yo pensé que le había superado a causa de los traidores, y otra vez, de la muerte que lo trajo hasta aquí! ¡Déjame entrar!

En su frustración, Guilliman cerró sus puños acorazados y con cuchillas contra la pared de cristal blindado. El sonido sacudió la celda.

Vulkan salió de su ensimismamiento y miró hacia arriba. Sus ojos rojo sangre, como toda la carne de su cuerpo, se fijaron en Guilliman. Se fijaron en la enorme figura en pie, con cuchillas, que había al otro lado del cristal.

-Me ve- dijo Guilliman. -**¡Dejadme entrar!**

-Mi señor…- comenzó a decir Dolor.

Vulkan saltó. Con un angustioso grito de rabia y terror, se lanzó a través de la celda, hacia Guilliman. El ataque fue tan repentino y tan violento que, sorprendido, el Primarca comenzó a retroceder hacia atrás, alejándose del blindado cristal protector.

Gritando palabras que no significaban nada y sonidos que parecían mostrar todo el dolor de la galaxia, Vulkan golpeó sus puños contra el cristal, hasta que éste estuvo resbaladizo por la sangre y los líquidos de sus tejidos en cicatrización, restos de su carne aún en formación. Sus dientes eran brillantes piezas de esmalte blanco en su boca gritando.

Sus ojos eran brillantes círculos de sangre.

-¡No lo hagas! ¡Hermano, para!- Guilliman lanzó un grito, alarmado. **-¡Hermano, soy yo! ¡Soy Roboute! ¡Cálmate!**

-Él no le oye, mi señor- dijo, apenado, Dolor. **-No nos escucha a ninguno de nosotros.**

-Los Salamandras que llegaron hasta su salón estaban en lo cierto, mi señor- dijo Titus Prayto. **-Vulkan vive. Pero con todo lo que ha sufrido, se ha vuelto loco. Su hermano, mi señor, tiene la mente perdida.**

Que tres hijos del Emperador estuvieran presentes en el mismo mundo, en el mismo y preciso momento, era una conjunción verdaderamente prometedora, independientemente de las circunstancias.

Por muy diferentes razones, ninguno de ellos sabía que el verdadero número de Primarcas que habían convergido ese día en Macragge era, realmente, cuatro.



En lo profundo de la oscuridad, en los espacios sin control de la nave insignia de la Primera Legión, la *Razón Invencible*, un ser acorralado exhaló lentamente.

Ya era el momento. Era la hora.

Las visiones en su cabeza se producían de forma inestable e intermitentemente, como las imágenes de un pictógrafo estropeado. Él

siempre había tenido aquel tipo de visiones, desde su más tierna infancia, visiones del futuro, de lo posible. Desde lo más cercano al futuro más lejano.

Esas visiones le habían vuelto loco.

Sin embargo, en estos momentos, las visiones le llegaban de una forma más limpia. Eran visiones soportables, tolerables. No eran las premonitorias pesadillas de una galaxia en llamas y de un futuro condenado. No eran los infernales paisajes de un universo cadáver que le llegaban tan a menudo, y que le habían hecho cruzar la línea más allá de la cual su vida, o la de cualquier otro, no poseía valor alguno.

El ser acorralado respiró cuidadosamente. Las visiones que se producían detrás de sus ojos enrojecidos por la sangre eran reconfortantes y de confianza. La nave había llegado al espacio real después de semanas de dura travesía a través de las tormentas de la disformidad y, de repente, le llegó la claridad.

Sabía quién era, el señor de la oscuridad. El maestro de las tinieblas. Un acechante de la noche.

No. Era el Acechante Nocturno: Konrad Curze. Konrad Curze.

-Konrad Curze- susurró para sí mismo, pronunciando su nombre como una bendición. Una bendición, o una sentencia de muerte.

Ya sabía quién era y cuál era su propósito. En ese momento, en los sombríos y sangrientos años de la revuelta de Horus, Konrad Curze entendió su propósito de manera más clara y mejor que el resto de los diecisiete (dieciocho en el original, pero sin contar a Curze, por el contexto, vuelven a no salirme las cuentas, nt) hijos del Emperador.

El despiadado vacío se lo había mostrado. La noche sin fin, su amiga y torturadora, se lo había mostrado. Sus sueños se lo habían mostrado.

Terror, dolor, iconoclasia. Todos pagarían. Todos ellos, cada alma, todas y cada una. Todos gritarían por él.

El poderoso *Razón Invencible* crujía y gemía mientras su titánica superestructura, mil millones de toneladas de fuertes aleaciones, se recuperaba de las tensiones del tránsito desde la disformidad. Curze sabía dónde estaba. Lo había visto, así que casi seguro que era cierto. Ocupaban una órbita alta sobre la brillante gloria gris de

Macragge.

Macragge. Ultramar. El simple hecho de pensar en Guilliman hizo que Curze quisiera orinar ácido. Su hermano de sangre, el León, era su enemigo mortal, como había quedado demostrado en la lucha por Thramas, pero Guilliman…

Un sapo. Un reptil. Un necio. Tan malo como Dorn, tan necio como Vulkan. Adoctrinado ciegamente en la creencia de que el futuro sería una noble edad de oro. Así de insufriblemente honorable era. Tan ansioso de complacer a su padre. Tan ansioso por gritar, ¡Mírame! ¡He construido un imperio sólo para ti, yo solo! ¡Como el tuyo!

Brinca todo lo que quieras, niño. Presume todo lo que quieras.

Todos pagarían. Todos acabarían entendiendo la verdad, una verdad que sólo Curze había visto. Les aplastaría una vez más con el fuego y el miedo, hasta que estuvieran tan rotos como él. Tal vez, si les provocaba lo suficiente, uno de ellos incluso podría matarlo. Curze esperaba la muerte. Le daba la bienvenida. Si pudiera obligar a uno de sus tan nobles hermanos a que se la concediera y, por tanto, rebajarse a su nivel, serviría para un criminal y dulce propósito.

Guilliman. La proximidad y la fortuna le habían elevado en su lista de prioridades. Guilliman era un símbolo que derrocar y romper. Guilliman, y su mundo junto a él.

Curze cerró sus ojos. Las visiones fluyeron. Vio las calles de la ciudad de Macragge alfombradas de cadáveres. Vio las torres y las agujas en llamas. Vio sangre. Vio…

Las visiones rojas le golpearon con la fuerza del flujo arterial. Se calmó. Era demasiado pronto para atribuirse nada. Tenía trabajo que hacer. Tenía que mantener la concentración. La ira solo era útil cuando era usada como un arma. Lo mismo podía decirse del terror. Lo conocía personalmente.

Ya era el momento, la hora de abandonar la nave. Ya estaban de vuelta en el espacio real, la Razón Invencible estaba abierta y sin seguridad.

Primero tenía que salir de la nave. Luego tenía que llegar hasta Macragge. Guilliman era un vil lameculos, pero no era ningún aficionado. Sus defensas serían sólidas.

El Acechante Nocturno no se desanimó ni por un solo momento.

Las visiones fluyeron a través de su cabeza como un río, con su superficie cubierta por reflejos.

Curze se fiaba de ellas, porque casi siempre eran ciertas. Sólo, de vez en cuando, cuando el destino le daba la espalda, sus visiones se convertían en una falsa promesa. Por lo general, sabía cuando eran falsas. Desde luego, sabía perfectamente cuando eran cuestionables. Siempre era consciente de que estaba jugando una posibilidad. En cada visión tenía que decidir si era verdadera o falsa, fiable o no fiable. Decidía si actuaba siguiendo la visión, o no, y aceptaba con tranquilidad cuando sus decisiones resultaban equivocadas.

La corriente actual de visiones parecía particularmente fiable. Curze decidió seguir sus consejos.

Le llegaba uno en particular: una visión de herrumbre, de un firme sello de vacío, de un símbolo. Escotilla de carga 99/2.

El Acechante sonrió.

Dieciséis minutos más tarde, Curze salió del casco de la nave insignia tras romper la segunda escotilla de carga de la cubierta noventa y nueve. La noventa y nueve era uno de los espacios incomunicados en los que había sido encerrado y cazado por su hermano.

La destrozada escotilla reventó hacia el resplandeciente espacio cercano, una cascada de brillantes fragmentos saltó hacia el exterior. Curze contempló el mundo que tenía abajo, iluminado por la estrella en ascenso. Vio los duros bordes de las sombras, poseídas por el contraste del vacío. Era una noche dura y geométrica, buena para la caza.

Vio las estaciones orbitales girando por debajo de la flota doméstica, como continentes artificiales.

Hacía pasado mucho tiempo desde que había perdido su casco. Simplemente contuvo su respiración mientras saltaba, ingrávido, a lo largo de la piel del casco. El frío del vacío absoluto le resultó tonificante.

Curze se agazapó junto a la escotilla 22/3, a la espera de que se abriera. Sus visiones también le habían mostrado esto. La escotilla 22/3 era por donde saldrían los grupos de reparación si explotaba alguna escotilla de carga en la cubierta noventa y nueve.

Tardaron dieciocho segundos. La escotilla se abrió y la luz brotó desde el interior. El Acechante Nocturno se inclinó hacia atrás, para no ser visto de inmediato.

Sin embargo, no era un equipo de reparación. Era una escuadra de asalto de los Ángeles Oscuros, los guerreros llevaban las marcas del Ala de la Tormenta en sus escudos de abordaje.

Curze se encogió de hombros. A veces, las visiones no eran fiables. Al parecer, el León ya había pensado que Curze trataría de escapar. Poniendo a sus hombres en estado de alerta. Un sobresaliente, hermano. Un sobresaliente por ello.

De cualquier forma, los mataría a todos.

Curze se detuvo un segundo para ver si la escotilla 22/3 aparecía de alguna manera en las recurrentes visiones que había tenido sobre su muerte. ¿Sería esto? ¿Sería éste su último momento precipitándose hacía él?

No. Su mente bullía a fuego lento, confiada. Su muerta sería en otro momento y en otro lugar.

El primer Ángel Oscuro salió flotando al espacio sin gravedad, con una mano sujetando su escudo y la otra agarrándose al borde de la escotilla.

Curze se abalanzó rápidamente sobre él, con la fuerza y fiereza con la que un tiburón ataca a un nadador. Un crujido, una herida a la que nadie podría sobrevivir.

Las garras del Acechante Nocturno arrancaron la gola y la garganta del Ángel Oscuro en cuanto salió por la escotilla. Enormes perlas de sangre se alejaron flotando en el vacío.

El hombre cayó, alejándose junto con las perlas de su sangre, con su cabeza retorcida y sujetada solamente por un trozo de metal y restos de cartílago.

Cuando la primera víctima pasó flotando, Curze cogió su escudo y golpeó con él la cara del guerrero que salía por la escotilla detrás del primero.

El impacto fue feroz, aplastando todo a su paso, principalmente el cráneo que había debajo del casco. La sangre rezumó a través de la aplastada placa frontal, formando densas e ingrávidas burbujas.

El golpe lanzó al hombre hacia atrás. Curze lo alcanzó y lo sacó por la escotilla, para así poder llegar hasta su siguiente presa. El Ángel Oscuro moribundo fue lanzado lejos del casco con tal fuerza que su cuerpo espasmódico superó rápidamente al cadáver que giraba lentamente de su primera víctima, y se precipitó hacia el brillante planeta gris. El cuerpo del marine comenzó a brillar con una luz azulada y luego comenzó a quemarse, como una estrella fugaz.

Curze entró por la escotilla abierta. Entró a la nave con sus piernas por delante. Se movía deprisa, con las sombras pegadas a él. Sus botas impactaron contra el escudo del Ángel Oscuro que avanzaba detrás de los dos primeros, lanzando al guerrero de vuelta al interior por la boca de la escotilla de vacío. El hombre cayó pesadamente.

Aterrizó en el interior de la nave sobre un pie y una rodilla, al lado del Ángel Oscuro caído. Curze lo mató antes de que pudiera levantarse de nuevo, clavándole el borde del escudo capturado, aplastando su garganta.

Ahora había confusión. Tenía que reaccionar. Ahora las posibilidades volaban rápidamente. Curze siguió las visiones. Respondió, reaccionando a lo que aún no se había producido.

Otros dos Ángeles Oscuros llegaron corriendo, disparando sus armas. Las ráfagas trazadoras de los bólters ardieron silenciosamente a través del estrecho espacio de la escotilla. Curze podía escuchar, bien a través del vox o de sus visiones, la rabia y las blasfemias que los Ángeles estaban chillando, a causa de su ataque y del asesinato de sus hermanos.

Lo querían muerto.

Su deseo no sería cumplido.

Curze se inclinó y detuvo las ráfagas de bólter con el escudo capturado. Una, dos, tres, cuatro, cinco y seis, las desvió hacia un lado. Sintió el impacto de las detonaciones transmitiéndose a través de su brazo. Sus oscilantes visiones le habían avisado por donde llegaría cada ardiente ráfaga incluso antes de que fuera disparada.

Curze se lanzó contra los pobres bastardos. Arrancó una cabeza con un gesto de las largas cuchillas de su mano derecha y evisceró el torso con las garras de su mano izquierda.

Geiseres de sangre arterial rociaron el techo y las paredes.

El otro Ángel, un veterano de la Ala de la Muerte, se lanzó a por Curze. El Acechante Nocturno le empaló con las garras de su mano izquierda. La sangre brotó como un torrente cuando el pobre tonto se desangró sobre las cuchillas de adamantium que le atravesaban el torso.

La matanza no había hecho más que empezar.

Las visiones le decían que un gran número de Ángeles Oscuros se acercaban a su posición.

Eso significaba que un gran número de vidas estaban a punto de terminar.



-Rara vez vengo a ésta cámara- dijo Guilliman **-pero cuando lo hago, me tranquiliza.**

El León le siguió hasta la habitación. Los Catafractos guardaespaldas de Guilliman le abrieron las amplias puertas.

-Me estás mostrando la fortaleza más magnifica que hay más allá de Terra- dijo el León **-y créeme, Roboute, estoy realmente impresionado. ¿Pero por qué te has decidido a enseñarme una cámara que rara vez visitas?**

Se detuvo y miró a su alrededor.

-Ya veo- dijo, asintiendo. Sus lugartenientes estaban al otro lado de la puerta, detrás de él. Les hizo un gesto con la cabeza para despedirlos.

-Dejadnos- dijo Guilliman a Gorod. Los guerreros del guardaespaldas se volvieron y cerraron las puertas.

Por primera vez, los dos Primarcas estaban a solas.

-La Fortaleza de Hera es un logro impresionante, hermano- dijo el León en voz baja. **-Es mucho mejor de lo que esperaba. Supera todo lo que me había imaginado.**

Sonrió y miró a Guilliman.

-No es una falta de respeto, Roboute. Nunca he dudado de tu

capacidad. Pero tengo miedo de tus logros. La Fortaleza. Macragge. Los Quinientos Mundos de Ultramar. De todo ello.

Guilliman apretó sus labios. **-Solo hago aquello para lo que me crearon-** dijo. **-Aquello para lo que fuimos creados.**

-Ah, es eso- murmuró el León, como si estuviera pensando en cosas que Guilliman no podía saber.

-La Fortaleza es robusta- continuó Guilliman, con una cierta rigidez. **-Me sirve a mí y sirve a mi Legión. Es adecuada para ese propósito.**

-Es total y magníficamente práctica- replicó el León. **-Una maravilla, a decir verdad. No tengo la menor duda de que perdurará durante mil años, o más. Pero siempre has sido muy práctico, Roboute. Tú, y también Rogal. Hombres de mente pragmática. Dirigidos por el cerebro, por los datos procesados, no por vuestras emociones. Es por eso que ambos tenéis las mejores y más eficientes Legiones en el espacio humano.**

El León se tocó la frente con su largo dedo índice.

-Tú piensas y aplicas esos pensamientos, sin dejar que las emociones te nublen. No como Vulkan, o nuestro querido Ferrus, o Jaghatai.

-O Russ- añadió Guilliman.

-¡Cielos, no!- se río el León.

-Que Terra me ayude, Russ.

-Por lo tanto, esto- dijo el León, señalando la larga mesa. **-Esto me resulta sorprendente. Es obra de la emoción, no de la lógica.**

La luz del atardecer, decolorada por la tormenta, inundó la cámara a través de los altos ventanales. Una mesa, tallada en piedra, dominaba todo lo largo de la habitación. En torno a ella había veintiuna sillas, todas construidas a la escala de los Primarcas. Cada una de ellas estaba tallada en el mismo granito que la mesa.

Los respaldos de las sillas estaban cubiertos con banderas. El gran asiento, en la cabecera de la larga mesa, estaba cubierto con la bandera de Terra. Dos de las banderas eran simples paños de tela blanca. Y las otras dieciocho eran las banderas de las Legiones

Astartes.

-¿Has hecho tú esto?- preguntó el León.

-¿Te estás burlando?- le respondió Guilliman.

El León negó con la cabeza.

-Me conmueve. Todavía crees posible que habrá un día en el que nosotros, todos nosotros, podremos sentarnos con nuestro padre, alrededor de una mesa, de igual a igual, y hablar de los asuntos del Imperio.

-Todos nosotros- asintió Guilliman.

-¿Y construiste ésta cámara en previsión de ese día?

-Sí, hace muchos años. ¿Me convierte eso en un sentimental?- preguntó Guilliman.

-No, hermano- dijo el León. **-Esto demuestra que tienes alma.**

El León puso sus manos en la parte posterior de una de las sillas con una de las banderas legionarias y se inclinó.

-Hay dos que ya nunca llegarán- dijo.

-Sin embargo, su ausencia debe ser recordada- respondió Guilliman. **-Sus asientos deben ser conservados. Es una simple cuestión de honor.**

El León se estiró y, poco a poco, fue señalando las banderas de Horus, Magnus, Perturabo, Mortarion, Curze, Angrón, Alfarius, Lorgar y Fulgrim.

-Otros no ocuparán sus asientos, a menos que sea como conquistadores- dijo.

-Lo sé- dijo Guilliman. **-Sin embargo, sus asientos deben ser conservados. Creo en el Imperio… En la continuidad del Imperio.**

-¿Crees que perdurará?

-Tiene que perdurar. Tenemos que hacerlo perdurar.

-Sin la menor duda- replicó el León **-pero éste es un universo repleto de incertidumbres. Conocemos los nombres de muchos**

de nuestros enemigos traidores, pero no el de todos.

-¿No?

-Estoy seguro de que se ha de revelar una traición más- el León miró la bandera con los colores de la Quinta Legión.

-¿Los Cicatrices Blancas?- preguntó Guilliman. **-¿También sospechas de ellos?**

-El Khan es un personaje veleidoso. ¿Quién de nosotros puede decir que lo conoce o que confía en él? Su naturaleza es rebelde, y se mantiene muy apartado de todos los demás. Sólo hay un hermano que se encuentre cerca de él, y es Lupercal. El Khan siempre ha tenido mucha confianza con Horus Lupercal.

-¿Y sobre esa base?

-¿Dime que tus simulaciones teóricas no te lo habían sugerido?

Guilliman permaneció en silencio.

-Y no finjas que no has ejecutado múltiples simulaciones de todos nosotros, Roboute- se burló el León.

-No lo haré- respondió Guilliman. **-Estás en lo cierto. Las proyecciones sobre el Khan son muy preocupantes. Pero ninguno de nosotros ha oído ni siquiera un simple rumor sobre que nos haya traicionado.**

-Es cierto, no hemos oído nada- estuvo de acuerdo el León. **-Pero hasta que llegué aquí, tras salir de la tormenta de la disformidad, tampoco tenía la confirmación sobre la traición de Magnus. Me dijeron que los había recibido muy recientemente. Sabíamos que había hecho caso omiso del Edicto y que los perros de Russ se habían puesto en marcha para castigar a Magus, pero ninguno de nosotros conocía el triste resultado, el destino de Prospero, la completa desgracia de la Decimoquinta. Éste es un universo de incertidumbres. ¿Qué más cosas desconocemos?**

Guilliman se quedó pensativo. Luego miró al León directamente a los ojos.

-Ya has dejado claro que yo soy una de esas incertidumbres- dijo.

-Hermano…

-Desconfías de mí, y de mis motivos- dijo Guilliman. **-Eso es lo que me has dejado muy claro. Sospechas que yo pueda estar planeando una traición al menos tan grande como la de Horus, o incluso mayor.**

El León estaba sentado en la silla marcada con la bandera de su Legión. Puso sus manos acorazadas sobre la mesa, frente a él.

-Imperium Secundus, el Segundo Imperio- dijo el León, mirando sus blindadas manos. **-Tú no lo niegas. Estas creando un Segundo Imperio sobre el cadáver del primero.**

-No- respondió Guilliman.

-**¿No?**

-No. Estoy tratando de mantener viva la llama. No se trata de construir un Imperio, o de luchar por el primer premio. ¡Yo ya tengo un Imperio! ¡Ultramar! ¡Los Quinientos Mundos! Hermano, yo solo estoy haciendo esto para que podamos sobrevivir. Terra puede haber caído, y nuestro padre puede que ya esté muerto. Pero cualesquiera que sean los hechos, la Tormenta de Ruina nos impide conocer la verdad. Yo no estoy utilizando estos momentos en mi propio beneficio, ni estoy utilizando la crisis para usurpar el trono. No soy Lupercal.

El León levantó la vista y mantuvo la mirada de Guilliman.

-Simplemente, estoy tratando de mantener viva la llama- repitió Guilliman. **-Si necesitáramos otro planeta como capital, otra figura que esté al frente de todo, ya lo tendremos, así mantendremos viva la idea del Imperio de nuestro padre. Si Terra arde, Macragge vive. El Imperio perduraré. ¿Sabes, hermano, la diferencia que hay entre Horus Lupercal y yo?**

-Dime.

-Yo no quiero ser Emperador- dijo Guilliman.

El león no respondió.

-Ayúdame a hacer esto, hermano- dijo Guilliman. **-Ayúdame a que, juntos, salvemos todo lo que quede. Ayúdame a conservar y salvar el destino de la humanidad. No juegues conmigo ni malinterpretes mis motivos.**

-Quiero confiar en ti, Roboute- respondió el León **-pero siempre he temido tus ambiciones.**

Guilliman suspiró y sacudió la cabeza.

-No puedo ser más claro contigo, ni más sincero. Es irónico, con todo respeto, querido hermano, que tú llegues hasta aquí lleno de dudas sobre mis propósitos, cuando tú has sido uno de los más reservados entre todos nosotros. Eres un hombre de secretos, León, o al menos de una silenciosa privacidad. Nadie conoce tu mente o entiende tus intenciones u objetivos, ni siquiera nuestro padre. Y sin embargo, ¿aún tienes dudas sobre mí?

Un pequeño temblor de irritación cruzó el noble rostro del León.

-Unas palabras muy duras- dijo.

-Pero ciertas- respondió Guilliman **-y posiblemente debería haberlas dicho antes, mucho antes. No pongo en duda tu lealtad o tu valor, pero tú y tus Ángeles sois seres con oscuros secretos, hermano, y Caliban es un mundo misterioso. Me hiere que vengas a mí con desconfianzas cuando nadie sabe nada de tu corazón.**

-Nunca nadie me había hablado así- dijo el León.

-Antes, nunca hubo tal momento- respondió Guilliman. **-El universo nunca se había cerrado tan fuertemente a nuestro alrededor como para exprimir esas palabras. Voy a ser claro. Nunca había tenido el valor suficiente. Siempre había temido al noble señor de la Primera.**

-¿El señor de los Quinientos Mundos me temía a mí?- se rió el León.

-Tú lo sabías. Tú sabías que a todos nos pasaba. Cuando Horus fue nombrado Señor de la Guerra, no le importó nada haber tenido éxito por encima de mí, o de Rogal, o de Ferrus. Lo que realmente le importó era haber sido elegido por encima de ti.

Guilliman sintió una curiosa sensación de alivio por haber hablado con tanta franqueza. Vio, aunque se preguntó si no sería su imaginación, que el León parecía incómodo cuando se enfrentó a tanta sinceridad.

-Entonces, tu Imperio- dijo el León. **-Ese Segundo Imperio, ese gran proyecto para su supervivencia… ¿Qué cosas quieres hacer? ¿Tienes la intención de proclamarte Regente?**

-Yo no- respondió Guilliman. **-No voy a fundar un Imperio para luego coronarme a mí mismo. Semejante arrogancia confirmaría todas las dudas y sospechas que están acechando en las mentes de los hombres como tú. Necesito una figura que dé la cara ante el público mientras yo lucho para mantener en funcionamiento los mecanismos del Imperio y protegerlo.**

-Pero…- comenzó a decir el León. Luego se quedó mirando fijamente la gran silla cubierta por la bandera de Terra. **-¿Quién será entonces? Sin duda, será alguien de nuestra sangre.**

-Totalmente de acuerdo- dijo Guilliman. **-Tiene que ser un Primarca.**

-Mi querido Roboute- dijo el León. **-Aquí sólo estamos nosotros dos. ¿Qué es exactamente lo qué propones?**



13

LA CAÍDA DE LOS ÁNGELES

“La fuerza de tu enemigo es también su debilidad.”

-Estratagemas Marciales, 123ª Máxima.



-Me siento, lo confieso, incómodo con la sugerencia- dijo Titus Prayto.

-Entiendo- asintió Guilliman. -**¿Entonces te niegas?**

-No rechazo las órdenes, mi señor- respondió Prayto rápidamente.

-**No es ese tipo de orden. Es una petición que podrías optar por negarte a cumplir.**

Prayto miró a su comandante. Estaban solos en la Residencia, fuera incluso del alcance del oído de Gorod y los guardaespaldas Exterminadores, así como fuera del alcance mental de cualquier psíquico.

-**Tampoco negaría una solicitud, mi señor**- dijo Prayto.

-¿Pero te he puesto en una situación difícil?

Prayto asintió.

-No estoy seguro de que quiera espiar la mente de un Primarca.

-Estoy seguro de que estás en mi mente todo el tiempo, Titus- sonrió Guilliman.

-**No, señor. Solo pensamientos superficiales y sólo cuando son**

demasiado brillantes para mí como para bloquearlos. Nunca me entrometo a menos que sea invitado.

-Entonces, tal vez no debería suponerlo y explicarte mi pensamiento con palabras- dijo Guilliman.

Se sentó y miró afuera, a través de las ahora reparadas ventanas, el lejano resplandor de la nueva estrella.

-Nos hallamos al borde del abismo. Imperium Secundus necesita un líder nominal para unirlo. Había aplazado esa decisión, ya que tenía que ser un Primarca, y yo era el único presente. Era impropio.
-**Nadie le hubiera rechazado, señor**- dijo Prayto.

-**Hubiera sido impropio**- insistió Guilliman. -**Recé por un hermano leal que fuera traído a través de la Tormenta. Cuando toda esperanza parecía extinguida, me resigné a asumir la Regencia con toda la humildad que pudiera reunir. Entonces apareció el León.**

-¿Le declararía el Regente?

-Por Supuesto... pero...

-¿No confía en él?

-Sí. Lo hago. No importa lo íntimamente que juegue con sus secretos. El problema es que no creo que él confíe en mí. Si voy a dejarle entrar, Titus, si voy a afirmarle en una posición de poder que no puedo deshacer, tengo que estar seguro de sus planes. Una vez que haya sido ratificado como Regente, no podremos arrebatarle el puesto si estamos decepcionados por la personalidad que revele.

-No sin una insurrección -dijo Prayto.

-**Qué vamos a evitar, por razones, más que nada, de tóxica ironía. Necesito conocer su mente, Titus.**

-Ya veo, mi señor. Esencialmente, estaríamos investigando los antecedentes del nuevo Señor de la Humanidad.

Prayto se frotó el puente de la nariz pensativamente.

-**Es difícil**- dijo. -**Es como con los Lobos, sólo que a mayor escala.**

Al igual que los Lobos, el noble León, sin duda, comprende la autoridad del Edicto de Nikaea. El Librarius de los Ultramarines ya es prueba suficiente de que usted está dispuesto a hacer caso omiso de la palabra del Emperador. Si soy atrapado sondeando su mente...

-¿Serás atrapado?

-Procuraré no serlo. Ésta noche, en el Festín de los Anfitriones, utilizaré el rumor de fondo de muchas mentes juntas para acercarme. Entienda que no conozco sus capacidades, y él es famoso por lo cerrado y hermético que es. También…

-¿Sí?

-Ha habido una extraña actividad ésta tarde. Al menos dos incidentes fueron detectados por el Astra Telepática durante el desfile. Todavía estamos procesando sus hallazgos, pero es posible que una o más mentes poderosas se hallen en libertad dentro del recinto de la ciudad.

Guilliman asintió.

-**Mantenme informado. Titus, si me puedes decir que el León confía en mí lo suficiente, lo declararé. Él es la única opción... a menos que me pueda decir que el pobre Vulkan, ¿ha dejado su locura?**

-No puedo, señor.

-No me importa cual, Titus- dijo Guilliman. **-Examina la mente de un Primarca o sana la mente del otro. Cualquiera que te sea más fácil. Quienquiera que mejor nos sirva.**



La superficie. Ese era su próximo objetivo.

Curze bajó con los pies por delante, un aleteo de sombras de cuervo y aterrizó en el fondo de un profundo orificio de ventilación con vistas a una de las ocho masivas cubiertas de dispersión del 'Razón Invencible'.

Debajo de él, como semillas listas para ser sembradas, cientos de 'cápsulas de desembarco' fueron cargadas en sus receptáculos, sobre

las rampas de las escotillas de vacío.

Podría requisar una y descender…

No. Vino una visión, y fue firme. Un innegable reflejo. La ciudad de Guilliman estaba protegida ante un asalto aéreo y orbital, por pantallas de energía y enormes baterías automatizadas. En el ojo de su mente, Curze vio una única cápsula de desembargo cayendo. Su descenso fue rápido, pero no lo suficientemente rápido. Los sistemas de detección despertaron. El auspex tembló. Los Sistemas de control de fuego calculando la interceptación. Una lanza de energía verde de la superficie golpeó la cápsula atravesándola, convirtiéndola en una expansiva nube de fuego y desperdigados escombros.

Otra visión, deslizándose y superponiéndose sobre la primera, le mostró que un destino similar esperaba a cualquier nave, cápsula de desembarco o intento de aterrizaje, que intentase la llegada al planeta sin la señal de código correcto. Pero los códigos no acudían a su mente. Se imaginó que estaban siendo generados aleatoriamente minuto a minuto.

Una tercera visión le mostró la inutilidad de intentarlo con las cámaras de tele-transporte. El León se había asegurado de que todas fueran desactivadas para evitar exactamente ese tipo de ruta de intrusión.

El Señor de la Noche enseñó los dientes y gimió. ¿Cómo podía un hombre llegar a la superficie? ¿Cómo podría un hombre…?

Otra visión. Curze sonrió. Un hombre no podía.

Todavía estaban cazándole en las cubiertas superiores del buque insignia. Curze se había cansado de la matanza, y se escabulló, dejando pistas falsas y brutales trampas para retrasar y mantener ocupados a los que aspiraban a capturarle. Nadie sospechaba que podría haber llegado a las cubiertas de dispersión de las cápsulas, en el mismísimo vientre de la nave, con tanta rapidez.

Curze se deslizó fuera de la base del respiradero, se escabulló a lo largo del costado de la gran cubierta, con las sombras de los grandes puntales y tirantes de las vigas de soporte cinético. Se movía en paralelo a las filas de cápsulas de descenso en su armazón de soporte. Las estudió con cuidado, comprobando su estado, aunque esto sólo confirmó lo que las visiones le habían mostrado.

Se hallaba lejos de estar solo en la cubierta de descenso.

El control de lanzamiento era una gran sala de operaciones con vistas a la bahía. Junto con el personal de servidores de la estación, había doce oficiales de servicio en la sala. Desde el momento en que Curze se introdujo en la habitación, ninguno de ellos vivió durante más de treinta segundos. Se llevaron los códigos de permiso de lanzamiento con ellos mientras morían, pero eso no importaba.

Los códigos eran para los esbirros y lacayos. El Señor de la Primera podría lanzar su ventisca de cápsulas de descenso con una simple muestra genética.

Curze recogió una placa de datos que había caído sobre la cubierta junto al cuerpo descabezado del comandante de la estación de lanzamiento. Limpió la sangre con los jirones del dobladillo de su capa. El asalto con cápsulas de desembarco estaba ya preseleccionado y esperando.

Curze sacó su oscura lengua y poco a poco, casi de un modo lascivo, lamió la fría pantalla de la placa de datos.

A partir de una raíz-fuente de código genético común, la muestra genética de un hermano era tan buena como la de cualquier otro.

La placa silbó.

"Código genético aceptado."

"Lanzamiento autorizado."

"Lanzamiento 'enjambre de asalto' en treinta segundos."

"Veintinueve."

"Veintiocho."



El León alzó su cáliz. -**Por el Señor de Macragge, por tu bienvenida**- dijo.

-**Por el Señor de la Primera, por su fe**- respondió Guilliman -**y por el Imperio, porque permanezca firme.**

Bebieron, y alrededor de ellos, a lo largo de las engalanadas mesas

de la sala del gran comedor, sus hombres se hicieron eco de los brindis y bebieron.

Había mil invitados presentes en las largas mesas, los Ultramarines de más alto rango se habían reunido y estaban sentados con sus contrapartidas de los Ángeles Oscuros por especialidades, junto con cónsules mayores, delegados del Ejército, del Astra Telepática, de las distintas flotas, del Mechanicum y del Collegia Titanica, además de los representantes de todas las otras legiones que habían llegado a Macragge.

Tan pronto como se celebraron los brindis, la música comenzó, y mareas de servidores se desbordaron desde las puertas de la cocina para servir el primero de muchos platos.

Guilliman y el León ocuparon sus lugares uno frente al otro en la mesa principal. Globos luminosos flotaban en las bóvedas del alto techo de la sala, las mesas estaban alineadas con exquisitos candelabros que se combinaron para llenar la sala con una luz dorada, una luminosidad que recordó a muchos de los presentes el aura numinosa del emperador.

A tres asientos de distancia de Guilliman, Titus Prayto observaba al León y esperando su oportunidad.

Cerró los ojos por un segundo, filtrando el ruido de fondo. Se sintió incómodo. Hubo una terrible tensión que…

Prayto se sobresaltó y se puso de pie, con los ojos muy abiertos.

-¡Gran Terra!- exclamó. A pesar de la magnitud de la sala y la gran cantidad de gente reunida, toda charla cesó y cada par de ojos se volvieron hacia él.

-¿Titus?- preguntó Guilliman confundido.

Prayto miró al León con fijeza.

-**Lo sentí**- dijo. -**Lo sentí allí. La oleada de mentes. Cientos de mentes en repentinamente alerta con expectación. ¿Qué hizo, mi señor? ¿Que acaba de hacer?**

-No tengo ni idea de lo que estás hablando- comenzó el León, pero sus palabras fueron interrumpidas por el repentino tañido de múltiples monitores de alerta, seguido con rapidez por el estruendo de las bocinas del palacio.

Guilliman echó hacia atrás la silla y se puso de pie.

-¡Informen!- exigió.

-**Lanzamiento orbital en masa-** informó Auguston, leyendo su placa de datos mientras se levantaba de un salto. Miró a Guilliman con incredulidad. -**El buque insignia de los Ángeles Oscuros acaba... Acaba de lanzar un asalto completo de cápsulas de desembarco sobre la ciudad de Macragge.**

-¿Qué?- gritó Guilliman.

-**Cuatrocientas cápsulas de desembarco**- dijo Auguston. -**Amplia formación primaria de asalto. Esta ciudad ha sido elegida como objetivo. Aterrizaje en cuatro minutos.**

-Enjambre de Asalto confirmado por todas las estaciones- informó Gorod.

El espadín de Guilliman estaba en su puño, con la punta por delante, a través de la mesa hacia el León.

-¿Es esto traición?- gruñó.

-¡No!- respondió el León, sin inmutarse por la hoja sobre su garganta. Algunos de sus oficiales habían desenvainado espadas ante la amenaza a su amo, y él los hizo retroceder agitando la mano con urgencia. Había demasiadas armas ya empuñadas en la sala.

-**No he hecho nada**- siseó el León. -**¡No he autorizado nada!**

-¡La rejilla de detección no miente!- ladró Auguston. **-¡Un enjambre de cápsulas de desembarco! ¡Desde su nave! ¡Entrante!**

-¿Me atacas?- preguntó Guilliman.

-¡Juro que no!- dijo el León. Echó un vistazo a los Ángeles Oscuros que tenía más cerca. -**Retiraos. ¡Que alguien me explique esto!**

Holguín tendió su placa de datos.

-**La señal está confirmada**- El ‘Razón Invencible’ ha lanzado un asalto con cápsulas de desembarco. Impacto en tres minutos y descontando.

-¡Condenados por sus propios labios!- exclamó Auguston.

-**¡Es un error!**- gritó Farith Redloss al Primer Maestro de los Ultramarines. -**¡Una avería! ¡Un lanzamiento erróneo!**
-**¿Cómo, exactamente, se lanza un asalto con cápsulas de desembarco, hermano?-** preguntó Guilliman.

-**Esto es una avería**- insistió el León a Guilliman. -**Lo juro.**

-**Accidente o no, las cápsulas no llegarán a la ciudad**- dijo Guilliman. -**Nuestros escudos están levantados. Nuestras baterías de defensa las tienen completamente bloqueadas como objetivo**. **Vamos a quemarlas en el cielo**.

El León tragó saliva con dificultad y miró directamente con fijeza a Guilliman.

-**Esto es un error, hermano. Un terrible error. Lo juro. Y te lo imploro, perdona a mis guerreros.**

-**¿Tus guerreros?**

-**Cuatrocientas cápsulas de desembarco. Es un gran número de hermanos de batalla. Por favor, Roboute, esto es una equivocación. Un error.**

-**¿Todo éste tiempo, mientras hemos hablado del futuro, tus cápsulas de descenso fueron cargadas y preparadas con tropas de asalto?**- Guilliman negó sacudiendo su cabeza. -**¿Qué me estás pidiendo que haga, hermano? ¿Que baje los escudos de la ciudad?**

-**Sí**- replicó el León. -**Deja caer** lo**s escudos y permite que las cápsulas hagan aterrizajes controlados.**

-**¡Dos minutos!**- gritó Gorod.

-**¡No puede abrirles la ciudad, señor!**- exclamó Auguston. -¡**Es un riesgo demasiado grande! ¡Debe disparar y eliminarlos!**

-**Por favor**- dijo el León, sin que su mirada dejase a Guilliman. -**Yo no autoricé esto.**

-**¿Pero es una fuerza de ataque que habías preparado y mantenías en espera?**

-**Una precaución. Tú habrías hecho lo mismo.**

-¡Debemos disparar ahora!- rugió Gorod. **-Mientras todavía están en el rango óptimo. ¡Debe dar la orden!**

-Por favor- rogó el León una última vez.

Guilliman miró de reojo a Prayto. -**Dime.**

-**Su hermano está cerrado para mí, pero puedo ver lo suficiente como para saber que está diciendo la verdad. Tal vez no toda la verdad, pero sí la suficiente. Él no autorizó éste ataque. Está horrorizado por ello.**

Guilliman miró de vuelta al león. Hubo una larga pausa.

-¿Sus órdenes, señor?- insistió Auguston.

-**Contengan el fuego**- dijo Guilliman. -**Corten la corriente. Bajen los escudos y déjenles aterrizar.**

-¿Mi señor?- jadeó Auguston.

-¡Hazlo!- ordenó Guilliman. -**Devolvió su mirada hacia el León mientras Auguston hablaba, una sucesión rápida de órdenes, en su vox.**

-No hagas que me arrepienta de esto, hermano- dijo Guilliman.



En los “Domus” (Deme en el original, término que se refiere a una división política del Atica en la Grecia antigua, nt) al noroeste de la gran ciudad, Damon Prytanis hizo una pausa a mitad de la cena que acababa de comprar.

Se hallaba en el mercado Xanthi, justo al norte de las sombras de los graneros, donde el comercio diario de ropa y ganado había cambiado a productos agrícolas y comida caliente al final de la tarde. Había comprado un pastel relleno de pescado y verduras de un comerciante con un horno de barro, luego deambuló hacia el cercano muro que rodeaba el mercado, para poder sentarse con la espalda apoyada contra el pie del muro y comer hasta hartarse.

Oyó un murmullo de voces, un cambio en el curso de la multitud a su alrededor. Algo estaba sucediendo.

Bajó el pastel medio comido y se puso de pie, limpiando la grasa de

sus labios mientras masticaba.

En algún lugar, de la parte central de la gran ciudad, estaban sonando las alarmas. La gente a su alrededor apuntaba sus dedos al cielo.

Levantó la vista y vio de inmediato los múltiples rastros de calor cortando el oscurecido cielo sobre su cabeza.

Un asalto masivo de cápsulas de desembarco. Inconfundible.

-**Santo Emperador viviente**- dijo en voz alta.



Las hojas de los árboles sobre él se estremecieron de repente con una brisa vespertina que había salido de la nada.

John Grammaticus, con su bolsa de transporte colgada al hombro, caminaba con rapidez por el claro para encontrar un pedazo de tierra abierta donde pudiera ver mejor el cielo vespertino.

Se había refugiado en el parque ornamental a los pies del imponente Muro Aegis del Castrum y trató de dormir un rato, acurrucado en un banco de hierba detrás de unos altos árboles de madera azul (bluewoods en el original), con la esperanza de que el descanso pudiera ayudarle a descomprimir las ideas implantadas en su mente.

La conmoción le despertó. La había oído, pero también la había sentido, la sentía entre sus ojos como un dolor agudo, la repentina excitación de cientos de mentes. Había venido a él casi antes de que las sirenas empezaran a sonar.

Vio las cápsulas de descenso llenando el cielo oriental como una lluvia de meteoritos. Sus llameantes rastros estirados tras ellas en brillantes lenguas de color naranja.

John se preguntó que era exactamente lo que estaba viendo. ¿Un nuevo enemigo? Parecía que sí, seguramente una nueva amenaza de derrota sobre todos ellos. Recordaba la enigmática observación del Vidente: *“Afortunadamente, dentro de ocho minutos, ésta comunión será eclipsada por otra, un evento psíquico aún más poderoso en la ciudad, seguido de una grave crisis. Ambos acontecimientos desviarán la atención de tu persona.”*

Esto tenía que ser esa "crisis considerable". ¿De qué facción serían?

¿Qué hermano extraviado? ¿Qué amigo convertido en enemigo?

John se acercó con su mente. Quería rastrear algo que pudiera utilizar, algo que le diera un margen en las horas por venir. Si sabía lo que iba a ocurrir, podría decidir el mejor lugar para refugiarse o buscar los mejores aliados.

Lo que obtuvo primero fue una sorpresa. John parpadeó. A ese alcance, no habría esperado ser capaz de alcanzar pensamientos específicos o mentes individuales, pero la igualdad y unidad de sus lecturas en caliente le conmocionó. Los guerreros en esas distantes cápsulas de desembarco estaban sorprendidos. La decisión de lanzar un asalto había llegado de repente, sin aviso.

John se acercó aplicando más fuerza con su mente, buscando información más definida.

Alcanzó otra cosa. Le hizo jadear y retroceder. Había alcanzado una sola mente, una cosa oscura, un ser de medianoche, muy diferente a cualquier mente que jamás hubiera alcanzado antes. Era feroz: una oscura, caliente y repelente presencia, irradiando energía antes que luz; como una estrella de neutrones, hiperdensa y amenazadora.

John no sabía lo que era. Ni quería saber lo que era. Sólo sabía que se trataba de una amenaza mayor que las cuatrocientas cápsulas de desembarco y los escuadrones blindados que contenían.

-**No dejéis que entre**- dijo al aire de la noche. -**No dejéis que entre.**

¿Por qué las baterías de la ciudad no disparaban? ¿Por qué no habían sido encendidos los sistemas de armas orbitales? ¿Y por qué estaban permitiendo que aquello ocurriera?

-**No lo hagáis**- dijo John. -**No dejéis que venga aquí. No dejéis que aterrice.**

Hubo una explosión, un leve pero notable cambio en la presión del aire. Una brisa impuso el silencio a través de los arboles de madera azul de nuevo. John lo sintió. Olía a ozono.

Los escudos de vacío que protegían la ciudad de Magna Macragge habían sido bajados.

-¡No!- exclamó. Se volvió y miró hacia arriba con furia al palacio, muy por encima de él, elevado sobre los árboles y el grisáceo acantilado del Muro Aegis.

-¡Idiotas!- gritó como si pudieran oírle. -**¡Alzad los escudos! ¡Alzad los malditos escudos!**

Podía oír el clamor de las cápsulas de desembarco entrantes. Dos chillaron a baja altura por encima de su cabeza, dejando un rastro de un azul incandescente, con los chorros de frenado empezando a dispararse. A cada lado de él, más vainas centellearon a través de las destellantes torres y altos bloques de la ciudad, cabalgando con los llameantes penachos de sus retro-propulsores. El ruido era ensordecedor.

John comenzó a correr. Empezó a acelerar, subiendo la pendiente hacia los árboles, dirigiéndose al oeste a lo largo del límite de las zonas verdes hacia la puerta principal del Castrum. Tenía que entrar en el palacio. Tenía que encontrar a alguien en quien pudiera confiar y darle una adecuada advertencia.

El Infierno llegaba a Macragge.

Algo se estrelló contra él y lo noqueó. John rodó, aturdido. Saboreó sangre en su boca. No podía despejar su cabeza. ¿Que qué?

Había un peso sobre él, un terrible peso aplastante. Una gran mano cubierta se cerró alrededor de su garganta. Por encima del rugido de los chorros de frenado y el trueno de las cápsulas aterrizando en áreas abiertas por toda la ciudad, John escuchó una voz.

-**Bien hallado**- dijo Narek de los Portadores de la Palabra.



-¡Silenciad las malditas alarmas!- ordenó el Capitán Casmir.

Uno de los miembros del personal médico se dirigió hacia una consola y pulsó un código. Los sonidos de alarma y centelleantes luces, en el pasillo de cuarentena del salón médico de la Residencia, se apagaron. A través de los pesados mamparos y escotillas cerradas, el sonido de las alarmas que llegó del resto del gran recinto de palacio lo hizo más suavemente, sonando bastante silenciadas.

El cese de las luces y las sirenas no aplacaron al confinado Primarca.

Vulkan continuó martilleando con sus sangrantes puños la pared de cristal blindado como había hecho desde que las alarmas comenzaran

a sonar. Aullaba, su boca estaba abierta, de par en par, con desesperación, como un animal atrapado. La confusión de plasma, sangre y tejido a medio formar, que sus puños y antebrazos estaban dejando en el cristal era miserable.

-¿Qué le pasa?- preguntó el ayudante médico jefe.

-¡Tú eres el maldito cirujano!- replicó Casmir. -**Pensé que era una respuesta a las alarmas. Nuestro Señor de Nocturne ha sufrido claramente a través de una situación extrema. Pienso que las alarmas han desencadenado una respuesta traumática.**

-No fueron las alarmas- comentó una joven medicae cercana.

-¿Qué?- gritó Casmir, girando hacia ella, quien bajó su cabeza.
-**Señor, simplemente he dicho que no fueron las alarmas**- respondió ella en voz baja.

-¿Cómo lo sabes?- preguntó Casmir.

La joven miró nerviosamente a su superior, el asistente jefe.

-**Hablé fuera de turno**- dijo. -**Lo siento.**

-La joven doctora (physic en el original) **Patrishana es una de nuestras novatas más prometedoras-** dijo el jefe de asistentes a Casmir. -**Patrishana, por favor... Explica tu comentario**.

La joven asintió con un gesto. Se volvió hacia su consola y pulsó unas teclas extrayendo un informe de datos en la pantalla litoscópica principal.

-**Estaba monitorizando los signos vitales de nuestro... honorable invitado**- dijo. -**Por favor, si quieren, observen el indicador del cómputo de tiempo en ésta repetición, capitán. He retardado la velocidad a una décima parte. A pesar de que estaba cerca, tan cerca como para sugerir causa y efecto, como verá...**

-¡Gran Hera!- susurró Casmir. -**Comenzó a excitarse tres segundos antes de que las alarmas se activaran. Como si…**

La joven miró a Casmir.

-**Exactamente**- dijo ella. -**Como si su respuesta, al igual que las alarmas, fuera a otra cosa.**

Casmir miró la pared de cristal y a la figura gritando más allá de ella.

-¿Qué es lo que sabe?- preguntó. **-¿Qué sabe él que nosotros desconocemos?**



Con las cadenas traqueteando sobre los adoquines de basalto, el 'Land-Raider' entró reverberando en la Plaza Bario, justo al lado de la Vía Laponis, 'El Cardo', la calle central y el corazón de la ciudad, iba de norte a sur. La Plaza Bario era una amplia y agradable zona, un sitio popular frecuentado por eruditos y académicos que hacían uso de las muchas bibliotecas y rubricatorios (rubricatories en el original) allí situadas. Hacia el oeste, los cruces de calles permitían una excelente vista del majestuoso Collegium Titanicus y el aún más masivo castillo del Mechanicum. En el centro de la plaza había una amplia pradera de césped como una pequeña isla verde, alardeando de un bosque de hermosos árboles de madera de balsa (seamwood en el original) grises y algunos arbustos ornamentales. Los estudiosos se sentaban allí en los bancos en los días de verano y hablaban mientras comían el almuerzo.

Se elevó humo desde los arbustos y la hierba se quemó. La cápsula de desembarco había derribado dos de los árboles de madera de balsa cuando aterrizó, y destruido un banco ornamental. Sus pétalos al aterrizar se abrieron, agrietando y excavando también su propio camino.

El Sargento Menius de la 34ª Compañía de Ultramarines condujo a su equipo fuera del Land-Raider. Les dispersó con un gesto, las armas preparadas. Las órdenes habían venido del Primer Maestro. Escuadrones centinela, tanto activos como de servicio, acudieron a ayudar y asegurar cada lugar de aterrizaje. Los informes ya inundaban de información, de vuelta a lo ancho de la ciudad, sobre los lugares asegurados. Los escuadrones de Ángeles Oscuros emergiendo de las cápsulas de desembarco entregándose de inmediato a los miembros de la XIII Legión, también entregaron las armas, dejándose escoltar hasta el centro de detención en el Campus Cohortum. Algunos, se informó, incluso se disculparon y suplicaron el perdón de sus hermanos de batalla.

También hubo informes de daños menores a la propiedad. No importaba lo cuidadosamente que hubieran intentado aterrizar, una cápsula de desembarco no eran un dispositivo sutil ni maniobrable.

Menius comprobó la zona, y comparó los datos de su visor con el flujo, de más amplia gama, del auspex del Land-Raider. La plaza estaba tranquila. El vapor residual se alzaba de la cápsula de desembarco, que se asentaba en un ángulo incómodo entre los árboles. El calor residual era mucho más visible en la pantalla infrarroja. Sangraba la furia de su entrada en la atmósfera.

Sin contacto. Sin rastro de vida.

-**Encienda**- dijo Menius a través del vox al conductor del Land-Raider. Oyó las torretas de los cañones calentarse tras él, se regocijó ante el metálico estruendo de las torretas montadas mientras se movían, rastreando un objetivo. Menius tenía poder para matar en sus puños, en las manos de los hermanos de batalla a su alrededor y el poder asesino, casi excesivo, del vehículo.

No lo necesitarían.

Trono, esto era, claramente, un terrible error y sus hermanos, los Ángeles Oscuros, se estaban entregando libremente.

¿Qué había equivocado con ésta, entonces? se preguntó Menius. ¿Sin señales de vida? ¿Un mal aterrizaje? No parecía tan malo.

-**Llama a un Apotecario de guardia**- dijo Menius a su subalterno a través del vox. -**Aquí hay algo fuera de lugar**.

Con los Bolters preparados, el equipo se acercó a la humeante cápsula.

-¿Hola?- llamó Menius a través de los altavoces de su yelmo

La luz de la tarde había adquirido un extraño color azul, como antes de una tormenta. Las sombras se habían vuelto grises. Menius era consciente de que cada movimiento que hacían fue acompañado por un sonido demasiado fuerte. Cada paso, cada roce de la armadura, cada zumbido de la energía auxiliar.

Los escudos de la ciudad aún no habían sido reencendidos. Menius podía oír el distante aullido y zumbido de las ‘Thunderhawks’ y ‘Storm-Eagles’, enviadas para cubrir todos y cada uno de los lugares de aterrizaje. Podía ver algunas en la distancia, sobre los tejados, dando vueltas mientras sondeaban los distritos vecinos con sus luces de búsqueda. De acuerdo a lo oído por el vox, su cobertura aérea estaba dirigiéndose hacia el interior y estaría con él en dos minutos.

-**Manteneos firmes**- dijo Menius a su escuadra. -**Permaneced en el lugar y cubridme.**

Se acercó a la cápsula de desembarco. Las escotillas estaban abiertas.

-¿Hola?- llamó de nuevo.

Nada.

Se acercó a la escotilla más cercana y miró con atención dentro.

La cápsula estaba vacía.

Debía haber sido un lanzamiento errado. Una cápsula vacía, lanzada por error. Las últimas noticias eran que todo el enjambre había sido lanzado debido a una avería.

-¡Limpiad el área!- ordenó Menius. -**¡Aseguradla!**

Se apartó de la cápsula y observó la plaza. Por un momento, pensó que podría haber vislumbrado algo moviéndose a lo largo del pórtico de la Biblioteca Tigris. Lo rechazó como producto de su imaginación. Nada podía moverse así, como una sombra, tan inquieta, tan parecida a una bandada de cuervos.

-¿Sargento?

-¿Qué?- preguntó Menius, dándose la vuelta.

Su subalterno estaba frente a él.

-**Se ha examinado el interior**- dijo el subalterno.

-¿Y?

-Todo el interior está cubierto de sangre, sargento.

-¿Que acabas de decir?- preguntó Menius.

-**Sangre, sargento, unos dieciocho litros.**



Desde el pórtico sobre la plaza Bario, Curze observó a los Ultramarines arrastrándose alrededor de la cápsula de desembarco.

¡Tan estúpidos!

Curze tenía objetivos en otros lugares, y pretendía encontrarlos, pero los estúpidos Ultramarines eran tan terriblemente atrayentes.

Nunca había matado a uno de los de Guilliman. Era tentador, a pesar de que tenían un gran y poderoso Land-Raider con ellos.

El Acechante Nocturno se puso de pie, alto y orgulloso, abrió sus alas y sus terribles garras.

-**Muerte**- murmuró, como una sentencia.

Ochenta y ocho segundos más tarde, el sargento Menius y todo su equipo estaban muertos y el Land-Raider tumbado sobre un costado y ardiendo.

Konrad Curze había llegado a Macragge.



14

MUERTE EN LA FORTALEZA DE HERA

“Soy hermano de dragones y compañero de búhos. Mi piel es negra y mis huesos se queman con el calor.”

- del texto religioso de la Vieja Terra conocido como "Libro de Job".



-Nuestros invitados, mi señor- dijo Verus Caspean, Maestro de la Segunda -**están siendo escoltados al Campus Cohortum.**

-¿Alguna resistencia?- Preguntó Guilliman.

Caspean negó con la cabeza. Tenía un cráneo pulcro con el pelo gris muy recortado y altos pómulos salientes que enmarcaban una afilada nariz. La sacudida de su cabeza hizo pensar a Guilliman en el balanceo de advertencia de un halcón de montaña.

-**Nuestros invitados no han presentado ninguna resistencia**- respondió, recalcando de nuevo la palabra "invitados". -**Han permitido ser escoltados a confinamiento.**

-¿Han entregado las armas?

-Algunos de ellos aún las tienen, señor- dijo Caspean -**pero no hemos exigido eso de ellos. De acuerdo con sus instrucciones, los estamos tratando como respetados hermanos de batalla, y contemplando esto como el desafortunado accidente que su señor proclama que es.**

-¿Cuántos?

-Una fuerza que excede cinco compañías... como nuestra legión lo consideraría. Tengo poca paciencia con sus "alas" y divisiones

de cohortes.

-Así que... ¿Suficiente como para matar esta ciudad?

Caspean hizo una pausa.

-**Fácilmente**- respondió. -**Independientemente de lo que piense de ellos hoy, no dudo de la capacidad y ferocidad de la Primera. Si hubiéramos dejado caer los escudos de la ciudad y su intención hubiera sido maliciosa, la ciudad ardería y el número de muertos sería impensable.**

-Hazme saber cuando todos estén confinados- dijo Guilliman. **-Que recuperen sus cápsulas de descenso y sean transportadas para mantenimiento a la Fortaleza de Moneta. No voy a tener los recuerdos de una invasión, no importa cuán pacífica y sin mala intención pueda haber sido, ensuciando mi ciudad y asustando a mi población. ¿Auguston lo ha anunciado públicamente?**

-Sí, señor- dijo Caspean. -**Ha hecho dos declaraciones en el sistema de avisos de la Ciudad, y están siendo emitidos en bucle en las fuentes de datos civiles. Me impresionó. Fue bastante alentador. Insistió en que no había motivo de preocupación general, y que no era más que un ejercicio práctico de entrenamiento realizado en conjunto con la Decimotercera.**

-¿De quién fue la idea?- preguntó Guilliman.

-**De Auguston. También ayudó que Holguín de los Ángeles Oscuros se quedara con él durante la alocución y se sumara a la declaración.**

-Por eso podemos estar agradecidos- dijo Guilliman. Miró a lo largo de toda la longitud de la habitación. A través de las puertas abiertas, en una parte adyacente de la Residencia, pudo ver al León sentado solo, sumido en sus pensamientos.

-**Haga que los oficiales confinados sean entrevistados**- dijo Guilliman a Caspean-. **Que sea un interrogatorio cortés pero firme. Asegúrese de que su historia coincide con la de mi hermano. Bien puede ser un accidente, pero quiero saber cómo sucedió.**

Caspean saludó, su puño cubierto de malla golpeando con un sonido sordo su coraza. Se dio la vuelta y dejó la cámara.

Guilliman se dio la vuelta y miró a Valentus Dolor. El Tetrarca estaba

esperando cerca de las ventanas de un modo atento.

-¿Un accidente?- preguntó Guilliman.

-**Uno extraño**- replicó Dolor -**¿pero por qué no confiar en su palabra?**

-Porque es el León.

-Parecía mortificado.

Guilliman resopló. -**Tenía una fuerza de descenso cargada y esperando. Una invasión preparada. Mientras recibía mi brindis y se sentaba a mi mesa, tenía una fuerza de asalto de cuatro compañías dispuestas a caer sobre esta ciudad.**

-Consideremos, mi señor- dijo Dolor -**que si la situación fuera a la inversa, y permaneciéramos, con la fuerza de una flota, frente a las proverbiales verdes costas de Calibán, ¿no habría hecho lo mismo? ¿No ha tenido a los mejores de los suyos dispuestos para moverse sin demora en caso de necesidad?**

Guilliman no respondió.

-**Creo que lo habría hecho**- dijo Dolor con una sonrisa triste. -**De hecho, sé que lo haría. Los valores fundamentales teóricos y prácticos no habrían permitido que usted hiciera cualquier otra cosa. Estos son días oscuros, los más oscuros que hayamos conocido. Los acontecimientos de esta noche son su culpa.**

Guilliman lanzó otra mirada a lo largo de la cámara para mirar al meditabundo León.

-¿Mi hermano?- preguntó.

-**Sí, pero no al que está mirando fijamente**- dijo Dolor. **-Me refiero al Señor de la Guerra. Ésta plaga de convicción, ésta pérdida de fe, ésta precaución y sospecha que significa que los orgullosos hijos de la mayor familia del cosmos no pueden confiar el uno en el otro... Es él y lo que ha hecho.**

Guilliman se dio cuenta de que había crispado sus puños. Se obligó a abrirlos.

-**Creo que yo habría mostrado más confianza en él**- dijo.

-¿De verdad?- preguntó Dolor. -**¿Vos si? La larga sombra del**

Lupercal significa que jugamos nuestras cartas más cerca de nuestros pechos que nunca. Mantenemos nuestros secretos atados en corto. ¿Usted, por ejemplo, le ha hablado a su hermano del que se halla aquí internado, aullando como un loco de atar ("bedlam fool" en el original), **en el salón medicae?**

-**No, no lo he hecho**- siseó Guilliman, alzando con rapidez su mano izquierda para excusar su estallido de ira.

-**Entonces piense en sus secretos y las razones por las que los mantiene, mientras examina las suyos.**

-Buen consejo como siempre, Valentus- dijo Guilliman. -**Espérame aquí. Creo que es hora de que mi hermano y yo hablemos con más franqueza.**

Dolor saludó e hizo una respetuosa reverencia con la cabeza. Guilliman atravesó las puertas de la cámara donde el León estaba sentado. El Señor de la Primera ocupaba una de las sillas de mayor escala. Un fuego había sido encendido en el hogar de la cámara, y el León miraba con atención las llamas, mientras consumían la madera con delicadeza.

¿En qué pensaba? Los bosques, ¿los bosques oscuros por él amados, consumidos de manera similar? Era una carga. Guilliman se recordó que al menos el conocía el destino y estado de su mundo natal. ¿Qué miedos llenaban el corazón del León cuando pensaba en su fortaleza boscosa, ahora probablemente inaccesible más allá de la ira de la Tormenta de Ruina?



-No es la noche de banquete y camaradería que esperaba- dijo Guilliman.

-**Ni yo**- convino el León, mirando hacia arriba.

-¿Cuántas habrías necesitado, hermano?- preguntó Guilliman. Se acercó a una mesa y sirvió vino de una jarra en dos copas de cristal blanco tallado.

-¿Cuántas qué?- preguntó el León.

-**Provocaciones**- dijo Guilliman. -**¿Cuántas líneas habría tenido que**

cruzar? ¿Cuántos fallos habrías necesitado detectar en mí y mi Legión?

-¿Qué, para atacarte?

-Sí. En efecto, puedes haber sido prudente, hermano, pero llegaste a mi mundo totalmente preparado para atacarme si me encontrabas indigno. Tus hombres estaban cargados y listos, tus cápsulas preparadas, los vectores fijados. Has admitido en mi cara que has venido aquí sin ningún reparo en sancionarme si era encontrado digno de sanción. Así que ¿qué habría hecho falta?

El León tomó la copa que le ofrecía Guilliman.

-**Tu ambición, Roboute. Siempre ha sido tu mayor fuerza y tu mayor defecto. No hay dos hermanos más ambiciosos que tú y Horus. Te ha visto construir un imperio. Si yo hubiera venido y te hubiera encontrado robando otro, entonces hubiera golpeado.**

Se puso de pie y tomó un sorbo de vino.

-**La honestidad es tu otra gran fuerza, hermano**- dijo el León. -**Una vez más, es otro fuerte rasgo que compartes con Horus.**

-Ese nombre no puede ser pronunciado tantas veces en la Residencia sin que alcance mi espada- dijo Guilliman.

El León rió. -**Así es... Pero mi cuestión es válida. Antes de... antes de que cayera, Horus era una criatura honesta. Noble y honesta. Siempre pensé en vosotros dos como hermanos muy parecidos. Admíralo o desprécialo, uno nunca dudó en cuanto a sus ambiciones. Al menos, fue honesto. Nunca lo guardó en secreto, quería ser el mejor de todos, el primero entre iguales, el primer hijo por mérito y no por un hecho numérico. Quería ser Señor de la Guerra. Quería ser el heredero. Su honestidad estaba desnuda.**

-Pero esa honestidad se ha ido.

-Ciertamente lo ha hecho- dijo el León. -**Cuando cayó, comoquiera que cayera, su honestidad se alejó de él. Se convirtió en un señor de mentiras, un gran traidor, un ser capaz del peor engaño y falsedad que podamos imaginar o incluso soportar pensar en ello. Pero tú todavía eres honesto.**

El león miró a Guilliman.

-Cuando acudí a ti, me abriste tu corazón. Me hablaste de tus miedos, de las heridas que soportas, del principio y la naturaleza de tu lucha, de tus intenciones para el Imperium Secundus. Eso detuvo mi mano, ver todavía la honestidad en ti.

Tomó otro sorbo de vino. La copa estaba hecha de blanco vidrio Serviano, brillaba como un cáliz. Contrastaba con fuerza con el guantelete negro que la sostenía, con la armadura tintada con una sombra de negro, conocido en el lenguaje antiguo como 'calibaun'. La copa tenía más calor en ella, brillando pálida ante la piel del León. El vino parecía sangre.

-**Parte de tu honestidad, Roboute**- dijo -**era para recordarme que no soy un libro abierto. Siempre me ha parecido difícil confiar y que confíen en mí.**

-Pero eres admirado y amado…

-Eso no es lo mismo en absoluto. Tengo mis secretos. Los hombres pueden guardar secretos por buenas razones.

-Entonces si vamos a dejar esto detrás y dar un paso adelante, desde éste día codo con codo como aliados, debo abrir mi corazón aún más- dijo Guilliman. -**Hay algo**…

El golpe de un puño contra la puerta de la cámara le interrumpió. Guilliman se detuvo, molesto, deseando desahogarse del todo ahora que había empezado. Sin embargo, sabía muy bien que nadie llamaría sin una acuciante razón.

-Entre- dijo.

Era Niax Nessus, Maestro del Tercero.

-**Me disculpo por la intrusión, mi señor**- dijo -**pero es imprescindible que vea esto. Además, el teniente votado de vuestro noble hermano desea hablar con él con urgencia.**

Farith Redloss permanecía en la puerta detrás de Nessus, flanqueado por varios de los pesados guerreros de Gorod.

-**Continuaremos ésta conversación en un momento**- dijo Guilliman al León, apartando a Nessus a un lado y tomando una placa de datos de él. El león se acercó a la puerta y salió al encuentro de Farith Redloss. Redloss trasladó a su señor por el pasillo alejándose un poco

de los guardaespaldas. Pasó al León una placa de datos marcados con el icono de la Primera Legión.

El León lo leyó.

-**Dime que no es así**- dijo.

-**Está confirmado.**

-¿Ésta? ¿Es ésta la causa?- gruñó el León.

-**Hizo falta una huella genética para iniciar el asalto. Hemos limpiado el dispositivo. Está confirmado.**

-¿Entonces él está en la superficie?

-De un modo ingenioso- dijo Redloss. **-Usó la vida de nuestros hermanos de batalla para hacer que Guilliman abriera la puerta de par en par para él.**

Los labios del León temblaban de rabia. -**Encuéntralo**- susurró.

-Señor, yo...

-Encuéntralo.

-Los Ultramarines no permitirán nuestra libre circulación dentro del recinto de la ciudad, mi Señor, así que…

-Entonces se ingenioso. Pero encuéntralo.

Redloss asintió.

-¿Va a decírselo, señor?- preguntó. -**¿Se lo contará a Guilliman?**



-No podemos explicarlo- dijo Nessus a su señor en voz baja. Guilliman hojeó el registro de datos de la placa por tercera vez.

-¿Un escuadrón muerto?

-Las tropas de Menius, en la Plaza Bario, hace no menos de treinta minutos. No fueron asesinados simplemente, fueron silenciados. Fueron destrozados.

-Esto no es trabajo de los Ángeles Oscuros...

-No parece obra suya en absoluto, ni tampoco esa respuesta tiene mucho sentido. ¿Ni éste incidente, si todos los demás se entregaron pacíficamente?

-Había algo más en esa cápsula- dijo Guilliman.

-Desde luego. Teóricamente, asesinó a los ocupantes originales y tomó su lugar. Estamos analizando la sangre encontrada en la cápsula ahora.

-¿Qué ha traído aquí? ¿Qué ha traido a mi mundo?

-¿Vuestro noble hermano?- preguntó Nessus. -**Mi señor, puede ser algo de lo que no tenga conocimiento. Él…**

-Estaba en su nave. Estaba en su cápsula. Mató a sus hombres. Debe saber lo que ha traído hasta aquí.

Guilliman miró a Nessus.

-Informa a Auguston. Aumentamos nuestro estatus de seguridad a 'Preparado Uno' (Ready One en el original)**, en toda la ciudad y en la Fortaleza. Movilice todas las fuerzas. Domésticas y de la Legión. Barre la plaza de Bario y las rutas de salida de la misma. Rastros genéticos, huellas, restos de sangre, cualquier cosa. Accede a las imágenes de seguridad en el 'Domus'. Algo o alguien debe haberlo visto. Quiero saber que es y hacia dónde va. Quiero que lo encontréis, y lo quiero detenido antes de que vuelva a matar.**

Nessus saludó de forma rápida y mecánica, girándose para dejar la habitación. El León estaba entrando de nuevo.

-¿Qué has traído aquí?- preguntó Guilliman.

-¿Lo siento? ¿Qué?- respondió el León, deteniéndose en el umbral.

-Si mi cara se parece en algo a la tuya, hermano- dijo Guilliman, acercándose a él -**y creo que es mucho más abierta, entonces ambos hemos sido receptores de preocupantes noticias. Por tanto, pregunto de nuevo... ¿Qué has traído aquí?**

-Farith Redloss estaba simplemente confirmando los hechos del incidente- dijo el León. -**Un fallo mecánico, probablemente el resultado de daños por la Tormenta. Quería una respuesta rápida,**

y me ha sido proporcionada. El descenso de las cápsulas fue…

-No- dijo Guilliman. Dio otro paso hacia el León. -**Acabamos de hablar, de hermano a hermano, de la necesidad de la honestidad. Hablamos más libremente de lo que jamás hemos hablado. Me has dicho que mi honestidad es por lo qué suspendiste tu censura, y has admitido que puedes ser demasiado cerrado a veces. Estuvimos de acuerdo en que sólo la verdadera franqueza permitiría a los hijos leales del Emperador permanecer firmes contra las tinieblas y rechazarla. Así que empecemos. Ahora.**

Guilliman sostuvo la placa de datos que Nessus le había dado para que el león pudiera leer el informe en su pantalla.

-¿Qué es esto?- gruñó Guilliman -**Dime lo que has traído a Macragge, o por el nombre de Ultramar, te juro que te hago atravesar esa pared.**

-Inténtalo...- respondió el León, adoptando una postura rígida.

-¡Maldito seas, hermano! ¡Confía en mí y dime la verdad ahora mismo o hemos terminado! ¿Qué has traído a Macragge?

El león suspiró.

-A Konrad- dijo.



El muro era alto y fuerte, pero sólo era una pared. Las paredes podían ser trepadas y las puertas abiertas. Las venas también se podían abrir.

Menos que una sombra, Curze onduló ascendiendo por el Muro Aegis como una negra hoja de otoño revoloteando hacia arriba por la brisa nocturna. Sobre él, como una montaña geométrica, se alzaban los baluartes de la Fortaleza.

Los hijos de Ultramar marchaban desde éste gran bastión, anhelantes de presumir de su destreza y su fortaleza, tan anhelantes de celebrar su coraje.

Curze alcanzó el borde de la pared, se tensó con el fin de coger impulso y saltó hacia el pretil. Miró de vuelta por encima de la ciudad bajo él, un mar de luces. El cielo de la noche, con su única y sucia

estrella brillando, rielaba tras el reencendido de los escudos de vacío.

Se acercaban centinelas haciendo la ronda. Podía verles en su mente antes de oler el seco calor de su armadura de energía. Abrió una sombra, se deslizó en su abrazo y extendió sus garras.

Estaba dentro de la Fortaleza de Hera, dentro de la cuna de los arrogantes Ultramarines.

Aquella noche, por fin, después de tanto tiempo, conocerían el miedo.



John despertó. Estaba en un sótano o bodega, atado a una silla de madera. Tenía un sabor picante a sangre en la boca.

El Portador de la Palabra se sentó frente a él en una caja de metal. Su enorme arma se hallaba cruzada en su regazo. El macuto de John estaba plantado en el suelo a sus pies.

-¿Qué quieres?- preguntó John.

-Renegociar y luego concluir el asunto que empezamos en Traoris- dijo el Portador de la Palabra.

-Narek…

-Me llaman señor. Muéstrame respeto.

-No siento que esté en posición de negociar mucho- dijo John. Le dolía la cabeza, pero se acercó con su mente de todos modos. Quizás…

No. Fue inútil. Las sospechas iniciales de John habían sido correctas. El torque alrededor de la garganta del Portador de la Palabra era una poderosa capucha psíquica. Narek había venido preparado.

-La quieres- dijo John. -**Cógela.**

Narek no respondió durante un momento. Mantuvo su mirada fija en John Grammaticus. Luego apartó a un lado su cubierto rifle y alcanzó el macuto. Sacó un paquete, lo desenvolvió, y sostuvo la lanza de fulgurita en la penumbra. No parecía gran cosa, una punta de lanza bifurcada hecha con un mineral gris mate, sin terminar, no más larga que un gladius.

Pero era un pedazo del rayo psíquico del Emperador, fundida en una fulgurita en las arenas de Traoris. Era un arma de extraordinario poder. Con ella, se podría matar a un dios.

O, seguramente, uno podría matar al hijo de un dios. Incluso al hijo de un dios que era imposible asesinar de otra manera.

-Es potente- dijo Narek. -**Puedo sentir la vida en esto, el poder. Es... divino.**

-Es un fragmento de divinidad- dijo John. -**O algo tan cercano a la divinidad como nunca conoceremos.**

-Podría tomarlo y dejarte atrás, muerto- dijo Narek.

-Es, justo, lo que espero que hagas- dijo John.

Narek giró la punta de lanza en sus manos.

-Una cosa ha quedado clara para mí- dijo -**a través de mi búsqueda de ti aquí y en Traoris. Es un arma poderosa, pero tú... tú eres un ser notable también. No te habrían encomendado la recuperación y uso de ésta si no fueras algo... especial.**

-Yo sólo soy un agente de…

-Eres un Perpetuo.

John vaciló. **Yo…**

-Tan viejo, tan raro, tan olvidado. Eres la leyenda de una leyenda, el mito de un mito. Pero los Portadores de la Palabra son los guardianes de la palabra y de la tradición, en nuestras historias incluso los fantasmas de los mitos son recordados... los antiguos. Los longevos. La especie eterna. Inmortales. El primero y el último. Los Perpetuos.

-Es más complicado que eso- dijo John -**mucho más complicado que eso en mi caso. Yo…**

-Los detalles no importan- dijo Narek. -**Sé lo que un Perpetuo es capaz de hacer. Lo entiendo. Después de todo, todos somos la prueba de lo que los Perpetuos más antiguos y poderosos pueden hacer.**

-¿Qué es?

-Construir un Imperio.

John dejó caer su cabeza y exhaló con lentitud.

-Sólo mátame, Narek- dijo.

-¿Tu vida ha sido tan angustiosamente interminable que anhelas la muerte?

-Sé cuándo rendirme- respondió John.

Hubo un destello de verdad en el comentario del Portador de la Palabra. John estaba cansado. Pero la muerte no era un estado permanente en su caso. La Cábala se ocupó de eso. Si pudiera incitar a Narek lo suficiente, la muerte podría llegar a ser una vía de escape y…

-La lanza es poderosa, John Grammaticus- dijo Narek **-pero supongo que es aún más poderosa cuando uno de tu especie la blande. Así que te conviertes, como ves, en parte del arma.**

-Hay alguna verdad en eso- dijo John. Parecía tener poco sentido el mentir.

-Entonces os tomaré a los dos, a ti y a la lanza. Como uno, serás mi arma, para el propósito que he decretado.

-¿Y qué propósito sería ese, Narek?

-Respeto- siseó el Portador de la Palabra.

-¿Cuál sería ese propósito, mi señor?- preguntó John. **-Yo sé porqué quiero la lanza. Sé que se espera de mí. Pero, ¿qué pretendes tú hacer con ella?**

-Tengo la intención- dijo Narek -**de llevar a cabo una santa obra. Pretendo limpiar el alma de mi Legión de la polución demoníaca que la contamina**.

Levantó la punta de la lanza. A pesar de su acabado mate, ambos podían ver pequeños destellos de energía que circulaban a través de ella.

-Tengo la intención de salvar a la Legión de los Portadores de la Palabra- dijo Narek **-y vas a ayudarme a lograrlo.**

-¿Cómo?- preguntó John Grammaticus. -**¿Qué es exactamente lo que vas a hacer?**

-Limpiaré el alma de mi Legión- dijo Narek -**buscando y matando a Lorgar Aureliano.**



-Mi señor. ¡Mi señor, no!- lloró Gorod.

-¿Curze?- rugió Guilliman. Con una mano había aplastado al León de nuevo contra la pared. Lo mantuvo allí sujeto por la garganta. -**¿Trajiste a ese monstruo a mi mundo?**

-Suéltame- dijo el León.

-¡Responde!

-No me he resistido, Roboute, pero me estas faltando al respeto. Suéltame o rápidamente descubrimos cuál de nosotros es el mejor luchador.

-¡Mi señor!- repitió Gorod. Los guardaespaldas se habían acercado a ellos, con la esperanza de no estar obligado a separar a los Primarcas a rastras. No querían poner una mano sobre su amo, el Hijo Vengador.

Guilliman no aflojó su presa.

-Cuéntame cómo pasó esto. ¡Háblame de Curze!

Las manos del León permanecieron a sus lados. No se resistió a la furia y la formidable presión contra la pared, pero era claramente una hazaña la determinación de no hacerlo.

-Desde Thramas, he mantenido prisioneros a varios oficiales de su Legión- dijo el León -**incluyendo a ese bastardo conocido como Sevatar. Curze estaba en mi nave también, suelto en las cubiertas no reguladas. Lo cazaba. Él no podía escapar, pero yo tampoco podía capturarlo. Parece que ahora, al fin... ha conseguido escapar.**

-Y a tu llegada, ¿no se te ocurrió que esa era la primera cosa que debiste decirme?- preguntó Guilliman. -**¿Que uno de los peores de nuestros traidores hermanos se escondía en el interior de tu**

buque insignia?

-En retrospectiva, podría haber sido más... abierto- dijo el León. -**En realidad, ahora que estamos hablando con franqueza, me daba vergüenza no poder atraparlo. Con mucho gusto le habría traído ante ti cargado de cadenas, de rodillas y suplicante, por lo que podrías haberlo aislado en tus mazmorras más oscuras. Mientras él estaba libre, sin embargo, era mi problema, mi propia maldición con la cual lidiar.**

-Pero no lo hiciste- dijo Guilliman -**y hay hombres muertos a causa de ello y morirán más, además nos ha puesto a la greña** (enfadados por una discusión el uno con el otro, nt)**.**

-Literalmente- dijo el León, mirando hacia abajo a la aplastante mano de Guilliman.

Guilliman abrió su presa y retrocedió. El León se puso de pie del modo correcto.

-Eso no sucederá de nuevo- dijo el León.

-Podría- replicó Guilliman.

-No de esa manera.

-¡No me pongas a prueba, hermano!- le espetó Guilliman. -**¿No puedes ver la ira en mí?**

-Puedo, pero yo soy mejor ocultando cosas, y tú claramente no puedes ver la ira en mí. Eso no sucederá de nuevo.

-Entonces asegúrate de ello. Tus hombres ayudarán a los míos a encontrar a éste monstruo -dijo Guilliman.

-De acuerdo.
-No más mentiras, León. No más secretos.

-De acuerdo. Permíteme contactar con Holguín y…

Las alarmas empezaron a sonar en toda la residencia.

-Violación del perímetro. En la Fortaleza- dijo Gorod, leyendo el flujo de datos de su visor.

-¿Qué significa?- preguntó el León.

-Bueno, a menos que tengas alguna otra sorpresa sobre la cual no me hayas hablado- dijo Guilliman. -**Qué está aquí. Dentro del Castrum. En la misma Fortaleza. Curze está aquí**.



Sus ojos se dilataron. Su boca se abrió y pareció que estuviera gritando, pero no salió ningún sonido.

-No me gusta esto- dijo el capitán Casmir. **-¿Qué está haciendo?**

El personal medicae agitó sus cabezas. Detrás del cristal blindado, el Primarca loco flexionó sus manos y aulló, sin emitir sonido alguno. Su oscura piel todavía estaba sanando y aún sangraba. Semejaba un grotesco retornado ("revenant" en el original), algún espeluznante fantasma que había huido de la muerte y regresaba de la tumba.

-¡Consiga a alguien!- dijo Casmir.

-¿A quién?- preguntó el jefe de asistentes.

-¡No lo sé! ¡Al Tetrarca Dolor! ¡Al mismo Guilliman!

Varios ayudantes comenzaron a retroceder para hacer lo que ordenó, pero nadie quería quitar los ojos de Vulkan.

Había una sensación de poder en él, un poder temible con un terrible propósito. La locura todavía investía sus ojos, pero ahora estaba concentrado, como si toda su ira y dolor se hubieran concentrado en una sola cosa.

Articulaba algo, una y otra vez.

-¿Qué es? ¿Qué dice?- preguntó Casmir.

-Sólo delira- respondió el jefe de asistentes.

-No, es una palabra...- Casmir se adelantó. **-Leed sus labios. Está diciendo...**

Casmir se giró y miró al personal medicae y los guardias.

-Está diciendo... Curze.

Vulkan gritó el nombre de su torturador. Cerró y unió sus

ensangrentados dedos y comenzó a aplastar los puños contra el cristal como un martillo golpeando en la fragua, como el trabajoso y fatigado ritmo de una herrería, hacer y deshacer, dar forma y deformar. La pared de cristal blindado, manchada con la sangre de sus golpes anteriores, se estremeció. Vibró.

Se agrietó.

-¡Sellen este nivel! ¡Ahora!- gritó Casmir. -**¡Séllenlo!**

Los puños de Vulkan continuaron golpeando. El vidrio se agrietó más ampliamente.

Toda la pared estalló en una ventisca de fragmentos.

Vasto, oscuro, asesino, Vulkan salió de su jaula. Casmir y otros Ultramarines se precipitaron en la desesperación por detenerlo, pero apartó sus formas blindadas a un lado como si fueran muñecos.

Vulkan era libre.

En su locura, no sería detenido.

No otra vez. Ni por nada.



15

MATAD TODAS LAS SOMBRAS

“Sé que eres mi hermano mayor;
y, en la gentil condición de sanguinidad que compartimos,
debe conocerme...
Usted es el primogénito;
pero la misma tradición no queda lejos de mi sangre,
éramos allí veinte hermanos y entre nosotros:
Tengo tanto de mi padre en mí, como usted.”

-de ‘Como tú igual’
(atribuido al dramaturgo Shakespire), alrededor del M2.



-**Haga su informe**- exigió Guilliman al enlace vox de su armadura. Caminó a lo largo de la imponente columnata que unía la Residencia con la propia Fortaleza, con el León y una asamblea de guardaespaldas de ambas legiones en sus talones.

-**Capitán Terbis, mi señor**- el vox carraspeó. Superpuesto al ruido ambiental sugería una gran actividad en el otro extremo. -**Tenemos que... hemos encontrado tres hombres muertos en el Portal del Patio (Portis Yard en el original), colgado del muro Aegis con alambre.**

-**¿Nuestros propios hombres?**

-**Tres Ultramarines de la 27ª Compañía. Roster confirma que estaban de guardia. ¡Espera! ¡Estrellas de Ultramar! ¡Uno sigue vivo! ¡Daos prisa! ¡De prisa, descolgadlo! Bajadlo.**

-**¡Esperad!**- gritó el León, agarrando el brazo de Guilliman. -**¡Diles que no lo hagan! Dígales…**

A pesar de la distancia, sintieron la explosión. El enlace vox crepitó brevemente y murió. Una neblina de luz roja brillaba sobre la muralla de la Fortaleza, echando un infernal lavado de ambarina luz sobre los edificios señoriales de la Paleópolis.

-**¡Terbis!**- gritó Guilliman al vox. -**¡Terbis!**

-**Mina los cuerpos**- dijo León. -**Tengo conocimiento del uso de ese método por su legión, varias veces. Toma municiones y granadas de aquellos a los que mata o mutila, y los pone con un retardo de tiempo o prepara una trampa donde un movimiento desencadena la explosión. Así de repulsivo es su insidioso veneno. Él extiende el terror. No podemos confiar ni en nuestros propios muertos.**

Guilliman miró a Gorod.

-**Emita una advertencia a tal efecto. En todos los canales.**

-**Sí, Mi señor**- retumbó Gorod.

Antes de que el comandante de los Invictus pudieran comenzar la tarea, otra oleada de explosiones estremeció el aire de la noche. Esta vez, las detonaciones venían en dirección a la Sala de las Espadas. Más allá de la muralla de la Fortaleza, Guilliman podía ver llamas deslizándose desde el borde de un tejado. Miró a los hombres que estaban con él y sacó su gladius.

-**No cometerá más perjuicios**- dijo -**no más insultos, no más indignación. Que se sepa, le cazamos con perjuicio máximo. No importa que él sea nuestro hermano, que se notifique a todos los guerreros, queda autorizado el uso de fuerza letal contra Curze.**



Abriéndose paso por la calzada occidental que bordeaba el Praetorium, Titus Prayto levantó la mano con fuerza.

-**Deténgase. ¡Alto!**

A su lado, el capitán Thales y su escuadrón de asalto hicieron un alto repentino.

-**¿Qué sientes?**- preguntó Thales.

-**Algo... Él está aquí. O bien, estaba aquí**- dijo Prayto. Al este de su

posición, la explosión de una granada sonó a través de los patios interiores. Las alarmas y campanas sonaban por todas partes.

-**Está... En todas partes, al parecer**- murmuró Thales. -**¿Estamos seguros de que está solo? Parece como si una fuerza de ataque se hubiera infiltrado en la Fortaleza.**

-**No sabemos nada a ciencia cierta, pero siento que está solo**- dijo Prayto. -**Esto forma parte de su arte. Se mueve rápido, y de manera impredecible. Deja muerte y trampas por dónde camina. Así que está en todas partes y en ninguna, por lo tanto el terror crece.**

Prayto miró hacia atrás a lo largo de la calzada. Algo le había hecho detenerse en su urgente avance. Desenganchó su lumen portátil.

-**Somos Ultramarines, capitán**- añadió Prayto. -**Él puede sembrar todo el terror que quiera. Nosotros no conocemos el miedo.**

Prayto puso ahora un lumen ultravioleta por lo que podría mejorar aún más la visión de sus implantes oculares transhumanos. La dirigió a lo largo de la calzada. La oscuridad de la noche estaba moteada con el resplandor de las llamas distantes.

-**Allí**- dijo Prayto. La dura luz de su lumen iluminó tensos cables trampa, entre los pilares de la calzada a la altura de la espinilla. La luz ultravioleta las mostró como nítidas líneas blancas.

-**Cables trampa**- dijo. -**Están colocados para coger desprevenidos a los que circulen por la calzada. Thales, cierre ésta área. Dígaselo a todo el mundo, que nadie entre por la puerta occidental. Ustedes tres, empiecen a remover estos cables. Haced que la calzada sea segura.**

Los tres Ultramarines se adelantaron, sujetando magnéticamente sus bólters para liberar sus manos. Otra explosión, en dirección a la Biblioteca, iluminó la noche por encima de la marquesina de la calzada.

-**¡Mi señor!**- lo llamó uno de los hombres.

-**¿Qué has encontrado?**- preguntó Prayto.

-**Estos cables, mi señor... Son sólo cables. Están atados entre los pilares, pero no hay nada conectado a ellos.**

Incluso sus trampas son trampas, pensó Prayto. *Él nos ata y nos bloquea, simplemente con la idea de la muerte...*

-**Más confusión**- dijo Prayto a Tales y los hombres. -**Cada acción está diseñada para que demos pasos equivocados, nos ocupa, nos retrasa. Que es lo contrario de todo lo que él hace.**

Prayto se volvió, miró hacia atrás la calzada por donde habían venido.

Una sombra de pie en silencio, detrás de ellos, le sonrió.

Prayto era rápido, pero una oleada de maldad hostil inundó su cerebro con una fuerza impresionante. Era como si Curze hubiera mantenido su corrosiva mente oculta, y ahora, de repente, permitirle con la máxima sensibilidad a Prayto que la leyera.

Garras guadañaron el aire. Prayto sintió un profundo dolor en el costado. El impacto lo lanzó de lado contra uno de los pilares de piedra de la calzada, rebotó con estrépito de su armadura. Incluso antes de que cayera al suelo, estaba cubierto de sangre.

Pertenecía al capitán Thales. El oficial todavía estaba en pie, pero le habían retirado la cabeza. Un volumen considerable de sangre salía a chorro del tronco de su cuello, realizando un macabro enlucido de la calzada con una lluvia torrencial.

Uno de los miembros del equipo realizó dos disparos: los destellos brillantes y el ensordecedor ruido reinó en el amurallado espacio. Casi al instante, el hombre voló hacia atrás a través del aire, su Bólter girando fuera de su flojo agarre, el recubrimiento del pecho desgarrado como papel rasgado.

A pesar de la terrible herida en su costado, Prayto se puso de rodillas. Tras alzar su bólter, luchó por discernir cuál de las sombras de la noche era Curze.

¿Es ésta? ¿O esa?

-**¡Matad todas las sombras!**- rugió, y abrió fuego. Los hombres que quedaban dispararon también, salvajemente, en todas direcciones. La luz abrasadora de los disparos disipó las tinieblas, y los furiosos proyectiles arrancaron trozos de piedra de pilares y estatuas que embellecían la calzada, llenando el aire de la noche con piedra pulverizada, micro fibras de metal y el humo del fyceline. Siguieron disparando hasta que sus cargadores quedaron vacíos. El palpitante destello y trepidación de los disparos no les mostró otra cosa que el

vacío de las sombras.

Curze ya no estaba, había seguido su camino.

Pero Curze había dejado a Prayto que experimentara su mente.

Prayto lo tenía.

Medio-inconsciente por el dolor, el Bibliotecario abrió el enlace vox.



Auguston, Maestro del Primero, oyó el rugido de fuego bólter y se volvió.

-**¡Eso suena como la maldita descarga de todo un escuadrón!**- rugió. -**¿Dónde ha sido eso?**

El sargento que estaba junto a él comprobó su auspex.

-**El localizador sitúa la descarga de armas en la calzada occidental, mi señor**- le informó. -**Al lado del Praetorium.**

El escuadrón de Auguston se volvió, con las armas levantadas, mientras más guerreros se acercaban a lo largo del pasillo. Era el hombre del León, Holguín, y una banda de sus Ángeles Oscuros.

Se miraron con inquietud por un momento.

-**¿Alguna novedad?**- preguntó Auguston.

-**Dejó granadas sembradas en las bancadas de los jardines ornamentales**- respondió Holguín -**y mató a dos más de los suyos fuera de la Sacristía.**

-**Voy a poner su cabeza en una pica**- dijo Auguston.

El vox crujió.

-**¡Soy Prayto! ¡Respondan!**

-**Auguston**- respondió el Maestro del Primero.

-**¡Él estaba aquí, Phratus! En el Praetorium. ¿Dónde estás?**

-**En la sala de sintonización al Este.**

-**Entonces él va a nuestro encuentro, Phratus. Puedo sentirlo. Va de camino y con rapidez.**

-**¿Titus? ¿Titus?**

El enlace estaba muerto. Auguston miró a Holguín y alzó su combi-bólter.

-**¿Has oído eso, Ángel Oscuro? Parece que podemos ser los que pongan fin a todo esto.**

Holguín sostenía su espada de verdugo.

-**Es un honor que estoy feliz de compartir**- respondió.

Auguston hizo un gesto y los Ultramarines se extendieron a lo largo del pasillo de altos techos. Los Ángeles Oscuros se trasladaron a la izquierda, abarcando la puerta más cercana.

-**Soy Auguston**- dijo el Maestro del Primero en su vox. -**Sé de buena fuente que nuestro atormentador se está moviendo hacía la sala de sintonización al Este, en dirección a la Capilla Conmemorativa. Los escuadrones disponibles que acudan. Bloquead el acceso a la Sala de las Espadas y al Templo de la Corrección.**

Esperó.

-**Responded**- dijo entre dientes.

Hubo un escalofrío en el vox, estática distante, como el seco esqueleto de una voz.

-**Roboute...**- dijo.

-**¿Quién habla?**- exigió Auguston.

-**Roboute...**- repitió el crujido seco. Fue casi como si canturreara el nombre.

-**Llamas de Terra**- dijo Auguston, mirando a Holguín. -**Esta incluso dentro de los condenados vox.**

Una explosión hizo que todos se giraran. La bancada de luz en el extremo más alejado de la sala de sintonización se apagó. Rápidamente, en secuencia, las otras bancadas de luz a lo largo del pasillo la siguieron, cada una con su propia explosión. La oscuridad se

dirigió hacia ellos a lo largo del pasillo.

Se apagaron las luces que había sobre ellos, y luego las de atrás. Entonces las luces se apagaron todo el camino hasta el otro extremo, en la sala de sintonización.

Silencio. Ninguna energía de emergencia se activó. No había iluminación secundaria. Era como si la oscuridad obedeciera a Konrad Curze, y toda la luz hubiera huido de él llena de pánico.

Cada visera del yelmo se iluminó, de Ultramarines y Ángeles Oscuros por igual. La mejora de alta resolución buscó movimiento en la oscurecida sala de sintonización. Auguston y sus hombres vieron en la zona como un crepúsculo verde.

-**Roboute...**- susurró la vox.

De repente, Holguín se movió. La masiva espada de verdugo trazó un amplio arco, cuando pasó por la infra-luz su borde osciló. Había una sombra, una ligera sombra... No, incluso menos que eso. Sólo la sugerencia o la memoria de una sombra. La hoja cogió algo, un jirón de la noche.

Luego hubo un impacto, ensangrentado y crujiente. Holguín se tambaleó hacia atrás y se estrelló contra la pared. El Ángel Oscuro junto a él parecía girar sobre sí mismo de una manera extraña. Su lado derecho de la armadura a la altura del torso se abrió, dejando escapar resbaladizos órganos y abundante sangre.

Auguston comenzó a disparar. Todos ellos comenzaron a disparar.

En el rápido e infernal destello, provocado por los múltiples disparos, Auguston hizo un círculo completo, buscando a su enemigo.

Súbitamente, se encontró una cara justo delante suyo, a pocos centímetros de distancia, mirando directamente a través de su alma. El rostro tenía ojos como soles negros y la piel tan blanca como un desierto de huesos, la palidez casi enfermiza era acentuada por la infra-luz verde. Largo y desigual, el negro pelo estaba medio-pegado en su mejilla y nariz, pegado por la sangre de los muertos. La maliciosa boca se abrió, revelando los ennegrecidos dientes y azules encías. Con lascivia estiró la boca, imposiblemente abierta, inhumanamente amplia.

Auguston oyó la risa.

Se abalanzó sobre Curze, disparando su combi-bólter. La cara y la sombra, incluso la loca risa, todo se desvaneció en un instante. En su consternación, Auguston vio que sus disparos habían derribado un Ángel Oscuro al otro lado de la sala.

Otros hombres todavía estaban disparando. Era una locura, había mucha confusión. Toda disciplina perdida. Habían pasado apenas segundos desde el primer instante de lucha. Auguston se dio cuenta de que bramaba, expresando su furia con no-palabras desesperadas.

¿Era esto el temor? ¿Era realmente miedo?

Vio a un legionario, un Ultramarine, fue golpeado y salió volando por el aire. El guerrero había sido tocado por nada más que un pedazo de sombra, el jirón irregular del ala negra de un pájaro muerto tiempo a, pero el impacto fue como si hubiera sido disparado por un cañón. Agitándose, golpeó una de las grandes ventanas de la sala, con el hombro por delante, y pasó a través de ella en una cascada de trozos de vidrio roto.

El yelmo de un sargento de los Ultramarines rodó por el suelo de piedra hasta los pies de Auguston.

Todavía había una cabeza en él.

-**¡Frente a mí!**- rugió Auguston. -**¡Da la cara, muéstrate frente a mí como un hombre! ¡Cobarde! ¡Tú, maldita cosa nocturna!**

La respuesta de Curze fue una garra que atravesó la ceramita, el blindaje de debajo y la gavilla de fibras hasta encontrar los intestinos.

Auguston cayó hacia adelante, la sangre salió con ganas una vez desapareció la garra. Había tanta sangre donada por los muertos, tanto de Ultramarines como de los Ángeles Oscuros que casi había un flujo, como la presión de una marea, a lo largo del suelo en la sala de sintonización. La oscuridad apestaba a sangre, a sangre de buenos Marines Espaciales.

Curze se detuvo un segundo, la imponente sombra de un esqueleto del crepúsculo, con la uña de una única garra alzó las humeantes cuerdas que eran las vísceras de Auguston como algún accidentado trofeo.

-**Aún no estoy muerto, bastardo**- farfulló Auguston, espumosas burbujas de sangre estallaron en sus labios. Empapado casi de la cabeza a los pies en su propia sangre, se acercó a Curze con la

espada de verdugo en su prieto puño derecho.



Desde el interior de la Capilla Conmemorativa, a la luz de las velas, los sonidos de la campaña de terror del Acechante Nocturno se podían escuchar claramente: las alarmas, el vox frenético, los sonidos de pies que corrían, los disparos, la detonación al azar de granadas y otros dispositivos desde el este, al oeste, en todas partes.

-**Suena como si se librara una guerra a través de la Fortaleza**- dijo la sincro-imagen del Herrero de Guerra Dantioch.

-**Agradezca que usted no esté aquí**- respondió Alexis Polux. -**He oído muchas historias de los malévolos y crueles talentos de Curze, pero esta noche parece estar sobresaliendo sobre sí mismo.**

Polux miró a su alrededor cuando la energía falló en el pasillo, fuera de la capilla. Podía oler a quemado. Sacó su pistola de bólter, prefiriendo empuñarla con su mano derecha y no con la nueva que estaba aún curando.

-**Creo que nuestra audiencia diaria ha terminado**- dijo Polux. -**Tengo que despedirme y ayudar a mis hermanos a detener ésta locura.**

-**Entonces me despido de ustedes en sus esfuerzos, Polux**- dijo el Herrero de Guerra.

Polux miró a Dantioch fríamente, como si los fervientes deseos del Guerrero de Hierro fueran más una condena que una bendición.

De repente, tres Ultramarines entraron en la capilla, sus armas desenfundadas, buscando objetivos. Cuando avistaron a Polux, bajaron sus armas.

-**¿Ha venido por aquí?**- preguntó el oficial.

-**¿Curze? No**- replicó Polux.

-**Esta zona debe ser asegurada**- dijo el oficial a los dos legionarios que iban con él.

-**¿Cree que está cerca?**- preguntó Polux, caminando hacia él.

-**Él está en todas partes**- respondió con gravedad el oficial. -**La orden fue clara: "Matad todas las sombras". Pensé... pensé que era una tontería al principio. Pero es como un demonio.**

-**Es un hijo del Emperador**- dijo Dantioch desde la brillante imagen de baja sintonía de Sotha detrás de ellos. -**Es un semidiós. No es posible sobreestimar su potencial.**

Dantioch se levantó con inquietud de su silla con respaldo alto y llegó hasta el borde del campo de sintonización.

-**Ten cuidado**- dijo de repente, mirando a su alrededor en respuesta a las vibraciones empáticas del campo cuántico. -**Mis queridos hermanos, tened cuidado…**

Todas las velas en la capilla se apagaron. La repentina oscuridad estaba envuelta con turbulentos zarcillos de humo gris que aún se elevaban de las mechas. Ahora, la mayor cantidad de luz provenía de la caverna pulida en Sotha, cayendo sobre la noche que había golpeado la capilla a través del campo de sintonización, iluminando la habitación de una manera extraña.

La capilla tenía cuatro juegos de puertas dobles, uno en cada punto de la brújula. Las puertas en el extremo norte saltaron astilladas, quedaron abiertas, demolidas por la fuerza bruta. Dos figuras las habían atravesado, enzarzados juntos, tambaleándose a través del amplio piso de la capilla pavimentada. Una, era el Maestro del Primero, Auguston, un crudo espectro totalmente empapado de pies a cabeza en sangre, empuñaba la larga hoja de Holguín en su mano. La otra era la oscuridad manifiesta, una forma más alargada, más grande y cruel, un horror insustancial, la fugaz y desigual sombra que dejaría un grajo cuando volara rápido a través de un cielo de invierno.

Polux y los Ultramarines se precipitaron hacia adelante. Los combatientes estaban tan entrelazados que era imposible efectuar un tiro sin darle a Auguston. Polux vaciló, mirando con manifiesto horror. El Acechante Nocturno parecía un fantasma, un mosaico, una sugerencia de garras entre una capa harapienta, de largo pelo apelmazado, de una cara blanca como un cráneo desnudo, de una negra boca lasciva.

-**¡Él está aquí!**- gritó el oficial Ultramarine a su vox. -**¡En la capilla! ¡La capilla!**

Auguston cayó, roto, agotado. Aterrizó sobre sus rodillas y, por un

instante, Polux pudo ver el terrible daño que se había obrado sobre él. El Maestro del Primero había sido desgarrado y eviscerado, la mitad de su cara arrancada. Que Auguston aún siguiera moviéndose hablaba de su coraje y los umbrales transhumanos.

La espada de verdugo ya no estaba en la mano del Maestro del Primero. Arrojada, cruzó la capilla como una lanza y empaló el oficial Ultramarine a través del cuello antes de que pudiera repetir su llamada. Cayó, ahogándose ruidosamente en su propia sangre, el aire silbando por los agujeros en su garganta.

Polux y los dos Ultramarines abrieron fuego, pero no parecía haber nada que impactar.

-**¡Por el amor de Terra! Polux**- gritó Dantioch desde el borde del campo de sintonización. -**¡Huye! No podéis luchar con él. ¡Huid ahora! ¡Reagruparos!**

Las Garras salieron de la humeante oscuridad y tajaron a través de uno de los Ultramarines. El otro corrió hacia delante, realizando repetidos disparos que no golpearon nada excepto a su camarada ya muerto. La oscuridad se enroscó a su alrededor, y su cabeza dio un giro de ciento ochenta grados con un audible crujido. El Ultramarine cayó sobre el cadáver de su camarada.

-**¡Polux! ¡Corre, hermano! ¡Corre!**- gritó exasperado Dantioch.

Polux se había quedado congelado. Se volvió lentamente, levantó la pistola bólter, una oscuridad como algo derretido fluyó a su alrededor. El silencio siseó y respiró como un ser vivo. Podía sentir al monstruo cerca. Podía sentir el hediondo mal dando vueltas a su alrededor en la oscuridad.

Cerca de allí, Auguston dejó escapar un sonido de gorgoteo terrible. Los espasmos sacudieron la figura arrodillada cuando la muerte finalmente le abrumó. Cayó sobre su costado.

-**Has matado a muchos ésta noche, monstruo**- dijo Polux a la oscuridad, todavía girando, buscándolo a la caza. -**No hay ninguna duda del coraje del gran guerrero que ha expirado. No tengo ninguna duda que lo mantuvo en pie y furioso luchando contra el mal. Espero que esto dure al menos la mitad de ese tiempo.**

El silencio respiraba.

-**Por otra parte**- dijo Polux -**espero bañarme en tu sangre antes de**

que termine la noche.

-**¡A tu izquierda!**- gritó Dantioch.

Polux se giró y disparó. Oyó algo. ¿Había impactado realmente ese disparo? ¿Era eso sangre?

-**¡A la derecha!**- gritó Dantioch.

Polux se volvió de nuevo y disparó dos rondas más. El Herrero de Guerra estaba utilizando las vibraciones empáticas del campo para leer la oscuridad y detectar los movimientos del Acechante Nocturno.

-**¿Dónde está ahora?**- gritó Polux. -**¿Dónde está?**

-**¡En tú espalda!**- rugió Dantioch.

Polux se giró, pero no fue lo suficientemente rápido. Recibió un golpe oblicuo que lo tiró al suelo, cayó con dureza. La pistola bólter se deslizó lejos de él a través de las losas.

-**¡Muévete!**- imploró Dantioch.

Polux rodó de lado desesperadamente. Las garras salieron de la nada, barriendo en una carrera descendente que dividió las losas donde había estado tendido.

Luchó, con frenesí, avanzando sobre manos y rodillas, buscando a tientas su arma caída.



Barabas Dantioch, el Herrero de Guerra renegado

-**¡No! Manténgase en movimiento!**- gritó Dantioch.

Polux se lanzó a un lado de nuevo mientras las garras llegaban una y otra vez. Estaba casi encima del Ultramarino caído. Sin hacer caso, frenético, Polux arrancó la espada de verdugo del cuello del hombre.

-**¡Izquierda! ¡Izquierda!**- imploró Dantioch.

Polux atacó hacía la izquierda con su larga hoja, una vez, dos veces.

-**¡Delante!**

Polux lanzó otro golpe. Con éste, sintió un contacto a través de la empuñadura. Manchas de sangre negro salpicaban las losas. Había dejado una marca. Daría buena cuenta de su muerte, como Auguston se merecía.

-**¡Correcto! ¡Y detrás!**- gritó Dantioch.

Polux puso su peso en la espada cuando se volvió, sintió la pesada hoja rebotar frente a las garras. Hubo una lluvia de chispas cuando el acero forjado en Calibán desvió las garras de Curze. Polux siguió el bloqueo con otro golpe, y luego otro salvaje golpe, con la esperanza de mantener al monstruo a la defensiva.

La espada del Ángel Oscuro era tan grande que Polux se dio cuenta de que estaba asiéndola instintivamente con las dos manos; la veterana y la nueva, sujetándola expertamente en torno a la empuñadura.

Él hizo una finta a la izquierda y luego cortó la oscuridad hacia la derecha, para acabar lanzando un tajo hacia delante.

-**¡Guíame, Herrero de Guerra! ¿Dónde está?**

-**Ya lo tengo. ¡A su izquierda!**- exclamó Dantioch, señalando inútilmente la oscuridad dentro de la misma oscuridad.

Polux golpeó duro a su izquierda. Podía oler el hedor de algo en la penumbra, sentir el calor de su furia. Era un olor sucio, el olor de un animal enfermo. Era como luchar contra todas las bestias del lado nocturno de Inwit a la vez.

-**Izquierda. ¡Ahora!**

Polux rugió por el esfuerzo, atacando nuevamente con la hoja. Conectó de nuevo. Lo sintió.

-**¿Te he cortado?**- preguntó a la oscuridad. -**¿Estás sangrando?**

La respuesta fue un golpe en la cara que estrelló a Polux en el suelo. Aturdido, trató de recuperarse. Tenía la boca llena de sangre.

Podía oír a Dantioch gritando su nombre, induciéndole a moverse. No podía despejar su cabeza.

Otro golpe, una patada muy probablemente, le dio en el pecho, y lo envió rodando por el suelo de la capilla. La espada ya no estaba en sus manos. Ni había aire en sus pulmones. Escupió sangre.

Había terminado justo en el borde del campo de sintonización, bañado por la misteriosa luz de Sotha. Dantioch estaba de pie sobre él, gritando de rabia, impotencia y frustración, al parecer a centímetros de distancia aunque a años luz en realidad. La angustia del Herrero de Guerra era terrible, no podía hacer nada, solo vigilar, implorar a Polux que se levantase y gritar obscenidades a la cosa en la oscuridad.

Polux intentó levantarse.

Todo estaba muy quieto. Podía oír la respiración de Curze, jadeando como un perro. Era consciente de que el Acechante Nocturno estaba a su lado, de pie junto a él, las puntas de las largas, larguísimas garras, lentamente, casi con delicadeza, rasparon la superficie de la armadura de Polux, a punto de ser flexionadas y golpear.

-**Sí, estoy sangrando**- dijo el raspado de una voz como el sonajero de la muerte -**pero no tanto como estás a punto de hacerlo tú, Puño Imperial.**

Polux se estremeció, se preparó para recibir el golpe mortal.

Un guante tomó su mano izquierda y tiró. Lo hizo con un inmenso poder. Jalándolo de soslayo y sacándolo del camino, de modo que el letal golpe de las guadañas de Curze se perdió por completo.

Polux levantó la vista para ver quién podía haber entrado en la lucha e intervenido. Sin embargo, sólo había tres seres presentes: Polux, la sombra de Curze y el Herrero de Guerra.

Dantioch asía fuertemente la nueva mano izquierda de Polux. El aire era fresco y olía totalmente diferente. La acústica a su alrededor había cambiado. Polux ya no estaba en la capilla.

Estaba en la sala de sintonización, pero en Sotha.

-**¿Dantioch...?**

-**No tengo una respuesta...**- respondió el Herrero de Guerra.

Ellos miraron hacia atrás. Curze, imponente, mirando de reojo con lascivia, engañado por su presa, miró hacia atrás desde la oscuridad de la capilla. Extendió la mano, un puñado de garras, y trató de tocarlos, pero era tan sólidas como el humo. Mientras Polux había pasado al otro lado, Curze no podía.

-**Ya me dirán**- silbó Curze, moteando saliva entre los ennegrecidos dientes -**cómo lo han logrado. ¿Cómo se hace esto?**

-**La fe y la voluntad de los hombres de bien**- respondió Dantioch. -**Cuando están de pie juntos en contra de la infamia, la galaxia pelea por ellos.**

-**Apenas pondría mi confianza en la galaxia**- siseó Curze. Estaba tan delgado, tan alto, un cadavérico heraldo de la muerte. -**He visto lo que sueña y es suficiente para enloquecer rápidamente a cualquiera.**

Su lasciva sonrisa se desvaneció.

-**Ahora vuelve donde pueda matarte**- dijo.

-**Creo que ninguno de nosotros va a aceptar su oferta, Señor Nocturno**- dijo Dantioch. -**Por otra parte, creo que está a punto de tener asuntos más urgentes de los que preocuparse. Auguston y Polux lo han retenido aquí más tiempo del que calculó quedarse.**

Detrás de Curze, la luz inundó la capilla cuando dos juegos de puertas se abrieron, las entradas sur y oeste. Enmarcado en la entrada sur, con la espada desenvainada y flanqueado por Ultramarines, estaba el Hijo Vengador.

-**Atrás**- urgió Guilliman a sus hombres. La rabia irradiaba de él como una neblina de calor. -**Este desgraciado es mío.**

-**No**- dijo el León, dejando a sus Ángeles Oscuros en el umbral de la puerta oeste y caminando hacia adelante. -**Él es nuestro.**

-**Bueno, ahora**- murmuró Konrad Curze, pensativamente, apoyando en la esquina izquierda de su labio inferior la extravagante punta de una garra ensangrentada. -**Esto se ha puesto interesante.**



16

HERMANOS DE SANGRE

“Puedes llamarme pariente, pero eres cruel.
Así que, no lo eres completamente.”

-Ferrus Manus informando a Konrad Curze.



Curze se apartó del campo de sintonización y se enfrentó a sus hermanos. Guilliman y el León se le acercaron, Guilliman por la izquierda, el León por la derecha.

Guilliman agarró el gladius, no era su mejor arma, pero sí una de sus favoritas. Había dado más muertes con esa útil hoja de las que realmente habría cobrado con cualquier buena espada de su arsenal. Tenía un brillante escudo de combate atado a su brazo izquierdo. Iba con la cabeza descubierta.

El pelo del León estaba suelto, apretaba la mandíbula. Empuñaba una espada larga que Farith Redloss le había pasado. Era conocida en todas partes como la ‘Espada del León’, se decía que había sido forjada en Terra por los mismísimos armeros del Emperador. Brillaba con una pálida luz interior.

-**Que ningún hombre intervenga**- dijo Guilliman a los Ultramarines y Ángeles Oscuros agolpados a las puertas de la capilla.

-**Esto es entre nosotros**- estuvo de acuerdo el León. -**Farith, puedes derribar a cualquier otro que intente intervenir.**

-**Ya lo has oído, Gorod**- dijo Guilliman. -**Aplícate lo mismo.**

Tanto Gorod de los Invictus como Farith Redloss, hicieron murmullos de aceptación.

-**Tú, no puedes venir a mi mundo y hacer esto**- dijo Guilliman, acechando a Curze. -**No puedes entrar en mi hogar y hacer lo que has hecho.**

-**Hago lo que me da la gana, hermano**- le respondió Curze. Podían oler el hedor de su aliento desde el otro lado de la cámara.

El León miró de reojo los lastimosos restos de Auguston.

-**Has acumulado demasiados cadáveres ésta noche, Konrad. De entre mis legionarios y demasiados de los de Roboute. Este guerrero, el Maestro del Primero, es una pérdida especialmente gravosa.**
-**Era belicoso**- siseó Curze. -**Incluso después de que me llevara su molleja y la luz de sus ojos, él, siguió caminando.**

-**¡Bastardo!**- le espetó Guilliman.

-**El Maestro Auguston luchó como los campeones de leyenda, mi señor**- dijo Polux desde el reluciente campo. -**Desafió a la muerte para seguir luchando. Nunca he visto nada parecido.**

-**¿Y tú, que has desafiado la física corpórea para escapar de mí, Puño Imperial?**- susurró Curze, sus palabras sonaron como tierra entre piedras de molino. -**Venga. ¿Es que nadie más se maravilla ante esto?**

Guilliman estaba cerca de Curze. Empezó a girar el gladius.

-**El hermano ha matado al hermano**- dijo. -**A medida que fuimos criados, era algo impensable, pero el hermano ha matado a su hermano. Y cada vez, ha sido un hijo hereje el que ha matado a un devoto hermano: Ferrus, Corax, Vulkan.**

-**Ahh… hay novedades**- murmuró Curze. -**Tut tut tut, Roboute. Vulkan vive.**

-**Entonces me alegro**- dijo Guilliman -**pero creo que es hora de que los herejes paguen un precio. Un precio en sangre. Creo que ya es hora de que un hijo devoto ponga a uno hereje en el maldito suelo.**

-**Siete veces** de **acuerdo**- dijo el León en voz baja, acechando.

Curze los encaró. Destacaba lo alto que era, más alto que cualquiera de ellos, una espantosa figura de largos huesos, delgada y famélica.

Parecía un gigante muerto de hambre, tan alto como escuálido. Su andrajoso manto negro fluía de sus hombros al suelo como las alas plegadas de un pájaro herido. Sus delgados brazos colgaban a los costados, las enormes garras de energía chisporroteaban haciendo que sus manos parecieran, aún más, desproporcionadamente largas. Inclinó la cabeza hacia atrás con su lacio cabello. Y cerró los ojos.

-**Hermano**- dijo. -**Y tú, hermano. Venid y cogedme.**

Guilliman se lanzó hacia delante. El León fue más rápido. Guilliman era robusto y deslumbrante, pero el León era el elegante. La 'Espada del León' describió un arco zumbando en el aire mientras daba la vuelta, dejando, brevemente, una brillante imagen que permanecía en la retina de todos los legionarios que la observaron.

La hoja segó la cabeza de Curze. Él ni se movió.

Entonces era humo.

Las garras de energía de la mano derecha de Curze dieron un golpe seco y condujeron a un lado la punzante mordedura de la 'Espada del León'. Las garras de su izquierda se reunieron con el gladius de Guilliman, desviándolo también.

Guilliman golpeó de nuevo, impulsado por la furia, y cortó a través de algo.

Pero fue a la sombra. Sólo un jirón de su capa.

Las garras golpearon de vuelta. Y Guilliman levantó su escudo. La acción de las garras arrancó chispas de su superficie y trituró sus bordes.

Guilliman atacó otra vez. Nada. Sombra. ¡Sombra!

El León giró como un bailarín y balanceó la famosa 'Espada del León' de soslayo sobre Curze con un agarre a dos manos. Curze se agachó, evadió el golpe y giró a su vez, pegándose y golpeando a Guilliman mientras éste lo atacaba. El León se inclinó y giró su chisporroteante espada en un ataque diseñado para rajar a Curze desde la ingle hasta la garganta.

Pero Curze ya no estaba allí.

En un parpadeo se desplazó a la izquierda y bloqueó la espada una vez estuvo arriba. Luego estampó su otra mano en la cara del León.

La sangre brotó del golpe. Una garra había golpeado limpiamente a través del cuello del León. El León se tambaleó hacia atrás, su mano sujetando la herida para detener la brutal pérdida de sangre.

Algunos de sus atestados hombres se adelantaron alarmados.

-**¡No!**- gritó el León.

Guilliman golpeó con su maltratado escudo a Curze y lo hizo retroceder. Lo apuñaló dos veces con el gladius, rápidamente, como una serpiente al ataque y obtuvo sangre con el segundo golpe.

-**¡Bastardo!**- siseó Curze.

Sus garras golpearon a Guilliman impactándolo desde un lado, dejando cuatro largos surcos en su pectoral.

Guilliman se recuperó, realizó un barrido bajo con su espada, y luego la alzó con el golpe de regreso. Golpeado, Curze se apartó y cayó. Cuando se levantó, la mejilla derecha estaba abierta hasta el hueso.

-**Ahora empecemos en serio**- dijo entre dientes.

-**Ahora lo terminaremos**- le espetó el León, viniendo hacia Curze con su espada lista.

Curze se movió otra vez, deslizándose en la oscuridad. La hoja atravesó el humo y la sombra. El León se volvió y lo intentó de nuevo, golpeando una, dos, tres veces, cada golpe fue bloqueado por las rápidas y salvajes garras.

-**Oh dulce Terra**- dijo Polux. Miró al Herrero de Guerra. -**¿Siente eso?**

-**Lo hago**- acordó Dantioch. -**Lo hago con absoluta certeza.**

El efecto empático del campo cuántico estaba resonando a través de los dos.

Podrían sentirla. La verdad, las verdaderas intenciones de Curze. Los esfuerzos de Auguston y Polux no habían retrasado a Curze demasiado tiempo. No le habían mantenido fuera del lugar, por lo que había colocado su trampa.

Había construido esto como una trampa desde el principio, una trampa para matar a uno o más de sus hermanos.

-**¡Fuera, mis señores!**- gritó Polux. -**¡Salgan ahora! ¡Ha cableado toda la capilla! ¡Fuera, por el amor a la misericordia!**

Rechazado nuevamente por las garras de Curze, Guilliman miró las figuras de Polux y el Herrero de Guerra en el resplandor del campo de sintonización.

-**¿Que tiene el qué?**

-**¡Salgan fuera, mi señor!**- gritó Polux.

Curze golpeó la 'Espada del León' a un lado.

Hizo una pausa y su sonrisa de negros dientes reapareció. Era una sonrisa de triunfo.

-**Desde mi nacimiento, he sido un amigo incondicional de la muerte**- dijo. -**He aprendido que la muerte está sola y disfruta haciendo nuevos y duraderos amigos. ¿Roboute? ¿Gran León? Permitidme que os la presente.**

Curze apretó con fuerza sus garras.

Las setenta y cinco granadas cableadas alrededor de los aleros de la Capilla se activaron.

En una cortina de blancas llamas y furia, la Capilla Conmemorativa dejó de existir.



17

CASA Y HOGAR

“La muerte no discrimina.
Es tan ecuánime, tan escrupulosamente justa,
que no parece justa en absoluto.”

-Eeron Kleve, X Legión, los Manos de Hierro.



-**Dime, te lo imploro, ¿qué fue eso?**- preguntó Euten al capitán de la guardia Praecental.

Vodun Badorum negó con la cabeza.

-**Mamzel, es difícil de decir. Los informes de la fortaleza son... contradictorios. Algunos dicen que es el Acechante Nocturno, desatado sobre el Castrum, otros afirman que es todo un ejército de Amos de la Noche. Hay informes de ataques e incidentes en todos los niveles de la Fortaleza y…**

-**¿Pero no me puede decir qué fue la explosión que sacudió estos muros?**- le espetó.

Badorum sacudió la cabeza de nuevo. A su lado, cuatro de sus Praecentals estaban llevando a cabo, con urgencia, conversaciones por el vox, tratando de reunir precisa información de inteligencia de lo sucedido en la Fortaleza.

-**Entonces voy a tener que confiar en mis propios ojos**- anunció Euten y se levantó bruscamente. Badorum previamente le había pedido que le acompañara al ala privada de la Residencia por motivos de seguridad, pero ahora, ella se dirigió directamente a través del pasillo exterior al rellano de la escalera principal. Corrió tras ella, llamándola por su nombre. La Majestuosa Chambelán Principal se movía con sorprendente velocidad cuando quería.

Abajo, al pie de la escalera, agolpados guerreros esperaban. Miraron hacia arriba mientras ella pasaba dando zancadas. Todos eran legionarios Astartes, todos visitantes del naufragio en Macragge, todos de las Legiones destrozadas (Shattered Legions en el original). Las salas más bajas de la Residencia se habían convertido en sus cuarteles.

Como ella, esperaban noticias.

-**Mamzel. ¡Mi señora!**- llamó uno de ellos.

Euten no se detuvo por él. Cruzó el rellano, abrió las puertas de cristal de la terraza oeste y entró en la noche. Badorum la siguió.

La noche era especialmente oscura. El Pharos brillaba fríamente, como una lámpara blanca en la niebla. Una franja de aire negro colgaba al otro lado del muro por debajo de él y hacia la ciudad

Desde el balcón sin luz, en el frío de la noche, tenían una visión directa de la Puerta de Hera y las ciclópeas murallas del este de la propia Fortaleza. El humo y, en algunos lugares, las llamas se elevaban de la Fortaleza en varios lugares. Todo ello, eclipsado por la enorme humareda, que iluminada desde abajo, salía expulsada desde el interior de la Fortaleza a la noche. A Euten le recordó los grandes volcanes, refunfuñando, en el extremo norte de Macragge.

-**¡Gran Oscuridad!**- susurró, esa vieja maldición de Iliria. -**¿Que han hecho?**

-**Mamzel, debe entrar**- dijo Badorum.

-**La Capilla Conmemorativa está ardiendo, Vodun**- dijo, mirando la atroz visión.

-**Creo que tal vez sí**- dijo Badorum. -**O tal vez el Pretorio.**

-**Es la Capilla**- insistió. Se dio la vuelta para mirarlo.

-**Tenemos que saber algo de lo que ocurre en la Fortaleza. Guilliman está ahí.**

-**Y el León también, han ido tan a la caza de su malvado hermano, que la guerra ha caído sobre nosotros esta noche.**

-**Guerra. Malicia. Disidencia. Terror**- dijo Euten, pronunciando cada palabra como si estuviera escupiendo piedras. -**El Acechante Nocturno busca una víctima sobre todas los demás: Ultramar. La**

ciudad de Macragge es el último lugar estable y leal en la galaxia, Vodun, porque nuestro señor lo ha hecho posible, manteniéndonos firmes cuando todos los demás se marchitan y fallan. Esto es lo que Curze ha llegado a asesinar. Nuestra paz, nuestra fe, nuestra fortaleza.

-**Le detendrán**- dijo Badorum.

-**¿Lo harán? ¿O por la madrugada, habrá pánico y disturbios en las calles de la ciudad? ¿Reinará el terror y arruinará los corazones de los ciudadanos? ¿Quedará atrapada Macragge entre el fuego y las llamas, perdiéndose la última verdadera fortaleza?**

-**No, mi señora**- dijo. -**Ven, por favor, me temo que estar aquí no es seguro. Vamos, por favor, al interior.**

Euten permitió que la devolviera a la Residencia.

-**Mi señor ha tomado casi todos los Ultramarines del Castrum y están en la Fortaleza con él, también tiene a su noble hermano y buenos legionarios, de los más fuertes, Ángeles Oscuros con él. Además, las puertas y la base de la muralla están protegidas para evitar el acceso a, o desde, la ciudad.**

-**El monstruo de Curze entró, Vodun. Supongo, que podrá salir de nuevo.**

-**Con cada segundo que pasa, tiene menos a su favor el factor sorpresa, Mamzel**- respondió Badorum.

Se detuvo en el rellano de la escalera y miró a los Marines Espaciales que esperaban pacientemente: Salamandras, Manos de Hierro, la Guardia del Cuervo, un Cicatriz Blanca o dos.

-**¿Qué tenemos aquí, Vodun?**- preguntó.

-**Mis Praecentals se mantienen en la Residencia, 'mam'**- respondió el Comandante. -**Orden directa del Señor Guilliman. Él me hizo llamar a mis hombres de vuelta a la Fortaleza.**

-**¿Debido a que los Praecentals serían superados?**

-**Esta caza es una tarea, como mínimo, de las Legiones Astartes. No es poca cosa el acorralar y matar a un Primarca.**

-**No hemos utilizado nuestros recursos al completo**- dijo. Dio unos pasos por la escalera y se dirigió a los guerreros que esperaban.

-**Mis queridos Hermanos de Batalla, dignas almas, esta noche, nos visita un ser sombrío, una oscuridad a través de la cual debemos resistir y salir íntegros, juntos.**

-**Hemos pasado por mucho ya, mi señora**- dijo uno de los Manos de Hierro. -**Hemos aprendido a perdurar. Es nuestro acero.**

Muchos de los que le rodeaban asintieron.

-**Bien hablado, Sardon Karaashison**- dijo Euten.

-**Todavía estamos en la ignorancia, señora**- dijo un capitán de la Guardia del Cuervo cerca de Karaashison. -**Estamos simplemente obligados a esperar, robándonos cualquier movimiento o propósito.**

Euten asintió. Este era un problema que todavía no se había superado. Puesto que la luz del Pharos los había hecho converger en Macragge, en un corto espacio de tiempo, un millar de almas habían llegado a la ciudad desde las Legiones destrozadas en Isstvan. Fueron aparcados en la Residencia y en varios cuarteles de la ciudad. Sin lugar a dudas, eran un recurso de gran potencial, su resolución y determinación, más el haber sido testigos de la traición y la atrocidad, los hacía tremendamente valiosos.

Aún no se había encontrado una manera, sin embargo, para integrarlos en una sola fuerza. Guilliman había empezado a encontrar funciones para algunos, como convenía a sus especialidades, y que era, por supuesto sencillo, el colocar Manos de Hierro con Manos de Hierro y Guardias del Cuervo con Guardias del Cuervo. Pero, alearlos entre ellos, de una manera más permanentemente, fue una fuente de problemas por la diferencia en las prácticas y métodos de cada Legión, las motivaciones y lealtades, las intenciones y deseos. ¿Podían los líderes, de enjuta-carne, de los Manos de Hierro formar una columna vertebral de comandos con su fuerza de sobrevivientes? ¿La Guardia del Cuervo o las salamandras se contentarían con seguirlos? ¿El mando podía ser compartido? ¿Podrían ser niveladas sus ortodoxias? ¿Podrían los supervivientes agregarse como escuadrones adicionales a los Ultramarines o a los Ángeles Oscuros?

Tal como estaban las cosas, las Legiones destrozadas eran difíciles de manejar como una única fuerza. En caso de emergencia, tales como la que actualmente colgaba como un sudario a través

Macragge, no podían ser desplegados como una fuerza unificada, no como una la de los Ultramarines o los Ángeles Oscuros.

La cuestión había desconcertado a Guilliman. Euten lo había visto luchando por resolver el problema, muchas veces, en los últimos días.

-**El carácter individual y las características de las Legiones es lo que les hace tener sus puntos fuertes, y les hace hacer maravillas**- había dicho. -**Las idiosincrasias de composición y método son, precisamente, por lo que hay dieciocho legiones, en lugar de una Legión dieciocho veces su tamaño. Pero es una debilidad también, un defecto mortal, cuando se trata de trabajar juntos, como una unidad. Lo hace a uno anhelar una codificación formal y marcial, algo que puliera los ásperos bordes, que borrara las diferencias y asegurara un ajuste perfecto y fácil.**

-**Simpatizo con su ignorancia, Verano Ebb**- dijo Euten. -**Todos estamos bajo la misma oscuridad ésta noche. Te diré lo que sé, que no es mucho. A través de la astucia y la habilidad, explotando la buena fe de validos hombres, Konrad Curze ha hecho una visita a nuestra ciudad en el día de hoy.**

Hubo un murmullo general de inquietud y enojo.

Badorum, al lado de Euten, levantó una mano pidiendo tranquilidad.

-**A mi leal saber y entender**- continuó la Chambelán -**anda suelto por la Fortaleza, tratando de socavar la autoridad de Ultramar al quebrar la moral y el estado de derecho, magnificando el odio y el miedo.**

-**Esas fueron siempre sus armas**- dijo un oficial de los Manos de Hierro con la armadura mostrando su luto.

-**Lo fueron, Eeron Kleve**- dijo Euten con un gesto solemne. -**Y lo serán siempre, hasta que se le detenga o todo termine. Mi señor Guilliman y el noble señor de los Ángeles Oscuros lo están buscando, incluso ahora mientras hablamos, por la Fortaleza. Me compadezco de cualquier hombre, incluso de cualquier semidiós, que tenga a semejantes par tras sus talones.**

Otro murmullo general llenó la puerta de entrada, pero esta vez, fue con más ganas y enfático.

-**Me atrevo a decir**- dijo Euten -**que contra un enemigo como el Acechante Nocturno no hay tal cosa como demasiada ayuda. Sí,**

deberían partir ahora a la Fortaleza y añadir la fuerza de sus brazos a la caza. Pero escuchadme bien... No hagáis esto si no están dispuestos a respetar y seguir las órdenes de los oficiales Ultramarines o de los Ángeles Oscuros. El campo de batalla es suyo esta noche. El orden y la disciplina deben mantenerse, especialmente contra un enemigo cuyo único propósito es aumentar el desorden y el caos. Hermanos de Batalla, no hay lugar aquí, para el orgullo o las acciones individuales. Si pueden obedecer y servir, mi señor les estará agradecido.

-**No vamos a abusar de ésta confianza, mi señora**- dijo Eeron Kleve.

-**Horus, maldito sea su nombre, ha hecho una buena acción en esta gran traición**- dijo Verano Ebb. -**Él ha hecho los mayores y más ciertos camaradas jurados de entre los que ha herido.**

-**Alegra mi corazón el escucharlos en ésta fría noche, señores**- dijo Euten. -**Como Chambelán Principal, soy dueña de plena autoridad por el Señor de Ultramar en su ausencia. Así que con ese poder y el tono de mando, exhorto a todos a ir desde aquí hasta las puertas de la Fortaleza, y luchar contra el Acechante Nocturno. Servid a Guilliman, servid al león, y servid a Macragge. Que ninguna desobediencia debilite éste esfuerzo. Que vuestras hojas, antes de que llegue el amanecer, estén mojadas con la sangre del traidor.**

Los legionarios reunidos, mirando todos hacia ella, hicieron de inmediato el saludo, chocando los puños contra sus corazas.

-**¡Marchamos por Macragge!**- declaró Timur Gantulga.

Era extraño oír el grito proferido en un fuerte acento chogorianos, pero en un instante la declaración se hizo eco con vigor por su compañero Cicatrices Blancas, y luego, por cada Hermano de Batalla en el pasillo. El grito de guerra de Ultramar sonó colorido y extraño con el invertido acento de los insensibles medusianos, la elevada liberación del salvaje Fenris, el de Nocturne forjado al fuego, el de los glaciares de Inwit, e incluso, el de la distante y sagrada Terra.

-**Mi señor Badorum**- dijo Euten, volviéndose hacia él. -**Por mi sello y autoridad, que se trasmita a través de todos los canales, que ésta fuerza de guerreros se acerca a la Fortaleza para prestar ayuda. Haga que las puertas se abran para ellos, que sean admitidos y asignados sin demora. No perdamos éste propósito.**

-**Así se hará**- le aseguró.

-**Y Badorum**- añadió Euten -**asegúrese de que mi señor Guilliman, en persona, sabe que le estoy enviando ésta fuerza. Dile que tienen una sola resolución y están listos para su mando.**

-**Lo haré**- dijo.

Él no tenía ni el corazón, ni las palabras, para decirle que desde la explosión que había destrozado la Capilla Conmemorativa, diez minutos antes, no había establecido contacto con Guilliman o el León en absoluto.



-**¡Gorod!**- lo llamó Prayto.

El Comandante del feudo de la guardia giró su enorme forma blindada y vio a Titus Prayto acercándose a él. Prayto cojeaba y se aferraba a una lesión profunda y sangrienta en un costado.

-**Dime**- agregó Prayto.

-**Se lo digo directamente, Prayto**- retumbó el Catafracto. -**Soy un hombre sin honor. He fallado en mi deber. Mi juramento era protegerlo, y no lo he hecho.**

Miró al Maestro del Librarius.

-**Guilliman está muerto**- dijo Gorod. -**Así como el digno León.**

Detrás de ellos, a través del patio, la gran Capilla Conmemorativa continuó ardiendo en la noche. Su techo y paredes superiores se habían derrumbado. El calor era tan intenso que incluso los legionarios blindados habían sido rechazados, mientras, los equipos de rescate fueron convocados.

-**No**- dijo Prayto.

-**Podría desear cada minuto de cada día, por el resto de mi vida, que no fuera verdad lo que le he dicho**- dijo Gorod -**pero lo es. Curze ha asestado el golpe más horrible de todos. Preparó su trampa en la capilla, y lo hizo de manera que nuestro señor y el León la encontraran allí. Curze era el cebo en su propia trampa. Ha asesinado a nuestro maestro y con él, al noble rey de Calibán.**

Sólo espero que éste crimen le haya costado la vida.

-**No-** repitió Prayto.

-**¿Por qué me rebates?**- preguntó Gorod. -**Con mi propios ojos…**

-**Drakus**- dijo Prayto -**he, quizás a riesgo de perder mi cordura, tocado la mente de Konrad Curze. Me lo mostró todo, para que pudiera conocer las pesadillas que viven allí y así hacerme enloquecer. Escucha, Drakus. Creo que aún lo siento, silencioso, inmóvil... ¡En mi cabeza!**

Haciendo una mueca de dolor y soltando un profundo suspiro mientras se movía, Prayto miró a su alrededor.

-**Curze aún vive. Y si él escapó de esa conflagración, podrían, también, haberlo hecho mejores hombres.**

-**Él sabía lo que pasaría. Debió planear su salida.**

-**Si el Señor Guilliman hubiera muerto, Drakus, te juro, que yo lo habría sentido. Él confía en mí y "me permite servir en su rellano"** ('lets me wait at his shoulder' en el original, debe ser una frase hecha pero ni repajotera idea de lo que es, porque 'me permite esperar en su hombro' lo veo absurdo. nt)**. Habría sentido al instante, su aniquilación.**

-**Entonces no sé cómo ni donde está con vida**- dijo Gorod. -**Perdóname, hermano, pero ha recibido una gran herida. Me pregunto si sus percepciones son tan nítidas como podrían ser.**

-**En esto, lo son.**

Farith Redloss se acercó a ellos. El comandante del 'Ala del Terror' (Dreadwing en el original) no mostró ninguna expresión en su rostro.

-**Ha llegado una señal, nos envían refuerzos desde la Residencia. Debe abrir las puertas occidentales. No hay rastro de Curze, ni de...**

Su voz se desvaneció, sin palabras.

-**El Maestro Prayto afirma que aún están con vida**- dijo Gorod -**a pesar de la evidencia de este infierno.**

-**Entonces el Maestro Prayto alegra mi corazón. ¿Tiene alguna prueba de peso, hermano?**

-**Tengo mi mente**- dijo Prayto. -**Tenemos que encontrarlos. De hecho, tenemos que encontrar a Curze en particular. Si todavía está en libertad, entonces él utilizará toda ésta gran confusión para sembrar mayores males. Abramos las puertas, traigamos los refuerzos y cerramos la Fortaleza por completo. Voy a tratar de enfocar. Tal vez con la ayuda de otros bibliotecarios pueda localizar al malvado ser en la oscuridad.**

-**Necesita atención médica**- dijo Gorod. -**Esa herida debe ser limpiada, cosida y vendada. Hay que ir a la sala medicae inmediatamente…**

-**La sala medicae ha sufrido también un ataque**- dijo Farith Redloss. -**He oído que ha sido sellada mientras se contenía el problema.**

-**Espera**- dijo Prayto -**¿Curze ha golpeado por toda la Fortaleza, incluso en la Residencia? Hasta ahora no había oído hablar de que sus actos se hubieran extendido más allá del recinto de la Fortaleza.**

-**Sólo digo lo que he escuchado**- dijo Farith Redloss.

-**¿Somos perseguidos por más de un enemigo ésta noche?**- preguntó Gorod.

-**Vamos a concentrarnos en uno, del que ya estamos al tanto**- dijo Titus Prayto.



Las puertas orientales de la Fortaleza retumbaron al abrirse, dejando el olor del fuego y el humo en el aire frío de la noche. Sin ser acompañados, por las aceras y columnatas que vinculaban la Residencia a la Fortaleza, los animados Hermanos de Batalla de las Legiones destrozadas se movieron de camino al interior.

Niax Nessus les esperaba, con oficiales de alto rango de la Legión y de la de los Ángeles Oscuros.

-**Estamos agradecidos por sus fuertes brazos**- dijo Nessus directamente. -**La confusión es nuestro enemigo. Tenemos buenas razones para creer que el Acechante Nocturno sigue activo dentro de los límites de la Fortaleza. Debe ser encontrado. Se os**

va a dividir en escuadrones de búsqueda y se emparejará cada escuadra con un equipo de Ultramarines o Ángeles Oscuros. Se moverán conjuntamente, vigilen las espaldas y confirmen los barridos con los demás.

-**He asignado áreas**- dijo Holguín. Los Ángeles Oscuros, estaba claro, se habían llevado un golpe atroz en el combate. Su determinación al proceder era inspiradora. -**Hermanos, Curze es malvado y manifiestamente astuto. Ante cualquier avistamiento, den la voz de alerta, quédense en la formación y mantengan la disciplina. Ha devorado demasiadas buenas vidas ésta noche, declarando el desgobierno y el caos.**

-**Él es un asesino, ¿acaso no es motivo suficiente?**- estuvo de acuerdo Nessus. -**No corran riesgos con su vida, o la vida de los hermanos a su alrededor.**

Oficiales Ultramarines se adelantaron y comenzaron a ordenar las fuerzas, recién llegadas, de refuerzo.

-**He estudiado su arte**- dijo Gantulga a Kleve mientras esperaban la asignación.

-**¿Su arte?**

-**Poco se ha escrito de los métodos de los Amos de la Noche, pero lo que se ha registrado es estimulante**- el Cicatriz Blanca hizo una pausa. -**Él se imagina a sí mismo un cazador, un acosador de presas. Así es como se llama a sí mismo, por lo menos. Pero…**

-**¿Qué, amigo?**- preguntó Kleve.

-**Lo de ésta noche no me convence. Digo esto como cazador que soy y como alguien que conoce a muchos cazadores. Lo que he visto hasta el momento de su trabajo en la Fortaleza, es la pericia de una persona, pero no parece estar cazando.**

-**Su sistema es sembrar el terror y la confusión**- dijo Kleve.

-**E ir a la herida y castigar**- dijo Gantulga. -**Se arriesga a sí mismo. Se pone en grave peligro al realizar estos golpes, como si no le preocupara su propio destino**- hizo una pausa y miró hacia atrás a lo largo de la puerta de entrada al lugar donde los centinelas se disponían a cerrar y bloquear las puertas orientales. La noche afuera, enmarcado por el arco de la puerta maciza, era tan fría, negra e insondable como el cristal oscurecido.

-**A menos que**- murmuró. -**A menos que, Eeron Kleve, él sea un cazador de corazón.**

-**¿Qué quieres decir, Gantulga?**

-**Un cazador toma riesgos-** dijo el Cicatriz Blanca -**pero calculados, nunca excesivos. Siempre se protege a sí mismo, para poder cazar de nuevo. Un lobo acecha a un rebaño, y tal vez provoca pánico, por lo que los pastores conducen a los animales en un pliegue apretado del terreno y los encajonan. ¿Persiste el lobo? No. Es demasiado arriesgado, demasiado expuesto. Los pastores están alerta y se han reunido. Tratar de alcanzar el pliegue atraería la ira de sus hondas y flechas. Ese sería un riesgo inaceptable e innecesario para un cazador. Así que, mientras que los pastores están ocupados guardando el rebaño, el lobo se vuelve hacia donde no están: la despensa, el granero, los establos, las jaulas de pájaros.**

Súbitamente, Gantulga se volvió y corrió hacia las puertas que se cerraban.

-**¿Qué estás haciendo?**- lo llamó Kleve, apresurándose tras él y empezando a seguirlo. -**¡La Chambelán fue bastante específica! ¡No es el momento para la improvisación o acciones individuales! ¡Estamos aquí, sólo, si nos ajustábamos a la disciplina y el orden! ¡Gantulga! ¡Tenemos un deber!**

El Cicatriz Blanca giró la cabeza y miró por un segundo a los ojos del legionario de los Manos de Hierro.

-**Lo tenemos**- dijo -**pero no ahí. Ahí están todos, todos nosotros, rodeando la manada. Él ha hecho lo que debe, es demasiado peligroso para él estar aquí. Hay muchos de nosotros. Así que se ha ido a donde no estamos.**

-**A la Residencia**- dijo Kleve, entendiéndolo de golpe.

-**A la Residencia**- estuvo de acuerdo Gantulga.



Él encontró un salón. Estaba sin luz. Era un lugar privado. Sus ojos veían todos los detalles, a pesar de la oscuridad. Era una habitación

para los trofeos y recuerdos, una sala donde un hombre orgulloso mantiene las reliquias y recuerdos de su carrera: libros, cuadros, escudos de armas, armas.

Sin embargo esto, simplemente, no era de un hombre. Sorprendentemente, incluso en su delirio, su mente lo reconoció. Esto era de alguien que era más que un hombre. Este era de un maestro de mundos, un semidiós.

Aquí colgaban espadones de gran tamaño, falcatas y cimitarras, gladius de energía, mazas y curvadas hachas. Había extrañas armaduras de metal y servoarmaduras elaboradas para actos y ocasiones estatales. Allí estaban los rasguños y muescas de su servicio. También se exhibían mantos y capas, túnicas y estandartes, las vestimentas y adornos de la realeza.

Extendió el brazo con la mano ensangrentada.

El enemigo estaba cerca.

Necesitaba estar preparado.



-**¿Hola?**

No había nadie allí.

Euten hizo una pausa, luego negó con la cabeza. Sus nervios estaban tensos. Saltando ante cada sombra.

Se había retirado hacia la cámara de recogimiento de Guilliman, tan recientemente renovada y reparada que parecía medio vacía. Así, muchos elementos necesarios tuvieron que ser reemplazados, y otros muchos nunca podrían serlo. Las paredes estaban desnudas de pinturas. El dispositivo cogitador 'Cognis-Signum', recién instalado, ronroneó suavemente, parecía frío y clínico en comparación con la antigua máquina que había reemplazado.

Se sirvió una copa, un pequeño amasec.

La noche era sombría fuera de las ventanas, cortada sólo por el funesto resplandor del Pharos. Trató de ignorar la forma en que las nubes bajas eran iluminadas oblicuamente por los rubicundos

incendios de la Fortaleza.

Se sentó, pero no pudo sosegarse. Dejando su copa, fue hasta las puertas de la cámara. Un oficial de la guardia Praecental montaba guardia afuera.

-**¿Mi señora?**

-**Estoy enojada, Percel**- dijo. -**¿Realmente, todavía no se sabe nada de nuestro Señor Guilliman? Por favor, buen señor. Ha pasado ya demasiado tiempo.**

-**Voy a comprobarlo de nuevo, mi señora**- respondió el oficial.

Euten volvió a entrar en la habitación y volvió a su asiento. Su bebida estaba intacta. Dio unos golpecitos con los dedos sobre su rodilla.

Le dolía la espalda. Sus articulaciones estaban doloridas. ¡Qué miserable era para el ser humano envejecer, sin contar con las ciencias que prolongaban la duración de los mortales! Euten estaba resentida por la forma en que su vida y capacidades se estaban ralentizando. *Oh, si fuera transhumana, con esa fuerza y vitalidad.*

No está lejos el día, pensó, *cuando ya no le voy a ser de ninguna utilidad, cuando tenga que ser cuidada como un niño, y mi participación en ésta vida finalmente termine. Poco después, me habré ido de este valle por completo. ¿He hecho lo suficiente por él? Ha mantenido el rumbo, se mantuvo bien, desde los días de Konor hasta ésta oscura noche. Seguramente puedo servirle todavía…*

Un ruido. *¿Fue un golpe en la puerta de la cámara?*

-**¿Entrad?**- llamó.

Nadie vino. Una nube pasó a través de la solitaria estrella, ocultándola brevemente.

¿Por qué todavía no había noticias de la fortaleza?

Euten se levantó y se acercó a la puerta.

-**¿Percel?**

No había nadie en el pasillo. Los lúmenes, con forma de globo, chisporroteaban suavemente en sus apliques.

Se ha ido como le pedí, decidió. Habrá ido en buscar de noticias.

La Chambelán volvió a entrar en la habitación. Sentía que podría inquietar a la mismísima muerte con la energía de sus nervios. Tenía una gran agitación. *Era ridículo estar así, en una cámara bien iluminada, en un palacio-fortaleza, custodiado por los mejores soldados de Ultramar. Él…*

Se quedó paralizada.

El nombre estaba escrito claramente en la pared. No había estado allí cuando ella había ido hasta la puerta. Pero lo estaba ahora.

Roboute.

Euten lo sabía con certeza, a pesar de que desconocía cómo lo sabía, que estaba escrito con la sangre aún caliente del oficial Percel.

El terror la atenazó. Impulsó el aire de sus pulmones y robó su voz. Su corazón nunca había latido tan rápido.

Sobre la mesa, había un interruptor para dar la alarma. Parecía estar a kilómetros de distancia.

Se volvió lentamente, giró en un círculo completo, a la espera de fijar los ojos sobre lo que sabía que sonreía abiertamente y debía estar esperándola tras ella.

No había nada allí. Nada. Nada.

Sin embargo, las letras del nombre de su amo todavía goteaban en rojo por la pared.

-**¿Quién está aquí?**- dijo entre dientes.

No hubo respuesta.

-**¿Quién? ¿Quién está aquí?**

Nada.

Miró a su alrededor, en busca de detalles. *Ese nombre, embadurnado sobre la pared.*

-**No te tengo miedo**- dijo ella. -**Soy la Majestuosa Chambelán Principal de los Quinientos mundos y desalmados mortificados como tú no me asustan. Muéstrate. Sé un hombre y encárate. Te reto.**

¿Qué otros detalles habían cambiado mientras ella se había ido a la puerta?

Su copa. Su bebida. Todavía estaba donde ella la había puesto sobre la mesa lateral, pero ya no estaba lleno de amasec. El alcohol se había ido. En su lugar, la copa estaba llena de sangre.

El horror tocó su corazón. No podía luchar contra él. Sus dedos eran como de hielo. Como un niño, ella cayó al suelo y se apresuró detrás del mueble contiguo, permaneciendo agachada, arrastrándose en las sombras. *Tal vez pudiera ocultarse. Tal vez podría…*

El oficial Percel la estaba esperando bajo el sofá. Al menos, su cabeza cortada. Tenía los ojos vidriosos. También tenía la boca entreabierta, como si hubiera muerto en medio de una gran consternación y sorpresa. La miraba por entre las elegantes patas, de madera azul (Bluewood en el original), del sofá.

Euten retrocedió.

Había alguien de pie sobre ella, justo detrás. Su sombra cayó sobre ella. Era enorme, silencioso y potente, apestaba a sangre y guerra.

Quería preguntarle, rogarle, para que fuera rápido, pero su voz no le salía en absoluto.

La sombra puso una enorme mano en su hombro. Ella se estremeció.

-**Él está aquí**- dijo la sombra. -**Quédate abajo.**

Ella se volvió y miró hacia arriba. Empuñando el hacha, alerta, Faffnr Bludbroder estaba sobre ella.

-**Te quedaste**- susurró.

-**Sí, no hemos dejado la Residencia**- respondió. Él la miró. -**Quédate abajo. Haz cuanto te diga. Te protegeré con cada gota de mi sangre.**

Aún acobardada, Euten miró a su alrededor. Tan silencioso como el caer de la nieve, los otros miembros de la manada de salvajes de Faffnr se estaban introduciendo en la cámara, con las armas listas, las orejas tiesas ante cualquier sonido o movimiento. Su silencio fue extraordinario. Caminaban de la misma manera que...

...lobos sobre la nieve.

Faffnr suspiró. -**Ahora lo tenemos**- dijo.

Konrad Curze salió de alguna parte. No estuvo claro exactamente desde dónde. Podría haber sido desde una sombra, un pliegue de cortinas o incluso de la más pequeña grieta de la pared. Él se manifestó. Era monstruosamente enorme, una sombra negra, las garras de energía se desplegaron como las plumas de un cuervo al volar. Su pelo tenía un halo de suciedad. Su boca era increíblemente grande, unas fauces muy abiertas y ennegrecidas que estiraban su delgada piel blanca sobre su anguloso cráneo como si fuera a escindirse. En su mejilla derecha se veía hasta el hueso, cuajado de oscura sangre.

Los lobos fueron a por él sin dudarlo. Sus hojas estaban sedientas.

Sólo Faffnr se mantuvo en su lugar, el leal Faffnr, cubriéndola, defendiéndola con su espada y su cuerpo.

-**Corra ahora**- le dijo.

-**No puedo correr**- dijo ella, casi sin poder levantarse.

-**¡Hjold! ¡Correrás, y rápido, si te digo que corras, mujer!**

En una falta de definición. Bo Soren blandió su hacha, pero fue detenido en seco por las curvadas garras. Shockeye Ffyn arremetió con su espada larga, pero cortó solamente humo.

Gudson Allfreyer llegó hasta la bestia, pero fue apartado a un lado, escupiendo sangre y dientes rotos. Mads Loreson trató de girar, pero fue bloqueado por Allfreyer tambaleándose.

Un Primarca. Un escuadrón de las Legiones Astartes. Una habitación cerrada con llave. La misma habitación cerrada. ¿Cómo se repetiría la historia? ¿Qué cambiaria en ella?

Los Lobos eran los verdugos del Emperador.

Pero Curze...

Malmur Longreach empujó su lanza y Salick el “Trenzado” hizo un barrido bajo con el hacha, atacando juntos. Uno dio en el blanco, la sangre salpicó el suelo y los muebles alrededor de Euten, pero ambos fueron apartados a un lado. Kuro entró en la lucha con “Mordedor” Herek, y Nido Knifeson se abalanzo también.

Las hojas golpearon su armadura, sacando chispas como de un pedernal entre un girar de garras. Curze agarró a Salick por el cuello y lo arrojó al otro lado de la cámara contra la pared. “Mordedor” Herek enterró el hacha en las profundidades de oscuridad de Curze. La sangre lo roció. Mads Loreson cayó sobre una rodilla, llevándose las manos a su desgarrada garganta, tratando de contener la sangre que brotando de ella. Kuro Jjordrovk voló a través de la cámara, demoliendo una silla y una mesa mientras aterrizaba.

Curze estaba riendo. Su pálida cara de arlequín se dividió por una maniática sonrisa de deleite con el derramamiento de sangre. Lanzó a Shockeye Ffyn través de las ventanas de la cámara, que detonaron como una bomba de vidrio. Pateó a “Mordedor” Herek en el suelo y rompió su cráneo con un cruel codo acorazado. Le quitó la espada a Gudson, la partió en la espalda del Lobo y luego clavó la hoja rota en la mejilla de Bo Soren. Malmur forcejeó con él y Nido Knifeson se unió a él.

Ambos fueron echados a un lado, con un ruido de huesos rompiéndose y armaduras quebrándose.

-**Ya te he dicho que corras**- dijo Faffnr.

-**Lo siento**- respondió Euten.

-**Última oportunidad**- dijo, levantando su hacha y corriendo hacia el Acechante Nocturno.

Euten encontró la fuerza en sus pies. Se levantó y trató de correr. Un lobo, sangrado y retorciéndose, yacía en su camino, otro a su izquierda, y un tercero contra la pared parecía muerto.

Las puertas estaban cerca.

Algo voló sobre ella, una cosa enorme. Golpeó las puertas delante de ella y las desmenuzó por completo.

Era Faffnr Bludbroder.

El líder de la manada estaba entre los restos de las puertas, no se levantó.

Euten se detuvo. Se dio la vuelta.

Konrad Curze se inclinó ante ella. Era una sonrisa hecha de sombras, humo y la enfermedad de su locura. Era la maldad en sí misma.

-**Tarasha**- suspiró. Una sonrisa no debería ser tan amplia.

-**Él va a matarte por esto**- dijo.

-**Está muerto, Tarasha**- respondió Curze.

Toda su fuerza la abandonó. La pena la derribó. Cayó de rodillas.

-**No...**

-**Yo lo maté**- arrulló Curze. -**A Roboute y al León, a ambos. He observado su historia, por supuesto. Viendo como se convertía en el pequeño Emperador que pretende ser, haciendo la crónica de sí mismo. He oído hablar de ti. Tarasha Euten, Chambelán Principal, y a todos los efectos, una madre para él. Una madre.**

Curze suspiró.

-**Veras, gracias al genio de mi padre, mi clase no gozó del lujo de las madres. Tú eres algo extraño. Una cosa rara y obscena, una andrajosa bruja. Deseó que Roboute hubiera estado vivo para ver el dolor y el sufrimiento ante tu muerte.**

Euten se levantó en toda su estatura y miró al monstruo a los ojos.

-**Vete al infierno, bastardo**- dijo ella.

Curze echo hacia atrás sus garras, listo para dar un golpe letal.

Algo entró en la habitación. Con gran velocidad y fuerza. Euten sintió la precipitación de la misma, la onda de choque la empujó. Ella retrocedió, tambaleándose, aturdida.

De repente, su asesino ya no estaba frente a ella.

Curze era conducido hacia la ventana empujado por una fuerza elemental.

Iba vestido con partes de armadura y placas que no coincidían, todo robado de la sala de trofeos de Guilliman, una armadura construida para adaptarse a la escala de un Primarca. Empuñaba una maza de batalla, una fina pieza que Roboute había utilizado a principios de la Gran Cruzada.

La fuerza elemental, furiosa y gritando, con su piel brillando por la sangre, hizo añicos a Curze hacia atrás, descargando la maza sobre

su delgado pecho.

La fuerza elemental tenía un nombre, a pesar de que no lo sabía ni lo recordaba.

Y ese nombre era Vulkan.

Trabados juntos, él y Curze cayeron por la ventana de la cámara hacia la penumbra, y se precipitaron más allá.



18

MUERTE NEGADA

“Es posible, necesariamente, ser uno de los extremos del tiempo, uno de los extremos del largo hilo, que represente a tal dimensión por la que se extienden todas las cosas, y que todas las cosas perdieran su dimensión junto a ella: los bordes de nuestro cosmos, el poder de nuestros dioses, los esfuerzos y los límites de la vida, todo se encuentra más cerca que el extremo del tiempo. De hecho, el tiempo puede extenderse hasta alcanzar incluso su propia muerte, porque hasta la misma muerte debe perecer.”

-del Sabio de Sanaa. El Sonido Nocturno de los Insectos [Antigüedad].



Los Primarcas luchaban mientras caían, como ángeles rebeldes descendiendo en la noche. Chocando contra los techos más bajos de la Residencia. El impacto destrozó las tejas y rompió los remates del borde del tejado. Cercano al lugar del impacto, el cuerpo tendido de Shockeye Ffyn yacía en un ángulo extraño sobre un tubo de alcantarilla, donde había aterrizado previamente en su caída. Seguían estando muy arriba. La Residencia tenía una considerable altura. Detrás de ellos se extendía la Muralla Aegis y más allá, la caída seria aún más significativa del Castrum de la Paleópolis a la ciudad. Hacia el oeste, el viento de la noche soplaba, trayendo con él un espeso humo procedente de la Fortaleza en llamas.

La fuerza del discordante impacto apenas interrumpió su lucha. Vulkan rodó sobre las tejas rotas y se puso en pie, balanceando la maza; no era un martillo de guerra, pero era lo suficientemente parecido como para ser reconocido por su dañada mente. Curze

chillaba de dolor e indignación, retorciéndose ante su atacante, arremetiendo con sus garras.

-¡Vives! ¡Tú, vives!- gritó el Acechante Nocturno. **-¡Tu maldita vida todavía me atormenta! ¡Aún así no me permitirás llevármela! ¿Por qué sigues negándomela? ¿Por qué no dejas que me la lleve? Al final, incluso tú debes morir.**

El aullido de respuesta de Vulkan fue incoherente. Golpeó con su improvisada maza y la movió para protegerse de las garras. Saltaron chispas hacia viento de la noche.

-¡Ésta noche ya he matado a dos hermanos!- gritó Curze. -**¡Un tercero podría hacer ésta hora aún más cruelmente perfecta! ¡Y tu vida, la tuya de todas las vidas, tan inextinguible, sería el mayor trofeo de todos!**

Vulkan no entendió las palabras que le estaban gritando. Entendía muy poco. Su mente había sido destruida por el insoportable dolor, por el sufrimiento, por el tormento meticuloso e ingenioso al que Curze le había obligado a sufrir durante un período de meses. Curze había aniquilado el espíritu y la cordura de Vulkan, pero había sido incapaz de poner fin a su vida. Había descubierto que Vulkan poseía un rasgo inhumano que los demás Primarcas no poseían. Esto irritaba a Curze enormemente. Le ofrecía un reto que, para alguien criado a base del asesinato, la sangre y el terror, simplemente, era irresistible. Todo lo que Vulkan veía era a su verdugo, su torturador, el hombre que lo había matado una y otra vez, en busca de una manera de matarlo de forma permanente; el hermano que había, a través de la crueldad extrema, revelado el regalo de la inmortalidad de Vulkan. La furia de la venganza lo consumía.

Las garras de la mano izquierda de Curze desgarraron a Vulkan, arrancando virutas plateadas de su prestado peto. Vulkan dirigió la cabeza de la maza hacia la hombrera izquierda de Curze con un golpe rápido, trazando un pequeño arco, y luego giró el arma buscando la cabeza de Curze. El mango, no la cabeza, golpeó a Curze en la mejilla y le hizo tambalearse. Trató de recomponerse y darse la vuelta para poder controlar a su oponente, pero las destrozadas tejas se deslizaron bajo sus pies. Luchó durante un segundo para controlar su posición. Vulkan aprovechó ese segundo, dirigió un feroz golpe a dos manos al vacilante cuerpo de Curze. El plastiacero se agrietó. Curze gritó, golpeando limpiamente sobre la pendiente de la cubierta. Cayó, descendiendo diez metros hasta el siguiente saliente del tejado de la Residencia.

Las tejas de pizarra gris, extraídas y moldeadas de las altas cumbres de la Corona de Hera, se rompieron bajo él, como si fueran una fina capa de hielo, lanzando trozos astillados al aire. Vulkan saltó al tejado intentando caer de pie. Curze no se le iba a escapar.

Tumbado, sobre las tejas, Curze se agitó. Levantó la mirada y vio a Vulkan precipitándose hacia él. Rodó desesperadamente, tratando de evitar ser aplastado por la mole blindada que era su hermano. El aterrizaje de Vulkan destrozó más tejas, y envió algunas piezas grandes hacia el vacio como si fueran metralla. Instantáneamente, Vulkan giró la cintura y dirigió la cabeza de su maza al cuerpo tendido de Curze. El Acechante Nocturno con un pequeño salto, trató de apartarse a un lado. La maza provocó un importante agujero a través del techo, pero la cabeza apenas quedó encajada allí por un segundo.

Curze contraatacó, riendo con insana alegría. Rodeó a Vulkan con su brazo izquierdo, acercando sus rostros casi tiernamente hasta juntarlos mejilla con mejilla. Movió su brazo derecho en un punzante golpe bajo, empleando la palma abierta hacia arriba. Las cuatro cuchillas de sus dedos apuñalaron el costado de Vulkan, atravesando la armadura, la placa inferior, el sub-traje flexible y finalmente su torso. La sangre goteó. La cabeza de Vulkan se inclinó bruscamente hacia atrás y su rostro se contrajo por el dolor, cerrando sus ardientes ojos. Curze, todavía aferrado a él, sacó las garras y repitió la puñalada. Vulkan consiguió zafarse y alejarse una cierta distancia. Tanto el lateral de su pierna izquierda como las tejas que se encontraban bajo él estaban empapadas con su sangre. Se tambaleó, luego cayó sobre el techo con un estrépito de armadura y pizarras resquebrajadas. Se retorció violentamente y quedó tendido.

Curze escupió coágulos de sangre y flema. El viento azotaba su sucio y apelmazado pelo.

-¿Ves?- le sermoneó. **-Ésta es la muerte. ¡Aprende a aceptarla, hermano!**

Los ojos de Vulkan se abrieron de golpe.

-**Oh**- dijo Konrad Curze decepcionado. **-Eso fue rápido**.



Gantulga subió corriendo la escalera central de la Residencia, espada

en mano, con Eeron Kleve justo detrás de él. Vodum Badorum y un destacamento de la Guardia Praecental ya estaban irrumpiendo en los aposentos privados a través de los descansillos y del corredor principal.

-¡Está aquí!- les rugió Gantulga. **-¡Tened cuidado, está dentro de la Residencia!**

-¿Curze?- preguntó el comandante de la guardia.

-Por supuesto, ¡Curze!- gruñó Kleve.

Badorum ladraba órdenes a sus hombres, dirigiendo su avance. Las armas, con el seguro quitado, apuntando y listas para abrir fuego. Las fuentes de energía gimieron al cargarse.

-Hemos oído un terrible escándalo en los cuartos privados- dijo Badorum al Cicatriz Blanca y al oficial de los Manos de Hierro.

-Ponte detrás de nosotros- le dijo Kleve **-y prepárate para abrir fuego con esa arma de plasma.**

Gantulga abrió la marcha, frenando su avance hasta convertirlo en un acecho, la espada en alto y lista. Kleve tenía su cañón rotativo apoyado y armado. Giró la pesada arma de lado a lado, en busca de un objetivo. Las puertas principales de las habitaciones interiores habían sido echadas abajo. Euten se arrodilló entre los restos de las puertas, limpiando la sangre de la frente del arrugado y medio muerto Faffnr Bludbroder.

-¡Mamzel!- gritó Kleve, corriendo hacia ella. Gantulga pasó volando por delante de ellos, adentrándose en la cámara y tomando una rápida imagen de la escena. El lugar estaba destruido, el suelo lleno de Lobos Espaciales heridos o moribundos. El frío aire de la noche soplaba a través de las destruidas ventanas.

-Grandes estrellas de Ultramar- murmuró Vodum Badorum.

-**Entonces, ¿estuvo aquí?**- preguntó Kleve a la Chambelán. **-¿Curze?**

Euten parecía demasiado agitada para moverse, hablar o incluso mirar hacia arriba. Ella estaba limpiando la sangre de la cabeza de Faffnr con una tira de tela arrancada de su vestido.

-Estuvo aquí- dijo al fin. **-Los Lobos... Ellos lo mantuvieron a raya.**

Creo que varios lo han pagado con sus vidas.

Se escucharon voces procedentes del pasillo, ordenando a los Praecental apartarse a un lado. El Tetrarca, Valentus Dolor, entró escoltado por Niax Nessus, Holguin de los Ángeles Oscuros, y un escuadrón de Ultramarines. Eeron Kleve había transmitido su señal de alarma en todos los canales, mientras él y Gantulga se precipitaban de regreso a la Residencia.

-Su preocupación era correcta, Kleve- dijo Dolor sombríamente.

-Gantulga hizo la llamada- dijo Kleve.

-Sus instintos son agudos, Cicatriz Blanca- dijo Holguín.

-No lo suficientemente agudos como para salvar vidas- dijo el Cicatriz Blanca **-ni para tender una red sobre él.**

-**¿Dónde fue?**- preguntó Dolor. **-¿Mi señora Euten? ¿Dónde se fue?**

-Los lobos lo mantuvieron a raya- repitió en voz baja. **-Durante el tiempo que pudieron, le tuvieron a raya. Entonces... entonces iba a matarme. Pero Vulkan lo detuvo.**

-¿Vulkan?- preguntó Niax Nessus.

-Era Vulkan- dijo Euten.

-Eso no es posible- dijo Holguín.

-Lo conozco- dijo Euten. -**He visto sus similitudes con la suficiente frecuencia. No podría haber sido otro. Él cayó sobre nosotros como una tempestad, con la fuerza de la tormenta. Curze era su única motivación. Ellos se enfrentaron. Pelearon. El combate los hizo retroceder a través de la ventana, cayendo hacia la noche.**

-La dama está en shock- dijo Holguín. **-No sabe lo que está diciendo**.

-Me temo que sí lo sabe- dijo Dolor.

-¡Es una locura!-respondió Holguín.

-Sí- dijo el Tetrarca **-pero no del tipo que piensas**.

Nessus se había acercado hasta las ventanas rotas y se detuvo al lado de Gantulga.

-Creo que hay movimiento allá abajo- dijo el Cicatriz Blanca. **-Movimiento en los tejados bajos. ¿Lo ves?**

Nessus asintió. Abrió el vox.

-Al habla el Maestro del Tercero. Hemos localizado al Acechante Nocturno. Mueva los escuadrones de asalto hacia el lado sur de la Residencia. Quiero dos Storm-Eagles en el aire cubriendo los techos bajos. ¡Hazlo rápido! Iluminen los tejados y aseguren el terreno de modo que nadie puede cruzarlos. Y que los *Invictus* protejan el interior de la Residencia. Cuando Curze vea sus rutas de escape bloqueadas, sin duda, intentará romper de nuevo hacia el interior. Repito las instrucciones que se les dieron anteriormente: La fuerza letal no sólo está permitida, sino que se espera.

-Movámonos- dijo Dolor. **-¡Con un propósito! Quiero estar allí para la matanza. Badorum, consiga equipos medicae para los Lobos y para Lady Euten. ¡Asegure éste nivel!**

-¡Espera!- bufó Holguín. **-Dime... dime qué era lo que querías decir sobre Vulkan.**

Dolor se detuvo. **-Vulkan vive, Ángel Oscuro**- dijo. **-No está en su sano juicio, pero vive, y si Lady Euten estaba diciendo la verdad, es probable que Vulkan esté conteniendo a Curze, combatiéndole en los tejados mientras hablamos.**

-¿Vulkan vive?- repitió Holguín.

-¡A quién le importa si Vulkan vive!- exclamó Euten, levantándose para mirarlos, con las mangas y las manos ensangrentadas. **-¿Qué pasa con el León y nuestro querido Señor Guilliman? ¿Qué pasa con ellos? ¡Curze me dijo que estaban muertos! ¡Curze me dijo en mi cara que los había asesinado!**

Ellos la miraron.

-¿Es verdad?- preguntó ella. **-¿Y bien? ¡Que alguien hable! ¡Que alguien diga algo!**



Las llamas los rodearon. Un calor blanco, llamas incandescentes, tan brillantes que dolía con solo mirarlas, tan calientes que derretirían incluso la armadura más dura como si fuera mercurio liquido. Sin embargo, no sentían el calor. Un frescor les rodeaba. Un espacio... un silencio.

-Me complace comprobar que están vivos, mis señores- dijo Dantioch, el Herrero de Guerra.

Se agachó, con un poco de esfuerzo, para ayudar a Guilliman a ponerse en pie, igualmente, Alexis Polux fue a ayudar al León. Los Ultramarines de la 199ª Compañía, la Aegida, se precipitaron dentro de la cámara de sintonización de la Ubicación Primaria *Alpha* para ayudar, y entonces vacilaron ante la extraña maravilla del encuentro.

Guilliman contempló la pulida cavidad negra que formaba la inmensa caverna a su alrededor, luego recordó la visión de la capilla destruida por el fuego, pero esto era lo que le habían mostrado a través del campo de sintonización.

-¿Sotha?- preguntó con voz seca.

-Sí, mi señor- respondió Dantioch.

-¿Estamos en Sotha? -repitió Guilliman.

-Yo... Sí, mi señor- dijo Dantioch **-y me alegro de que así sea, porque de no haber estado aquí, habría estado allí**- hizo un gesto hacia el resplandor caliente como un sol que salía de la capilla.

-¿Tú nos trajiste aquí?- preguntó Guilliman.

-No, señor- dijo Dantioch. **-El Pharos lo hizo. Tal vez como un subproducto del proceso, tal vez deliberadamente.**

-¿Deliberadamente?

-Estoy empezando a sospechar que éste mecanismo posee cierta capacidad de sentir…- dijo el Herrero de Guerra.

-Estoy empezando a sospechar, hermano- dijo el León **-que estas coqueteando con tecnologías que nadie, ni siquiera nuestro padre, debería tocar**.

Polux había apoyado al León contra el pesado asiento de Dantioch y le estaba examinando la herida en su garganta. Tanto Guilliman como

su hermano habían sufrido varias lesiones durante su lucha con Curze, pero la herida del cuello del León era, sin duda, la más grave. Al menos había dejado de sangrar.

Guilliman se inclinó, giró con una mano cuidadosa la cabeza del León, y miró la herida.

-Eso necesita un vendaje antes de que se abra de nuevo- dijo.

-¿Qué, no vas a decirme nada, Roboute?- preguntó el León. **-Con todas las cosas que me preocupan sobre ti y la particular forma en la que te comportas, hermano, ni siquiera hemos empezado a hablar de tu extraordinario faro. Fue lo primero que vi cuando me acerqué a Macragge, y por lo tanto el primer indicio que tuve de que…**

-Pero lo viste- espetó Guilliman. -**Esa es la cuestión hermano. Lo viste. Funcionó. ¡Esto es tan vital para el funcionamiento y la supervivencia del Imperio como un Regente que lo vigile!**

-Sin embargo, parece que no sabéis nada de su función o potencial- dijo el León. Apartó a Polux y se levantó. **-¿Debo creer que hemos sido transportados a través del espacio a una... distancia inimaginable de Macragge?**

-Así es- dijo Guilliman. Suspiró. **-Hermano, no fue sino con la mayor reticencia con la que exploré y luego autoricé el uso de la baliza Pharos. Soy plenamente consciente de las grandes incógnitas que se adhieren a ella. Era un riesgo calculado.**

-Creo que tus cálculos pueden ser demasiado optimistas- dijo el León.

-¿Eso crees?- preguntó Guilliman. -**Sin embargo, aún sigues vivo. Si hubiéramos permanecido en la trampa de Curze, no sería así.**

El León resopló.

-Además- dijo Guilliman **-sé que no soy el único que hace uso de tecnología prohibida. La firma del salto disforme de tu buque insignia, hermano... ¿Piensas que los técnicos de mi flota y los adeptos del Mechanicum no querrían analizarla? ¿Cuándo ibas a hablarme sobre ello? ¿O era un secreto que esperabas mantener, al igual que el hecho de que Curze estaba en libertad a bordo de tu nave? Tu también guardas muchos secretos, hermano.**

El León miró hacia otro lado. **-Discutiremos eso más adelante**- dijo. **-Ahora debemos regresar. Vinimos hasta aquí, bien, pero tenemos que volver inmediatamente.**

-Eso requerirá un poco de reflexión- dijo Dantioch.

El León lo fulminó con la mirada.

-Mi señor- añadió Dantioch con una ligera inclinación de cabeza.

-Vamos a volver, tal y como hemos venido- insistió el León.

-Por lo menos, mi señor- dijo Dantioch **-debo pasar un tiempo recalibrando y centrando el dispositivo. Además, ahora mismo, no puedo enviarlos de vuelta allí**- señaló el ardiente fuego de más allá del campo.

-¿Por qué estoy aún hablando contigo?- preguntó el León.

-Debido a que el Herrero de Guerra, designado por mí, hizo que el dispositivo Pharos funcionara- dijo Guilliman. **-Él sabe más sobre el *Pharos* que cualquier otra persona viva. Si alguien puede llevarnos de vuelta, es Dantioch. Te sugiero que te dirijas a él en un tono más cívico.**

El León miró con detenimiento a Dantioch.

-Es difícil confiar en la cara de un enemigo- dijo.

-Él no es un enemigo- dijo con firmeza Alexis Polux.

-Entonces, Herrero de Guerra- dijo el León -**explica cómo funciona éste dispositivo, y cómo podemos ser transportados de vuelta. Mi Navegante vio la señal como si fuera empática más que psíquica. Ella dijo que nos mostraba dónde queríamos ir**.

-Su Navegante es muy intuitiva, mi señor- dijo Dantioch. **-Éste es un lugar de antigua tecnología de origen pre-humano. Mis estudios han demostrado ciertamente que la resonancia sí es empática. Especulo que está basada en un principio de entrelazamiento cuántico. A diferencia de nuestra tecnología de disformidad, no utiliza el Immaterium para pasar de un punto a otro en el espacio real. Creo que formó parte de una red de navegación mucho más grande que existió hace muchísimo tiempo. Ajustándolo sobre Macragge, hemos logrado obtener una guía de navegación, una, que se sobrepone a la Tormenta de**

Ruina, así como obtener una comunicación instantánea, sintonizando la imagen los dos lugares como si estuvieran en uno solo.

-**¿Cómo llegamos aquí?**- preguntó el León.

-Aún sigo reflexionando sobre eso, mi señor- dijo Dantioch. **-Me preguntaba si, en su forma original, la red podría haber permitido la tele-transportación de un lugar a otro en una escala que apenas podríamos imaginar. Había supuesto que esa función se había perdido, ya que requeriría de otros portales o balizas. Me equivoqué.**

Miró a Polux.

-El éxito de la transferencia de Alexis a éste lugar nos enseña aún más, creo- dijo Dantioch. **-El campo de sintonización ya me estaba proporcionando la suficiente resonancia empática para ser capaz, con cierto éxito, de detectar a Konrad Curze en la oscuridad y advertir a mi amigo. Entonces, cuando su vida estuvo en verdadero peligro...**- Dantioch hizo una pausa. -**Quería salvarlo. Quería llegar y tomar su mano, y salvarle de ese monstruo. Creo que el campo empático respondió a mi gran necesidad y se abrió para permitirlo. Del mismo modo, cuando dos de nosotros, mis señores, vieron sus vidas en peligro, nuestro deseo de salvarlos abrió el campo de nuevo.**

-¿Así que no se puede controlar o fijar?- preguntó Guilliman. **-¿No puede encenderse y dirigirse? ¿Simplemente responde a una innata e inarticulable necesidad?**

-Me temo que así es, mi señor- dijo Dantioch **-lo que supone que, si no podemos acceder o generar la apropiada emoción, el impulso empático acertado, puede que no seamos capaces de volver a Macragge.**

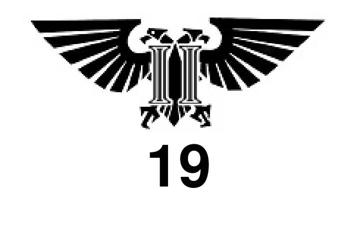
Hubo una pausa más larga.

-Por supuesto, también está el hecho- añadió Dantioch torpemente **-de que no sabemos con certeza si el proceso funciona en ambas direcciones.**

Hubo una pausa aún más larga. La pulida y brillante cúpula de la caverna los rodeó con frío silencio.

-Entonces será mejor que me encuentren una nave- dijo el León. **-**

Una rápida.



19

MORTALIDAD

“Necesidades comunes, hace de los extraños, insólitos compañeros.”

-Zerksus, Proverbios.



-**Mira, ya te lo he dicho**, **no puedo ayudarte** - le dijo John Grammaticus al Portador de la Palabra.

-**Sigue siendo una respuesta inaceptable**- respondió Narek. **-Mis esfuerzos para protegerte necesitaron de una gran planificación, preparación, esfuerzo y sacrificio. Me gustaría…**

-**Escúchame**- dijo John. -**Soy el agente de una potencia xenos. La Cábala me dirige. Es mi dueña. Estoy aquí en su nombre, enviado para llevar a cabo una tarea que ya ha sido predicha.**

-**¿Y?**

John se tensó contra las cuerdas que lo ataban a la silla.

-**¿Y? Ellos me están observando. Si me desvío del rumbo, si yo... les desafío y me niego a completar mi misión, vendrán a por mí. Y a por ti también, si estás conmigo.**

-Pueden intentarlo- reflexionó Narek.

-Van a hacer algo más que intentarlo- dijo John. **-Son muy ingeniosos. Y determinados.**

John se relajó y dejó caer la barbilla.

-Dios sabe, guerrero, que sinceramente me encantaría ver a Lorgar derribado y acabado. La galaxia sería un lugar mejor.

-¿Dios?- preguntó Narek. **-No existen más que unos pocos dioses verdaderos. Sólo son demonios de la disformidad que contaminan los corazones de los hombres.**

-Y los semidioses que los hombres han diseñado y fabricado-contrarrestó John. **-Criaturas tales como Lorgar, contaminadas por la disformidad, son tan peligrosas simplemente porque ya eran Primarcas antes. La humanidad hizo dioses a su propia imagen, y los dioses han demostrado ser falsos.**

Observó al Portador de la Palabra. Narek se sentó, con el rostro ensombrecido, escuchando.

-Créeme- dijo John **-te ayudaría si pudiera. Desprecio los poderes de la oscuridad más que cualquier otra cosa. Me gustaría luchar contra cualquier influencia suya.**

Narek se puso de pie.

-Entonces dime- susurró **-¿cuál es tú tarea? ¿Qué es lo que debes realizar para tus amos alienígenas? ¿Qué deber es aquel que tienes que completar para poder acabar con tu servicio y poder ser libre para ayudarme?**

-No quieren ser menos que tu, Narek- dijo John. **-Ellos quieren a un Primarca muerto.**

Narek gruñó. **-¿De quién es la vida que buscan?**

-La de Vulkan- dijo John Grammaticus.

-¿Por qué?

-Sus motivos son demasiado complejos como para poder explicarlos fácilmente- dijo John.

-Pero, ¿Vulkan está aquí? ¿Aquí en Macragge?

-Así se me ha informado. Su llegada fue prevista. Desapareció en el éter al tele-transportarse hace más de un año solar y

supuestamente se perdió, pero creo que las extrañas propiedades del Pharos le han traído hasta aquí, a través del vacío.

-No me importa nada de eso, humano- dijo Narek. **-Nada excepto mi legión. Vamos a encontrar a Vulkan y lo matarás como has prometido. Entonces podrás ayudarme.**

-Oh- suspiró John. **-Si simplemente fuera tan sencillo como eso.**

-Explícate.

-He estado rastreando su mente desde que llegué a Macragge- dijo John. **-Siguiéndole hasta que pudiera localizarlo. Y he aprendido que... bueno, Vulkan está loco. Completamente loco.**

-¿Cómo?- preguntó Narek.

-Lo más probable que puedo deducir, es que lo torturaron extensamente durante un periodo de tiempo extravagantemente largo. Su mente está bastante fracturada, rota. En su estado, es ridículamente peligroso.

-Así que tendremos que ser astutos- dijo Narek.

-Eso no es todo- dijo John. **-Es posible matar a un Primarca. Ellos son semidioses, pero aún así son mortales, hasta cierto punto. Con la suficiente potencia de fuego, veneno, o fuerza explosiva...**

John miró fijamente al portador de la Palabra.

-Hay una razón por la que La Cábala me ha armado con ésta arma específica para acabar con Vulkan. Se sabe que tiene un rasgo muy particular y único. Él no muere.

-¿Qué?

-Al igual que yo, es prácticamente inmortal. Resucita, incluso de la muerte más catastrófica. Para matar a una entidad de ese tipo, se necesita algo realmente especial. Y ésta lanza, Narek de la Palabra, es un arma ritual como nunca hubo una igual.

Narek echó una ojeada a la Fulgurita (Arma legendaria creada a partir de los rayos psíquicos del Emperador y tallada con forma de lanza, nt) que estaba

depositada sobre la parte superior de la bolsa a sus pies.

-Oh- dijo John **-y de acuerdo con mis instrucciones, no puedo hacerlo yo directamente. Tengo que entregar la lanza a otro Primarca que esté dispuesto a dar el golpe.**

Hizo una pausa.

-Por tanto, Portador de la Palabra... tengo que matar a alguien imposible de matar, un semidiós inmortal que tiene el poder de cincuenta hombres y que también ha pasado a ser un loco violento. ¿Todavía quieres formar parte de esto?



Vulkan gritó su angustia. Balanceó la maza. El barrido hizo aullar al aire.

Curze esquivó, lo que sería casi con total seguridad, un golpe letal. Se volvió, echó a correr a lo largo de la cubierta inclinada y saltó sobre una amplia brecha en la cresta de azulejos verdes del pórtico meridional.

Vulkan lo persiguió. La sangre en su armadura ya se había secado. Las perforaciones que las garras de Curze le habían provocado en el torso ya se habían cerrado. Los órganos internos que habían sido triturados y desgarrados se habían regenerado. Vulkan se coló por la brecha tan fácilmente como lo había hecho Curze, y aterrizó al final del largo techo del pórtico.

Arqueó su espalda y con un enorme giro de la mano, lanzó la maza buscando la cabeza de Curze mientras huía.

Liberada, la maza voló como un misil. Impactó a Curze en lo alto de la hombrera, y le golpeó en la cara. Se escurrió por la ligera inclinación de la cubierta. La maza se estrelló frente a las tejas junto a él y se deslizó hasta detenerse.

Vulkan llegó corriendo a lo largo del tejado para alcanzar a su enemigo. Había luces en el patio de abajo, danzarinas luces lo apuñalaban persistentemente, haces brillantes de luz bañaron el tejado cada vez más cerca. Le siguieron los tajos cortantes y el resoplido de los motores de las cañoneras.

Alcanzó a Curze. Éste intentó levantarse. En el último segundo, cuando las poderosas manos de Vulkan le agarraron, Curze se dio la vuelta para mirar a su hermano. Había agarrado la maza de combate.

Dirigió el arma a un lado de la cabeza de Vulkan. Su mandíbula se rompió. Se oyó el ruido de los dientes al romperse. La sangre chorreando desde su oreja y su nariz. Vulkan se tambaleó hacia atrás, pero no cayó. Curze llegó hasta él, aprovechando su ventaja. Golpeó a Vulkan dos veces más en el cuerpo con la maza robada.

Unos potentes lúmenes les inundaron de luz blanca. Se convirtieron en dos siluetas intercambiándose golpes bajo un resplandor incoloro. Dos Storm-Eagle de los Ultramarines, con sus motores aullando, dieron la vuelta al tejado del pórtico, mientras docenas más llenaban el cielo de la Fortaleza.

Una de ellas descendió, casi al nivel del tejado, dispararon dos salvas de fuego de advertencia procedentes de sus bólters pesados acoplados. Las explosiones agrupadas derrumbaron grandes secciones del techo del pórtico, directamente detrás de Curze. Llamas, polvo y tejas fragmentadas estallaron en todas las direcciones.

Curze, furioso por la intervención, se volvió y gritó directamente hacia las luces de la Storm-Eagle. La cañonera tenía el blanco fijado en él, y sus armas ardieron. Con un enorme salto que extendió su capa por detrás de él como si fueran alas, Curze atravesó limpiamente el pórtico y aterrizó en el casco de la Storm-Eagle. Sus motores de inmediato comenzaron a gemir al intentar retroceder desde el tejado. Su proa descendió mientras intentaba elevarse.

Curze se aferró. Golpeó con su puño derecho atravesando la cabina, y agarró al servo-piloto por la garganta, con las cuchillas de su garra rodeando el cuello del hombre.



En su intento de huir, Curze secuestra una cañonera Storm-Eagle

-Vámonos lejos de aquí- dijo entre dientes a través de los aullantes motores y el vendaval de viento.

El piloto lo miró con los ojos desorbitados, asfixiándose.

-¡Ahora!- agregó Curze.

Vacilante, virando torpemente hacia estribor, la Storm-Eagle se volvió y comenzó a moverse a través del Portón del Patio (Portis Yard en el original) lejos de la Residencia. Estaba volando más bajo que la altura de las azoteas.

-Asciende- insistió Curze con el viento en contra. **-¡Sube!**

La cañonera comenzó a ganar altura.

Detrás de ella, Vulkan se preparó y saltó también. Golpeó en el ala de cola de estribor de la cañonera, y se sostuvo. El impacto hizo que la cañonera se inclinara hacia un lateral, según continuaba en su lento planeo.

Los canales del Vox se volvieron locos. Los escuadrones de Ultramarines situados en el Portón del Patio y en la Residencia comenzaron a disparar en discreción a la vacilante cañonera, dándose cuenta de que si querían detener a Curze, debía ser sacrificada.

Los proyectiles bólter golpearon y estallaron contra el casco blindado de la Storm-Eagle. Saltaron chispas y trozos de fuselaje. Aparecieron bolas de fuego que dejaron manchas de quemaduras en su piel blindada.

Curze miró a lo largo del casco de la Storm-Eagle y vio a Vulkan. El morro de la cañonera se acercaba a la línea del muro Aegis. Curze mantuvo su mano firmemente cerrada alrededor del cuello del piloto, amenazando con separar su cabeza de los hombros.

-¡Por encima!- dijo.

Vulkan se abrió camino hasta el ala, sobre la cubierta del motor de estribor. Curze consideró el peso de la maza con su mano libre. Esperó hasta que Vulkan trepó claramente a la cubierta. De repente arrojó el arma con un vicioso y repentino movimiento de su brazo.

La cabeza de la maza golpeó a Vulkan en la cara. Perdió agarre, y voló hacia un lateral, hasta la cola de la Storm-Eagle, a la que se trató de agarrar.

Fracasó, y cayó desde la popa de la cañonera.

Vulkan se desplomó unos treinta metros. Ni aterrizó en el patio interior del Muro Aegis, ni cayó profundamente siguiendo el exterior del muro y el Castrum.

En cambio, golpeó en la parte superior del muro, chocando contra las almenas con una fuerza que le rompió la columna vertebral. Luego se dejó caer, cojeando, y quedó doblado sobre su costado en la pasarela superior del muro, un brillante espejo de sangre fluía de su cuerpo destrozado, su vida, aparentemente, se extinguía una vez más.

La cañonera, con Curze aferrándose en la cabina, continuó por encima del muro. Feroces ráfagas de disparos lo persiguieron desde los patios y la parte superior del muro, aporreándola de vez en cuando. El Castrum se alejaba. Curze volaba ahora alto sobre la ciudad y las zonas verdes.

-¡Abajo!- dijo entre dientes.

El piloto gorgoteó. Había estado sangrando profusamente desde que Curze había roto por primera vez la cabina contra su rostro, y había aprisionado su garganta. La cañonera comenzó a inclinarse hacia las torres y agujas de la ciudad.

Los disparos continuaron siguiéndolos desde los muros y almenas. Una segunda Storm-Eagle, con sus ardientes lúmenes de búsqueda encendidos, retumbó sobre el Muro Aegis en su persecución, tomando un camino mucho más directo y agresivo que su gemela afectada. Las otras cañoneras volaban en círculos altos para permitir que la Storm-Eagle tomara su presa.

Curze miró hacia atrás, el viento de la noche azotando su cabello, y la vio.

-¡Abajo!- ordenó.

La Storm-Eagle comenzó a descender rápidamente. Las agujas, casas altas y capiteles de la ciudadela residencial al norte de la Plaza Marcial subieron a su encuentro, con todas sus ventanas iluminadas. Las sirenas de alarma podían oírse a todo volumen en las calles. Curze podía ver las corrientes de luz entrecruzadas del tráfico en las calles de abajo. La Puerta del Titán, inmensa y apagada, era un gran monolito de piedra negra, una silueta contra el lejano y brillante resplandor de los distantes campos de aterrizaje más al sur.

-¡Abajo!- exigió Curze de nuevo.

Fueron moviéndose pesadamente a baja altura sobre las cimas de las torres y bóvedas en forma de cúpula, incluso entre la mayor parte de las torres más altas. Su curso trazaba un arco al este de la Plaza Marcial, girando hacia las formas altas, del edificio del Tesoro y a la sede del Nuevo Senado.

La Storm-Eagle que les perseguía comenzó a disparar. Escupía brillantes dardos de luz anaranjada a través de la noche procedentes de sus bólters pesados, disparos que se reflejaban en las altas ventanas de las torres a cada lado de ellos. Finalmente encontraron su objetivo. Las partes de la cola del aparato estallaron en una lluvia de esquirlas y una llamarada de gases ardientes.

La cañonera sobre la que se encontraba Curze, con sus motores llevados al límite, se sacudió.

Estaban perdiendo altura rápidamente, cerca de golpear contra la cara norte del Edificio Consular de Registro (Consular Record Building en el original). La punta del ala de estribor arrancó una ráfaga de chispas cuando pasó rozando la mampostería del edificio.

Curze había estado observando sus visiones mientras tanto, dejándolas desfilar a través de su cabeza como si fuera un pictógrafo dañado, clasificando las verdaderas de las falsas, la certeza de la duda. Todos sus pasos desde el descenso planetario se habían guiado y dirigido por sus visiones.

Vulkan. Vulkan era la única parte que no le habían mostrado sus visiones, ni siquiera se le había insinuado.

Ahora vio cristales. Agua, fuego. Una cúpula en concreto.

Más disparos impactaron por detrás en la ya deteriorada Storm-Eagle. Una gran parte de ella explotó y se separó del fuselaje. Cayendo más que volando, ya que ahora no era manejable, un conjunto de restos aplastados como un meteoro preparándose para impactar, arrastrando fuego y escombros. Veinte metros por encima de los tejados, Curze vio la cúpula, esa cúpula en particular. Soltó la garganta del piloto y saltó, cayendo lejos de la condenada cañonera.

Con los pies por delante, golpeó sobre la cúpula del edificio, una cúpula grande y adornada con un dosel de cristal, que se rompió bajo

él. Girando rápidamente entre un torrente de fragmentos brillantes, cayó y se golpeó con fuerza contra el agua.

La Storm-Eagle, dejando enormes y centelleantes llamas amarillas en su estela, continuó durante otros cinco segundos, y finalmente golpeó contra la fachada este del edificio del Tesoro quince metros por encima de la calle. Formó una deslumbrante bola de fuego naranja que atravesó la pared e incineró las cámaras interiores, y al mismo tiempo salió escupida de nuevo al cielo nocturno, arrojando al aire una lluvia de combustible y micro-desechos ardientes. Un nanosegundo después del impacto, cuando la bola de fuego se estaba formando, la munición a bordo de la Storm-Eagle detonó, y una segunda bola de fuego, más grande y más brillante envolvió a la primera, floreciendo como un pequeño sol en el patio del Tesoro. El resplandor naranja se reflejó en un millón de ventanas, excepto en las calles cercanas, donde la explosión las reventó todas.

Curze salió a la superficie de la fuente y sacudió la cabeza. Estaba en el Nymphaeum principal de la ciudad de Magna Macragge. En el gran edificio circular con columnas que sostenían la famosa cúpula de cristal, se encontraba en el más antiguo de los manantiales naturales que habían sido adorados en los días de la Batalla de los Reyes, consagrado a los espíritus del agua.

Curze golpeó el borde de la fuente de piedra y salió del agua, dejando huellas mojadas encima en las losas del suelo de piedra. Volvió la vista hacia el estanque alimentado por el manantial, ahora contaminado con fragmentos de cristal roto. El agua cristalina estaba manchada. Había una razonable cantidad de sangre en ella. No toda pertenecía a Curze, eso estaba claro.

Sonrió, un sombrío cuarto creciente en el chapoteante crepúsculo azul del Nymphaeum. Se dirigió hacia la salida, hacia la oscura ciudad que ahora lucía por la furia de los restos ardientes.

Curze entendía las ciudades por la noche. El secreto era, que las podías hacer más oscuras, o podías hacerlas arder.

Esperó a que las visiones le mostraran a dónde ir, y qué cosas debía hacer.



El Tetrarca Dolor se dirigió a lo largo del pasillo, en la parte superior del alto Muro Aegis, contemplando la bola de fuego que aparecía sobre la Neapolis oriental. El cielo nocturno estaba lleno de cañoneras dando vueltas, vigilantes.

Verus Caspean lo esperaba.

-¿Es eso un derribo?- preguntó Dolor.

-Su vehículo de huída fue derribado al este de la Plaza Marcial- dijo Caspean.

-¿Podemos confirmar su muerte?- preguntó Dolor.

-Todavía no, Señor Tetrarca- respondió Caspean. **-Las Fuerzas están desplegadas. Estamos esperando la orden.**

-Quiero un cuerpo- dijo Dolor **-preferiblemente uno sobre el que pueda escupir. Aunque sólo sean huesos quemados.**

-Sí, Señor Tetrarca.

-Para ya con el "Señor Tetrarca", mi noble y buen amigo, Vero- dijo Dolor. Miró a Caspean a los ojos. -**Phratus ha caído. Hasta que el Hijo Vengador pueda ser localizado, tengo el mando de la Fortaleza, y te nombro directamente Maestro del Primero para suceder a Auguston**.

-Mi señor.

-Sin duda debemos mantener y reforzar la cadena de mando en ésta hora oscura, Vero- dijo Dolor. **-Cumplirás con el deber de manera superlativa.**

-Gracias, Tetrarca- dijo Caspean, saludando e inclinándose.

-No conoceremos el miedo, Maestro del Primero Caspean- respondió Dolor, saludando de nuevo. **-¡Hágase respetar!**

Los Ultramarines alrededor de ellos saludaron y salieron a paso ligero.

-¿No conoceremos el miedo, Valentus?- preguntó Caspean**. -Esta noche puede haber sido testigo, en el corto espacio de una hora, de la muerte violenta de cuatro de los hijos del Emperador.**

-Estos temidos y atrevidos hechos aún deben confirmarse- replicó Dolor.

-Uno sí podría estar muerto- respondió Caspean. Se llevó al Tetrarca a lo largo de la plataforma defensiva, hacia una sección en las almenas que estaba empapada de sangre. Los Ultramarines permanecían de pie a su alrededor, con las cabezas inclinadas.

Vulkan yacía sobre un montón de escombros, en la pasarela, rodeado de una amplia mancha de su propia sangre.

-En el espíritu de nuestros hermanos, los Salamandras- dijo Caspean **-Vulkan vivió. Pero ya no lo hará más.**

Dolor estaba a punto de responder cuando los sensores que buscaban vida, en cada uno de los que se encontraba en las proximidades, incluso el suyo propio, se activaron de repente. Todos ellos habían sido ajustados al máximo rendimiento esa misma tarde, con la esperanza de detectar al Acechante Nocturno mientras cazaba en la oscuridad.

Una nueva traza de vida se había detectado a un radio de cinco metros.

-¡Gran Terra!- exclamó Caspean.

Vulkan se incorporó en el charco de sangre. Los miró, con dos ojos como ardientes soles rojos.

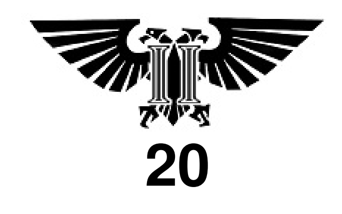
-Mi señor- dijo Dolor, dando un paso adelante. -**Mi honorado Señor Vulkan, nos…**

Vulkan le ignoró y se levantó. Respiró hondo varias veces, como si olfateara el aire, y miró por encima del borde del Muro Aegis hacia el fuego ardiente en el cuadrante del Tesoro.

-Mi señor- insistió Dolor. **-¿Hablará con nosotros? ¿Puedes decirnos donde ha estado, lo que le ha ocurrido, y cómo ha llegado a nosotros? Mi señor, yo…**

Vulkan no miró atrás. Saltó sobre la muralla del Muro Aegis, extendió los brazos, y se dejó caer. Descendió, magnífico, como un saltador de acantilados, de cabeza hacia el oscuro vacio verde de los parques por

debajo del Castrum.



20

ALIADOS

“Te mueves en las sombras y te temen como a un monstruo;
Te paras en la luz y te adoran como a un dios.”

- El Nocturniad, onceavo círculo.



Se apresuraron a través del distrito de ‘Strayko Deme’, moviéndose por el antiguo pero bien mantenido sistema de drenajes, desagües y alcantarillas que había debajo de las pavimentadas calles y las refinadas avenidas. Ocasionalmente, la luz caía sobre ellos por las rejillas de los drenajes, y donde lo hacía, se teñía de llamas.

-¿Por qué nos movemos?- preguntó John. Narek lo había desatado, pero tiraba de él mediante una cuerda atada al cuello del Perpetuo.

-Oíste el disparo.

-Eso pudo haber sido cualquier cosa.

-Dime que no lo era.

-No puedo decirte nada, Narek…

-¡Muestra respeto!

-No puedo decirle nada, mi señor- repitió en voz baja John Grammaticus. **-Aparte de la gargantilla que me pusiste, no llevo prácticamente nada y me duelen varias partes del cuerpo.**
-Es una pena.

-Entonces dime lo que sabes tú.

Narek se detuvo. Habían entrado en un amplio recolector de aguas pluviales, circular en sección transversal. Oscuras y grandes ondas de agua nacieron de sus pies al detenerse.

-Algo parecido a naves se estrellaron, no lejos de donde te tenía asegurado. La ciudad va a ser cercada pronto. Puedo luchar contra Ultramarines, pero no contra todos ellos. Así que, nos estamos moviendo.

-¿Hacia dónde?

-A cualquier otro lugar. Venga.

John hizo una pausa.

-¡Venga!- siseó Narek, tirando con brusquedad de la cuerda. John se tambaleó, su cuello amoratado y dolorido.

-Mira, Narek. Mi señor. Puedo ser más útil que esto.

Narek de la palabra lo miró con prudencia.

-Estás lleno de trucos mentales y engaños, John Grammaticus… O Caeron… O quien sea que seas. Nuestro encuentro en Traoris me enseño eso.

John asintió.

-Sí, es posible- pasó el dedo índice por el interior de la soga para aflojarla. **-Si pudiera escapar, Narek, lo haría. Ahí, al menos, soy honesto. Eres peligroso. No confías en mí y nunca estás a más que unos segundos de poder matarme. Pero aquí, Narek de la Palabra, aquí, esa no es una buena posición para ninguno de los dos.**

John dio un paso hacia el ceñudo Portador de la palabra. La rebosante agua chapoteó contra sus tobillos.

-No hay peor aliado que un Marine Espacial- continuó **-así como no hay peor aliado que un Perpetuo. Claro, que eso es solo cierto si no tienen que trabajar juntos aprovechando sus puntos fuertes. Quítame la soga.**

-No.

-Quítamela.

-No- protestó Narek **-No soy idiota. Eres un psíquico. Me… quemarías el cerebro o me provocarías una aneurisma simplemente pensándolo, dejándome bien muerto. O algo así.**

John se encogió de hombros.

-Supongo que tienes razón- dijo **-sería en el peor de los casos, pero al menos seria rápido.**

-¿Podrías hacerlo?- preguntó Narek.

-¡Claro que no!- protestó John con brusquedad. **-Soy tele-pata, no tele-kínético. Pero puedo hacer muchas otras cosas, Narek. Puedo leer tu mente o dejar que leas la mía, hablar cualquier lenguaje, ser quien quiera, vigilar el área sensitiva de un alma o incluso mirar dentro de los fantasmales filamentos de pasado-cercano y futuro-próximo… Nada de eso suena mal en estos momentos. Sería mejor tener más información inmediata que "algo se estrelló, así que simplemente, tenemos que correr".**

Narek gruñó.

-Puedo leer los despliegues- dijo John. **-Puedo decirte donde se encuentran los Ultramarines. Seguir una ruta que los eluda. Alertarte de su proximidad. Puedo encontrar aquello que estamos buscando.**

-Eres peligroso- susurró Narek.

-También tú. Y justo ahora, mi señor, creo que mantenerme atado hace ésta situación más peligrosa de lo que debería ser para nosotros.

-No confío en ti- le dijo Narek, apretando su puño enguantado alrededor de la soga, a punto de tirar de ella de nuevo.

-Lo sé- replicó John **-pero deseas usarme como un arma para matar a un amado Primarca, así que pienso que probablemente empezarás a confiar en mí en algún punto, o esto ni siquiera llegará a tener una posibilidad. Las armas necesitan amor, respeto, cuidado y una oportunidad de sobresalir. Pregúntale a tu espada. Pregúntale a ese maldito y ridículamente grande rifle que llevas.**

John se acercó más. La cuerda entre ellos se aflojó.

-Narek, el problema aquí es la confianza. Déjame abrirte mi mente. Permíteme que compartamos nuestros pensamientos. Tenemos intereses comunes, pienso yo, mas de los que pudieras imaginar. Nunca nos pareceremos, tú y yo, pero creo que podemos ser aliados temporales.

-¿Aliados?- preguntó el Portador de la palabra, su voz era bastante pequeña y cavernosa.

-Así es. Podemos establecer una alineación. No somos como las manecillas de un reloj a media noche. Nunca apuntaremos hacia la misma dirección. Pero piensa en las manecillas a las seis en punto.

Hizo una breve pausa.

-Sabes lo que es un reloj, ¿cierto?

-He visto algunos- asintió Narek. Más acostumbrado a los cronómetros digitales.

-A las seis en punto, las manecillas apuntan en direcciones opuestas, pero crean una línea recta- explicó John. **-Están alineados.**

-Entiendo.

-¿De verdad?

Narek asintió. **-Es una metáfora para la cooperación entre dos individuos con valores morales distintos, pero un objetivo final en común.**

-Cierto. Eso es.

Narek titubeó.

-Estoy solo- admitió al cabo de unos momentos **-Me rebelé contra mi Legión. He matado a muchos de mis hermanos. Pero mi Legión ha traicionado también, así que soy un criminal para todo el mundo. Ningún lealista confiaría en mí, ni los Puños Imperiales o los Manos de hierro, y, desde lo de Calth, ni siquiera los nobles Ultramarines. Estoy maldito. ¡Todo lo que puedo hacer es corregir los errores, limpiar y restaurar a mi Legión, por lo que una vez fue grande! Fue hermoso, John Grammaticus. Era la verdadera expresión de la palabra del Emperador.**

-Lamento tu pérdida- dijo John **-Y no estoy fingiendo cuando te digo esto. Me asustas mortalmente, Narek de la Palabra, pero te admiro. La forma en la que la guerra de Horus ha estallado, colocando a los hermanos de los Portadores de la Palabra en el bando equivocado. Tú mismo has saltado en la oscuridad. Así que, entiéndeme. Estoy asombrado por tu resistencia y lealtad a los altos principios originales de tu Legión. El cosmos cree que todos los Portadores de la palabra son traidores, herejes y rebeldes, pero tú, solo, te has rebelado contra su propia rebelión. Admiro eso. Esa es la razón por la cual estoy considerando ayudarte de verdad en tu cruzada.**

Se encogió de hombros.

-Pero quiero que me permitas leerte, para estar seguro de que lo que me contaste es cierto. Los Portadores de la Palabra manipulan la verdad. Tu historia podría ser una manera simple de adquirir mi ayuda y la lanza de Lorgar.

-No lo es.

-Pruébalo.

Narek se sumió en sus pensamientos un largo momento.

-Un camarada sería bienvenido en mi solitaria misión- musitó. **-Un hermano de batalla, un aliado. Incluso… una persona alineada.**

-Quítame la soga- le pidió nuevamente John **-Encontremos donde están. Alienémonos.**

Narek hizo una pausa.

-No confío en ti, John Grammaticus- le advirtió.

-Lo sé- replicó John. **-Pero no hay nadie más aquí y necesitas confiar en alguien.**

Narek dudó por un momento, después se acercó un poco más y retiró la cuerda del cuello de John. Se hecho el entubado rifle al hombro, tomó aire, y sacó la pistola bólter de su funda.

Apuntó el arma hacia John, y, con la otra mano, alcanzó el broche de control a un lado de la gargantilla psíquica.

Narek presionó el mecanismo. Profundamente, a un nivel psíquico,

hubo una suspensión vibratoria cercana. La molestia apagada en la nuca que había estado restringiendo el cerebro de John por horas empezó a disiparse.

Fue una experiencia repugnante, nauseabunda. John se tambaleó y descansó una mano contra la pared de la cisterna. Su mente rápidamente fue consciente de los alrededores, una sobrecarga de la retroalimentación al restaurarse sus poderes psíquicos.

Narek lo observó con cautela. Desabrochó la gargantilla y se la dio a John.

John la cogió.

-No me hagas arrepentirme de esto- le advirtió Narek.

-Oh, no lo hará- soltó una voz detrás de ellos.

Narek se giró a una velocidad sobrehumana para localizar la procedencia de la voz. Su pistola se movía de un lado a otro, apuntando, buscando un objetivo válido.

Damon Prytanis salió de detrás de una curva de la estructura de ladrillos, una curiosa figura desaliñada en su chaqueta de piel sucia. Llevaba dos pistolas shuriken en cada mano apuntándolo.

-Discúlpenme, llego tarde- dijo alegremente y disparó. **-La 'Bendita Señora'** (Blessed Lady en el original) **les envía saludos.**

Narek disparó una vez pero los proyectiles enemigos ya le habían golpeado la mano, el brazo y el hombro, arruinando su puntería. La descarga de munición bólter voló libremente alcanzando el techo del túnel.

El tiroteo, de silbantes discos mono-moleculares blancos, desgarró a Narek. Damon Prytanis no se moderó al apretar el gatillo como había hecho con los Praecental para conservar munición. Éste era un Marine Espacial totalmente blindado. El ataque con la afilada munición trituró a Narek de la Palabra, acribillando de paso la pared del túnel tras él, arrancando porciones de ladrillo. John tuvo que sumergirse en el lodo para cubrirse.

-¡Johnny, chico!- grito Damon aún disparando. **-¡Ven con papa! ¡Es hora de irnos!**

Narek cayó en el canal de agua, herido y jadeando, sus yemas de

plastiacero rasparon la encalada pared de ladrillo.

John se puso en pie y se dirigió hacia Damon Prytanis, todavía tambaleándose.

-¡Eres un idiota!- le gritó. **-Ya lo tenía. ¡Lo tenía justo donde lo quería!**

Damon asintió. **-Correcto. Comiendo de tu mano. Prácticamente te habías librado de la restricción de la gargantilla, ¿verdad? Estabas justo en su cabeza.**

-¡No! Estaba negociando. Ya lo tenía. ¡Lo había persuadido!

-Jódete- se quejó Damon, -**La vida es muy corta. Ese es tu problema, John. Te gusta resolver los problemas de la manera difícil. No te gusta ensuciarte. Eres demasiado gentil. Venga, salgamos de aquí.**

Empezaron a correr a lo largo del túnel de drenaje, juntos, hacia la siguiente desembocadura.

-¿Que estás haciendo aquí?- preguntó John. Aligeró el paso un momento, contrayéndose de dolor.

-¿Qué?- preguntó a su vez Damon. **-¿Qué te pasa?**

-Mi cabeza. Estuvo en blanco por demasiado tiempo. Todo está volviendo. Percepciones. No es agradable. Te pregunte algo, Prytanis, ¿qué estás haciendo aquí?

Damon sonrió.

-Lo usual. Gahet me pidió que te echara un ojo, haber si seguías el plan acordado.

-¿Eres mi seguro?

-Absolutamente, si.

-¿Y si te pareciera que estoy decayendo en mi tarea?

Damon Prytanis se encogió de hombros, Guh´hru en una mano y Meh´menitay en la otra.

-Supongo que sólo tendría que liártela para enseñarte una lección- contestó. Después soltó una carcajada.

-Te diré en que la has liado- dijo John. **-Toda ésta asignación. La Cábala nunca debió de haber mandado a la caballería.**

-¿Yo, la caballería? Sabes una cosa, en realidad lo fui, una vez. Del séptimo de caballería. Te diré que, esos Lakota…

-Sabes a que me refiero- lo interrumpió John.

-Tú también. Sabes que tenían que hacerlo- le replicó Damon **-Estabas dudando.**

-Eso no es cierto.

-Lo es. Éste trabajo necesita hacerse y con rapidez. Vulkan debe morir. Esa es la manera en la que tiene que acabar. El orden que tienen que seguir las cosas. ¿Tienes la cosa esa de la lanza?

John hizo un gesto con la mochila en su mano.

-Perfecto- dijo Damon. **-Bien por ti. Eso es todo lo que importa. Terminemos con esto. Seré tu apoyo. Tu… garantía. Así que dime Johnny, ¿cómo se supone que funciona eso? Gahet no lo especificó.**

-Pongo la lanza en las manos de un Primarca, y sólo en sus manos, la lanza se vuelve capaz de matar a cualquiera de los dieciocho.

-A Vulkan.

-Así es.

-¿Sabemos por qué Vulkan es el objetivo?

-Sólo es otra versión de la posición de Apharius- le explicó John. **-Horus debe ganar ésta guerra y hacerlo tan brutalmente que la raza humana sea tragada por el Caos, llevándose la contaminación del aniquilador primordial con ella a la tumba. La victoria de Horus y la muerte de nuestra especie será la pira en la que se consuma el Caos. Eso significa que los mejores lealistas, como Vulkan, deben ser traicionados y sacados del juego.**

-¿Así qué, la lanza?- preguntó Damon. **-¿A cuál de los hermanos de Vulkan se la darás? Digo, ¿aquí en Macragge? No creo que Guilliman o el León estén dispuestos a hacerlo.**

-Hay otro candidato viable en éste mundo- dijo John Grammaticus.

-¿Hay otro Primarca aquí? ¿Quién?

-Curze- contestó John.

Damon se detuvo y silbó. -**¿Curze? ¿Ese maniaco está en Macragge?**

-Sí, lo está- contestó nuevamente John. **-Lo último que sentí, antes de que me capturara el Portador de la Palabra, fue al Acechante Nocturno descendiendo al planeta.**

Damon se estremeció. Dirigió la mirada hacia arriba, al techo de la alcantarilla.

-Hay que joderse. No vine aquí por Konrad Curze.

-Bueno Damon, déjame que te lo exponga así…- empezó diciendo John.

No pudo seguir, ni escuchar la sarcástica respuesta de Prytanis. Una intensa migraña lo acuchilló repentinamente, haciendo que casi cayera de rodillas. Brotaron lágrimas de sus ojos.

-¿John? ¿Qué pasa?

Los poderes psíquicos de John Grammaticus regresando de golpe con toda su fuerza. La avalancha de percepciones, ahora bruscamente restauradas, casi lo sobrepasa. Se manifestaron sin medida las auras y las representaciones mentales de toda la ciudad a su alrededor. Fue demasiado, como muchas voces en el vox flotando entre canales, y de pronto, se subiera el volumen al máximo. Se esforzó por mantener algo de control.

Sintió agudas oleadas de dolor, ira, odio. Volvió la mirada hacia Damon Prytanis.

-Puedo sentir…- trato de explicarle. **–Mis poderes psíquicos han regresando. Rápido. Oh.**

-¿Qué?

-Es bueno que no tengamos que depender de Guilliman o el León- dijo John, luchando por mantener su mente clara.

-¿Por qué?- preguntó Damon con recelo.

-Guilliman se ha ido. El León también. Deben estar muertos, Prytanis.

-¿Estás bromeando?- Damon se volvió para preguntárselo, mirándolo a los ojos. **-¡Dime que es una jodida broma!**

-Desearía que lo fuera,- le contestó John. Estaba temblando por la intensidad del desbordamiento psíquico. **-La sensación de pérdida y dolor es demasiado fuerte. La lectura mental de las cientos de mentes de Ultramarines y Ángeles Oscuros, así lo sugieren.**

-Componte. Venga. Si lo que dices es cierto, necesito tu perspicacia.

John tragó saliva y asintió.

-Sí. Ciertamente. Lo haré- masculló. **-Sólo que es demasiado con lo que lidiar. No lo entenderías. Imagínate estar sordo por una cuantas horas, luego recuperar la capacidad de escuchar y que todos en la ciudad te griten al mismo tiempo.**

Damon mantuvo el contacto visual con su rostro.

-Estoy bien- declaró John. -**Lo he estabilizado un poco.**

Dio un vistazo sobre su hombro.

-No lo mataste- dijo.

-¿Al Portador de la Palabra?

-Exacto.

-¡Maldita sea! Pensé que lo había hecho, y bastante bien por cierto.

-Bueno, no lo hiciste- se quejó John. **-Puedo leerlo, volviéndose a poner en pie. Vendrá tras nosotros. Así de bueno es, Damon.**

-Debemos seguir moviéndonos entonces, ¿no?- dijo Damon.

Usaron un empedrado canal de vertido para escalar de vuelta al nivel de las calles. En pocas horas amanecería. El cielo estaba cargado de cobertura aérea desde la Fortaleza.

-Es una búsqueda a gran escala- mencionó Damon.

-Curze desgarró el corazón de la Fortaleza anoche- replicó John. **-Están cazándolo a él y a Vulkan.**

-¿Puedes encontrar a cualquiera de los dos?

John hizo una pausa, concentrándose.

-A Curze, no. Es como si sólo pudiera leerlo en algunas ocasiones, en otras se vuelve completamente invisible. Como si pudiera ocultar su mente. Es insoportable cuando puedo percibirlo, pero casi todo el tiempo ni siquiera es una sombra.

-¿Y qué hay de Vulkan?- preguntó Damon.

-Espera, estoy probando.

-Bien, aunque necesitamos a los dos- puntualizó Damon.

Caminaron lentamente a lo largo de un silencioso callejón entre dos grandes avenidas. John enfocó su mente. La sintonizó a la firma de los pensamientos de Vulkan desde que había puesto un pie en Macragge. Era difícil cuando esa firma estaba tan perturbada. También era muy complicado estando en medio de una ciudad llena de tantas mentes agitadas y sin protección.

Sonrió.

-¿Qué?- preguntó Damon.

-Creo que lo tengo. Se está moviendo al sur de nosotros, al sureste. Va hacia 'Anomie Deme'.

Damon asintió.

-¿Que hace ahí?

-Ni idea. Es difícil leerlo. El… no ha estado totalmente cuerdo estos días.

-Perfecto. ¿Estamos rastreando a un Primarca loco?

-Sí. ¿La Cábala no te lo dijo? ¿Gahet no te lo informó? Espero que te hayan dado bastante munición y de la peligrosa.

Damon frunció el ceño. **-¿Pero lo encontraste?**

-Así es.

-¿Aún no puedes leer nada de Curze?

-Aún no- le contestó John.

-Bien, uno de ellos, al menos, es un comienzo. Buen trabajo. Buen trabajo, John. Pareces complacido contigo mismo.

John lo estaba. Concentrándose en el patrón de pensamiento de Vulkan había descubierto algo más. El forzado aislamiento psíquico creado por la gargantilla de Narek había permitido, por fin, a su cerebro, recordar lo implantado de una manera tranquila e inconscientemente.

De repente, era capaz de ver con total claridad lo que el conducto del vidente había impreso en su mente. Entendiendo lo que Eldrad Ulthran quería que hiciera.

Ahora lo veía con claridad.

Entendía el porqué.

Respiró profundamente. Finalmente, había una forma de servir a las fuerzas de la luz. Podía desafiar los deseos de la Cábala y pelear por su raza natal. Al menos podría propinar un apropiado golpe a favor de su especie, algo que había anhelado desde que sus maestros xenos lo habían arrastrado a la guerra de Horus por primera vez.

Por supuesto le costaría la vida, pero eso, difícilmente, parecía un gran precio a pagar.



El dúo se puso en movimiento, alejándose por la calle, siguiendo una ruta que Damon había repasado de una placa de datos, una ruta que los llevaría al 'Anomie Deme' por el camino más corto.

Arriba, en un saliente que recogía la lluvia, una sombra agachada los observó moverse.

Curze se lamió los labios.

Ésta nueva pieza era una fascinante adición al rompecabezas vertido en su mente. Desde el momento que había salido del pozo

Nymphaeum, nuevas visiones lo habían asaltado. La aleatoria y enloquecida corriente de sus entre-velados sueños le había mostrado una posibilidad llamada John Grammaticus. Había algo curioso acerca del tal Grammaticus. Curze no estaba seguro de que era exactamente pero sabía que era aterrador y anormal. Grammaticus no era un humano normal. El era, de algún modo, como muchos humanos a la vez o como un único humano de proporciones dimensionales inexplicables. En particular, su cuarta dimensión, su tiempo de vida, era extenso, extremadamente alargado…

Eso no importaba. La última visión le había mostrado a Curze claramente un hecho específico. Había una lanza, una lanza que podía matar a Vulkan. No solo eso, sino que Grammaticus le daría voluntariamente la lanza para que pudiera usarla.

Y la usaría. La usaría para terminar lo que empezó en el Laberinto de Hierro (Iron Labyrinth en el original).

Eso haría que la noche fuera perfecta. El amanecer revelaría que Konrad Curze había descendido como un eclipse sobre la brillante Macragge y que, en un periodo de oscuridad, había asesinado a tres de los hijos más leales del Emperador, incluyendo aquel, que aparentemente, no podía morir.

Eso sería un logro fundamental, un consagrado logro superlativo, un logro devastador: El arrogante Guilliman, el vanaglorioso León y el invencible Vulkan.

Los tres, en una sola noche.

¡Horus podía pudrirse en la disformidad! ¡Nada de lo que él hubiera hecho era la mitad de impresionante! Konrad Curze estaba por consagrarse a sí mismo como el mayor y más formidable hijo del Emperador.

Lo haría para traer al imperio de su padre más devastación y sufrimiento del que Lupercal había planeado hasta el momento. Lo haría no por un cambio de estado o de liderazgo, sino por conseguir un olvido absoluto y eterno.

Morirían. Mataría a todos los Primarcas, y sus muertes serían el testimonio de la pura magnificencia de su terror.

Curze se levantó. Los dos hombrecitos, abajo en la vacía calle salieron de su vista con rapidez.

Extendió su andrajosa capa y se lanzó hacia el siguiente tejado.



21

SUEÑOS Y VISIONES

"Hay un solo camino que observar,
y es a través del conocimiento adquirido por nuestros propios ojos,
mirando hacia delante."

-Rogal Dorn, en 'Principios de una sólida defensa'.



El sol se alzó veloz, radiante, sofocante, y él lo vio brillar sobre las aguas de la bahía.

Intentó relajarse.

Los granjeros habían iniciado sus labores tempranamente al amanecer, ascendían las laderas montañosas desde los asentamientos en la base, cargaban las guadañas sobre sus hombros, y podía oírles tal como les había oído durante las últimas dos horas, cortando la hierba que amenazaba con volcarse sobre las oscuras salas de Sotha, mientras reían y hablaban.

Pudo percibir el delicioso aroma a tallo recién segado en la brisa matinal.

Guilliman se sentó en la hierba, estaba en un promontorio situado en la pendiente más alta del Monte Pharos, y ciñó una mano a modo de visera sobre sus cejas.

Sotha era un buen mundo, un sitio agradable, todas las razones y motivos que le instigaban a que volviera a Macragge, parecían de algún modo atenuadas por éste apacible verano, para su vergüenza, Guilliman cayó en la cuenta de cuánto añoraba esa paz, Sotha era como un mítico edén y durante un irracional instante, Roboute

Guilliman deseó el fracaso de Dantioch en su intento por 're-sintonizar' el Pharos, para así jamás tener que regresar, una parte de él supo que podría vivir el resto de sus días en Sotha con total alegría, bronceando su piel bajo la luz del sol, despreocupado, segando la gravilla con su guadaña temporada tras temporada.

Pero sólo era un sueño, destinos tan mundanos como el de los granjeros no estaban al alcance de seres como Roboute Guilliman, su sino le aguardaba, un futuro de deber y responsabilidad, algo muy distinto de lo que habría de esperarle a un humilde granjero, pues un granjero jamás podría jugar un rol relevante en la lucha final contra Horus.

Oyó unos pesados pasos acercándose tras él y se volvió.

-**Mi señor**- dijo el sargento Arkus mientras le saludaba, vestía el equipamiento estándar.

-**Relájate Arkus**- le dijo Guilliman al Ultramarine, la servoarmadura de Arkus resplandecía bajo el sol. -**Estás empeñándote en demasía**- agregó.

-**¿Mi señor?**

-**Cuando arribé la pasada noche, tu servoarmadura lucía en perfectas y respetables condiciones, al igual que las del resto de los hermanos de tu compañía, yo tomé nota de ello, ésta mañana has sacado lustre hasta un punto insano.**

-**Mi Primarca está aquí**- respondió Arkus ofendido -**en una inspección sorpresa de mi puesto... ¿qué otra alternativa tengo?**

Guilliman se puso en pie y lo encaró.

-**Lo siento Arkus, mi observación fue baladí e impertinente, el estado de tu servoarmadura es perfecto.**

Arkus asintió y descansó su equipo en el suelo.

-**Mi señor**- dijo -**soy un Ultramarine, el empeño es parte de nuestro ser ¿no es así?**

Guilliman sonrió y saludó a Arkus.

-**Dame tu reporte hermano**- le contestó.

-**El herrero de guerra Dantioch dice que estaremos listos para las**

pruebas dentro de una hora- dijo Arkus.

-**Puedes decirle que estaré allí**- respondió Guilliman.

Arkus saludó y se alejó.

Guilliman volteó su rostro hacia el sol y recostó su cabeza hacia atrás.

-**¿Hermano?**

Guilliman se volvió y vio al León bajando la ladera de la montaña hacia él, tras el León, un joven explorador de la 199ª, la ‘Aegida’ le seguía ansiosamente.

-**¿Hermano?**- respondió Guilliman.

El León se sentó en una roca, cansado, frustrado y apoyando las manos sobre sus rodillas.

-**Roboute**- dijo -**tendrías que oír a éste novato, ¿cuál era tú nombre?**
-**Oberdeii, mi señor**- respondió el explorador.

-**Díselo a Roboute… mi amigo, dile al Primarca frente a ti**- dijo el León -**dile lo que me has dicho.**

Oberdeii miró a Guilliman.

-**Está bien**- Guilliman lo tranquilizó -**dímelo hijo.**

-**El gran señor entre señores**- comenzó el explorador -**estaba preguntándome acerca de éste sitio, acerca de la experiencia de éste destacamento, puede que yo haya hablado de más.**

-**Entonces el daño ya está hecho**- dijo Guilliman -**y no puedes hacer mayor daño repitiéndolo, habla Oberdeii, no habrá consecuencias por ello.**

-**Bien entonces, es acerca de éste sitio señor**- dijo Oberdeii -**es un sitio extraño en el cual estar, éste es un sitio extraño que guarnecer, Pharos… gesta sueños y vive de ellos, si uno permanece aquí lo suficiente, o vive aquí como nosotros lo hemos hecho, los sueños comienzan a ser parte de uno, ellos son parte de la montaña tanto como la roca o la grava.**

Oberdeii alzó la mirada hacia Guilliman.

-**Espero me creáis señor**- dijo.

-**Te creo.**

Guilliman pensó en los sueños que él acababa de tener, sueños de renunciamiento a su deber, de vivir el resto de sus días sin preocupaciones y en un idilio pastoral, Pharos intensificaba las cosas, hacía ver los pensamientos y esperanzas muy reales, sólo una noche en su ambiente había hecho carne sus deseos más privados, una idílica conclusión de sus deberes y responsabilidades.

-**Nosotros hemos comenzado a advertir patrones en nuestros sueños**- dijo Oberdeii -**hemos aprendido a prestar atención, el honorable Herrero de Guerra Dantioch, nos ha dicho que el Pharos aquí genera luz a niveles empático y que ello podría ser la razón, todos lo hemos sentido, hasta mi honorable sargento, Arkus, ha tenido un sueño, ha soñado que los Ángeles Oscuros llegaban a Macragge, ¡y vaya, por el trono! Dos días después sucedió, el Capitán Adallus, hace justamente dos noches atrás tuvo un sueño sangriento, y despertó invocando el nombre de Curze.**

-**¿Curze?**- preguntó Guilliman.

-**Ellos lo han visto venir**- dijo el León a Guilliman.

-**Gracias a éste campo de sintonización**- aventuró Guilliman

-**Gracias al campo de sintonización y a su funcionamiento xenos**- se mostró de acuerdo el León.

Guilliman observó a Oberdeii.

-**¿Hay algo más no es así?**- preguntó

-**Ciertamente lo hay**- dijo el León.

-**Todos en mi compañía pensaron inicialmente que el sueño de los Ángeles Oscuros era apenas una coincidencia**- dijo Oberdeii -**pero el sueño de Curze nos convenció que había algo más tras todo esto, anoche amado señor, yo soñé.**

-**Comparte conmigo su contenido, hijo mío**- dijo Guilliman -**háblame de ese sueño que has tenido.**

Y Oberdeii se lo contó...



El amanecer estaba próximo, un amanecer frío y lúgubre, la humareda aún envolvía la silueta de las altas torres de la fortaleza, como un legado de la sangrienta noche que, recientemente, estaba llegando a su fin, aeronaves y tropas terrestres de la Fortaleza aún continuaban realizando batidas sistemáticas sobre la cercada y basta ciudad, a menos que ellos no dieran con lo que estaban buscando, la sangrienta noche constituirá una pre-cuela de un sangriento día.

John y Damon viajaron desde el sudoeste, cruzando desde Strayko hasta las conglomeraciones urbanas de Anomie, moviéndose como podían a fin de evitar ser detectados por las patrullas, se había dispuesto una especie de ley marcial para mantener alejados a los civiles de las calles.

Andaban siguiendo las huellas de la destrucción provocada por Vulkan, las horas previas al amanecer conformaban una paleta azulada a su alrededor, las inhóspitas calles de Anomie parecían sumidas bajo las aguas, lo que le recordó a John su último encuentro con el profeta.

Cada tanto se veían obligados a detenerse en su avance para ocultarse tras algún pórtico, pues las patrullas motorizadas de Ultramarines sobrevolaban sus cabezas, o a causa de ciertos sonidos que oían en las interacciones.
Ninguno de ellos estaba al tanto de la oscura sombra que les seguía desde los tejados.

Mientras más consideraba John el plan del excéntrico profeta, más inseguro se sentía, en parte era por lejos de la clase de tareas que siempre había deseado llevar a cabo, y ello era todo lo contrario a los deseos de la cábala, refutaba directamente su filosofía y el control que ésta tenía sobre él, John tenía la posibilidad de combatir, como un hombre, como solía hacerlo la especie humana.

Así era, de todos modos no iba a ser una tarea fácil, John esperó contar con la habilidad, con ella y con la determinación suficiente, la cábala quería a Vulkan muerto, y por ello habían previsto el épico rol que él interpretaría en la batalla final contra Horus y la disformidad, él siempre estuvo destinado a ser uno de los fieles defensores de la antigua Terra, pero la Cábala no le había dejado vivo para desempeñar tan destacado rol.

Eldrad Ulthran había sabido ver aún más, supo ver la locura en Vulkan, el estado demencial en el que actualmente estaba estancado el orgulloso Primarca, provocado por el infame Acechante Nocturno, de acuerdo a como se lo había planteado, Vulkan ya había quedado fuera del juego, no estaba en condiciones de cumplir con su destino tal como la Cábala había predicho, y si John se excedía solo un poco en su misión, podría juzgarse técnicamente como una victoria.

La lanza era un arma poderosa, sobre todo en las manos de un Primarca, podría aniquilar cualquier cosa incluso a un ser invencible, por otro lado en las manos de un Perpetuo... Eldrad Ulthran había sugerido que bajo ciertas circunstancias, podría obtenerse diferentes resultados, empoderada con el toque de un Perpetuo, la lanza podría incluso sanar en lugar de matar.

Si John pudiera dar el golpe, entonces tal vez Vulkan podría recuperarse, y en lugar de apartarlo definitivamente de la guerra, John Grammaticus podría sanar y recuperar a uno de los hijos más poderosos del emperador, y a un importante aliado.

Habría obstáculos que sortear, la presencia de Curze, aún oculto en algún sitio dentro de la ciudad, era uno de los más relevantes, los Ultramarines y las autoridades de Macragge eran otro, Vulkan por si mismo sería un inconveniente, ¿cómo podría uno acercarse lo suficiente como para apuñalar a un demencial e hiperagresivo Primarca?

Y por último, por supuesto estaba la Cábala, y el agente a quien ellos habían enviado para ayudarle, John conocía a Damon Prytanis desde hacía mucho tiempo, nunca llegaron a convertirse realmente en amigos, por otro lado sí que tenían muchas cosas en común, pero a pesar de ser ambos Perpetuos ellos también tenían muchas diferencias, John siempre había sido por mucho el mejor espía, el infiltrador nato, el operador encubierto quien manipulaba a través de un disfraz y la sugestiva persuasión.

¿O sería él? Mientras caminaban John echó una mirada a Prytanis, observó su grácil andar, su casual apariencia, su desgastado abrigo de piel y sus sucias botas, sus despreocupadas maneras enmascaraban su férrea y tensa aptitud para el combate.

Había dudas en Prytanis, dudas y miserias, al igual que John, Prytanis había servido por demasiado tiempo enfrentando los intereses de su propia especie, John sentía en Damon Prytanis mucho de ese mismo

resentimiento que había echado raíces en su propia alma.

Una Storm-Eagle sobrevoló sus cabezas, realizó un rodeo forzando sus turbinas al ralentí, exploró los angostos caminos, los corredores de ingreso a los habitáculos y cada recodo, con las gélidas y blanco-azuladas luces de los faros de búsqueda.

Damon y John se zambulleron bajo una arcada a la espera de que siguiera su curso.

-**¿Puedo preguntarte algo?**- dijo John.

-**Seguro, ¿quieres saber cómo puedo actuar con absoluta frialdad mientras tú eres un autentico tintineo de tics, caprichos y dudas? Es porque tú eres un psíquico Johnny y yo, un luchador.**

-**Bueno... no era eso, pero gracias igualmente por la evaluación**- John hizo una pausa y luego preguntó. -**¿Cómo puedes vivir con esto?**

-**¿Con qué?**

-**Sirviendo a la Cábala.**

Damon se encogió de hombros. -**Pagan bien**- respondió.

-**Yo pienso lo mismo... pero ellos nos usan como armas contra los de nuestra propia especie**- dijo John con total franqueza.

Damon dejó entrever su típica expresión de "basta de hablar del tema, lo hemos discutido infinidad de veces".

-**Realmente tienes un problema con ésta misión, ¿no es así?**- preguntó Damon

-**¿Tú no?**

-**No**- replicó Damon -**¡diablos, no!**

Echó una mirada para ver si la nave se había alejado lo suficiente como para que ellos pudiesen ponerse en movimiento, no lo había hecho, se internó bajo el arco y miró a John.

-**Estoy de acuerdo en servirles**- dijo -**soy un soldado, soy leal, fin de la discusión.**

-**Puedo leerlo en ti, hubo un tiempo en que ello no fue así**-

contestó John.

Damon se echó hacia atrás y puso sus ojos en blanco. -**Sal de mi maldita cabeza, Grammaticus, no te invité.**

John alzó sus manos demostrando que no estaba intentando nada.

-**No estaba haciendo nada, además, tú me repeles**- señaló -**muy ingenioso, brujería disforme, Damon, la Cábala no escatima en hacer uso de lo que estima necesario.**

Damon se recostó contra el muro, rascó su sien y suspiró.

-**Mira John, si quieres saber la verdad... estoy harto de esto, harto de todo, harto de servir a esos capullos xenos, odio que la humanidad deba asumir el coste de salvar el cosmos, pienso como tú en cuanto a ello, pero también te he dicho la verdad, soy un soldado, soy leal, ellos me han mostrado la película completa y yo la he aceptado, ellos me mostraron la gracia de dios, soy un soldado John, entiendo la conveniencia, el pragmatismo y los males necesarios.**

-**Todos fuimos soldados alguna vez**- dijo John -**lo que me enseñó toda esa experiencia, fue el poder de la camaradería y la amistad.**

Damon resopló. -**¿Sí? bien, pues yo tengo más corazón del que tú piensas Grammaticus, todo éste asunto me hiere más de lo que crees, tal vez no sea tan buen soldado, a lo mejor sólo soy un asesino, o así es como la Cábala me ha usado los últimos siglos, hago bien mi trabajo, lo que siempre he asesinado en primer lugar ha sido mi propia conciencia, tú aún tienes la tuya John, y realmente te envidio por ello.**

Miró a John como si le hubiera revelado una verdad oculta.

-**¿Bien?**- preguntó.

John sonrió, como solía hacer en otros tiempos. -**Suenas como Oll**- dijo.

-**¿Ese perdedor?**- preguntó Damon agriamente. -**Vete a cagar John, si quieres ver lo que le sucede a un hombre cuando escucha a su conciencia, entonces mira a Ollanius ‘confuso’ Persson, ese gruñón y viejo bastardo pudo haber usado su don para el bien, ¿pero dónde está él?**

John sonrió, fue más una mueca vacía del tipo que parecía decir 'bien, parece me has atrapado”, rogó a todos los infiernos que la Cábala no hubiese advertido los furtivos esfuerzos que había realizado para auxiliar a Oll Persson durante el desastre de Calth, además, esperaba que hubiese pasado inadvertido el nuevo destino que él había previsto para Oll Persson, aunque renuente, se había embarcado en un tortuoso y por lo demás peligroso viaje cumpliendo su propia voluntad, haciendo algo, que John sabía bien, la Cábala desaprobaría.

Esa era la razón por la cual John no se había encargado de ello personalmente, por ello es que había tenido que recurrir a él.

Parecía, como si estuvieran a punto de dar un duro golpe a favor de la humanidad, contrariando los intereses de la Cábala, realmente ésta era una época de revoluciones y revueltas.

Damon se paró frente a John, él sonrió, pero con poca calidez en el gesto.

-**Vamos John, tendrás tu oportunidad como la tendré yo, tú ya no deseas ser parte de esto, lo siento, se que duele, así que como dice el dicho: "Boo hoo, es demasiado tarde", vamos a hacer esto de la manera apropiada y largarnos bien lejos, vamos a completar ésta maldita misión antes de que ella termine con nosotros.**

-**Puede suceder**- dijo John.

-**Es parte del trabajo**- replicó Damon -**yo estoy listo, siempre lo estoy.**

-**¿Qué sucederá si rehúso, Damon?**- preguntó John.

La nave había seguido su curso, Damon salió a la calle y volvió su mirada hacia John.

-**¿Por qué irías a hacer una estupidez tan necia como esa?**- preguntó alegremente -**además, no puedo permitir que rehúses, es por eso que estoy aquí.**



-**Deseo servir**- dijo Faffnr Bludbroder.

-**Ya lo has hecho, hermano**- le aseguró Verus Caspean -**y lo has hecho honorablemente.**

Tras entrar en la sala de audiencias, de la Residencia, Faffnr hizo una reverencia por demás respetuosa ante el nuevo Señor del Primero de los Ultramarines.

-**Curze mató a uno de tu manada y envió tres más al Apothecarium**- dijo Caspean -**tú podrías estar allí también, tu servicio ha...**

-**Nosotros somos cazadores**- dijo Faffnr -**Curze debe ser detenido, autoriza a los miembros sobrevivientes de mi jauría a desplegarse en la ciudad y nosotros le hallaremos.**

-**¿Para un nuevo asalto?**- preguntó Dolor parándose junto a Caspean.

-**Lobo, tu valiente esfuerzo queda anotado**- dijo Caspean -**pero ni siquiera sabemos si Curze aún vive.**

-**¿Han visto su cuerpo?**- preguntó Faffnr.

-**No.**

-**Entonces aún vive**- dijo el señor de la manada.

-**Opino que deberías permitir a los Lobos que colaboren**- dijo Euten, ella se paró a un lado de los comandantes de legión, mostrando un rostro más pálido y demacrado que de costumbre.

-**Los Lobos Espaciales han demostrado gran devoción y fidelidad**- dijo ella -**yo misma les debo la vida.**

Faffnr miró a la Chambelán Principal y asintió en agradecimiento.

-**Desearía sin embargo, que el señor de la manada sane sus heridas antes de infligir el mismo daño a otros**- agregó ella.

-**¿Esto? Esto no puede llamarse ni heridas, no significan nada**- dijo Faffnr.

-**Dejas un rastro de sangre allá por donde vas.**

-**Permitiré que se unan a la caza**- dijo Caspean a Faffnr -**pero tendrán que aguardar una hora hasta que nuestro barrido de búsqueda termine, veamos qué resultados arroja, y si para entonces Curze permanece fuera de nuestra vista, los Lobos podrán unirse a la caza.**

Caspean echó una mirada a Timur Gantulga, quien aguardaba cerca, encabezando un grupo de sus hermanos de batalla, y a Eeron Kleve de los Manos de Hierro.

-**Es un hecho que la petición de los Cicatrices Blancas se ceñirá a idénticas condiciones, fue un razonamiento inteligente el que nos hizo ver que Curze había cambiado su objetivo de la Fortaleza a la Residencia, claramente tanto ustedes como los Lobos han asimilado sus tácticas.**

-**¿Cuán reconfortante puede resultar que los Lobos Espaciales y los Cicatrices Blancas piensen igual que Konrad Curze?**- preguntó Farith Redloss.

Dolor le observó con desagrado.

-**Lo que quiero decir**- dijo Farith Redloss -**es que tal vez podamos aprender mucho de nuestros salvajes hermanos.**
-**¿Modales tal vez?**- sugirió Dolor.

-**¡Mis señores! ¡Lady Euten!**

Ellos se volvieron para ver a Titus Prayto ingresando en la sala, su rostro se mostró asaltado por el dolor, al igual que Faffnr Bludbroder, él no había pasado el suficiente tiempo en el Apotecarium.

-**Les pido a todos que me acompañen**- dijo sin rodeos.

Ellos le siguieron fuera de la sala, por una larga terraza llena de estandartes, hacia la sala de lectura de la Residencia.

La cámara estaba amueblada con acristalados gabinetes colmados de libros y pergaminos.

-**¡Miren!**- dijo Prayto.

Un extraño resplandor se había formado en un rincón de la sala de lectura, era sin lugar a dudas la luz, el fulgor que solía acompañar al campo de sincronización del Pharos.

-**Creo que el Herrero de Guerra Dantioch está intentando restablecer el contacto**- aventuró Titus.

-**Ésa, es al fin, una buena noticia**- contestó Caspean.

-**Debemos desplegar vigías para controlar los progresos**- opinó

Prayto -**y también programar rondas de patrulla en la Fortaleza y en la Residencia, pues fue allí donde se observaron la mayoría de las manifestaciones del fenómeno, antes de que se pudiera establecer el contacto.**

-**El primer capitán estaba a punto de impartir órdenes, pero se detuvo cuando el poco mundano fulgor los bañó a todos con un brillante e intermitente resplandor.**

El campo se expandió repentinamente resolviéndose con una gran claridad, una silueta en pie se perfiló a medias como las sombras de los muertos a medianoche, pero resultó imposible de identificar.

-**Ahí ¡Sabía que podíamos lograrlo!**- dijo una voz desde algún punto a su alrededor. -**¿Acaso no había dicho yo que podría hacerse?**

-**¿Quién está ahí?**- preguntó Caspean. -**¿Quien nos llama desde la lejana Sotha?**

El campo de sintonización fluctuó y entonces se desvaneció, el resplandor luminoso estalló, sin más, en la sala de lectura.

Caspean, Dolor y el resto de los oficiales Ultramarines intercambiaron miradas entre sí.

-**Temo que el proceso para restablecer el contacto pueda llevarles días o incluso semanas**- dijo
Prayto.

-**No comprendo ésta ilusión**- dijo Farith Redloss -**pero quizás...**

-**¡...no, no les hemos perdido!** - la voz le interrumpió con sorpresa, surgió desde los gabinetes, desde los mismos libros que se encontraban a su alrededor. -**¡...No les hemos perdido del todo!!! ¡Paciencia! El campo debe estabilizarse, ¡eso es todo! Solo un pequeño ajuste más y...**

Silencio

-**Esa fue la voz de Dantioch, podría asegurarlo**- exclamó Dolor.

-**¿Mi señor Dantioch... Herrero de Guerra?**- Caspean le llamó nuevamente. -**¡Aquí Macragge! ¡Le oímos! ¡Casi le hemos visto!**

-**¡Insisto no se ha perdido! No he dejado que se pierda**- la voz fue perdiéndose y luego se quedó en silencio.

Entonces, la luz irrumpió abruptamente.

En ésta ocasión lució más brillante y estable, todos retrocedieron involuntariamente cuando parte de la sala de lectura, se colmó con el reflejo de la negra piedra de la Locación Primaria Alpha, como si el decorado del ingenio mecánico de una obra se hubiera desplegado fuera de su escenario.

La claridad del trasfondo era extraordinaria, casi podían percibir la frialdad de la negra roca y la humedad del aire, el inmediato primer plano se mostró ligeramente desenfocado, forjando una vaga nubosidad con la forma de un hombre o algo humanoide.

El foco se ajustó, la figura se resolvió con perfecta nitidez sobre el trasfondo.

Era el Herrero de Guerra, se dejó caer incómodamente sobre un gran trono de madera situado sobre los suelos de sintonía, lucía cansado y macilento mientras se apoyaba en su tosco trono, se veía como el anciano monarca de un reino moribundo.

El último de su linaje, aguardando en una desgastada sala del trono, mientras su reino y nombre se conviertan en leyenda.

-**Ahí, tal como yo decía**- anunció el Herrero de Guerra -**no se había perdido del todo, débil pero no perdida.**

-**Mi señor Dantioch**- dijo Caspean.

-**Bien, nada puedo hacer acerca de la interferencia**- dijo Dantioch -**hay aquí mucho acerca del proceso que aún debo aprender y comprender.**

Advirtieron que no les estaba hablando a ellos, él miraba a un lado, hablaba con otra persona y no a través del campo de sintonización.

-**¿Mi señor Dantioch?**- le llamó Prayto.

El Herrero de Guerra les miró a través del campo.

-**Mi señor Prayto**- respondió -**es bueno volver a verle**- la transmisión se interrumpía regularmente, Dantioch miró a su izquierda. -**Muévase hacia su derecha**- le oyeron decir -**el foco ésta aquí, veo a Prayto y a los otros.**

Otras figuras aparecieron a su lado, presentándose a través del

campo, dos Ultramarines, y luego una figura de amarillenta servoarmadura, claramente se trataba del puño imperial Alexis Polux.

-**¿Cómo es que Polux está ahí?**- exclamó Prayto -**¿cómo?**

Sus palabras murieron al instante.

Roboute Guilliman y el León hicieron presencia frente al campo, junto al trono del Herrero de Guerra.

Todos en la sala cayeron de rodillas.

-**¡Mis hermanos y amigos de Macragge!**- dijo Dantioch -**no me pidan explicaciones pues es muy complejo, resumiendo, me place informarles que los Primarcas y el valorado Alexis Polux están vivos y conmigo, aquí en Sotha.**

-**El Emperador sea loado**- dijo Caspean.

-**Yo temí que las pérdidas de la noche fueran demasiado costosas para nosotros.**

-**Ese es el menor de los problemas sobre nuestro retomo**- aseguró el León -**hemos dado un paso a través de eternidades, parece que por la simple fuerza de nuestras voluntades o necesidades, no fue una decisión consciente, pero han intervenido en algo nuestras emociones.**

El avanzó un paso, pero pareció incapaz de adentrarse en la sala de lectura, pues cada vez que se acercaba al campo, simplemente se desvanecía perdiéndose de vista, echó una mirada frustrada a Dantioch.

-**Nunca prometí que funcionaría en los sentidos, mi señor**- dijo el Herrero de Guerra. -**Intente concentrarse en sus necesidades, en su mayor deseo**- le aconsejó.

-**¿Debo formular un deseo?**- inquirió el León. -**Haces que suene como una fábula fantástica.**

-**Tal vez, tales tecnologías y su funcionamiento son el origen de semejantes fábulas**- dijo Dantioch.

El León frunció el ceño.

-**Yo no deseo estar aquí**- repitió sus palabras sin obtener mayor éxito al avanzar hacia el campo.

Guilliman avanzó un paso tras él, y al igual que el León, su imagen se desvaneció incapaz de atravesar el campo, Guilliman sacudió la cabeza y sonrió, lo hizo tristemente, ocultando su fracaso con mayor entereza de la que había demostrado el León, se paró junto a sus oficiales.

-**Tengo algunas órdenes**- dijo -**y ya que no puedo cruzar, al menos debo impartir las más urgentes, pero primero díganme, ¿ha sido capturado Curze? ¿Ha caído tal vez?**

-**Aún no mi señor**- dijo Dolor.

-**Deberán ponerme al día**- contestó Guilliman asintiendo. -**Debe ser atrapado, mientras tanto, les ordeno que alisten la flota de inmediato, Macragge tendrá una visita y deben estar listos para recibirles.**

-**Así se hará**- dijo Caspean.

Euten dio un paso adelante.

-**Me place poder verle nuevamente señor**- dijo ella -**Curze me dijo que había fallecido.**

-**¿Curze te lo dijo?**- preguntó Guilliman alarmado.

-**Curze casi elimina a nuestra querida señora, mi señor**- aclaró Caspean.

Guilliman comenzó a avanzar, mostrando una clara preocupación en su rostro... entonces, tomó las manos de ella para confortarla.

-**¿Estás bien? ¿Te hirió?**- le preguntó.

Ella sonrió.

-**Estoy bien ahora mi señor**- respondió Euten. -**Bien, mire y dígame, ¿qué ha deseado?**

Guilliman bajó su mirada y advirtió que había cruzado el campo.

-**Yo no formulé ningún deseo**- admitió -**excepto, que al verte tan desmejorada, evidentemente, sentí la necesidad de estar aquí y asegurarme de que estabas bien y a salvo.**

Volvió su mirada hacia el León, nunca había visto a su hermano tan

consternado por la frustración.

Guilliman se encaró con el campo de sintonización y acercó su mano.

-**Estrecha mi mano**- le dijo.

-**No puedo**- replicó el León.

-**Te necesito aquí conmigo hermano**- insistió Guilliman, él se inclinó hacia adelante cogiendo la mano del León a través de los límites del campo y tiró.

El León dio un paso adentrándose en la sala de lectura.

-**¿Cómo hiciste eso?**- preguntó el León a Guilliman.

-**Yo creo**- dijo Guilliman -**que estoy más abierto a mis necesidades y mis deseos, no los se aislar como tú, el campo no puede leerte. En base a esa teoría, tal vez hay ahí una forma práctica de la cual, ambos, podríamos tomar nota.**

-**El León vaciló, entonces asintió y rodeó con su mano izquierda las manos que ya había estrechado.**

Detrás de ellos, Dantioch se movió dolorido en su trono de madera, sus últimos esfuerzos habían cobrado un gran coste, restándole fuerzas, dirigió su mirada hacia Polux.

-**¿Lo intentarás?**- preguntó Dantioch a Polux.

-**Creo que el campo podría permitirme el paso**- contestó Polux -**ansío estar en Terra, y Macragge es estar un paso más cerca de ella, pero también deseo desentrañar los misterios del Pharos, tal vez sea mejor si dos camaradas trabajan juntos.**

Dantioch alzó su mano y Polux la estrechó.

-**Me sentiré feliz de contar con tu ayuda Alexis**- le dijo.

-**Así como yo estoy feliz de haber contado con la tuya**- contestó Polux.

Polux miró el campo, hacia Guilliman.

-**Permaneceré aquí por algún tiempo más**- le informó -**con su permiso, trabajaremos juntos para develar los futuros misterios de ésta luz y de la transmisión.**

-**Tienes mi bendición**- dijo el Hijo Vengador, Polux le saludó.

-**Habladme acerca de Curze**- inquirió Guilliman a sus oficiales. -**¿Qué tan lejos estamos de encontrarle? ¿Qué otros crímenes ha cometido?**

-**A ese respecto hay mucho que decir**- dijo Dolor.

-**Pero primero…**- intervino Euten -**¿ha ordenado que alistemos la flota? ¿Para la llegada de quién? ¿Quién viene a Macragge Roboute?**

-**Otro hermano**- dijo Guilliman -**otro Ángel.**



22

DONDE CAYÓ EL MARTILLO

"La muerte tiene que ocurrir para que la vida pueda prevalecer."

-traducción literal de la runa cifrada de la Cábala.



Regresó al lugar donde había caído del cielo.

El amanecer había robado el gris y la humedad. La ciudad de Magna Macragge parecía herida y tensa, su dorado brillo atenuado. Más allá del brillo de los escudos de la ciudad, el viento costero trajo el gruñido del trueno, y una tormenta oceánica amenazaba con volar hacia el interior y romper contra la gran muralla de montañas conocida como la 'Corona de Hera', descargando por lo tanto su lluvia sobre la vieja ciudad.

Vulkan regresó a donde había caído del cielo, su mente estaba dislocada y él estaba herido, su atuendo era el ensangrentado sub-traje con un desajuste de placas robadas por encima. Le temblaban las manos. Retrocedió ante las sombras. Sus ojos ardían. A veces, parloteaba tonterías al cielo o a la misma tierra.

La tierra había sido su amiga una vez. El calor de esa amistad hacía tiempo que se había ido. La mente de Vulkan se cocía a fuego lento con su propio fuego. Más caliente que cualquier fuego de la tierra, más caliente que cualquier magma y más caliente que cualquier núcleo planetario.

A veces él caía de rodillas, gimiendo o sollozando, tocaba con sus manos el suelo y luego las llevaba a su rostro, marcando su piel de ébano con el grisáceo polvo como ceniza.

Curze lo había probado mediante la exploración de los límites de su

inusual vida más allá de su punto de ruptura. Y Curze tendría que pagar por eso.

Vulkan fue subliminalmente atraído por el objeto que sería lo suficientemente puro para otorgarle su venganza.



John miró a Damon y asintió con la cabeza. Se apresuraron a través de la calle vacía, con el murmullo de un trueno lejano en el aire, treparon su camino hacia la ruina quemada de un edificio.

El aire olía a hollín y a papel carbonizado, y también a la química ignífuga. John podía sentir la fuerte lluvia chisporroteando contra el escudo de la ciudad en lo alto. Deseó que los escudos estuvieran caídos, de modo que la lluvia pudiera purgar el sitio y lavarlo, limpiando así la ciudad. Sin embargo, Magna Macragge era una ciudad en guerra y el campo energético que la protegía, llamado también el escudo, estaba permanentemente activado.

Damon Prytanis sacó un par de estilizadas pistolas de sus pistoleras. Fue un gesto hábil, practicado a menudo: un deslizamiento gemelo y parejo, desde debajo de su abrigo de piel. Comprobó sus cargas. John se arrodilló y abrió su bolsa de viaje.

-**¿Crees que está aquí?**- preguntó Damon.

John asintió, desenvolviendo el paquete que había sacado de la bolsa.

-**¿Es una corazonada o una lectura clara?**- preguntó Damon. -**Hay una diferencia.**

-**Claro, es una lectura**- respondió John. -**Aquí es donde aterrizó.**

Damon miró un arco de ladrillo por encima de la entrada al patio del edificio.

-**'Máquinas Trabajando Antimon'** (Machine Antimon Works en el original)- leyó. -**Está claro que ha visto días mejores.**

-**Debió golpear con la fuerza de un meteorito**- respondió John. -**Incendiando el lugar. Menos mal que el edificio ya estaba abandonado y medio en ruinas.**

John se levantó. La lanza de fulgurita, desenvuelta, estaba en sus

manos.

-**¿Es eso?**- preguntó Damon Prytanis.

-**Sí.**

-**No parece gran cosa, ¿verdad?**

-**Las cosas más potentes a menudo no lo parecen**- respondió John.

-**Es por eso que las damas me adoran, Johnny**- Damon sonrió. Esperó. -**¿Nada? ¿Ni siquiera una sonrisita de cortesía?**

-**Sigamos adelante**- dijo John Grammaticus. -**No me estoy volviendo más joven, precisamente.**

Damon lo miró con curiosidad.

-**Pensé que tendríamos que esperar a que... ya sabes... al otro Primarca**- dijo. -**Tiene que ser otro Primarca quien lo haga, ¿no? ¿No es eso lo que habían previsto?**

-**Sí.**

-**¿Así que necesitamos al otro Primarca, no?**

-**No**- dijo John.

-**¿No?**

-**He pensado mucho en eso**- dijo John. -**Un Primarca sería lo ideal, pero no creo que sea esencial. Podemos hacerlo nosotros, cualquiera de los dos, tú o yo.**

-**No, eso no es lo que te dijeron**- comenzó Damon con inquietud.

-**Tal Vez, pero somos nosotros los que estamos ahora aquí abajo tomando las decisiones**- contestó John. -**Curze es demasiado peligroso. Es demasiado arriesgado. No podemos controlarlo; ni siquiera podemos predecir lo que va a hacer. De hecho, ese es el punto. Curze es invisible psíquicamente la mayor parte del tiempo, por lo que no pueden haberlo previsto en esta situación. Si la Cábala hubiera sabido que Curze era la única opción, no habrían optado por ella.**

Miró a Damon.

-**Si vamos a hacer esto, y hacerlo bien, tenemos que ser nosotros. Tengo que ser yo.**

Damon Prytanis le dirigió una larga mirada de sondeo.

-**No estarás tratando de echarme algo de esa loca mierda sobre mí, ¿verdad, Johnny?**

-**No.**

-**¿Johnny?**

John Grammaticus se volvió a mirarlo.

-**Por el amor de Terra, Prytanis. Estamos a punto de hacer algo que va a cambiar el curso de la historia galáctica. Estamos a punto de traicionar a nuestra especie, de nuevo. Te acabo de decir que estoy dispuesto a hacerlo. Así que dame un descanso, ¿de acuerdo?**

John tenía la lanza en la mano derecha. Le tendió la izquierda.

-**¿Puedes prescindir de una?**- preguntó.

Damon miró las pistolas gemelas que estaba blandiendo y se dio cuenta de lo que John quería decir.

-**Buen intento**- respondió con una sonrisa oscura.

-**No es probable que venga calmadito**- dijo John. -**Y todo lo que tengo es la lanza. Es muy probable que tengamos que derribarlo primero para que pueda utilizarla con certeza.**

-**Bueno, vamos a ver cómo va. Te cubro la espalda.**

-**No estás haciendo esto más fácil**- dijo John. -**¡Es un Primarca!**

Damon suspiró, enfundó una de las 'murehk' (en eldar 'pistola shuriken', literalmente 'aguijón de avispa', pero en árabe hace referencia al número 4, que, casualmente, son el numero de armas que la Cábala dio a Damon, nt), desenvainó su espada-sierra modelo 'corto' de debajo de su abrigo de piel y se la lanzó a John.

John la cogió.

-**Cuida de ella**- dijo Damon, sacando su exótica arma de nuevo. -**Cuida de ella, y ella a su vez, cuidará de ti. Ese bebé puede cortar**

cualquier cosa. Incluso un Primarca.

Entraron en la fábrica.

El cuadrilátero interior era un patio de rococemento con capas de polvo, arena y fragmentos de cerámica y vidrio. Cada lado del cuadrado estaba formado por un masivo cobertizo de fabricación, con una pasarela sobre pilares alrededor del perímetro. El extremo occidental de la disposición se veía aplastado y hecho añicos, como si un misil lo hubiera penetrado y entregado una cabeza térmica.

Damon y John anduvieron hacia allí entre pequeños crujidos, un pícaro en mal estado con un abrigo de piel negra y un hombre alto con el oscuro traje de un oficial de repatriación, parecían de la división de velatorios para funerales (funeral watch division en el original). *Qué apropiado*, pensó John.

-**¿Tienes su posición?**- siseó Damon, merodeando a lo largo del lado norte del patio, sus armas listas. Por primera vez, le pareció un verdadero soldado a John. En un millón de años, John no podría haber imitado esa habilidad, esa disposición, esa capacidad.

John enfocó su mente.

Está a nuestro alrededor, pensó John. *Vulkan está aquí y en todas partes. Su mente está tan furiosa, es tan poderosa. Necesito…*

-**¿Johnny?**

-**Dame un segundo**- respondió John.

Puedo saborear el dolor. Está tan herido. Reconozco eso. ¡Lo reconozco! ¿Qué es? ¿Qué es eso? Siente algo que… Yo lo noto…

Vulkan salió de las sombras. Tenía razón.

-**Mierda**- dijo Damon Prytanis.

Vulkan era una forma inmensa, con los ojos en llamas. Parecía una estatua de piedra maciza traída a la vida, estando totalmente cubierto de polvo y suciedad. Había pasado los últimos quince minutos excavando en el pozo del lugar del accidente. Tenía un martillo en sus manos. Era su martillo 'Portador del Amanecer' (Dawnbringer en el original) que había caído con él en Macragge. Estaba enterrado a más profundidad que el nivel donde se recuperó su cuerpo.

El enloquecido aullido del Primarca voló hacia ellos.

-**¡Mierda!**- sollozo Damon, retrocediendo rápidamente.

Vulkan balanceó el martillo hacia ellos. Llegó transversalmente a la altura de la cabeza humana, silbando por el aire. Damon se agachó. John se lanzó a la derecha.

Ambos Perpetuos engañaron a la muerte por un pelo. El arco del martillo cortó el aire vacío y demolió uno de los pilares.

Damon se había agachado tan frenéticamente que se cayó. Vulkan se cernía sobre él. Damon rodó, justo a tiempo para evitar el siguiente golpe, éste, rompió los adoquines donde había estado desparramado un momento antes.

Damon siguió rodando, girando rápido, un movimiento de combate. Cayendo rápidamente fuera del radio de acción letal de Vulkan, luego se sacudió, irguiéndose sobre una rodilla y disparando.

-**¡Hijo de puta!**- exclamó, sin dejar de disparar ambas 'murehk'. Vulkan, cuatro veces su tamaño, blindado y poseído por una furia desencadenada, cargó hacia él con 'Portador del Amanecer' levantado.

Damon Prytanis gastó los dos núcleos de munición plástico-cristalina en menos de cuatro segundos. Vulkan era un objetivo bastante grande y Damon disparó miles de proyectiles como hojas de afeitar impactando la mayoría.

Lo destrozó. El pavimento detrás de Vulkan, por una distancia de unos ocho o diez metros, se convirtió en un grotesco dibujo por la enorme salpicadura de sangre y tejido sobre las ruinas, separado de su ser por las heridas e impactos.

Vulkan cayó de rodillas a unos escasos pies de Damon, su misma respiración escupiendo sangre y cayendo a chorros de cientos de heridas.

Luego se desvaneció, dejando nada más que un gran charco de sangre acumulada tras de sí.

Damon se levantó. -**¿Qué demonios?**- murmuró.

Cerca de allí, John estaba poniéndose de nuevo en pie.

-**Es ese martillo suyo**- dijo John. -**Tiene una función de tele-transporte.**

-**Oh, ¡pues qué bien!**- respondió Damon. Expulsando los humeantes núcleos gastados de sus armas y los remplazó por unos nuevos. Entonces empezó a dar vueltas, apuntando con los cañones de sus armas frente de él, totalmente preparado, buscando.

-**¿Lo sientes?**- preguntó.

-**No**- dijo John.

-**Dime cuando lo sientes.**

-**Obviamente.**

Pasó un largo segundo.

Damon miró a su alrededor. -**¿Qué lo está entreteniendo?**- preguntó. -**¿Tiene algún tipo de retardo el tele-transporte?**

-**¡Detrás de ti!**- gritó John.

Damon se volvió a tiempo para ver a Vulkan aparecer detrás de él entre un remolino de polvo. Ya no era una sucia estatua grisácea. Era un 'retornado' (revenant en el original, literalmente alguien que ha vuelto de la muerte, nt), estaba de la cabeza a los pies bañado en su propia sangre.

Damon entrecerró los ojos y abrió fuego de nuevo.

-**Sí, ¿bastardo, hijo de puta?**- dijo Damon, con sus pistolas fustigando y lamentándose. -**Tele-transpórtate todo lo que quieras. Si te metes conmigo, al final acabaré contigo.**

Un segundo huracán implacable de afiladísimo fuego destrozó nuevamente al Primarca. John podía sentir la amortiguación del aire con la sanguinolenta niebla. Vulkan se tambaleó ante las corrientes letales de disparos, pero sólo dio un par de pasos.

Cayó, primero de rodillas y luego boca abajo. Su cuerpo y el cráneo se deformaron por el daño estructural masivo causado por el chorro de disparos de las 'murehk'.

Vulkan intentó levantarse. Estaba temblando, manaba sangre de él como de una fuente. Se puso a medio camino, sobre sus rodillas, con su martillo como muleta.

-**Oh, sólo quédate en el suelo**- dijo Damon.

Dio un paso adelante, puso tanto a 'Guh'hru' como a 'Meh'menitay' (el nombre eldar de las pistolas de Damon, nt) en la frente de Vulkan y sopló la parte posterior del cráneo fuera del Primarca.

Vulkan cayó muerto.

Damon miró a John. El rostro de Damon estaba moteado con manchas de sangre de Vulkan. Empezó a recargar de nuevo. Le temblaban las manos.

-**No sé cuántas veces más puedo matarlo**- dijo Damon desesperadamente. -**¿Por favor puedes hacerlo ya? ¿Rápido?**

John se acercó al Primarca caído, levantando la lanza. El hedor a cobre de la sangre era abrumador.

Vulkan regresó de entre los muertos, una vez más.

Estaba pasando más rápido. Pasaba más y más rápido cada vez. Nueva vida seguía a cada muerte a un ritmo cada vez más temible. La ira de Vulkan era tal, que no iba a dejar que la muerte lo retuviera ni por un segundo.

Se tambaleó hacia ellos con un rugido de dolor inimaginable, con la cabeza en ruinas todavía a medio re-formar y convertirse de nuevo en un todo. Músculo, tejido, carne y hueso, milímetro a milímetro, reconstruyéndose ante sus ojos.

Damon dejó escapar un gruñido de disgusto. Ni siquiera había tenido tiempo de terminar su recarga. Vulkan agarró a Damon por el cuello y lo lanzó a través del patio. El Perpetuo aterrizó mal. John oyó el claro sonido de la rotura de huesos.

Vulkan se volvió hacia John.

-**Puedo ayudarte**- dijo John. -**Por favor. Entiendo tu dolor. Lo conozco. El dolor de la vida y la muerte, de la vida y la muerte después de la vida y la muerte... lo entiendo. Por favor, déjame ayudarte...**

Vulkan dio un paso hacia adelante, mirando hacia abajo a John Grammaticus. Respiraba con dificultad, se oían siseos a través de los destrozados pulmones mientras aún estaban volviendo a crecer. La sangre goteaba de él, a través de múltiples heridas punzantes que

todavía se estaban cerrando.

-**Te entiendo**- repitió John, tratando de sonar tranquilizador.

+**Te entiendo**++ envió con su mente, simultáneamente.

Vulkan vaciló un poco.

-**Te entiendo. Morir es duro**- dijo John. -**Morirse duele. Créeme, he estado allí. Por favor, señor, Vulkan, déjeme ayudarle. Déjeme remediarlo. Déjeme curarlo.**

Vulkan hizo una pausa. Todavía estaba goteando sangre y su destartalada armadura estaba salpicada de finas grietas. Poco a poco, con vacilación, tendió la mano hacia John Grammaticus.

Entonces la cabeza de Vulkan desapareció en una nube de sangre y tejido cerebral.

El disparo resonó en el patio mucho después de que el cuerpo prácticamente decapitado de Vulkan hubiera caído.

Pintado con gore (sangre, carne, vísceras, restos de su cuerpo, nt), John se tambaleó hacia atrás.

Narek, de los Portadores de la Palabra, entró en el patio, bajando su rifle de francotirador modelo Brontos. Se puso de pie sobre el cuerpo de Vulkan y puso dos proyectiles más a través del torso a corta distancia.

-**Está muerto**- dijo Narek.

-**No por mucho tiempo**- contestó John.

-**El suficiente. Usa la lanza. Hazlo de una vez. Entonces, por fin, vendrás conmigo.**

John, de repente, se quedó totalmente quieto. La temperatura en el patio se redujo diez grados.

-**Está aquí**- dijo John, quedándose sin aliento.

-**¿Quien? ¿Quién está aquí?**- preguntó Narek.

Una sombra, innecesariamente alta, saltó desde el techo del patio y aterrizó entre ellos. Poco a poco, se enderezó.

-**Soñé contigo**- silbó a John Grammaticus. -**De repente, te vi en mis sueños de vigilia. ¿Tienes algo que necesito? Dame la lanza.**

John sacudió la cabeza. -**Nunca.**

Narek gruñó y levantó su rifle, intentando disparar a Curze, pero el Primarca le dio un puñetazo en un lado sin mirar. La sangre voló por los aires por el impacto. Narek aterrizó a varios metros de distancia.

-**Dame la lanza**- repitió Curze.

-**Nunca**- dijo John Grammaticus.

Konrad Curze sonrió.

-**Nadie nunca, al menos durante mucho tiempo, me dice que no**- dijo entre dientes.

-**¿Sí?**- dijo Damon Prytanis desde unos pocos metros de distancia. -**Bienvenido a un nuevo mundo de dolor.**

Y con sus dos estilizadas pistolas, abrió fuego contra Konrad Curze.



23

VIDA POR VIDA

“En todas las cosas hay un intercambio;
de la muerte a la vida, de la oscuridad a la luz,
de la vida a la muerte, de la luz a las tinieblas.
Por lo tanto, se sostiene el equilibrio universal.”

-Ulthrion Aledred, Preceptos de Fortaleza contra el Aniquilador Primordial (traducido).



Vulkan, monolítico, había absorbido los afiladísimos disparos, bien colocados, de Damon.

Curze simplemente los esquivó. Las municiones eldar, gritando como mil millones de furiosas avispas, pasaron a través y alrededor de la cortina de humo en la que Konrad Curze se había convertido. Él estaba intacto.

Sin control al no encontrar ningún objetivo, los proyectiles, como aullantes micro-navajas, descargaron una amplia tormenta de golpes en las piedras de la pared del patio.

Curze dejó su risa detrás de él.

Horrorizado, Damon dejó de disparar por un segundo, volviéndose, tratando de ver donde había ido su objetivo. ¿Cómo podría algo tan grande moverse tan rápido, de una manera tan anti-natural?

Una sombra golpeó las estilizadas pistolas y se le escaparon de las manos. Damon se estremeció y gritó. Se había roto un omóplato y varias costillas en su anterior caída, y el impacto sobre sus muñecas lo sacudió con fuerza.

Su dolor apenas había comenzado.

Una sola garra metálica se deslizó debajo de la barbilla, perforando desde debajo de la mandíbula a través del cielo de la boca de Damon. Él gorgoteó en agonía, su lengua empujó hacia los lados, la boca y la garganta se le estaban llenando rápidamente de sangre. Curze rió de nuevo y levantó a Damon del suelo en el gancho de su única garra.

-**Un nuevo mundo de dolor**- siseó Curze, cantarín.

Damon luchó. Se sentía como si su cara estuviera a punto de ser arrancada.

Quejándose con furia, la espada-sierra arremetió contra Curze desde atrás. John la clavó con todas sus fuerzas. Había considerado el uso de la lanza, pero tenía miedo de lo que podría hacer si la usaba con Curze.

La espada-sierra era una opción más fiable.

Curze gritó. Sangre y jirones, de negra armadura y tela, fueron arrojados por los rápidos dientes de la espada. Dejó caer a Damon y se giró hacía John. Su rostro, con esos ojos llenos de odio, negro sobre negro, junto a unas profundas y oscuras fauces en un rostro blanco espectral, fue la cosa más aterradora que John había visto nunca.

No tenía ninguna oportunidad.

Pero Vulkan sí.

El ‘pop’ de la descompresión de un desplazamiento al tele-transportarse condujo a John hacia atrás, mientras Vulkan se materializó entre él y un Curze que se abalanzaba.

Un golpe de martillo condujo a Curze de regreso. Un segundo le hizo tambalearse de lado. Curze volvió de nuevo con sus garras, desviando el tercer y cuarto ataque del martillo.

La acción entre ellos comenzó a acelerarse. Se convirtieron en rápidas manchas post-humanas, el intercambiando de golpes sucedía a una velocidad inimaginablemente rápida.

Vulkan, repentinamente, conectó un golpe trascendental. Echando sus anchos y enormes brazos hacia atrás, estrelló el martillo en el torso de Curze. El choque con el plastiacero sonó como un inmenso disparo. Curze, aparentemente no siendo más que un manojo de trapos

negros, fue arrojado hacia atrás. Hizo caer dos de los pilares del patio entre una lluvia de piedras y polvo, estrellándose a través de la pared en uno de los grandes cobertizos vacíos.

Mampostería rota se deslizó y cayó a consecuencia del impacto. Vulkan se lanzó hacia delante, usando 'Portador del Amanecer' para romper el muro y llegar hasta su enemigo. La mitad de la pared exterior de la fachada de la fábrica se derrumbó en una avalancha de piedra y polvo. Vulkan se revolvió entre el polvo que se levantaba, rompiendo los escombros de su camino para encontrar a Curze.

El Acechante Nocturno se abalanzó sobre él, gritando, con las garras abiertas.

-¿Por qué no acabas de morir? Esto no es nada más que el final de la lucha que comenzamos hace meses, hermano... y créeme, ¡será el final!

El choque condujo a Vulkan hacia atrás, a través de otra sección de la pared del cobertizo, bajando otra cascada de mampostería. Vulkan dio un paso atrás con su pie derecho, se preparó y golpeó con el mango del martillo a su alrededor como una porra, chocando la base en un lado de la cabeza de Curze. Curze dio un par de tumbos de lado y luego se reunió con la cabeza del martillo que venía con un golpe de retorno, el golpe lo envió tropezando y desorientado de nuevo al patio.

Vulkan lo siguió, girando 'Portador del Amanecer' en un arco descendiente vertical que golpeó a Curze en el plexo solar, agrietándolo y echándolo hacia atrás nuevamente.

Él rodó fuera del camino del próximo golpe de Vulkan y gritó a John Grammaticus.

-¡Dame esa cosa! ¡Dámela!

John estaba al lado de Damon. Damon movía los labios, la barbilla y la pechera estaban empapadas en sangre, y estaba escupiendo más mientras su boca se llenaba. No podía hablar, pero miró a John. Sus ojos estaban muy abiertos. Curze, una rápida sombra, se abalanzó sobre ellos para reclamar la lanza y terminar con Vulkan de alguna manera que pudiera contar como permanente.

Damon empujó a John fuera del camino y sacó la última de sus cuatro armas. Era una botella pequeña, de un color rojo vítreo. La lanzó a Curze.

La botella era una cosa pequeña y muy preciada. El valioso recipiente había sido cuidadosamente cargado por especialistas de la Cábala con magia disforme para usarse en graves emergencias. Damon había aprendido su funcionamiento de memoria, le había salvado la vida en las montañas, tres días después de su llegada a Macragge.

Cuando se hizo añicos a los pies de Curze, lanzó lo que Damon había atrapado en ella ese día.

Ushpetkhar volvió a entrar en el espacio real, liberado de la prisión del mágico recipiente de Damon y enloquecido por su confinamiento. Hubo una breve y enfermiza sugestión de algo masivo y satinado brotando desde el suelo del patio; algo musculoso y segmentado, como un vasto y desgranado ciempiés retorciendo sus mojados seudópodos. Ushpetkhar atacó lo primero que vio, se disparó en un instante, de la nada, se encrespó y enroscó a Konrad Curze, constriñéndolo. Él se defendió, atónito, gritando, triturando su fétida carne con sus garras. Ushpetkhar lo envolvía a su alrededor. La gigantesca figura del Primarca se vio envuelta por la mayor y más fluida masa del demonio.

Apretó sus bobinas. Se agitó.

Redujo a ambos en el espacio real y se desvanecieron juntos.

Sólo una mancha de un fango negro iridiscente y los fragmentos rotos de vidrio rojo permanecieron donde habían estado.

Damon se dejó caer, gorgoteando sangre, mientras trataba de respirar.

John se puso en pie y se encaró con Vulkan.

-**Sabes lo que estoy tratando de hacer, ¿no?**- dijo John. -**Incluso desorientado, percibes nuestro parentesco. Vivir y morir, una y otra vez. Todo ese dolor. Los dos lo hemos conocido.**

Vulkan no respondió, pero siguió mirando a John con sus ardientes ojos.

John se acercó más, con la lanza en su mano.

-**Vida por vida, mi señor**- dijo. -**Mi vida curará la suya. Tómela. Tómela con gusto, para que pueda luchar por todos nosotros.**

Detrás de él, Damon hizo un sonido miserable. Trató de levantarse.

Entendió lo que John estaba a punto de hacer.

John levantó la lanza.

Damon escupió una bocanada de sangre. -**No lo hagas. ¡Todavía no!**- logró balbucear.

Vulkan vio la lanza y reconoció que estaba a punto de ser alcanzado por un arma. Involuntariamente, hizo intención de bloquearla y golpear a John con su martillo.

Pero John ya estaba demasiado cerca.

Hundió la lanza en el pecho del Primarca. Entró sin resistencia, un corte limpio a través de lo que quedaba de su blindaje, traspasando el corazón de Vulkan.

Fuego eléctrico envolvió a los dos. El 'Corpo Santo' (fuego de san Telmo, nt) prendió y ardió sobre el cuerpo del Primarca afectado y el hombre que condujo el arma contra él.

Aferrándose, gritando de dolor, John sintió que su vida, su larga existencia inmortal, salía de él a través de la lanza en Vulkan.

Esperaba que fuera suficiente.

Ellos cayeron. Vulkan aterrizó sobre su espalda, la lanza penetrándole. John cayó sobre él. El rayo crepitó alrededor de ellos durante unos cuantos segundos y luego terminó.

Con gran dolor, Damon Prytanis se puso de pie. Se acercó cojeando a ellos.

Los dos estaban muertos. Esta vez, no había absolutamente ninguna señal de que Vulkan se levantara de nuevo.

John se había equivocado. Cualquiera que fuera la locura en la que hubiera estado pensando, lo que había hecho desafiaba sus órdenes, se equivocó, y ahora, él también estaba muerto.

-**Tú, sangriento idiota**- dijo Damon, masticando y escupiendo las palabras, dolorosamente, de su destrozada boca.

Podía oír las naves artilladas dando vueltas, el aullido ominoso de los motores de las 'Storm-Eagles'. La lucha había atraído una gran cantidad de atención.

Era hora de irse. Hacía rato que debieron irse.



Narek de la Palabra se agitó y sentó. Su metabolismo transhumano finalmente había coagulado y cerrado las heridas que Curze había dejado sobre él.

Se puso en pie. Observando la devastación que había barrido, clara y evidente, a través del complejo de fabricación mientras él había estado inconsciente. Curze había desaparecido, y los dos humanos habían desaparecido también.

Sin embargo, Vulkan todavía estaba allí.

Narek podía oír al enemigo acercándose, pero cojeando de lado, llegó y se inclinó sobre Vulkan.

El Primarca estaba muerto. La lanza empalada en su pecho. Narek creía que podría sacarla, cogerla y escapar para poder usarla en sus propios fines.

Sin embargo, cuando tocó la lanza estaba fría e inerte. Ya no se sentía divina. Ya no había poder en ella. Trató de sacarla, pero se negó a moverse lo más mínimo.

Los altavoces de las naves artilladas charlaban sobre su cabeza. Oyó el crujido de unos pasos pesados.

Los Catafractos (Cataphractii en el original), guardaespaldas Invictus de Guilliman entraron en el patio destrozado por todos lados.

Narek se incorporó para recibirlos. Arrojó su rifle a un lado y lentamente, a regañadientes, levantó las manos.

-**Apresad a ese bastardo**- dijo Drakus Gorod. -**Ahora.**



24

EL IMPERIO OLVIDADO

*“Los que desean urgentemente gobernar,
son las últimas personas a las que se les debería permitir
que lo hicieran.”*

-Konor, escritos privados.



A la mañana del día siguiente, la principal fuerza de la flota de Ultramar salió de Macragge y, a la luz del Pharos, se reunió con los navíos que el sueño de Oberdeii había predicho vendrían a ellos.

Desde el puente de su nave insignia, vestido con la armadura ceremonial, Guilliman miró la proyección hololítica ante él. Vio el rostro de su hermano mirándolo a su vez.

Guilliman sonrió.

-**Bien hallado, Sanguinius**- dijo. -**Le doy la bienvenida a Ultramar y los Quinientos Mundos. Es bueno que esté aquí. Ahora podemos empezar.**



Sanguinius, Primarca de la IX Legión, los Ángeles Sangrientos, entró en el Salón de Audiencias, detrás de una guardia de honor de sus mejores guerreros, vestido con su brillante armadura carmesí.

Él siempre era una figura imponente, vestido con su dorada armadura y un manto de piel manchada de Carnodón (félido de gran tamaño, originario del planeta Gudrun, en el Subsector Helicano, se parece a un tigre dientes de sable, de entre 5 y 6 metros de longitud, 800-900 kilos de peso, pelaje rayado y grandes colmillos aserrados, nt). Su rostro, tan noble de rasgos, enmarcado

en un sol radiante. Sus grandes alas, por supuesto, lo hacían más ángel que cualquier otra cosa.

Guilliman se adelantó a su encuentro y se abrazaron. Entonces Sanguinius se volvió hacia el León y lo abrazó también.

-**¿De dónde vienes, hermano?**- preguntó Guilliman.

-**De 'Signus Prime'**- respondió Sanguinius. Su voz era, como siempre, igual que la música, pero Guilliman podía sentir un profundo dolor en su interior. -**A partir de una lucha sangrienta y una dura traición. Me temo que mi flota ha estado a la deriva en la disformidad durante mucho tiempo desde entonces, únicamente tu extraña luz nos ha mostrado el camino de salida.**

-**¿Qué fuerzas has traído contigo?**- preguntó el León.

-**A efectos prácticos, mi Legión entera**- respondió Sanguinius.

-**¿Y qué sucedió en Signus Prime?**- preguntó Guilliman.

Sanguinius parecía reacio a contestar.

-**Nos enfrentamos a un enemigo como nunca hemos conocido**- respondió. -**Nos costó. Ahora mi intención más preciada es hacer la mejor velocidad para llegar a Terra y estar junto a nuestro padre, contra la traición de Horus Lupercal.**

-**Volver a Terra en este momento no es viable**- dijo Guilliman. -**Lamento decir que la Tormenta de Ruina ahoga todos los viajes al exterior.**

-**Nosotros también queremos estar junto a Terra, si Terra sigue aún en pie**- dijo el León, incluyéndose tanto él como a Guilliman en la observación. -**Por ahora, debemos permanecer aquí, y construir otras fortalezas.**

-**¿Con que fin?**- preguntó Sanguinius.

-**Quiero que Roboute le informe sobre sus esfuerzos por mantener la esencia y el espíritu del Imperio vivo**- dijo el León. -**Quiero que le hable sobre Imperium Secundus.**

Los tres hermanos se levantaron y miraron sobre el cuerpo de Vulkan durante largo tiempo. El Primarca caído había sido colocado en un ataúd de oro, construido por los artesanos del Mechanicum.

-**Vulkan. Por Terra, ¡debería habérmelo dicho, Roboute!**- dijo el León.

-¿**Así como deberías haberme advertido sobre Konrad?**- respondió Guilliman.

-**¿Y qué es esto? Guarda muchos secretos, hermano**- le recordó el León señalando el ataúd.

-**Buen punto**- dijo Guilliman. Suspiró.

-**Es una cápsula de éxtasis**- dijo Guilliman a sus hermanos. -**Su propósito es mantener a nuestro querido hermano, el cuerpo de Vulkan, ante la mínima esperanza de que sus extraordinarias dotes todavía le puedan devolver a la vida.**

La parte superior del ataúd era de vidrio transparente. El cuerpo de Vulkan había sido vestido con una armadura nueva tomada de la armería de Guilliman y decorada con los distintivos colores de los Salamandras. Su martillo, "Portador del Amanecer" (Dawnbringer en el original), yacía en posición vertical sobre el pecho. Nadie había sido capaz de eliminar la lanza alojada en su corazón.

-**Es un espectáculo lamentable**- susurró Sanguinius. -**¿Cuántos más de nosotros deben caer? ¿Cuántos más de nosotros va a tomar Horus?**

-**Vulkan vive**- dijo Guilliman. -**Ese es el grito de los Salamandras, y lo defiendo de todo corazón. Incluso en su estado, muerto, representa la voluntad en nosotros por sobrevivir.**

-**Todavía es un triste destino**- dijo Sanguinius -**ser confinado en un ataúd, aquí, en las frías bodegas de su fortaleza, consignado por toda la eternidad.**

-**No es un destino que desearía**- estuvo de acuerdo Guilliman. Hizo un gesto hacia las figuras de Zytos y los sobrevivientes, otros Salamandras, que habían salido en Macragge desde el seno de la Tormenta. Se arrodillaron alrededor del ataúd de oro, formando una vigilia de luto.

-**He prometido que, una vez que la Tormenta haya amainado, el bueno de Zytos y sus hermanos van a transportar el cuerpo de nuestro hermano de vuelta a Nocturne y que sea enterrado en el limpio suelo de su mundo natal.**

-**Es lo más apropiado**- dijo el León.

Ellos se retiraron de la bóveda. Guilliman se volvió y echó una última, y triste, mirada al ataúd.

Grabado en ella, en un pergamino dorado, estaban las palabras 'La Llama Desatada ' (The Unbound Flame en el original, nt).



-**¿Lo hará?**- preguntó Euten.

-**Creo que el Señor Sanguinius está poco dispuesto**- dijo Farith Redloss.

-**Bueno, al menos, lo están hablando**- señaló Dolor.

Los tres Primarcas se habían retirado a una cámara rara vez visitada, donde Guilliman había establecido la larga mesa y los veintiún asientos cubiertos con estandartes. Las grandes puertas se cerraron. Euten y los altos oficiales de las tres legiones estaban obligados a esperar, una orden o veredicto, en la antesala.

-**Él es el más adecuado**- dijo Euten. -**Al verlo de cerca... El Señor Sanguinius es el más...**

Buscó una palabra.

-**Es angelical**- dijo Dolor.

-**Es numinoso**- añadió Farith Redloss. -**Es el más parecido a su padre en ese aspecto. Algunos de los señores Primarcas se parecen más en la carne. Horus es uno, y tu señor Guilliman otro. Tienen el parecido físico. Pero el Emperador... Estar en su presencia es estar en la presencia de lo que es espiritual, no tiene una forma fija. Se dice que el Emperador se aparece ante cada hombre con la imagen que el hombre desea ver. Creo que el Señor Sanguinius ha heredado gran parte de ese rasgo.**

Euten asintió.

-**Es verdad. Yo no pienso en él como una cara o una figura. Pienso en él como una luz. El mismo color de su pelo y sus ojos parece cambiar con su estado de ánimo, y con el mío.**

-**Eso ha sido señalado por otros**- estuvo de acuerdo Dolor. -**Varios de los Primarcas tienen esta cualidad más allá de la simple estatura física, pero ninguno más de Sanguinius.**

-**Él sería perfecto**- dijo.

-**Muchos piensan que sí**- dijo Farith Redloss. -**Así como muchos se preguntan por qué Horus y no Sanguinius fue elegido como señor de la guerra después de Ullanor. Sin embargo, la elección de Horus ha revelado que tenía defectos letales, y uno se pregunta, ¿qué defectos secretos residen en el Señor de los Ángeles Sangrientos?**



-**Imperium Secundus** (Segundo Imperio, nt) **representa la continuidad**- dijo Guilliman. -**Desde Calth, he hecho todo lo posible por mantener las piezas fracturadas de los Quinientos mundos, unidas. Ultramar es todo lo que sabemos que tenemos. Si el Imperio perdura, inmediatamente, volveremos a unirnos a él en cuando desaparezca la Tormenta, pero si no ha perdurado en ningún otro lugar, entonces lo habremos conservado aquí.**

Guilliman se había sentado en el asiento marcado con el estandarte azul cobalto y el sigilo de su Legión. Del mismo modo, el León se había colocado en el asiento cubierto por el orgulloso estandarte de los Ángeles Oscuros. Sanguinius había optado por permanecer de pie. Iba de un lado a otro, preocupado pero atento.

-**Roboute me ha desarrollado ese argumento ampliamente**- dijo el León -**y aunque he estado preocupado por algunos de sus detalles, me encuentro viendo la idea, cada vez, más y más valida.**

-**¿Cómo es eso?**- preguntó el Señor Angelical.

El León se echó hacia atrás, con las manos planas sobre el borde de la mesa.

-**Los acontecimientos de ayer por la noche, sin ir más lejos**- dijo en un tono tranquilo -**me han hecho ver el parentesco y la vida con más valor, más que nunca. Hemos perdido a otro hermano, y aquí, en Macragge, gran Heartstone** (piedra con forma de corazón, pero

aquí, hace referencia a la piedra de la chimenea, alrededor de la cual se crea el hogar, nt) **de los Quinientos mundos, ha caído abatido por las obras y las maquinaciones de un solo traidor demente. He sido testigo del veneno de nuestro enemigo, y he visto la triste fragilidad de los activos y vidas que nos quedan. Roboute y yo, disentimos sobre muchos temas. Simplemente, no estamos de acuerdo. Pero aún así nos mantenemos unidos, leales. Luchamos por el Imperio y ahora mismo, esto es todo el Imperio que tenemos.**

-**¿Pero regente?**- dijo Sanguinius. -**Huele a usurpación...**

-**Huele a necesidad**- respondió Guilliman. -**Si Terra y nuestro padre se han ido, entonces también lo ha hecho Malcador. Debemos unir nuestras destrozadas fuerzas antes de que sea demasiado tarde. Ni el León ni yo podemos soportarlo asumiendo el papel, pero somos unánimes cuando la opción eres tú.**

-**Siempre has sido el más parecido a nuestro padre**- dijo el León.

Sanguinius miró la luz de la tormenta derramándose a través de las altas ventanas de la cámara.

-**Permítame decirlo, hermano**- dijo Guilliman, -**no mostró gran placer al ser liberado de la tormenta y reunirse con nosotros. Pareces preocupado y agobiado. Esa lágrima marcada debajo de su ojo? ¿Es una nueva nota de tu angustia?**

-**Hemos visto todo tipo de problemas**- dijo Sanguinius. -**Hermanos luchando entre sí y cayendo, y estrellas muriendo. Alzarse demonios en el exterior. Me temo que la 'Vieja Noche' ronda sobre nosotros de nuevo. Me enfurezco por ello.**

-**Entonces haga su parada aquí, por ahora**- dijo Guilliman. Hizo una pausa. -**Tome éste juramento del momento** (oath of moment en el original)**, voy a hacerle una promesa. En el primer instante en que la Tormenta amaine, en el primer momento en que se vea la luz de Terra u oigamos la noticia de que sigue en pie, voy a encender los motores de mis naves, y, con todas mis fuerzas, guiaré a su legión de vuelta al mundo hogar** (home world en el original, imagino se refiere a Terra, nt)**. No habrá ningún retraso o argumento. No construimos un segundo imperio aquí. Mantendremos el original, apoyándolo de nuevo como demandan las circunstancias.**

-**¿Me haría esa promesa?**- preguntó Sanguinius.

-**Con toda solemnidad**- respondió Guilliman.

-**¿Y usted respalda esto?**- preguntó Sanguinius al León.

-**Con mi sangre**- respondió el León.

Sanguinius suspiró.

-**Me he dado cuenta, durante las horas pasadas desde que puse un pie en el suelo de Macragge, que no hay rememoradores en su corte, ni en el séquito del León.**

Él los miró.

-**¿Es ello una mera coincidencia?**

-**Por discreción**- respondió Guilliman. -**Si Terra está todavía en pie, entonces las futuras generaciones puede que vean, ya sea cierto o no, una herejía y/o usurpación en base a lo que hagamos aquí. No voy a mancillar la memoria o el legado de los hijos leales con semejante falacia, sin embargo involuntaria. Por lo tanto, concluí a principios de mis deliberaciones, que ninguna pieza de éste compromiso se convierta en la historia hasta que la historia, en sí misma, suceda. No se harán crónicas, ni se asignará ningún rememorador para observar ésta tarea y conmemorarla. Si Ultramar resulta ser todo lo que nos queda del Imperio, a continuación, a su debido tiempo y con gran efecto, se escribirá su historia y se convertirá en el único registro del Imperio. Pero, si Terra todavía sobrevive, que es lo que más espero, entonces esto va a convertirse, en los días siguientes, en un imperio olvidado, un acto inimaginable, deshecho e impensable.**

Sanguinius respiró hondo. -**¿Entonces nos toca a nosotros? ¿Nosotros tres decidimos?**- preguntó.

-**Sólo estamos nosotros**- dijo el León, poniéndose de pie.

-**Dinos, Sanguinius**- dijo Guilliman -**¿qué asiento tomarás en esta mesa?**



Puede haber sido el momento, o simplemente su imaginación, pero la ciudad de Magna Macragge parecía brillar, como lo había hecho en sus años más gloriosos. Las grandes torres y chapiteles de la ciudad brillaban con un lustre dorado, como lo habían hecho en la primera

época de los Quinientos Mundos.

El cielo estaba lleno de naves. Se movían sobre sus cabezas, en escuadrones y manteniendo la formación, una procesión de honor y una exhibición de fuerza. En lo alto, iluminada por la luz de la estrella del Pharos, las grandes naves capitales flotaban como leviatanes. Por debajo de ellas, en la baja atmósfera, formaciones de naves de combate y cañoneras realizaban pasada aérea tras pasada aérea. Los seis grandes cuernos de guerra de los antiguos reyes de batalla sonaron a través del estruendo de la ciudad al unísono.

Las calles estaban llenas. Multitudes vitoreando llenaron cada vía y avenida, las procesiones de las Legiones Astartes, Ejército, Mechanicum y fuerzas Praecental, convergieron desde sus respectivos cuarteles y fortalezas en el amplio espacio de la 'Plaza Marcial'.

Guilliman se llevó el saludo de la rugiente multitud en lo alto de la 'Puerta del Titán' (Propylae Titanicus en el original).

Se volvió hacia el León a su lado.

-**¿Lo hacemos?**- preguntó.

El león asintió. -**Lo hacemos, porque es justo**- dijo.

Guilliman se puso al lado de su hermano Sanguinius. Agarró su muñeca derecha y levantó su mano al cielo en señal de triunfo. (Y éste, es el "momento portada", donde se ve retratado éste hecho en la misma portada de la novela, nt)

Sanguinius levantó la cabeza y miró el alentador mar de rostros, vítores y puños alzados. Permitió que su mano se meciera en alto. Extendió sus poderosas alas en un saludo, como el signo del aquila.

Con toda la fuerza de su voz, Guilliman declaró la regencia, pero el ruido de la multitud fue demasiado grande para que las palabras pudieran ser escuchadas.



25

FINALES Y PRINCIPIOS

“Alfa y Omega, el primero y el último, cada uno dentro del otro.”

-de los Libros Apócrifos de Terra, fecha desconocida.



Las luces se encendieron. La pesada puerta de la celda se abrió. Titus Prayto entró en la cámara.

Sentado en un banco de metal y encadenado por el cuello, los tobillos y las muñecas a pasadores fijados en el suelo rococemento, Narek de los Portadores de la Palabra levantó la vista, pero no habló.

-**Así que, amigo. Empezamos de nuevo**- dijo Prayto. -**¿Va a decir algo más hoy?**

-**No hay más que decir**- respondió Narek.

-**Eres difícil de sondear, Portador de la Palabra, y difícil de leer**- dijo Prayto. -**Estoy impresionado. Otros estarían rotos hace días.**

-**No hay nada en mí que romper**- dijo Narek.

-**¿Has matado al Primarca Vulkan?**- preguntó Prayto.

-**Cuando se me preguntó ya respondí**- se quejó Narek.

-**Para que conste, responde ahora.**

-**No, no lo hice. Aunque lo hubiera hecho si hubiera tenido los medios.**

-**¿Quien lo hizo?**

-**No lo sé. Sólo puedo ofrecer la conjetura de que fue el Perpetuo, el hombre inmortal conocido como John Grammaticus, o tal vez su desconocido cómplice.**

-**No tenemos registro en Macragge de un John Grammaticus o…**

-**Ya se lo dije**- lo cortó Narek. -**Por dónde pasa, no deja rastros. No sé qué pasó con él, pero su objetivo era matar a Vulkan.**

-**¿Cuál fue el arma que utilizó?**

-**Se sobreentiende** (puesto que la tiene aún clavada, nt)**. Una lanza, forjada a partir del poder del Emperador.**

-**¿Y eso fue lo que él empleó?**

-**Tal vez lo hizo él. Tal vez fue Curze. Curze también estaba allí.**

-**¿Qué pasó con Curze?**- preguntó Prayto.

-**No lo sé.**

-**¿Estaban los eldars presentes? Había claras señales de municiones eldar.**

-**No. El camarada de Grammaticus es quien utiliza esas armas. A pesar de que me dijo que sus amos eran nacidos-eldar** (eldar-born en el original)**.**

-**¿Algo más?**- preguntó Prayto.

-**Nada más**- dijo Narek de los Portadores de la Palabra.

Prayto salió de la celda, y cerró la escotilla. Se cerró de golpe. En el lúgubre pasillo exterior, de una de las mazmorras más profundas bajo la Fortaleza de Hera, el Hijo Vengador estaba de pie esperándolo.

-**¿Ha cambiado su historia?**- preguntó Guilliman.

-**No la ha variado ni una pizca, mi señor**- informó Prayto. -**Mantiene esta extraña historia de asesinos inmortales y Curze. No puedo decir si es verdadera o falsa, pero coincide con la evidencia física, y desde mi lectura mental, la cree por completo.**

-**¿No miente?**

-**Al parecer, mí señor, no tiene razón para hacerlo.**

Guilliman negó con la cabeza.

-**No lo entiendo. Es un Portador de la Palabra, vilipendiado por nuestra Legión más que cualquier otro. Está en Macragge, solo, después de Calth, sin embargo, no parece mostrar ningún sentimiento de culpa, vergüenza o engaño, ni siquiera miedo.**

-**Creo que es un ser singular, señor**- dijo Prayto. -**Creo que tal vez, es algo similar al Herrero de Guerra Dantioch. Un buen hombre, empujado por el destino al lado equivocado.**

-**¿Es un aliado?**- preguntó Guilliman.

-**No como el Herrero de Guerra. Dantioch llegó por su propia voluntad y renunció a su Legión. Narek sigue siendo peligroso. Nos ve como el enemigo y sigue siendo fiel a su Legión. Pero es leal.**

-**¿Qué quieres decir?**- preguntó Guilliman.

-**Cada día, mientras le pido que conteste a mis preguntas para mantener su mente ocupada, profundizo más, desbloqueando verdades ocultas. Él es leal a su Legión, pero se trata de una lealtad al espíritu y fundamento de su Legión, no a lo que su Legión se ha convertido. Veo dos cosas con claridad.**

-**¿Y son?**

-**En primer lugar, es excepcionalmente firme, decidido. Hay un propósito fijo en él que es casi aterrador de leer. El segundo es el propósito en sí mismo. Quiere, con una urgencia que es alarmante, matar a tu hermano Lorgar. Es todo por lo que vive.**

-**¿Le ha sido impuesto?**- preguntó Guilliman.

-**Si es así, es la mejor pieza del condicionamiento psíquico que he leído**- respondió Prayto. -**¿Qué hacemos?**

-**Vuelve mañana y hazle las mismas preguntas**- dijo Guilliman. -**Sigue haciendo eso, cada día, hasta que tengamos la verdad.**

-**¿Y entonces, señor?**

-**Y entonces**- dijo Guilliman -**ordenaré su ejecución por traidor y hereje.**



Se despertó, y conoció el dolor de la vida de nuevo. Sin siquiera abrir los ojos, sabía que estaba en un mundo astronave.

Podía oler a eldar.

Se sentó. La cámara era pequeña. Estaba en una especie de cama que, como el resto de la habitación, estaba hecha de hueso espectral. Brillaba con una luz interior que encontró nauseabunda.

-M**e trajiste de vuelta**- dijo.

-**Oh, tenía que hacerlo, Johnny**- dijo Damon Prytanis. -**Nunca dejes a un hombre atrás, y todo eso.**

-**Quiero decir, a la vida.**

-**Sí, eso fue su elección. Después de lo que hiciste, Johnny, creo que quieren que vivas lo suficiente para castigarte profundamente.**

John suspiró.

-**¿Y Vulkan?**

-**Se quedó muerto. Tu truco no funcionó. Además, te mató. Fue una estupidez, Johnny. Técnicamente, has completado la misión. Pero ellos saben lo que estabas tratando de hacer en realidad.**

-**¿Por qué? ¿Se lo dijiste tú?**

-**No tuve que hacerlo**- respondió Damon Prytanis. -**Gahet te está esperando. Slau Dha también. Quieren saber con quién has estado hablando. Quieren saber de dónde has sacado esas ideas. Y quieren saber qué otras cosas podrías haber hecho.**

Hizo una pausa. Se frotó los vendajes en la garganta y la mandíbula.

-**Básicamente, quieren saber cómo los has traicionado**- dijo -**y por qué.**

-**Porque soy humano**- dijo John Grammaticus.

Prytanis rió.

-**En realidad es muy gracioso. Porque eso es cierto ahora. ¿Ese loco truco tuyo? ¿Empujar tu energía vital en Vulkan? Tomó todo de ti. Todo, Johnny. Ellos te trajeron de vuelta a la vida, pero es lo único que te queda. No podrán hacerlo de nuevo. Ya no eres inmortal, Johnny, no eres más que un hombre. Te queda sólo una vida y van a decirte exactamente cómo la vas a gastar.**

La puerta detrás de Damon Prytanis tarareó al abrirse.

-**Están listos**- dijo. -**¿Deberíamos entrar?**



La profunda bóveda se quedó en silencio. La llama memorial revoloteó en su posición. Zytos se arrodilló junto al ataúd de oro.

El sonido vino y se fue tan rápido que Zytos pensó que era su imaginación. Esperó, escuchando. No volvió.

Esperó más tiempo, deseando su vuelta.

No se repitió.

Había sido simplemente su imaginación.

Por un segundo, pensó que había oído un latido de corazón, el 'du-dunt' de un único latido.

Pero no. Fue una ilusión.

Zytos de las Salamandras inclinó la cabeza y reanudó su vigilia de luto.



El espacio real se desgarró y abrió, como una herida intestinal. Una figura destrozada y ensangrentada cayó a la realidad, agitando sus delgadas extremidades y dejando rojas manchas sobre la nieve de la montaña mientras rodaba por la pendiente. Detrás de él, el desgarro del espacio real se hinchó y tuvo un espasmo. La masa desgarrada y húmeda del Ushpetkhar, ahogándose en su propio icor negro, se estremeció y murió, colapsándose hacia atrás en la disformidad y

cerrando el desgarro tras él.

Por fin. Muerto al fin. El combate había sido demasiado largo y extremadamente extenuante. ¿Cuántos días, cuántas semanas habían estado en ese no-lugar, ese páramo atemporal del Immaterium?

Casi muerto, cadavéricamente delgado y empapado de negro icor de pies a cabeza con la sangre del demonio, Konrad Curze se puso en pie. Estaba temblando de frío, dolor y hambre.

Miró a su alrededor con sus salvajes ojos, negro sobre negro, luchando por identificar su ubicación. Estaba en lo alto de una cadena montañosa, enormes montañas, cubiertas de nieve. Una solitaria estrella brillaba tóxica en el cielo ocupado por la Tormenta de Ruina.

Sus visiones comenzaron a fluir de nuevo. Corrieron por su mente demente como un juego de sombras. Le mostraron una ciudad que no estaba muy lejos, tal vez, una caminata de quince días a través de las montañas. Era una gran ciudad de oro en una llanura costera, vigilada por una poderosa fortaleza.

La ciudad de Magna Macragge.

Sus visiones le mostraron las multitudes vitoreando, las calles llenas de gente, el gran triunfo de la declaración. Vio al León y a Guilliman, vivos después de todo. Así que al final, sobrevivieron. Vio a Sanguinius entre ellos, proclamado amo de la humanidad.

Ellos estaban tratando de salvar el Imperio, apuntalándolo en Ultramar y los Quinientos mundos, y declarando que éste quedaba refundado.

Curze se echó a reír.

No era nada. Era lamentable. Un gesto vacío hecho por hombres desesperados, obsesionados por las nociones de nobleza.

Para él, era sólo otro imperio que arrasar hasta los cimientos y aniquilarlo.

Empezó a caminar.

Dejó muchas pisadas ensangrentadas tras de sí.



UNAS ÚLTIMAS PALABRA

(Afterwords en el original)

"He llegado a la conclusión,
de que la formación de las leyes es como la fabricación de salchichas,
cuanto menos se sabe acerca del proceso, más se aprecia el resultado."

...como Bismarck aparentemente nunca dijo.

Me encuentro añadiendo *El Imperio Olvidado* a esa lista proverbial. De hecho hay un buen número de cosas cuya fabricación, creo que todos estaremos de acuerdo, es mejor desconocerla. Una de ellas sería el "queso ahumado” (cheese smoke en el original), como Guy Haley estará fácilmente de acuerdo. Mi punto (se usa mucho en ingles, hace referencia a su opinión en algo en concreto, nt), y puedo confirmar que tengo uno, es que durante el período de tiempo, mucho más largo de lo esperado, que tardé en escribir *El Imperio Olvidado*, he dicho demasiadas veces y a demasiadas personas: "Es el trabajo de escritura más difícil que he hecho."

Nadie quiere saber eso. En realidad no. Por un lado, suena como un alarde, y por otro se establecen expectativas innecesarias (*Oh, Dan ha escrito cuarenta novelas* Kazonkajillion *[un nombre ficticio como otro cualquiera, nt], y si él dice que éste ha sido el más duro, ¡entonces tiene que ser el mejor!*). Lo que debería haber hecho es mantener la boca cerrada y dejar que el libro hablara por sí mismo. De hecho, a pesar de sus apuros comparativos, si he hecho mi trabajo correctamente, se deben leer como un todo fluido, con el lector completamente ajeno a todo el pesado trasfondo, trabajo-sucio y “paletadas de pato” (debe ser una expresión, intuyo que hace referencia a avanzar lento, nt) que originó. Espero que sí. No se supone que sea una cosa difícil de leer.

Pero lo mencionaré, por solidaridad, con lo que también podría ampliar éste tema ahora que el gato está fuera del saco. Solo por ésta vez.

El truco para cualquier serie es una inmersión total en la continuidad de la historia. No sólo hay que conocer los antecedentes, a fin de sostener un mundo o universo creíble, a la vez hay que hacer referencias a las ideas y trabas, en personajes y temas, de manera interesante y reveladora. Un ejemplo del primer caso podría ser saber que Guilliman va a escribir el Codex Astartes, y usar ese conocimiento para caracterizarlo como un hombre de teoría y estructura, dotado de una mente ordenada y marcial. Un ejemplo del segundo podría ser recordar que Guilliman va a escribir el Codex Astartes, y sembrar aquí las semillas de la necesidad de tal codificación, mientras lucha para unir los elementos dispares de las Legiones destrozadas en un todo coherente.

Las series de libros siempre traen consigo la carga de la masa con una continuidad exponencial. Sé que esto está muy bien: la serie de *Los Fantasmas de Gaunt* es de catorce libros, y necesito gráficos circulares y hojas de cálculo para realizar un seguimiento de todos los detalles de los personajes (mi primer trabajo al iniciar un nuevo libro de la serie de *Gaunt* es actualizar mi archivo de personajes para incluir personajes muertos o heridos en el volumen anterior, y siempre hay al menos uno que viene como una sorpresa para mí). Problemas similares surgen con la serie *Inquisidor* de *Eisenhorn / Ravenor / Bequin* (en la actualidad sólo tiene siete libros de longitud). Al menos son mis series. Yo soy el único en escribirlas, y el único responsable de tejer la continuidad, así que si hay algún error o equivocación, es toda mía.

La serie de *La Herejía de Horus* es un esfuerzo colectivo. La historia en general ya existe y es de sobra conocida, la estamos reconstruyendo como un equipo en una carrera de relevos, añadiendo los detalles. Ahora, tenemos un montón de reuniones, y leemos las cosas de los demás, pero, ¡oh, Dios mío! es tan fácil olvidarse de quién dijo qué, específicamente, acerca de quién y dónde lo dijeron para poder verificarlo y así mantener la coherencia.

Sabiendo eso, tal vez fue una temeridad por mi parte optar por escribir una novela que no sólo es la secuela directa de mi última novela de *La Herejía de Horus*, *La Batalla de Calth* (*Know no Fear* en el original, el titulo, que está muy mal traducido, debería ser: No Conocerán el Miedo, que es un eslogan de los Marines, en fin, nt), pero que también prosigue con historias directas o indirectas que conseguí de otras diez novelas e historias cortas. Una de las tramas principales de *El Imperio Olvidado* procede del trabajo realizado con los Ángeles Sangrientos por James Swallow, haciendo de *El Imperio Olvidado* una secuela directa de *Miedo a*

Aventurarse (*Fear to Tread* en el original). También es una secuela de *Traidor* (*Betrayer* en el original) de Aaron Dembski-Bowden. Así como una secuela directa de *Vulkan Vive* (*Vulcan Live!* en el original) de Nick Kyme. Sin olvidar que deriva directamente de las historias *El León* (*The Lion* en el original) de Gav Thorpe, *Reglas de Combate* (*Rules of Engagement* en el original) por Graham McNeill, *Armas Salvajes* (*Savage Weapons* en el original) y *Príncipe de los Cuervos* (*Prince of Crows* en el original) de Aaron, *Hierro Dentro* (*The Iron Within* en el original) por Rob Sanders y *El Puño Carmesí* (*The Crimson Fist* en el original) por John French, por no hablar de casi toda la antología de *La Marca de Calth* (*Mark of Calth* en el original). Y esos son sólo los principales puntos de referencia.

El Imperio Olvidado, no hay mejores razones para leerlo que ir viendo por donde va cayendo la historia y lo que representa, es una especie de novela nexo, reuniendo muchas hebras y personajes diferentes, reposicionándolos y realineándolos al colocarlos en nuevos caminos divergentes.

Y, hombre, ¡oh! hombre, (And, men, ¡oh!, men en el original, expresión muy común inglesa del tipo: "Vaya/Caramba/Sorpresa, tio/tronco/socio pero/…") ¡algunas salchichas son muy difíciles de hacer!

Un libro generalmente se desarrolla de una manera fluida pero con éste, en cualquier sesión en particular, perdía el rumbo después de unos pocos cientos de palabras más o menos, y un trozo de dos o tres mil palabras pasa volando. Me sentía como si estuviera parando cada frase o dos, porque tenía que comprobar o volver a comprobar otro hecho. ¿Qué mano perdió Alexis Polux? Los Ángeles Oscuros... Todavía vestían de negro en este punto o ya lucían el verde oscuro? ¿Cuántas lunas tenia aquí Macragge, Graham? Gav, ¿exactamente cómo funciona la tecnología xenos en el 'Razón Invencible'? Espera, espera, ¿Sevatar seguía siendo un cautivo de los Ángeles Oscuros en ese momento? ¿Qué era realmente cierto?

Etcétera. Es por eso que este libro fue el más difícil todavía, porque tuve que dejar aparcado, demasiado a menudo, el escribir para ir a comprobar los hechos. He probado la paciencia de mis compañeros autores y el equipo editorial, en especial del gurú en la continuidad Laurie Goulding, más allá del punto de destrucción. Sus respuestas no han sido menos que generosas.

Pero, en realidad, no quiero que usted, amable lector, lo sepa. Preferiría que no lo supiera en absoluto. Si he hecho bien mi trabajo, no debe haber sentido nada de lo arduo y exigente que fue para mí componer este libro. Usted no debe estar al tanto de los ladrillos

individuales, sólo del atractivo aspecto del edificio en su conjunto. Y si hay momentos ocasionales cuando se detiene, sonríe y piense, *¡Vaya, esa fue una referencia cruzada muy inteligente a esa otra cosa!* *O ¡Caray, no esperaba que él apareciera, pero tiene mucho sentido!* Entonces, eso, amigo mío, es lo que la gente del DVD llama huevos de Pascua.

Espero que éstas 'Últimas palabras' de ninguna manera arruinen su lectura y disfrute de *El Imperio Olvidado*. Y no voy a mencionar, en definitiva, cuántas direcciones diferentes tomarán los hilos de la historia de éste libro ahora, ni cuánto habrá en ellas de grado industrial, pero doy gracias a Dios en secreto, porque para hacer salchichas no es necesario...

Dan Abnett, Maidstone, junio 2013.



John Grammaticus

(Incluido por mí como ‘huevo de pascua’, no existiendo en la novela original, más que un detalle, todo un lujo, ¿no?)